

DEFENSA

DEL

CRISTIANISMO.

76
21

Todos los ejemplares llevarán mi firma, y los que carezcan de esta formalidad serán tenidos por furtivos, y denunciados como tales con arreglo á las Leyes.

A. Ch. de Verneuil

DEFENSA DEL CRISTIANISMO,

Ó CONFERENCIAS

SOBRE LA RELIJION,

POR

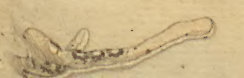
EL Excmo. Sr. CONDE DE FRAYSSINOUS,
Obispo de Hermópolis, primer Capellan de S. M. Cristianísima, Par de Francia, Ministro y Secretario de Estado y del Despacho de los Negocios Eclesiásticos y de la Instruccion Pública, uno de los cuarenta de la Academia Francesa, Gran Cruz de la Real Orden de la Lejion de Honor, etc. etc.

Traducidas al castellano, y dedicadas al Excmo. Señor Nuncio de su Santidad en Madrid,

POR D. F. T. A. CHALUMEAU DE VERNEUIL,
de la Orden de San Juan, y de la Real y distinguida Orden Española de Cárlos III; Oficial mayor de la Universidad de Paris, Inspector de los estudios y Catedrático de historia en los Colejios Reales de Estanislao y de Versalles, Individuo de las Reales Academias Española y de la Historia, de la Sociedad de Jeografía, de la Sociedad académica de Nantes, etc. etc.

TOMO II.

MADRID.
En la Imprenta de D. Leon Amarita.
1826.



DEFENSA DEL CRISTIANISMO.

DEL CULTO EN JENERAL.

Nada hay mas comun en el dia que hombres que viven sin relijion y sin Dios, ya porque ostenten ser incrédulos por sistema, ya porque se abandonen á una indolencia dulce en la apariencia, aunque funesta en la realidad. Ateos en su conducta, contemplan las maravillas de la naturaleza sin elevarse jamas hasta su autor; disfrutan de todos los beneficios de la creacion, sin subir nunca hasta su oríjen por medio del reconocimiento, y como si estuviesen fuera del imperio del árbitro soberano de todas las cosas, no siguen mas regla en sus sentimientos y en sus ac-

ciones que la inclinacion que los domina; miran como una cosa inútil los homenajes del entendimiento y del corazon, ó sea el culto interno rendido á la Divinidad, y tienen por prácticas pueriles y supersticiones populares las demostraciones exteriores y públicas como los ritos sagrados y las fiestas relijiosas.

Por desgracia la impiedad encontrará siempre un secreto y poderoso apoyo en la soberbia del entendimiento y en la depravacion del corazon. El hombre quiere siempre ser independiente y satisfacer todos sus apetitos; por esto resiste la idea de un Dios que le representa un ser que manda y quiere ser obedecido, y se irrita contra las doctrinas relijiosas porque reprimen sus inclinaciones. Las pasiones murmuran siempre contra el freno de la autoridad divina, é impacientes é indóciles procuran romperle. El orgullo no reconoce superiores, ni aun iguales, y el mismo espíritu de rebelion

que subleva algunas veces al vasallo contra el Monarca, al hijo contra el padre, y al criado contra el señor, subleva tambien al hombre contra Dios; de modo que hay hombres irrelijiosos por la misma razon que hay súbditos rebeldes é hijos ingratos. Dominado el hombre por su orgullo se contempla á sí mismo con una secreta complacencia, solo se ve á sí propio en el universo, y á todo se antepone, hasta al mismo Dios; y por esto el orgullo es ya un principio de ateismo. ¡Cuan arraigadas deben estar en el corazon del hombre las doctrinas relijiosas y morales cuando han resistido á las pasiones siempre coligadas para destruirlas! Nada acaso prueba mas victoriosamente el imperio y necesidad de estas doctrinas que el corto número de impíos que de tarde en tarde se han atrevido á impugnarlas.

Parecia natural á primera vista que la impiedad estuviese confinada en las últimas clases del pueblo, y que solo los que sufren el peso del dia y del ca-

lor y comen únicamente un pan regado con su sudor y sus lágrimas pudiesen sentirse inclinados á desconocer á un Dios, padre comun de los hombres, y á negarle los homenajes del reconocimiento. No ha nacido sin embargo la incredulidad en el seno de la indijencia; y si por desgracia no le es hoy desconocida, es indudable que ha descendido á ella desde mas alto. Las mas veces es el último de los escesos de un talento poseido de la altanería de la ciencia, y estraviado por la sutileza de sus pensamientos. Sí, Señores, el primer grito de impiedad salió de la boca de los afortunados del mundo, de los grandes, de los ricos, de los sabios, de los mas brillantes injenios; y de este modo los mas favorecidos fueron los mas ingratos. Mi objeto pues en este dia será sacarlos de su fatal olvido de la Divinidad, escitar en sus almas los sentimientos relijiosos amortiguados, pero no extinguidos, y combatir esos sofismas dirijidos á justificar el hábito

verdaderamente monstruoso de vivir sin tributar ninguna clase de homenaje á la suprema Majestad. Para ello sentaré las dos siguientes proposiciones: Primera, el hombre debe un culto á la Divinidad: Segunda, este culto debe ser exterior y público. Segun vaya fijando por medio del raciocinio la sana doctrina sobre esta materia, os haré ver como el cristianismo la confirma y perfecciona: este será todo el asunto de la presente conferencia sobre el culto relijioso.

Es indudable, Señores, que tenemos deberes para con la Divinidad, y que uno de ellos es rendirle homenajes, y en una palabra, un culto. De esta obligacion nos persuaden ya las primeras nociones de Dios y del hombre que hemos esplicado en nuestros discursos precedentes, ó ya la consideracion de los intereses mas importantes y sagrados de la humanidad. Si consultamos la razon, nos dirá que hay un Dios criador, el cual poseyendo la plenitud

del ser, y siendo el oríjen de la vida, ha comunicado la existencia á cuanto compone este universo; un Dios conservador que todo lo gobierna por medio de su sabiduría, despues de haberlo criado todo por su poder; que extiende su providencia universal á todos los seres, desde los cielos estrellados hasta la flor de los campos, sin ser mas grande en las cosas mas pequeñas, ni mas pequeño en las mas grandes; un Dios legislador supremo, que mandando cuanto es bueno y prohibiendo todo lo malo, manifiesta á los hombres su voluntad santa por el ministerio de la conciencia; un Dios en fin juez soberano de todos los hombres, que tratará á cada uno en la vida futura segun sus obras, señalando castigos al vicio y premios á la virtud. Esta es una doctrina reconocida por la razon mas sana, cuyo conocimiento, aunque en diferentes grados, es tan universal como el jénero humano; que existia ya pura entre los Hebreos, se halla mucho mas clara

entre los cristianos, y aunque las supersticiones paganas pudieron obscurecerla, jamas ha llegado *á aniquilarse* en ningun pueblo de la tierra. Estos son puntos de creencia independientes de las vanas opiniones de los hombres y de los argumentos de los sofistas, y que tenemos tanto mayor derecho á dar por supuestos, cuanto hemos consagrado muchos discursos á establecerlos.

¿Y como dejarémos de ver que de estas mismas nociones de la Divinidad se derivan deberes relijiosos para con ella? ¿Quien no conoce que al descubrirnos la razon lo que Dios es respecto de nosotros, nos descubre en esto mismo lo que nosotros debemos ser con respecto á él? ¿Si es nuestro Críador, no deberémos hacerle homenaje del ser que hemos recibido de su bondad omnipotente? Si nos conserva una vida de que es árbitro, y de que á cada momento podria privarnos, ¿no es cada instante que gozamos de ella un nuevo beneficio que exije de nuestra

parte un nuevo sentimiento de gratitud? Si es nuestro lejislador, ¿no deberémos obedecer sus leyes, y tomarlas por regla de nuestros afectos y de nuestra conducta? Y si en fin ha de ser un dia nuestro juez, ¿no será preciso que procuremos comparecer sin mancha ante su tribunal, y no caer culpables en las manos de su justicia?

Supongamos por un momento que fuésemos hijos del acaso, un resultado de combinaciones fortuitas de la materia, y que hubiésemos sido echados á la tierra sin objeto ni designio; entónces estaríamos indubitablemente en esa independencia absoluta de la Divinidad que el ateismo predica; y todo vínculo relijioso seria una cadena vergonzosa y humillante que deberíamos apresurarnos á romper: tan solo en este caso, y no siendo Dios nada para nosotros, nos podríamos juzgar dispensados de todo deber y relacion con él; pero en la doctrina contraria de un Dios criador y conservador nuestro,

debe ser muy diferente la conducta del hombre: nuestros deberes no pueden ser los mismos en estas dos creencias opuestas, pues cuando los principios estan en contradiccion deben estarlo igualmente las consecuencias; y por la misma razon que en la absurda y quimérica suposicion del ateismo no debe el hombre tener relijion, es preciso que sea relijioso en la creencia de un Dios.

Si fuésemos semejantes á los animales é incapaces como ellos de conocer á Dios, de admirarle en sus obras y de penetrarnos de la idea y del sentimiento de sus beneficios, estaríamos indudablemente como ellos en el caso de no rendir ningun homenaje al Criador; pero si estamos dotados de esta razon sublime que nos eleva hasta él, que nos enseña que hemos salido de su mano poderosa, que le debemos cuanto somos, y en particular esa preeminencia que hace al hombre rey de los animales, así como del resto de las criaturas, ¿no será una cosa indigna

el querer que seamos tan indiferentes hácia la Divinidad como el animal que rumia y la planta que vejeta? Esto es querer que juntemos á la insensibilidad del bruto con relacion á los beneficios del Criador la vergüenza y el crímen de la ingratitud de que solo es capaz el ser intelijente.

Sin duda, Señores, que siendo Dios feliz en sí mismo, no tiene necesidad de sus criaturas: no mas feliz por nuestros homenajes, ni mas desgraciado por nuestra rebelion, es muy distinto de los príncipes de la tierra que experimentan sensaciones íntimas de placer ó de pena por la fidelidad ó desobediencia de sus súbditos, y cuyo destino depende siempre mas ó ménos de las pasiones y de los caprichos de los pueblos. Por mas firmes y elevadas que esten las potestades de la tierra, pueden caer y perecer; pues cuanto ha hecho la mano del hombre está sujeto al imperio del tiempo. No sucede lo mismo respecto de Dios que es eterno.

Nuestra indiferencia no puede alterar su felicidad, ni las blasfemias y la rebelion de todas las naciones coligadas podrian oscurecer su gloria, ni conmover el trono de su grandeza. Ciertamente no quiere Dios ser honrado por sus criaturas para ser mas feliz; pero Dios es la sabiduría y la equidad misma, y es por esencia el Dios del órden; quiere, aprueba y manda cuanto es conforme á la soberana razon, y condena cuanto se separa de ella: por lo tanto está en la naturaleza de las cosas que la criatura dependa del Criador, que Dios sea el fin de todo, como es su principio; y si no puede despojarse á sí mismo de su cualidad de Señor supremo, tampoco puede despojarnos de nuestra cualidad de súbditos suyos: somos la obra de sus manos, y su dominio sobre nosotros es inajenable, y se debe á sí mismo el no desprenderse de su imperio, porque no puede dejar de ser Dios. No es pues un sentimiento de orgullo exaltado, sino un senti-

miento verdadero y profundo, ya de sus perfecciones divinas, ya de nuestra dependencia el que nos persuade que Dios quiere ser honrado por su criatura. Así está escrito: que el Señor ha hecho para sí cuanto ha hecho. *Universa propter semetipsum operatus est Dominus* (1).

Es indudable tambien que Dios es infinitamente grande; pero no por eso creamos que no se digne dirijirnos sus miradas, ó que nuestros votos, nuestras súplicas y nuestros homenajes no puedan llegar hasta él, àtravesando el espacio inmenso que nos separa del trono de su eternidad. Estas serian ideas groseras nacidas de la limitacion de nuestro entendimiento, de las ilusiones de los sentidos, y de nuestra propension á extender al ser infinito y Rey inmortal de los siglos, ideas aplicables únicamente á los hombres y á las potestades de la tierra. Ademas, ¿por que

(1) Proverb. XVI, v. 4.

han de ser indiferentes á Dios nuestros homenajes? Si á pesar de su grandeza infinita no se ha desdeñado de criarnos, ¿por que se ha de desdeñar de ocuparse de nosotros cuando este beneficio es una consecuencia natural del primero? Comunicándonos alguna parte de su vida, de su intelijencia y de su libertad, nos ha hecho á su imájen, y le somos tan queridos como lo es la obra al obrero que se complace en ver en ella la espresion sensible de su pensamiento. Sí, Señores, el Criador ama en nosotros los dones que él mismo nos ha repartido; y siendo unos de ellos un entendimiento capaz de conocerle y un corazon capaz de amarle, es imposible que no acepte el homenaje de estas mismas facultades que hemos recibido de su bondad infinita. Tampoco creamos que la multitud y prodijiosa variedad de nuestros votos y ofrendas fatiguen ó importunen á la Divinidad. Estas ideas son tambien aplicables aun á cuanto hay de mas grande sobre la

tierra por el injenio y el poder, porque aun allí se encuentra la debilidad humana, pero no á Dios que de una sola ojeada, y con un solo pensamiento, abraza el universo con la inmensidad de sus pormenores. Dios, dicen, es infinitamente grande, pero por eso mismo nada fatiga su ilimitado poder, y su fuerza está en su voluntad: dijo, y todo fué hecho. Los mas grandes monarcas del mundo serán siempre limitados en sus acciones como en sus luces, y nunca podrán conocer las súplicas y las necesidades de todos los individuos de un imperio inmenso: no así Dios ante quien el jénero humano es todo como un solo hombre, y á cuyos ojos el Universo es como si no fuese.

Yo bien sé que el hombre comparado con su Dios es ménos que un átomo; pero para evitar toda exajeracion, no olvidemos que hemos sido criados á la imájen misma del Criador; que ha estampado en nosotros la marca de sus perfecciones, y que por medio de

sus comunicaciones inefables ha aproximado á sí lo que distaba de él tanto como la nada. Léjos de nosotros esa pueril idea de que Dios aprecia los objetos por sus masas y sus dimensiones: ¿que son el sol y todos los astros con su brillo y su magnificencia? ¿que son ante un ser intelijente que los conoce y mide sus órbitas y sus distancias, que se conoce á sí mismo, y puede conocer al autor de tantas maravillas? Y qué! cuando el mismo Dios me ha dotado del poder sublime de elevarme hasta él y de presentarme ante el trono de su Majestad, de ser á su lado como el embajador é intérprete de las criaturas inanimadas, ¿será posible que si guiado por el instinto de mi naturaleza llevo á sus pies el tributo de mi dependencia y el del resto de la creacion, le deseche y vea en él tan solo una loca audacia digna de su desprecio y de su enojo? No ciertamente, este no es un insulto de un temerario, es el homenaje de un hijo reconocido

y de un súbdito fiel, al padre mas tierno y al Monarca soberano cuyo trono es la justicia y la bondad. De este modo se descubren consultando la razon relaciones esenciales entre la criatura y el Criador; relaciones que nos imponen deberes tales que es imposible que el hombre sea racional sin ser relijioso.

Pero para conocer aun mejor cuan esencial es á la naturaleza racional el culto relijioso, consultemos un momento el mas importante y mas sagrado interes de la humanidad. Lo que ante todo debe llamar nuestra atencion, es como la creencia en un Dios y en una providencia que gobierna este Universo, extendiéndose al mundo moral lo mismo que al mundo físico, y que no es indiferente á los negocios humanos, ha sido mirada en todos tiempos y entre todos los pueblos como la mas saludable y la mas íntimamente enlazada con la civilizacion, la conservacion y la felicidad de las sociedades. Todos los

lejisladores la han puesto por base de sus instituciones, y todos han levantado sobre ella el edificio social: ¿y por que la fe en un Dios y en una providencia que todo lo gobierna y es árbitro de nuestro destino es tan eminentemente útil, sino porque se enlaza con los sentimientos, con las acciones y la conducta de los hombres; porque está destinada á ser la regla de nuestros deberes, y porque inspirándonos alternativamente sentimientos de temor y de esperanza, es el motivo mas poderoso para escitarnos á cumplir con nuestras obligaciones, y á hacer los sacrificios que exijan de nosotros?

¿Que importa en verdad colocar en lo alto de los Cielos una Divinidad ociosa, tan insensible á los homenajes del que la adora, como á las blasfemias del que la ultraja, á la cual yo no deba temer ni amar, adorar ni invocar, y que sea para mí como si no existiese? ¿Que importa un conocimiento especulativo de la Divinidad si estamos dis-

pensados de todo deber para con ella, y si es tan indiferente á nuestros afectos y á nuestra conducta, como aquellos personajes históricos cuya existencia es cierto que confesamos, pero á quienes nada absolutamente debemos? Entónces sí que seria Dios una abstraccion, un ser metafísico del que no necesitaria el jénero humano. Separad en efecto la creencia en Dios de toda obligacion para con él, y de todo homenaje relijioso, y resultará un ateismo práctico, es decir, el azote mas destructor de toda moral y de toda sociedad; y ved como los que sin impugnar abiertamente el dogma de la existencia de la Divinidad rompen sin embargo los vínculos que nos unen á ella, y son mas inconsecuentes y no ménos enemigos de los hombres que los ateos sistemáticos: nuestro interes pues así como nuestra razon nos inducen á rendir á la Divinidad homenajes de amor y de adoracion. ¿Y no deberémos pagarle continuamente este tributo? Su poder, su sa-

biduría y su bondad nos rodean por todas partes; en él tenemos el ser y la vida, y aquí es donde podemos esclamar con un Profeta: «Adonde iré, Señor, «para huir de vuestras miradas. Si su«bo á los cielos os encuentro en ellos; «si bajo á los abismos allí tambien es«tais; si por la mañana tomo alas para «volar á la estremidad de los mares, vues«tra misma mano es la que me sostie«ne. Entónces dije, acaso las tinieblas «me ocultarán; pero no, la noche se «vuelve luminosa para descubrirme; las «tinieblas son para vos como la luz del «dia. Yo os alabaré pues, Señor, por«que vuestra inmensidad brilla de un «modo maravilloso; vuestras obras son «admirables, y mi alma está toda pe«netrada de vuestra presencia (1).»

Nos resta examinar, si ademas del culto interno debemos tambien á la Divinidad un culto externo y público.

Yo bien sé, Señores, que la sustan-

(1) Ps. CXXXVIII, v. 7 y sig.



cia de todo culto lejítimo consiste en los homenajes interiores del espíritu y del corazon; que las exterioridades mas pomposas, las fiestas mas brillantes, y el mas magnífico aparato del culto exterior y público no son mas que un vano simulacro sin los sentimientos y las intenciones puras que le dan todo su valor y su mérito; que la Divinidad quiere principalmente reinar en el corazon, y que cuanto no contribuye á establecer en él su imperio es solo una ilusion. Los sabios del paganismo conocieron estas verdades: así decia Zaleuco en el famoso prefacio de sus leyes, que se debia presentar á la Divinidad una alma exenta de manchas, y persuadirse que se la honra mas con la virtud que con pomposas ceremonias; y Plinio, el jóven, en su célebre *Panejírico de Trajano*, decia que vale mas llegar al templo con una alma santa y pura que con cánticos compuestos con arte. Esta doctrina se enseñaba bien claramente entre los Judíos, entre aquel

pueblo inclinado sin embargo á poner una confianza escesiva en su templo y en sus ceremonias. No ignorais con cuanta vehemencia clamaba el Profeta Isaias contra estas falsas y engañosas apariencias. «Escuchad, decia con este motivo, «prestad oido á la palabra de vuestro «Dios. ¿Que necesidad tengo yo, os di«ce por mi boca, de la multitud de vues«tras víctimas? ¿Que me importa la san«gre de los machos cabríos y de los to«ros? Abomino vuestro incienso, y abor«rezco vuestras fiestas y vuestras solem«nidades: cuando extendais hácia mí «vuestras manos suplicantes, yo reti«raré mis miradas. Purificad ante to«do vuestros corazones, quitad de de«lante de mis ojos la malicia de vues«tros pensamientos, auxiliad al opri«mido, haced justicia al huérfano, y «presentaos despues con confianza an«te el Señor, vuestro Dios (1).» Es bien sabido, Señores, que el cristia-

(1) Isaiae cap. I. v. 10 et seq.

nismo vino á perfeccionar cuanto la razon y la ley de Moises tenian en esta materia de mas puro y mas sabio, y que su fin esencial es formar de todos los pueblos de la tierra un pueblo de adoradores en espíritu y verdad; pero no por evitar un esceso caigamos en otro que no seria ménos condenable ni ménos funesto. En vano nos dirán falsos sabios que no quieren mas culto que el del pensamiento, mas concierto relijioso que el de una vida consagrada á hacer bien á los hombres, ni otro templo que la naturaleza. Todo esto es una vana hinchazon de palabras, y una orgullosa exajeracion desmentida por la experiencia, la razon y el sentimiento.

Primeramente, la experiencia nos enseña que todos los pueblos, antiguos y modernos, han sido mas ó ménos relijiosos, y que se han visto como arrastrados por la fuerza de las cosas á rendir algun culto exterior á la Divinidad: jeneralmente entre todas las naciones,

tanto del antiguo como del nuevo mundo, se encuentran templos erijidos en honor de ella, víctimas inmoladas al pie de sus altares, himnos para celebrar sus alabanzas, oraciones para solicitar sus beneficios, fiestas solemnes en accion de gracias, y en fin sacrificios expiatorios. ¿Y no supone todo esto la creencia en un Dios del que debamos adorar la grandeza, bendecir la bondad, implorar la clemencia y desarmar la justicia? ¿Y este conjunto de exterioridades no compone precisamente el culto externo y público cuya necesidad intentamos establecer? ¿Cual es el pueblo civilizado que se haya limitado á solo el culto del pensamiento, y á esos homenajes invisibles del espíritu y del corazon? Tenemos por supérfluas mas pruebas y reflexiones sobre una materia que se refunde en las que han sido objeto de nuestras precedentes discusiones.

¿Que nos dice en esta parte la razon sino que el hombre debe hacer á Dios el homenaje de su ser todo en-

tero, es decir, de su cuerpo igualmente que de su espíritu? No somos puras intelijencias indepeudientes de las cosas sensibles, ni vivimos solo de pensamientos y de ideas: tenemos un cuerpo y órganos de que nos servimos hasta para el ejercicio de nuestras facultades intelectuales. ¿Y nos desentenderémos de nuestro cuerpo tan solamente cuando se trata de la Divinidad y de los homenajes que le son debidos? ¿ó no será mas justo hacerle servir al culto de su Criador por los actos exteriores y sensibles, de que únicamente es capaz? No nos engañemos, Señores, no para ensalzar la dignidad del hombre le atribuyamos una perfeccion quimérica, ni le creamos de tal modo desprendido de los sentidos y de la imajinacion que pueda fácilmente no necesitar de su influencia. ¿Que resultaria si se limitase el culto de la Divinidad á los homenajes puramente interiores? Muy pronto se debilitarian los sentimientos de piedad hasta llegar á apagarse enteramen-

te. En efecto, sin las prácticas exteriores que los escitan, los conservan y los fortifican, serian tan solo cierta cosa lánguida, vaga y superficial. En vano la falsa delicadeza y una desdeñosa presuncion de injenio aparentan considerar los ritos sagrados, la pompa de las ceremonias, las posturas deprecatorias, los cánticos sagrados y las decoraciones de los altares como prácticas pueriles y ridículas: la experiencia nos enseñará siempre que si todo esto no es la relijion misma, es á lo ménos lo que la alimenta y sostiene; que sin las exterioridades y prácticas santas de la relijion se borraria su espíritu y se perderia su gusto entre los pueblos; que la piedad sincera reside ciertamente en el corazon como en un santuario impenetrable, y solo conocido de Dios; pero que á pesar de todo llegaria á ser un vano fantasma si el culto público no la fijase, la recordase, la inculcase y, digámoslo así, la realizase. Todo ese supuesto culto del pensamiento se reduciria á algunas

ideas metafísicas sobre la Divinidad, que no arreglarian los afectos, ni la conducta: por esto los filósofos relijiosos que quieren una relijion sin culto, son parecidos á aquellos filantropos que predican el amor de los hombres sin practicar ningun acto de humanidad, ó á los políticos que quisieran sí un cuerpo social, pero sin ninguno de los vínculos exteriores que deben unir y estrechar entre sí á todos sus diferentes miembros. Es preciso tratar al hombre tal como es; y ya que su entendimiento es débil, lijera su imajinacion y su corazon fácil á estraviarse, no despreciar ninguno de los medios que pueden fijar su inconstancia, escitar su atencion y alimentar su alma de sentimientos de piedad.

No es esta la ocasion de desenvolver toda la escelencia y las ventajas del culto cristiano en particular, lo que será materia de otro discurso. Ahora me limito á hacer algunas reflexiones jenerales. Figuraos unos templos y asam-

bleas relijiosas en las que cuanto se ve y se oye, debe naturalmente escitar impresiones saludables: allí los cánticos graves y puros, las ceremonias tiernas, un aparato augusto; el recojimiento y el silencio penetran las almas y las convidan á la meditacion: allí se apaciguan las pasiones, y avivándose la idea de la Divinidad, obliga al vicio á avergonzarse, reanima la virtud, consuela la desgracia, y prepara al hombre á los afectos dulces, al olvido de las injurias y al cumplimiento de los deberes ordinarios de la vida. Si la relijion conserva la moral, puede decirse tambien que el culto conserva la relijion, le da un cuerpo, y la hace sensible y popular. Es la espresion visible de la creencia y de las reglas de las costumbres, y como una série de cuadros expuestos á la vista de todos, en que sin esfuerzo ni trabajo pueden ver la doctrina que deben creer y los preceptos que deben observar. ¿Y por qué ha de censurar el deista en la relijion lo que aprueba en las

cosas humanas? Me esplicaré. ¿Se han contentado acaso en la sociedad civil con dictar leyes, dar á conocer sus ventajas, y recomendar su fiel observancia? No, ciertamente: se ha conocido que para darles mas fuerza y mas imperio era preciso rodear á sus depositarios y sus órganos de cuanto puede atraerles las miradas y los homenajes de la muchedumbre. ¿Que sucederia si se despojasen las leyes y la autoridad pública de esas exterioridades imponentes que tanto ocupan la imajinacion de los pueblos, que parecen añadir alguna cosa á la realidad de los objetos, é infunden de este modo mayor respeto en las almas? Muy luego veríamos relajarse los vínculos de la dependencia y subordinacion, caer las leyes en desprecio y estallar por todas partes el espíritu de audacia y de rebelion: del mismo modo si la relijion estuviese despojada de todo culto exterior y abandonada al capricho de cada individuo, la veríamos debilitarse por grados, perder su ascen-

diente sobre las almas, y desterrándose de los hábitos y conducta de los hombres, borrarse casi de su memoria. Veamos ademas lo que sucede en las ciencias, en las letras y las artes. ¿Que esfuerzos no se han hecho en nuestros dias para facilitar los medios de instruccion y hacer como palpables las investigaciones y conocimientos del entendimiento humano? No solamente ha grabado el buril la figura de las plantas y la de los animales con una minuciosidad y perfeccion maravillosas, sino ¿cuanto no se ha ideado para dar una figura visible á los conocimientos históricos, jeográficos y gramaticales? ¿Que de cuadros para hacer perceptible á la vista lo que parece que solo debia ser comprendido por el entendimiento? ¿Y tan solo al tratarse de la relijion se la querrá despojar de cuanto habla á los sentidos y á la imajinacion, y puede hacerla penetrar mas fácil y profundamente en los corazones? ¡Que inconsecuencia!

¿Y quien por otra parte no advierte que limitar el culto de la Divinidad á los homenajes interiores, es desconocer la naturaleza del hombre, y obligarle á rechazar ese instinto y ese sentimiento mas fuerte que todos los sofismas, y que domina á toda la especie humana? ¿Quien de nosotros no percibe perfectamente el íntimo enlace que hay entre los afectos del alma y su manifestacion, y que es imposible al hombre estar penetrado vivamente de un sentimiento sin espresarle exteriormente? ¿Quien es en efecto el hombre compasivo que no da pruebas de su piedad hácia los desgraciados? ¿Quien el hijo respetuoso y tierno que no hace brillar la piedad filial, y que pueblo ha honrado nunca á sus majistrados sin darles testimonios visibles de consideracion y de respeto? ¿Y podrán ser sinceros los sentimientos relijiosos de nuestros corazones, y no manifestarse exteriormente? Esto no es natural. Como! ¿podré yo adorar interiormente á Dios como á

mi Criador y árbitro de mi destino, y no me he de complacer en pagarle públicamente el tributo de mi dependencia? De tal modo han reconocido los pueblos la lejitimidad de este homenaje que todos se han apresurado á ofrecerle las producciones de la tierra, las primicias de las mieses y cuanto servia para su uso, llegando estraviados por un falso celo hasta inmolarle víctimas humanas. ¡Celo bárbaro de que solo el cristianismo ha libertado las diversas rejiones de la tierra, á medida que ha penetrado en ellas; pero celo que atestigua cuan íntimamente convencido ha estado el hombre del supremo dominio que Dios tiene sobre él como sobre los demas seres! ¡Y que imposible me es no reconocer en el fondo de mi corazon á Dios como á mi bienhechor! Cuando las maravillas de la naturaleza que tanto nos arrebatan, cuando esos frutos de la tierra que proveen á nuestras necesidades, los animales que nos auxilian en nuestros trabajos,

el dia que nos ilumina, el pan que nos alimenta, el vestido que nos cubre, este cuerpo con órganos tan bien adaptados á todas las funciones de la vida, y en fin este entendimiento que puede elevarme hasta su Criador, son dones recibidos todos de su liberalidad; cuando su amor me rodea por todas partes, y me hallo como sumerjido en el océano de su bondad; cuando creo todo esto, y lo siento interiormente, ¿quereis que no celebre sus beneficios, ni convide á mis semejantes á participar de mi admiracion y de mi reconocimiento? Seria condenarme á ser ingrato. El Rey Profeta no hacia mas que seguir las impresiones de la naturaleza cuando esclamaba enajenado: «Oh, alma mia, da «gracias á la bondad de tu Dios: cele«bren á porfía todas tus potencias su «nombre y sus favores.» *Benedic, anima mea, Domino: et omnia quæ intra me sunt nomini sancto ejus* (1).

(1) Ps. CII, v. 1.

Una parte esencial del culto relijioso ha sido violentamente atacada por un sofista moderno (1), imitador en esto de algunos sofistas antiguos; por lo cual es preciso justificarla en particular: hablo de la oracion. «Yo adoro á «Dios, ha dicho el incrédulo, le admiro «en sus obras, y me enternecen sus be«neficios; pero nada le pido ni le rue«go, porque seria dudar de su provi«dencia y de su bondad.» ¡Hombre orgulloso á la par que miserable! ¿has olvidado tu dependencia y tu nada? Si Dios es nuestro padre, ¿no es tambien nuestro Señor? Y si debemos contar con su ternura, ¿no deberémos reconocer tambien su soberanía sobre nosotros como sobre el resto de la creacion? Un soberbio indijente colocado en las plazas públicas, que creyéndose con derecho á la jenerosidad del pasajero se desdeñase de alargar la mano para implorar su socorro, y viniese á morir de

(1) J. S. Rousseau.

inanicion, ¿no deberia culpar mas bien su orgullo que la indiferencia de sus semejantes? He ahí una fiel imájen del que rehusa rogar á su Criador. La dificultad propuesta por el incrédulo ha sido discutida por dos de los mas bellos injenios de la antigüedad cristiana, S. Jerónimo y S. Agustin. «Si exponemos á Dios nuestras necesidades, ha «dicho el primero (1), no es para referirle una cosa que ignore, sino para «implorar con nuestras súplicas su asis«tencia.» A esta razon añade S. Agustin otra bien digna de su corazon. «Ro«gamos, dice (2), para que nuestros «deseos se esciten y se inflamen con «la oracion, y dilatado por ella nues«tro corazon reciba con mayor pleni«tud los bienes que Dios nos prepara.» Sí, Señores; la primera necesidad de nuestra debilidad es rogar; este es el primer grito del dolor y del infortunio.

(1) Comment. In Matth. cap. VI. lib. I.

(2) Epist. CXXX ad probam n. XVI et XVII.

Tenemos, es cierto, la razon para conducirnos, y tenemos tambien la conciencia; pero ¿cuantas veces estravian aquella las pasiones y la ofusca la preocupacion, y cuantas puede ser esta el juguete de las ilusiones mas funestas? ¿Y no habrémos tenido que lamentarnos mas de una vez de nuestra errónea conciencia que llama bien el mal y mal el bien? Estamos dotados de libertad; pero por esta misma razon tenemos el desgraciado poder de apartarnos del camino de la virtud. ¿Y por que si esto es así no ha de dirijirse el hombre en estas oscuridades al Dios de las luces, y en su debilidad al Dios de las virtudes, para ser iluminado y fortificado por aquel que puede enviar la fuerza al débil, y la luz al ignorante?

Tambien cuando le pedimos algun beneficio en el órden temporal, como la cesacion de una calamidad, la salud, la paz ó la abundancia; nuestra súplica es uno de los mas hermosos homenajes que podemos rendir á sus adorables

perfecciones, y es reconocer que es el Señor soberano universal; que extiende á todos los seres su providencia, y puede disponer á su gusto de las causas segundas, y de todos los secretos resortes de la naturaleza, para hacerlos servir por medios invisibles al objeto mismo de nuestras súplicas. Es muy grato pensar que Dios ha enlazado en los designios de su providencia el mundo moral al mundo físico, y ha querido hacer depender aun sus favores temporales de nuestra fidelidad en pedírselos. Sí, Señores, desde el seno de su eternidad lo ha previsto y dispuesto todo; aun todavía no existíamos, y ya nos veia en su ciencia infinita: nuestras súplicas estaban ya ante su trono; y cuando en el tiempo las atiende y hace concurrir con ellas ciertos sucesos, no hace mas que desplegar el órden de sus designios eternos, y nosotros no hacemos mas que cumplir la condicion á que habia sujetado sus dones. No hay cosa alguna que no pueda oscurecerse

á fuerza de sutilezas; pero felizmente el Autor de la naturaleza ha puesto en nosotros un no sé qué mas fuerte que todos los sofismas, y que tiene al jénero humano inviolablemente adherido á ciertas verdades necesarias á su felicidad. Sí, Señores, á pesar de los falsos sabios y de sus libros, siempre la naturaleza hablará al hombre en un lenguaje que el hombre entenderá, siempre el sentimiento de la Divinidad grabado en nuestras almas las arrastrará á adorarla, á temerla, á amarla é invocarla: siempre verémos familias desconsoladas al rededor de un padre que temen perder, pedir la conservacion de sus dias al que es Señor de la vida y de la muerte: siempre los habitantes de los campos pedirán al cielo fecundice sus sembrados y liberte de la tempestad el fruto de sus trabajos, y siempre los amigos le rogarán por sus amigos ausentes. ¿Y quien es el impío que aun á pesar suyo no habrá hecho ruegos semejantes, y que sin pensar en

ello no haya rendido de este modo un homenaje involuntario, un culto á la Divinidad? ¿No sabemos que mas de una vez se vió á Juan Santiago olvidar en nuestros templos sus frios argumentos contra la oracion, y siempre inconsecuente orar él mismo con la efusion de una alma enternecida?

Ya es tiempo, Señores, de terminar el presente discurso sobre el culto relijioso. Esta es nuestra duodécima conferencia, y hasta ahora tan solo os hemos hablado de aquellas primeras verdades que seria vergonzoso desconocer, y todavía mas vergonzoso impugnar. Parece que hemos olvidado que nuestra palabra se dirije á una asamblea cristiana; pero las tinieblas de la incredulidad son para los entendimientos de nuestros dias lo que fueron en otro tiempo para los pueblos las tinieblas del paganismo. La razon se ha corrompido, toda verdad se ha alterado, y es preciso que en la capital del reino cristianísimo se esprese el ministro de Jesu-

cristo en un lenguaje que hubiera podido usar hace diez y ocho siglos un filósofo sensato en Aténas ó en Roma pagana. En lugar de recordar y de desenvolver los sublimes y tiernos misterios del cristianismo, nos vemos reducidos á la deplorable necesidad de exponer y de defender los principios sagrados que son el fundamento de toda moral y de toda virtud. La Iglesia cristiana acostumbra cubrir en estos dias santos (1) las imájenes piadosas que decoran sus templos y sus altares, en señal de luto y de dolor, y para inspirar en las almas una relijiosa tristeza; y nosotros, nosotros nos vemos tambien como obligados á echar un velo sobre el Evanjelio, y sobre esa cruz que ha llegado á ser una locura para ciertos cristianos como lo fué en otro tiempo para el jentil, y en cierto modo nos vemos precisados á avergonzarnos de nuestra fe.

(1) Este discurso se pronunció el domingo de Pasion.

Pero ¿que digo, Señores? ¡no permita Dios que nos avergoncemos del Evanjelio, *non erubesco Evangelium*, y desgraciado el pueblo que de tal modo haya abusado de él que no sea ya digno de oirle! No es ciertamente avergonzarnos de él abrirle el camino y disponer los corazones á dejarse penetrar mejor de sus divinas lecciones, disipando primeramente las preocupaciones que podrian ofuscarlos.

Mas adelante, y en tiempo oportuno, mostrarémos á este auditorio esa cruz que ha subyugado á los sabios lo mismo que al pueblo, y la verémos rodeada de todos los trofeos de su gloria, y de las victorias que ha alcanzado por espacio de diez y ocho siglos. Entre tanto tenemos presente que el Apóstol mas celoso de los misterios de la Cruz, San Pablo, sabia usar de un prudente temperamento, y que no habló ante el areopago, como hubiera podido hacerlo en la asamblea de los perfectos. Cuando las conmociones mas

violentas han estremecido hasta los cimientos del edificio, ¿no deberémos trabajar ante todo en afirmarlos, para no reedificar en vano sobre ruinas y cenizas?

LOS
PRINCIPIOS RELIJIOSOS
CONSIDERADOS COMO FUNDAMENTO
DE LA MORAL Y DE LA SOCIEDAD.

Si ha habido en algun tiempo un designio fecundo en desastres y capaz de trastornar el mundo entero, seria ciertamente el de romper todos los lazos que unen al hombre con la Divinidad; de buscar fuera de los principios relijiosos el oríjen de la virtud y del órden en la tierra, y de querer fundar una moral y una sociedad sin relijion. ¿Hubiera podido sospecharse naturalmente que los estravíos del hombre llegasen á un estremo tan estraño? ¿Eran precisos acaso tan grandes esfuerzos de entendimiento y de razon para comprender que se necesita un freno que sujete las inclinaciones viciosas que nos inducen siempre á traspasar

los límites del deber: que las leyes carecen de fuerza donde estan relajadas las costumbres; que estas ejercen poco imperio donde la Divinidad ha perdido el suyo, y que borrar los sentimientos relijiosos del corazon de los pueblos, es desencadenar todas las pasiones y todos los vicios, é introducir en el cuerpo social el principio mas activo de disolucion y de ruina? ¿En que consiste que estas verdades elementales hayan sido desconocidas y aun impugnadas con un sistema artificioso? Sí; falsos sabios, tan débiles filósofos como frios escritores, nos han legado *Catecismos de moral universal* en que ni aun se encuentra el nombre de Dios; y arrebatados de su delirio no han temido presentarnos la destruccion total de toda idea relijiosa como el mas bello triunfo de la razon, y la fuente de la felicidad pública. ¡Oh estravío incomprensible del entendimiento humano! ¡Que de tal modo haya podido corromperse su intelijencia que le guste solo el error,

y que encuentre el bien supremo en lo que precisamente constituye el supremo mal aun en la vida presente, en el ateismo! Felizmente los sistemas del error pasan, y la verdad permanece; y cierto poder invisible y secreto subyuga la malicia de los hombres, y hace que los pueblos se adhieran en cierto modo, y aun á pesar suyo á un corto número de máximas necesarias para la felicidad y la conservacion del jénero humano. Con el objeto de reanimar en las almas el amor á estos principios sagrados, nos proponemos presentároslos hoy como el verdadero fundamento de la moral y de la sociedad.

Yo bien sé que las pasiones y la ignorancia han desnaturalizado harto frecuentemente la relijion con prácticas, ó estravagantes, ó crueles, ó infames, que es lo que se llama *supersticion*; y que tambien mas de una vez el falso celo ha hecho servir la relijion de pretexto á sus furores, ha armado á los hombres contra los hombres, y man-

dado delitos en nombre del cielo, y esto es lo que se llama *fanatismo*: no es esto ciertamente lo que yo trato de presentaros como ventajoso á la humanidad, no. La eterna miseria del hombre está en mezclar sus errores y sus vicios con cuanto hay mas saludable y augusto, y no ménos la eterna manía de los sofistas en combatir cuanto se reconoce universalmente como mas útil, por el abuso que los hombres pueden hacer de ello: declamadores ridículos que deberian declararse tambien contra el uso de la palabra, y desear que la especie humana fuese muda, porque muchas veces se abusa del lenguaje para esparcir el veneno de la maledicencia ó de la calumnia. Yo os suplico que no perdais de vista que mi designio en este momento no es realzar las ventajas de la relijion cristiana en particular: dia vendrá en que esto será la materia de un discurso separado: hoy trato de mirar las cosas bajo de un punto de vista mas jeneral. Profesar públicamen-

te ciertos dogmas fundamentales, como los de la existencia de Dios, de una providencia, de la vida futura, de la libertad del alma y de la distincion del bien y del mal, y rendir á la Divinidad homenajes graves y puros que insinuan en el alma sentimientos buenos y laudables, es lo que se llama relijion en jeneral. Cuando todo es cierto en la creencia, cuando los preceptos son puros, y santo el culto, entónces la relijion es verdadera, y esa es la que tenemos la dicha de profesar; mas cuando en cualquiera de sus partes hay alguna cosa reprensible, entónces es una relijion imperfecta y falsa: sin embargo, todas cuantas se han profesado en la tierra han tenido ciertos puntos comunes de creencia mas ó ménos sentidos de todos los hombres sobre Dios, sobre la providencia, la vida futura, el vicio y la virtud; y estos principios relijiosos, profesados universalmente con mayor ó menor pureza, son los que yo intento establecer como la verdadera

base de la moral y de la sociedad, y lo que será el asunto de esta Conferencia.

Estas reglas del bien y del mal que deben dirijir nuestros afectos, nuestros discursos y nuestra conducta; este conjunto de preceptos y deberes que debemos cumplir para ser verdaderamente hombres de bien, es lo que yo llamo la moral; y las razones que la hacen obligatoria para nosotros, y los motivos que nos inducen á practicarla y á hacer los sacrificios que exije, son sus verdaderos fundamentos. Estas razones de nuestros deberes, y estos motivos que nos mueven á practicarlos son los que yo defiendo que es preciso buscar en los principios relijiosos. Poco, Señores, importan al hombre las bellas sentencias, las reglas severas y sentimientos sublimes esparcidos en los libros y en los discursos. La autoridad de la moral no procede solamente de la belleza de sus preceptos, sino principalmente de la persuasion íntima de

ser obligatoria, y de la fuerza de los motivos que nos inducen á su observancia. Nada mas comun que bellas máximas: se vierten en los teatros, se esparcen en las novelas, y aun se hace ostentacion de ellas en las reuniones mas frívolas y mas disolutas; pero yo os suplico que observeis conmigo que la hermosura y la pureza de la moral es precisamente lo que nos sobresalta y nos asusta: ella no es saludable sino por el yugo que impone á nuestras inclinaciones, y ese yugo es el que las incomoda: tampoco es útil sino por ser una regla; pero toda regla es un freno, y todo freno nos mortifica. Vosotros me predicais una probidad incorruptible, una fidelidad constante á los deberes de mi estado; aquel desinteres que hace preferir la indijencia á las riquezas adquiridas injustamente, aquel valor que hace el sacrificio de la vida ántes que el de la conciencia, y me prescribís todas las virtudes sin permitirme ningun vicio; todo me pa-

rece hermoso, y todo conforme á la idea que yo me he formado del hombre de bien; pero tambien todo me parece severo, todo exije esfuerzos y sacrificios penosos, y, lo confieso, yo no me hallo con bastante filosofía para practicar tantas virtudes sin motivos. Estos motivos deben ser en mi concepto poderosos, porque tengo que vencer pasiones vivas y fuertes; deben ser universales porque la virtud se ha hecho para todos los hombres, y deben ser permanentes porque la virtud es de todos tiempos y de todos lugares; y motivos que reunan tales caractéres no pueden encontrarse en algunas consideraciones puramente humanas.

¿Quereis que sobre esto haya órden en todo? ¿quereis inflamar mi valor y hacerme superior á los temores y flaquezas de la naturaleza? Mostradme un Dios lejislador supremo que mande y quiera ser obedecido, y ponedme delante de los ojos una Providencia que esté siempre viendo mis pensamientos

lo mismo que mis acciones, y que deba ser un dia su juez incorruptible, así como es ahora su inevitable testigo. Ved aquí un medio de reprimir los vicios, adaptable á todas las edades, á todos los paises y todos los instantes, que persigue al hombre en las tinieblas de la noche como en la claridad del dia, no ménos temible al poderoso que al débil, al rico que al pobre, al hombre público que al particular. Esta doctrina de un Dios, de una providencia, y de una vida futura con recompensas y castigos está al alcance de todos, y mas ó ménos siempre la ha seguido el jénero humano. Guiado así por la relijion que me eleva hasta Dios, hallo en su voluntad divina la regla suprema y la razon primera de todos los deberes: de este modo considero la conciencia como la voz misma de Dios que se deja oir en el fondo del corazon; veo en sus remordimientos el preludio de la justicia celestial, y en su buen testimonio como la prenda de la recompen-

sa futura, y si muero por mi deber ya sé donde he de hallar el premio de mi sacrificio: por consiguiente siento que debo obedecer las inspiraciones de la conciencia; pero si desunis al hombre de su Dios, si la conciencia no es el intérprete de su voluntad divina, con esto solo debilitais estraordinariamente su imperio, y yo podria por último llegar á mirarla como una preocupacion, como producto de la educacion, y en fin como un acusador importuno á quien conviene imponer silencio. Así con los principios relijiosos vivo bajo del imperio de una ley que no solo arregla la conducta exterior, sino que desciende al fondo del corazon para atacar el mal en su oríjen, y que por el órden que establece en los pensamientos y en los deseos, prepara el de los discursos y de las acciones. Así en fin, en una relijion bien concebida la moral que debe practicarse encuentra su apoyo en los dogmas que deben creerse. El vicio de las teorías de muchos escritores

modernos que se han levantado á reformadores del jénero humano es haber disertado sobre la moral sin ascender al principio que la hace obligatoria, y sin darle una sancion suficiente; pues querer una moral sin relijion es querer un edificio sin cimientos, y una lejislacion sin lejislador.

Yo no ignoro, Señores, cuanta fuerza y cuanto peso pueden dar á los preceptos morales el amor á la gloria, el honor, el interes, y lo que se llama las luces y la civilizacion. Estoy muy distante de despreciar estos diferentes apoyos de la moral; pero prescindiendo de que en nada arreglan el interior del hombre, que le dejan toda libertad en sus pensamientos y en sus deseos, y que con ellos no se tienen virtudes puras y sin mezcla, me limitaré á mostraros cuan frájiles son é insuficientes, y cuanto importa que esten ellos mismos sostenidos por consideraciones de un órden superior.

Primeramente ¿quereis contener á

los hombres en su deber por el amor de la gloria y el sentimiento del honor? Pero la virtud se ha hecho para todos, y la gloria es solo el patrimonio de un corto número; y ¿cuantas veces acciones reprobadas por la virtud han conseguido una celebridad lisonjera sin ser por eso lejítima? El amor de la gloria armó á aquellos conquistadores feroces que devastaron la tierra, solo por hacer resonar en toda ella la fama de su nombre; testigo Alejandro que atormentó al universo por ser alabado de los frívolos Atenienses. ¿Y que puede influir el amor de la gloria para inspirar la práctica jenerosa de aquellos deberes oscuros de cada dia y de cada momento, que la mayor parte de los hombres estan obligados á cumplir á solas y léjos de la vista del público? Por mas que suenen á un tiempo todas las trompetas de la fama, jamas celebrará una sola las virtudes ignoradas.

Hablais tambien del honor; pero ese sentimiento solo desplega su enerjía en

las almas mas elevadas, y en algunas brillantes circunstancias: todos los hombres no son un Bayard ó un Crillon, ni se hallan colocados en un gran teatro, al frente de los negocios públicos, ó en un campo de batalla; ademas, es preciso decirlo, por vergonzoso que sea á la especie humana, las mas veces el resultado lo justifica todo á sus ojos, de modo que el deshonor solo depende de la torpeza y del infortunio; ¿y quereis que el malvado tema el juicio de la posteridad? ¡Que quimera! Aquí principalmente es donde se descubre la nada de la falsa sabiduría. Estando casi la totalidad del jénero humano condenada á un perpétuo olvido, ¿que puede importarle el terrible tribunal de la posteridad, ante el cual nunca ha de comparecer? Yo lo confesaré sin inconveniente. Cuando un hombre está animado de sentimientos relijiosos y penetrado de la sublime idea de la inmortalidad de su alma, puede ciertamente afectarle y conmoverle cierta

confusa esperanza de disfrutar de su reputacion en la posteridad; pero si le suponemos imbuido en la idea de que todo perece con el cuerpo, ¿creeis que pueda causarle impresion el juicio de un porvenir que en último resultado debe reducirse para él á la nada? ¿Que le importa la censura de los siglos futuros, si sabe que es un vano ruido que no ha de turbar sus cenizas en el fondo de su sepulcro? Yo convengo en que la virtud deberia náturalmente conducir en la vida presente á la consideracion y al aprecio, y proporcionar de este modo ventajas temporales que fuesen para ella un poderoso estímulo; pero es tal la inconstancia de los hombres, y se mezcla tanta injusticia y capricho en sus favores, que muy frecuentemente usurpa el vicio los honores debidos á la virtud, y esta sufre la ignominia que deberia recaer solamente sobre el vicio. ¡Ah, cuan digna de lástima seria la virtud si no tuviese mas apoyo que la arena movediza de las

opiniones humanas! Ademas cuando un grande interes arrastra al hombre á una prevaricacion que ha de permanecer oculta, se sustrae de la censura, y continua disfrutando de la estimacion de sus semejantes. Os diré, Señores, y manifestaré mi pensamiento todo entero, para instruccion de los que, jóvenes aun, tienen tan solo un leve conocimiento de los hombres y de las cosas. En todo lo concerniente á los deberes ordinarios de la vida civil, á la fidelidad en los contratos, y á los medios de enriquecerse ó de evitar pérdidas funestas, muchas veces la virtud de que los hombres mas se glorian, la probidad, está expuesta á pruebas delicadas y penosas, y desgraciados entónces aquellos en quienes no esté defendida por barreras mas fuertes que el temor del juicio de los hombres, ó de alguna consideracion semejante. Creedme, y la experiencia os lo enseñará: es mas difícil de lo que se piensa ser constantemente hombre de bien cuando la probidad no está

apoyada en la relijion; y con razon ha dicho Montesquieu aquellas palabras tantas veces citadas y muy verdaderas, sobre todo cuando se aplican á la masa de la especie humana: «Que una re«lijion, aun siendo falsa, es todavía la «garantía mas segura de la virtud de «los hombres.»

Veamos ahora lo que pueden influir, para hacer á los hombres buenos y felices, la cultura del entendimiento, y lo que se llama las luces y la civilizacion.

Mucho se han ponderado en nuestros dias estas ventajas. No tratarémos ciertamente de poner en duda los progresos de las ciencias naturales, ni de echar de ménos los usos y la ignorancia de los tiempos bárbaros; pero guardémonos de sutilezas mas funestas aun que la barbarie, y no nos entreguemos á un entusiasmo tan peligroso como infundado. No temamos decirlo aun en esta asamblea tan distinguida por la instruccion de los que la componen.

¡Desgraciada la nacion que anteponga la ciencia á la virtud, los conocimientos á las costumbres, y las artes á los deberes; y que cuidadosa de formar la juventud se esmere solo en su instruccion y descuide la educacion; que solo considere en ella la relijion y la moral como una leccion en el arte de bosquejar un pais, y crea haber llegado á la cumbre de la sabiduría porque vea multiplicarse por todas partes gramáticos, retóricos y artistas! Hasta los paganos mismos tenian ideas mucho mas sublimes de la verdadera sabiduría: Ciceron la define, segun los antiguos filósofos, la ciencia de las cosas divinas y de las humanas; y Marco Aurelio daba gracias al cielo por haberle dado para maestros hombres que le habian enseñado á arreglar sus costumbres y á practicar la virtud. Tampoco separaba la sabiduría de la relijion ese siglo á que ha dado su nombre uno de nuestros mas grandes Reyes, el mas bello de los siglos modernos, y acaso de cuantos pue-

da gloriarse el entendimiento humano. No olvidemos que las luces no son la virtud, ni pensemos que las buenas costumbres son inseparables de la civilizacion. ¿Que es lo que se llama costumbres de una nacion? No consisten en la urbanidad de los modales que puede muy bien asociarse con el egoismo y la bajeza; tampoco en una gran variedad de conocimientos que no escluyen la molicie y la frivolidad: las costumbres pueden hallarse en las cabañas donde todo es ignorancia y rusticidad, y faltar en las ciudades donde todo ofrece un aspecto culto y risueño. Cuando la antigua Roma buscaba sus dictadores en los campos, era grosera pero morijerada; mas adelante fué culta, y sus costumbres desaparecieron. La vijilancia, Señores, en los padres, la piedad filial en los hijos, la justicia en los señores, la fidelidad en sus criados la humanidad en los ricos, la integridad en los majistrados, y en todos la buena fe, el desinterés, la templanza,

la obediencia á las leyes, el celo por el bien público, la aficion al trabajo, el amor á la patria, y en fin, sentimientos nobles y jenerosos; esto es lo que yo llamo costumbres de una nacion, y estas son virtudes domésticas y civiles que hacen prosperar así los estados como las familias, y que serán tanto mas comunes en un pueblo cuanto este sea mas profundamente relijioso. En vano la Francia por el heroismo de sus guerreros, la extension, riqueza y poblacion de su territorio, por el número y magnificencia de sus ciudades, de sus puertos y canales, por el brillo de las ciencias y de las artes; en vano por la reunion de todas estas ventajas estaria llamada á ser la primera de las naciones cultas si por nuestras perniciosas doctrinas, por nuestro sacrílego abandono, y por las malas costumbres, que son su consecuencia inevitable, trabajásemos nosotros en arruinar los cimientos del edificio. Podemos decirlo abiertamente, y sin temor de engañar-

nos: si la industria nos puede dar la riqueza; y el valor y el injenio atraernos la gloria, sola la relijion puede rejenerarnos dándonos virtudes.

Es por consiguiente la relijion el verdadero fundamento de la moral, y aun añado, y esta proposicion es como la consecuencia de la primera, que es tambien el fundamento de la sociedad.

¡Cuan ciegos han estado los reformadores del último siglo al querer fundar una sociedad sin relijion, pues no advirtieron que tenian que luchar contra cuanto es capaz de hacer impresion en los entendimientos, con la autoridad, la experiencia y la razon!

Hablaré primeramente de la autoridad: cuando una doctrina ha sido enseñada por los mas bellos injenios de todas las relijiones, de todos los climas y de todos los siglos, me parece que se debe temer el contradecirla, y que debe entónces el hombre desconfiar de sus ideas particulares, y recelar to-

mar en ellas la ilusion por la realidad. Yo bien concibo, y debe en efecto suceder, que hechos recientes y fenómenos nuevamente observados introduzcan en las ciencias naturales nuevas luces, y destruyan opiniones acreditadas por grandes nombres; ¡pero que temeridad el sublevarse, en lo respectivo al órden social, hecho para todos los hombres, objeto habitual de sus pensamientos, y necesario á su felicidad y su perfeccion, contra los hombres mas grandes que ha tenido el mundo, mas versados en la política, y mas hábiles en el arte de civilizar y gobernar los pueblos! ¿En donde se encuentran lejisladores que hayan pensado fundar una sociedad sin relijion? ¿Fué este el pensamiento de Solon en Aténas, de Licurgo en Lacedemonia, de Zaleuco entre los Locrios, y de Numa en la antigua Roma? Nadie ignora que particularmente Numa empezó haciendo á Roma la ciudad sagrada para que fuese despues la ciudad eterna. ¿Se encuen-

tran acaso filósofos profundamente versados en el conocimiento de los hombres, ya por la fuerza de su injenio, ya por la costumbre de manejar los negocios públicos, que hayan escrito jamas que debe despreciarse la relijion como perjudicial ó como inútil? ¿Se lee alguna cosa semejante en los libros de Platon, de Ciceron y Marco Aurelio? ¿Y cual ha sido el modo de pensar en esta materia de algunos escritores del último siglo que han brillado entre nosotros de un modo estraordinario por su talento? Montesquieu en el *Espíritu de las leyes* rinde el mas solemne homenaje á la dichosa influencia del cristianismo; y en la obra mas profundamente meditada que ha salido de su pluma, observa que el Epicurismo que se introdujo en la república Romana preparó su decadencia. ¿Y que queria Juan Santiago en aquel escrito en que se espresa como apóstol fogoso de la libertad mas ilimitada (1)? Que-

(1) El Contrato social.

ria que se estableciese una fórmula de fe civil, por la que todo ciudadano jurase profesar el dogma de la existencia de Dios, de la providencia y de la vida futura: que el que rehusase suscribir á este juramento fuese desterrado como insociable, y castigado hasta con la muerte el que despues de haberle prestado fuese infiel á él. Ciertamente que si estas palabras hubiesen salido de una pluma eclesiástica se hubiera gritado, *fanatismo! intolerancia!* pero era el ciudadano de Ginebra, y solo se vió en esto un arrebato de su sublime misántropía.

A la autoridad se reune la experiencia. El hombre ha nacido con inclinaciones, con necesidades y facultades que le llaman á la vida social; así es que por mas alto que subamos en la antigüedad, encontramos sociedades ó empezadas ó adelantadas ó ya enteramente formadas. ¿Y será posible que todos los pueblos hayan ignorado los primeros elementos de la sociabili-

dad, y que todos hayan convenido en creer necesario lo que ni aun era útil? Es tambien de grandísimo peso en esta materia la experiencia de las naciones y de los siglos. ¿Y se ha visto en la tierra algun pueblo culto que sea completamente ateo y subsista sin alguna creencia relijiosa? ¿No sabemos que los que descubren ménos vestijios de ella son al mismo tiempo los mas bárbaros y mas próximos al estado de los animales? Hay ademas un hecho digno de singular atencion, y es que ni una sola nacion se ha limitado á ideas vagas puramente espirituales y especulativas de relijion: guiadas todas por un instinto natural mas seguro que el raciocinio, todas han sentido que el puro deismo no es mas que un ateismo disfrazado, y todas han profesado una relijion con sus creencias, sus preceptos y su culto, que es la espresion viva de los sentimientos comunes á todos. Mas poderosa en efecto la relijion que la lira fabulosa que se dice amansaba los tigres,

ha presidido á la formacion de las sociedades humanas, ha suavizado los jenios feroces, purificado las costumbres, estrechado los vínculos de la benevolencia y de la fraternidad, y cimentado en todas sus partes el edificio político. ¡Que de maravillas podria referir aquí principalmente del cristianismo! Con harta frecuencia se ha gustado el triste placer de divulgar el abuso que ha podido hacerse de sus máximas; pero siempre se ha guardado el mas profundo silencio sobre los inmensos bienes de que ha sido oríjen.

Está en fin jeneralmente reconocido que los pueblos mas célebres de la tierra, como los Romanos, han hecho del juramento el vínculo mas fuerte de los contratos recíprocos y en particular de la disciplina militar: y ¿quien no ve que la fuerza del juramento proviene de los principios relijiosos de tal modo que en el lenguaje ordinario se dice la *relijion del juramento*? ¡Cosa singular, Señores! ¡Cuando soñando solo los pensadores

modernos en perfeccionar la sociedad, y dirijiendo á este objeto todas sus investigaciones y esfuerzos, parecia que debian tener sobre esto luces mas puras que el resto de los hombres, y conocer mucho mejor los verdaderos cimientos del edificio que intentaban reedificar, se muestran de tal modo ajenos del conocimiento del corazon humano, que no han advertido cuan necesaria le era la relijion, y que sin ella carecerian de estabilidad las leyes é instituciones políticas! Tal es el estravío de un entendimiento que se ciega á sí mismo; y que por desdeñar las luces de la esperiencia se precipita en las tinieblas mas vergonzosas. Pero tal es tambien el imperio de la verdad, que resplandece aun en las circunstancias mas capaces de oscurecerla y aun de aniquilarla. ¿Será preciso que recordemos un instante aquellos dias para siempre lamentables y tan lejos hoy de nosotros en que parecia haber prevalecido el poder de las tinieblas? En ellos estaban muda la re-

lijion, cerrados los templos, heladas las almas por el terror, calificadas de crímenes las virtudes, y los crímenes de virtudes, y la Francia toda era una arena inmensa cubierta de víctimas y de verdugos. Pues en medio de esos increibles escesos, se dejó oir con enerjía la verdad, y las mas desenfrenadas pasiones rindieron un solemne homenaje á las doctrinas sagradas que las condenaban: se proclamó y se escribió sobre nuestros edificios públicos: *El pueblo Frances reconoce al Ser Supremo, y la inmortalidad del alma.* Yo no ignoro que en esta estraña declaracion ha querido verse tan solo una irrision blasfematoria; ¿pero por qué no hemos de ver en ella un rasgo de esta providencia que se burla de sus enemigos, que arranca de su misma boca su propia sentencia, que los hace servir de instrumento á sus designios, y los estrella despues cuando quiere en su justicia? Sí; yo me complazcó en ver en esto la mano del impío conducida en cierto modo por una

mano superior y forzada á trazar ella misma en el frontispicio de nuestros templos arruinados la palabra de consuelo para los buenos y de terror para los malos, y á grabar hasta sobre los escombros amontonados por la anarquía los dogmas conservadores de la moral y de las sociedades humanas.

Consultemos la razon despues de la autoridad y la experiencia.

¿Qué es lo que ella nos dice? Nos dice que la relijion es la salvaguardia de la moral, y que la moral es á su vez la salvaguardia de las leyes, verdad reconocida por los buenos injenios de todos tiempos, y aun por aquellos que olvidando la dignidad de su talento, solo han cantado y con demasía los placeres y el deleite. Testigo el Poeta Romano que pregunta: ¿de que sirven las leyes sin las costumbres? ¿Que mas nos dice la razon? nos dice que importa á la prosperidad pública que los depositarios del poder tengan á los ojos del pueblo un carácter augusto y sagrado.

Asegurada entónces la obediencia por el respeto que se les tributa, se asegura el reposo de las familias, y se precaven las sediciones y las medidas violentas que siempre ocasionan. No basta á la autoridad dar leyes, sino que es preciso que sean respetadas y apreciadas por los que deben observarlas. ¿Y de donde puede venir á las leyes y al poder su imperio sobre los corazones, sino principalmente de la relijion que presenta las potestades como establecidas por Dios para la armonía social, y las leyes como reglas que entran en las miras de la providencia para dirijir las acciones de los hombres? ¿Qué me dice por último la razon? Me dice que las leyes humanas prohiben, sí, los crímenes que turban el órden social, pero que no prescriben virtudes; que arreglando solo la conducta exterior del hombre, no penetran en su corazon para cortar el mal en su raiz, y que no son ni bastante fuertes, ni bastante extensas para hacer observar todos los deberes;

de la amistad, del reconocimiento, de la hospitalidad, de la humanidad y de la piedad filial; deberes sin embargo estrechamente enlazados con la prosperidad de las familias particulares, y por consiguiente con el bien de la grande familia que es la sociedad. ¡Cuantos vicios hay, y cuantos delitos funestísimos á los que no alcanzan las leyes! Esos robos y esas injusticias que se cometen en la oscuridad y sin testigos, esos fraudes tan ocultos y comunes en el tráfico, esa ociosidad que enjendra todos los vicios, ese egoismo tan sin piedad con el desgraciado, esa intemperancia que enerva á un tiempo el alma y el cuerpo, ese desenfreno que introduce en la vida doméstica el oprobio juntamente con la discordia, esos escándalos que corrompen las buenas costumbres, esos chismes que siembran la division, esas calumnias oscuras con que se denigra al hombre de bien, esos desórdenes, y otros muchos semejantes que las leyes ignoran, ó que no castigan, son la plaga de

las familias y el veneno que, royendo lentamente el corazon de la sociedad, prepara su ruina. El único remedio eficaz y universal contra ellos es la relijion; de tal modo que siempre los verémos aumentarse á proporcion que se debilite el freno relijioso. Sí, la sociedad mas floreciente en la apariencia, si no está animada y sostenida por la influencia secreta de la relijion, se parece á esos edificios suntuosos por de fuera, pero que tocan ya á su ruina, por haber gastado el tiempo su cimiento y la trabazon de sus diversas partes.

Parece, Señores, que instruidos los Franceses por la experiencia y desengañados de vanos sistemas é impracticables teorías, vuelven hoy á doctrinas mas sanas; que respetan mas la memoria de sus padres, y no tienen el estravagante orgullo de hollar cuanto han consagrado los homenajes de las naciones y de los siglos. Ya hemos conocido que es muy peligroso hacer incrédula á la multitud, y acaso aquellos escritores que

ejercieron la fácil y triste profesion de corromperla, se avergonzarian, si aun viviesen, de sus deplorables triunfos. Sin embargo, si en jeneral se advierte mucho mas la necesidad de la relijion, hay tambien una máxima muy cómoda para los que la profesan, y por desgracia demasiado extendida entre los presumidos de bellos injenios y los ricos voluptuosos, y es, *que se necesita una relijion para el pueblo, pero que únicamente es buena para él.* Yo no diré cuanta impiedad envuelve esta máxima, porque es ajeno del plan de este discurso; pero sí que contiene uno de aquellos funestos errores contra los que jamas será escesiva cuanta vehemencia puedan emplear para combatirlos todos los amigos ilustrados de las costumbres y de la patria. No era esta ciertamente la máxima del célebre publicista que dijo: «Aun cuando fuese inútil que los «súbditos tuviesen una relijion, no lo «seria que la tuviesen los príncipes, y que «tascasen el único freno que pueden te-

«ner los que no temen las leyes huma-«nas (1).» Y ¿no es aplicable lo que aquí se dice de los príncipes, aunque ménos rigurosamente, á todos los depositarios del poder, y en jeneral á las primeras clases de la sociedad? Nosotros diríamos al hombre público: si estais elevado sobre el pueblo no es para vuestro bien sino para el suyo, y todos los cargos, así en el órden político como en el relijioso, no son mas que servidumbres honrosas. Si creeis necesaria la relijion para la felicidad del pueblo, tambien vuestro primer deber es respetarla para que él mismo la respete mas; y si el majistrado desea tener en la relijion de los pueblos la garantía de su sumision, tambien los pueblos desean hallar en la relijion del majistrado la garantía de su justicia y de su decision por las cosas públicas. Diríamos á todos, á los ricos y á los poderosos del

(1) *Montesquieu*: Esprit des lois, liv. XXIV, chap. II.

siglo, al literato como al sabio: ¿No es mas refinada la voluptuosidad, mas ardiente la ambicion, mas implacable la venganza; no son mas imperiosas todas las pasiones en las clases mas elevadas por la razon misma de que tienen mas medios de satisfacerlas? ¡Y quereis romper para estas clases de la sociedad el freno saludable de la relijion! Es decir que quereis romper el dique por la parte en que las aguas embisten con mas violencia, quitar el remedio de los parajes mas infestados del contajio, y despojar en fin de los sentimientos relijiosos precisamente á aquellos que mas los necesitan. Arrancad primero el orgullo del corazon del hombre instruido, el egoismo del corazon del rico, la pusilanimidad del corazon del majistrado, la ambicion del corazon de los grandes; arrancad en una palabra las pasiones del corazon de todo lo que no es pueblo, y entónces acaso os será permitido dejar la relijion únicamente á este.

¡La relijion es buena solo para el pueblo! Decid, ó vosotros los que os espresais en semejante lenguaje, responded: ¿de donde han salido esos funestos escritos que circulando por la Europa entera han alterado en todas partes los verdaderos principios de las cosas, relajado los lazos de la sociedad, contribuido eficazmente á la disolucion universal, y honrado en fin sistemas de que acaso habeis sido víctimas vosotros y vuestras familias? ¿Han salido acaso, os pregunto, esas producciones de la mano del pueblo? No, no ciertamente: fabricadas en los talleres del falso injenio han sido acojidas despues en las casas del rico y del poderoso; ¿y hubieran acaso prostituido sus autores y protectores su talento y su crédito al vicio y al error, si hubieran sido sinceramente relijiosos? *¡No es buena la relijion mas que para el pueblo!* Pues bien, responded aun: ¿de donde salen todavía en nuestros dias esas novelas, esos dramas, esos poemas, y esas can-

ciones en que la obscenidad compite con la blasfemia, que corrompen á un tiempo el entendimiento y el corazon, que escitan pasiones prematuras, y descubren toda la corrupcion y la ciencia del vicio hasta en la edad de la inocencia? ¿De donde salen esas doctrinas del materialismo que degradan la naturaleza humana, y que esparcidas hasta en el seno de los campos, enjendran entre sus habitantes cuanto hay mas horroroso, la mas brutal impiedad unida á la ignorancia y á la miseria? Todo nace precisamente de esa clase de hombres para quienes creeis inútil la relijion; pero si ella hubiera guiado sus pensamientos y su pluma, ¡cuantos males habria evitado á sus familias y á la sociedad! *¡No es buena la relijion mas que para el pueblo!* ¡Justo cielo! ¿Que seria de la Francia, qué de la Europa si tan funesta máxima llegase á prevalecer? Si únicamente el pueblo tuviese relijion, pronto dejaria de tenerla, y muy luego se conoceria lo que él

es sin ella. El pueblo tiene tambien su orgullo y su dignidad á su modo; y si nota que se le abandona la relijion como cosa despreciable, tambien él la despreciará. La relijion es nada para el que no cree en ella, y no tiene imperio sobre el corazon mas que por la creencia del entendimiento: ¿que importan en efecto sus promesas ó sus amenazas á los que solo las consideran como ilusiones de una imajinacion alucinada? ¿Y como quereis que el pueblo no deje de creer en ella si advierte que es un objeto de irrision para los que por su nacimiento, su instruccion ó sus empleos estan elevados sobre él? El pueblo es naturalmente imitador, y por consiguiente pasaria la impiedad del rico al pobre, del sabio al ignorante, del majistrado al aldeano, y por último se haria popular: un pueblo sin relijion siempre será propenso á romper el yugo de las leyes, á trastornar las instituciones sociales, á igualarse con los que estan puestos á su cabeza,

y siempre se le verá arrojarse á la primera señal de los facciosos á todos los escesos, abusar de su fuerza para destruirlo todo, devorar las potestades con sus títulos, y á los ricos con sus haciendas, hasta en fin devorarse á sí mismo en su propio furor. Este es tarde ó temprano el inevitable efecto del desprecio de la relijion en las primeras clases de la sociedad. ¿Y nos dirán todavía que se debe dejar la relijion para el pueblo? ¡Que ciegos estamos, Señores! ¡Apénas por una série de prodijios inauditos hemos salido del abismo, y ya por nuestro sacrílego abandonó trabajamos en abrir para nuestros descendientes otro aun mas profundo!

Pero no, no será así: no en vano una experiencia brillante y terrible nos habrá manifestado la nada de esas engañosas doctrinas, y no serán estériles para los hijos las desgracias de los padres: formados en una escuela dura pero saludable, conocerémos mejor que nunca que el edificio social descansa so-

bre la base eterna de la relijion y de la moral. ¡Ah! Si pudiese mi voz, á manera de una trompeta penetrante, resonar á un tiempo en todos los puntos de la Francia, yo me complaceria en esclamar: ¡Franceses dignos de este nombre! Franceses de todas clases y de todas edades, padres virtuosos, hijos dóciles, majistrados íntegros, funcionarios vijilantes, guerreros esforzados, vosotros todos los que deseais ver terminadas nuestras disensiones, estrecharse los corazones, consolidarse la paz y reflorecer las buenas costumbres en el seno de la patria, abjurad para siempre las perversas doctrinas que han causado nuestras desgracias, y acojéos á estas doctrinas sagradas, únicas que pueden rejenerarnos. Si todo fué destruido por las malas doctrinas, sea todo restablecido por las buenas. Yo no intento, Señores, dar lecciones de política, ni convertir esta cátedra en tribuna de arengas; pero soy frances, y mi corazon me dice que ama á su Príncipe y á su patria:

soy ministro de la relijion, y una parte de mi mision es hacer sentir su necesidad: por ámbos títulos me corresponde inculcar una verdad que conviene repetir incesantemente, porque incesantemente se olvida; y es que no hay sociedad sin leyes, leyes sin moral, ni moral sin relijion; y acabo añadiendo que de todas las relijiones de la tierra la mas capaz de reprimir todos los vicios y de inspirar todas las virtudes es la que tenemos la felicidad de profesar, la relijion de Jesucristo.

SOBRE

EL TESTIMONIO.

Despues de haber procurado arraigar en vuestras almas por medio del raciocino las verdades sagradas que habiendo nacido con el jénero humano se han propagado con él y conservado mas ó ménos puras en todos los siglos y todas las rejiones de la tierra; vamos, Señores, á considerar la revelacion particular que el Criador hizo de ellas; primero al pueblo hebreo por medio de Moises, y despues á todos los pueblos por Jesucristo. Aquí ya se nos abre una nueva carrera; y la duplicada revelacion de que os hablo se nos presenta rodeada de prodijios brillantes, que ostenta como títulos auténticos é irrecusables de su celestial oríjen; pero nosotros no hemos sido testigos de estos prodijios, y solo los sabemos por el tes-

timonio de las jeneraciones intermedias que se han sucedido desde la época misma en que se verificaron, hasta nuestros dias. ¿Que deberémos por consiguiente pensar de este testimonio y de estos milagros? Hé aquí las dos cuestiones que es preciso discutir ante todo. Hoy nos limitarémos á la primera, y para tratarla con alguna extension, y dar á conocer las consecuencias útiles que se derivan de ella naturalmente, sentarémos las dos siguientes proposiciones: Primera, la mayor parte de nuestros conocimientos y de nuestros deberes se fundan en hechos que no hemos visto, y que sin embargo creemos por el testimonio de otros. Segunda, el testimonio humano en las cosas de su esfera es una regla de verdad tan segura como pueden serlo los sentidos y el raciocinio en aquellas á que se aplican, y hay hechos tan ciertos para nosotros á pesar de no haberlos visto, como los teoremas de jeometría.

Esta materia es puramente filosófi-

ca, y pudiera discutirse en la tribuna de una academia igualmente que en esta cátedra; pero está enlazada con las pruebas fundamentales del cristianismo, y ha sido tratada por los mas hábiles apolojistas: es tambien de grande utilidad para ilustrar y fortalecer nuestra fe, y por consiguiente no puede ser ajena del ministerio que ejerzo entre vosotros.

Yo no sé, Señores, si alguna vez habeis profundizado la idea de que, así en el mundo moral como en el físico, todo jira casi siempre sobre hechos que no hemos visto, y que no obstante creemos por el testimonio de nuestros semejantes. En efecto, nuestras opiniones, nuestros conocimientos, y nuestros mismos deberes en todo lo concerniente á los tiempos pasados, á las ciencias, á las letras y á las artes, á la sociedad doméstica y civil, y á todos los negocios humanos que nos ocupan en la tierra, se refieren á hechos pasados, en una

época ó en un punto mas ó ménos distante de nosotros, y que nos han sido transmitidos por una série y una concordancia de testimonios intermedios dados de viva voz ó por escrito. Nosotros no somos mas que una porcion del jénero humano, y vivimos en un punto solo del tiempo y del espacio; pero nuestra existencia presente tiene relaciones y un estrecho enlace con lo pasado: ¿mas donde existe este pasado sino en los testimonios sucesivos que en cierto modo le han hecho revivir de jeneracion en jeneracion hasta nosotros?

Que la antigua Roma llegase á ser señora del mundo por un encadenamiento prodijioso de conquistas, fruto de la política y de la fuerza; que debilitado despues el Imperio romano por su inmensa extension, corrompido por todos los vicios, y conmovido por las divisiones sangrientas de los que estaban destinados á gobernarle, sufriese desavenencias y convulsiones que pronosticaban su próxima ruina; que en

el cuarto y quinto siglo cayese en efecto aquel coloso de poder al golpe de los pueblos bárbaros, y que de sus ruinas se hayan formado estos estados europeos que despues de haber experimentado las variaciones que el tiempo trae siempre consigo subsisten todavía; que Mahoma haya abrasado en el siglo séptimo dilatados paises con el fuego de su fanatismo, y que de conductor de camellos haya llegado á ser el fundador de un nuevo culto y de un nuevo Imperio; que en el siglo nueve Carlo-Magno, uno de los mas grandes hombres de los tiempos modernos, haya gobernado con gloria una de las mas vastas monarquías que ha habido despues de la de los Romanos, y que ajitado en el siglo doce el occidente por un piadoso entusiasmo, se volcase sobre el oriente para aniquilar con su peso al implacable enemigo de la civilizacion y del cristianismo, son sucesos de los cuales podrá acaso la crítica contradecir algunos pormenores; pero que en

su conjunto pasan por indudables en el mundo entero, y con ellos tienen mas ó ménos enlace nuestras leyes, nuestros usos, nuestras instituciones, y el réjimen bajo de que vivimos. ¿Y por dónde conocemos todos estos hechos mas que por la tradicion, por los monumentos, y la historia, y en una palabra, por el testimonio de los hombres?

Pasemos á lo que concierne á las ciencias, las letras y las artes, y supongamos que se nos dice: Herodoto es el padre de la historia, Hipócrates de la medicina, Euclides de la jeometría; Homero entre los griegos compuso la Iliada, y entre los latinos Virjilio publicó la Eneida; Justiniano hizo redactar en el siglo VI un *Código* que conserva su nombre; los siglos mas brillantes del entendimiento humano son los de Alejandro, de Augusto, de Leon X y de Luis XIV; la imprenta, la brújula y el telescopio son á lo ménos para nosotros los europeos una invencion de nuestros tiempos modernos; un

Jenovés descubrió la América, y un Florentino le dió su nombre; Galileo conjeturó la gravedad del aire, y Toricelli y Pascal la demostraron; Copérnico publicó un nuevo sistema del mundo planetario; Kepler halló las leyes de las revoluciones de los planetas; Descartes aplicó el primero la álgebra á la jeometría: estos tambien son hechos que tienen conexion con todos los conocimientos humanos, y que todo el mundo cree en fuerza del testimonio. ¿Cual es en efecto el físico, el químico, el naturalista ó el jurisconsulto que tanto en la enseñanza pública como en sus escritos no se funde en experiencias, en observaciones y en hechos que no ha visto, y que sin embargo tiene por ciertos? En todo, el hombre mas instruido y mas capaz será aquel que conozca mayor número de hechos, y que sepa sacar de ellos consecuencias mas útiles al bien de sus semejantes. ¡Oh! Si de repente, Señores, llegásesemos á olvidar del todo los hechos que

creemos bajo de la fe de otros, si nos viésemos limitados solamente á los que hemos visto, y si por este hecho se borrase de nuestra alma la idea de cuanto ha precedido á nuestro nacimiento, todo el sistema de nuestras ideas y de nuestra instruccion iria por tierra, y nuestros pensamientos no tendrian relacion ni apoyo alguno: nos hallaríamos en fin en una especie de delirio, y en vez de una cadena de anillos bien unidos solo encontraríamos eslabones sueltos de una cadena destrozada.

Otra cosa, Señores, digna tambien de atencion: todo en la sociedad civil y doméstica se funda en hechos que han pasado léjos de nuestra vista: así el haber nacido en el seno de esta Francia que habitamos, el tener relaciones de afinidad y parentesco con cierto número de familias, el haberse dado una ley y revocado otra, y estar las potencias de Europa unidas entre sí por medio de tratados que forman como el derecho público de esta parte del mun-

do, son del mismo modo unos hechos que sabemos por nuestros semejantes: así tambien cuanto tiene conexion con nuestros mas dulces afectos, cuanto une á las naciones y á los hombres, é interesa mas de cerca la tranquilidad pública, supone hechos conocidos únicamente por el testimonio de aquellos.

En fin, Señores, no solamente creemos hechos que no hemos visto, sino que los hacemos la regla de nuestras deliberaciones en la direccion de los negocios de la vida humana, y son para nosotros la base de la mayor parte de los deberes que ligan nuestra conciencia. Me esplicaré.

Es un deber obedecer la ley; pero si yo no he estado presente cuando se ha dado, ¿como podré asegurarme de que ha emanado del lejislador sino por el testimonio?

Es igualmente una obligacion respetar al majistrado; pero no habiendo asistido á su nombramiento ni á su instalacion legal, ¿por que medios po-

dré asegurarme de la lejitimidad del poder que ejerce mas que por el testimonio?

Es tambien un deber cumplir las obligaciones contraidas por aquellos cuya herencia hemos recojido; pero si no hemos visto autorizar el instrumento al funcionario ante quien se ha otorgado, ¿por donde arreglarémos nuestra conducta mas que por el testimonio ajeno?

El autor de la naturaleza ha puesto en nosotros una secreta inclinacion á dar asenso á los que nos transmiten los hechos y á creer sus relaciones; inclinacion que no conviene seguir ciegamente, pero que no por eso deja de ser el vehículo necesario de la instruccion entre los hombres. El hijo cree á su madre, el discípulo á su maestro, y por este medio adquiere su entendimiento las primeras nociones de los hombres y de las cosas, y aprende á conocer el nombre de los objetos que le rodean. Su ignorancia es el principio

de su docilidad; siente que necesita ser dirijido, y por esto recibe sin resistencia las impresiones que se le dan, y cree sin reflexionar, en cuyo sentido la fe precede á la razon. Desconoced en efecto el testimonio, y no sabréis ni quienes son vuestros padres, ni cual el lugar de vuestro nacimiento: ignoraréis cual es la heredad recibida de vuestros antepasados, que rey gobernaba la Francia al principio del siglo XVII, y cuales son los majistrados á quienes se deba obedecer: experimentaréis la angustia de la perplejidad sobre lo que mas debe interesaros, y caeréis por fin en la noche de una profunda ignorancia.

De aquí, Señores, deducirémos las tres consecuencias siguientes: primera, son muy imprudentes é inconsiderados cuantos intentan destruir la certidumbre del testimonio humano, aparentando un pirronismo que por otra parte desmienten á cada paso en su conducta; pues al mismo tiempo que se glorian de no creer mas que lo que ven,

hablan, se resuelven y obran forzosa é incesantemente con arreglo á una multitud de hechos que creen sin haberlos visto.

Segunda: fundándose la mayor parte de nuestros conocimientos en hechos de que no hemos sido testigos, importa mucho formarnos reglas de una sabia crítica que nos salven de la credulidad y de la temeridad, y nos enseñen á discernir el grado de confianza que merece el testimonio. Hay una crítica escesiva y mordaz que nada perdona y nada permite creer, y hay tambien otra fácil y complaciente que confunde los rumores vagos con la conviccion mas ilustrada, las conjeturas con las pruebas, é induce á creerlo todo: es ciertamente una simpleza creerlo todo por el dicho de otro; pero es tambien una locura no creer nada, y entre estos dos estremos está la prudencia.

Tercera y última consecuencia. Arreglándose casi todo entre los hombres

por los hechos, y enlazándose con ellos casi todos los deberes de conciencia, el medio mas adaptado al hombre que el cielo podia elejir para apoyar y perpetuar una relijion, era sentarla en hechos incontestables; y este es tambien el carácter eminente de la ley mosáica y del cristianismo, como verémos mas adelante.

Paso á la segunda proposicion, á saber, que el testimonio humano en las cosas de su jurisdiccion es una regla de verdad tan segura como pueden serlo los sentidos y el raciocinio en las cosas á que se aplican; y entre los hechos que no hemos visto los hay tan ciertos para nosotros como los teoremas de la jeometría. En las investigaciones á que puede entregarse el entendimiento humano para descubrir la verdad, hay que evitar las ilusiones y usar de precaucion. Pueden estraviarnos los hombres, no ménos que los sentidos y el raciocinio; pero no está el defecto en la regla, sino en la falsa aplicacion que se hace de ella.

Hay rumores populares destituídos de todo fundamento; hay tambien raciocinios combatidos por la sana razon, y hay experiencias falsas desmentidas por otras verdaderas; pero así como no es permitido abandonar en todo el raciocinio, ni desconfiar totalmente de la relacion de los sentidos, porque mas de una vez nos hayan seducido uno y otro, tampoco lo es no creer nunca el testimonio ajeno por la frívola consideracion de que alguna vez nos haya engañado.

El testimonio debe sin duda estar revestido de ciertos caractéres, para merecer y obtener un pleno y cabal asentimiento; y es preciso que por el conjunto de todas sus circunstancias sea tal que no pueda aplicarse mas que á la verdad misma del hecho que atestigua: subamos á los principios.

El mundo moral lo mismo que el mundo físico no marcha al acaso, y hay reglas fijas y universales para los entendimientos, lo mismo que para los cuerpos; hay leyes que rijen la especie

humana, y se manifiestan como las de la naturaleza por fenómenos constantes, y cuyos resultados pueden preverse y anunciarse de antemano: pero tal es nuestra condicion, que es imposible que hombres enteramente desconocidos unos de otros, colocados en diversas situaciones, de diferente edad, y opuestos en carácter, en intereses, en pasiones, y aun en preocupaciones, y entre quienes no puede recelarse un fraude concertado, concurran como por casualidad á presentarse por testigos oculares de unos mismos hechos: que sean malos é impostores sin motivo, y que sacrifiquen su conciencia, el amor natural á la verdad, sus intereses presentes y futuros, y hasta sus pasiones predilectas al placer de afirmar una mentira. Cuanto mas se observen las estravagancias, los caprichos, los intereses y pasiones de los hombres, mas nos convencerémos de la imposibilidad de que puedan estar conformes por casualidad sobre un mismo hecho.

Pasemos ahora á la aplicacion. O se trata de cosas que se pueden comprobar por testigos oculares, ó de sucesos anteriores á las jeneraciones presentes.

En el primer caso puede fundarse la fe particular en la fe pública, y en una creencia de tal modo universal, firme é ilustrada, que subyugue el entendimiento, y á la que nos veamos forzados á dar crédito. Yo os pregunto, Señores: ¿en todo lo respectivo á las diversas rejiones del globo que no hemos recorrido, á los usos, á las leyes, al culto y al gobierno de los pueblos que las habitan, á las producciones de su suelo, á la temperatura de su clima, á los rios que las riegan y á las montañas que se elevan sobre su supeficie, no podemos tener conocimientos mas ó ménos extensos, en los cuales tengamos cierto derecho á fiarnos con entera seguridad? Y aun cuando algunos pormenores sobre estos diversos objetos puedan ser defectuosos, ¿no tenemos sobre ellos nociones invariables, superiores á

toda incertidumbre? Posible es que entre mis oyentes ni uno solo haya visto la ciudad de Constantinopla; ¿y habrá sin embargo uno solo que vacile en creer la existencia de esta capital del imperio Otomano? Ciertamente que no. ¿Y por qué? Porque nos sentimos irresistiblemente convencidos por la autoridad de los viajeros que han hecho su descripcion, por la declaracion verbal de los testigos nacionales y estranjeros que la han visto con sus propios ojos, y por las relaciones incesantes de política y de comercio. Si yo me atreviese á decir desde esta cátedra: *Cuentan que existe en Europa una ciudad llamada Constantinopla; podrá ser así, y aun parece probable; pero en fin yo no he comprobado este hecho, y siempre me queda alguna duda*: ¿no seria mirado como un insensato? Y cuando no se puede negar una cosa sin pasar entre los hombres por un estravagante, ¿no se siente uno forzado á confesar que se ha llegado acerca de ella al mas alto grado de cer-

tidumbre? Lo mismo que digo de la existencia de aquella ciudad célebre diré, tambien de cuanto se refiere de su situacion, una de las mas magníficas del Universo; de sus mezquitas, de la peste que destruye algunas veces á sus habitantes, y de los incendios que consumen sus moradas: sobre esto no tengo necesidad de examinar las cualidades personales de cada testigo, su veracidad, su probidad, sus opiniones y sus intereses, para graduar la confianza que merecen, y me separo de toda consideracion particular para elevarme á una consideracion jeneral tomada del fondo mismo de la naturaleza humana. Tal es en efecto la diversidad y el contraste de sentimientos, de pasiones y de intereses: tales las rivalidades de los testigos que han visto á Constantinopla, y tal tambien por su parte la imposibilidad de engañarse en el hecho, que es imposible suponer ni error ni impostura; de modo que estoy tan realmente cierto de la existencia de Constantinopla,

como de la igualdad de los radios del círculo.

Yo bien sé que cabria en lo posible que jamas hubiese sido edificada aquella ciudad, así como lo seria que jamas el hombre hubiese trazado la figura del círculo; pero del mismo modo que en el órden actual de cosas materiales existen círculos, y en ellos sus radios son iguales, así tambien en el órden actual de las cosas humanas, existe Constantinopla, y segun las pruebas testimoniales de su existencia es imposible que no exista. Oigamos un momento á uno de los principales jeómetras que han existido, y el primero sin duda de los del siglo XVIII, al sabio Euler (1).

«Todas las verdades que estan al al-«cance de nuestro conocimiento, se re-«fieren á tres clases esencialmente dis-«tintas: la primera comprende las ver-«dades de los sentidos, la segunda las

(1) Cartas á una Princesa de Alemania. Carta CXV y CXVI. Tom. II.

«verdades del entendimiento, y la ter-
«cera las de la fe: cada una de estas cla-
«ses exije pruebas particulares para de-
«mostrarnos las verdades que le perte-
«necen, y de estas tres clases nacen to-
«dos nuestros conocimientos.

«Las pruebas de la primera clase se re-
«ducen á nuestros sentidos, como cuan-
«do puedo decir: *Esto es cierto porque*
«*lo he visto, y estoy convencido de ello*
«*por mis sentidos.* De este modo conoz-
«co que el iman atrae el hierro, porque
«lo veo, y la experiencia me lo prue-
«ba indudablemente. Estas verdades se
«llaman *sensuales* (ó sensibles), y se fun-
«dan en nuestros sentidos ó en la ex-
«periencia.

«Las pruebas de la segunda estan
«contenidas en el raciocinio, como cuan-
«do puedo decir: *Tal cosa es cierta por-*
«*que puedo demostrarla por un racio-*
«*cinio exacto,* ó *por silojismos lejitimos*:
«de este modo conocemos que los tres
«ángulos de un triángulo rectilíneo ha-
«cen juntos tanto como dos ángulos rec-

«tos. Estas verdades se llaman *intelec-*
«*tuales*, y á ellas corresponden todas
«las verdades de la jeometría, y las de
«otras ciencias, siempre que puedan
«probarse por demostraciones.

«Paso á la tercera clase de verdades
«que son las de la fe, las cuales creemos
«porque personas dignas de crédito nos
«las refieren, como cuando decimos: *Es-*
«*to es cierto, porque una* ó *muchas per-*
«*sonas dignas de crédito me lo han ase-*
«*gurado.* Y á esta clase corresponden to-
«das las verdades *históricas.* V. A. Cree
«sin duda que hubo antiguamente un
«Rey de Macedonia, llamado Alejandro
«el grande, que se hizo Señor del Rey-
«no de Persia, aunque no le haya visto,
«ni pueda demostrar jeométricamente
«la existencia de semejante hombre en
«la tierra. Nosotros lo creemos por la
«relacion de los autores que han escrito
«su historia, de cuya fidelidad no du-
«damos. ¿Pero no seria posible que es-
«tos autores se hubiesen concertado pa-
«ra engañarnos? Con mucha razon des-

«preciamos semejante objecion, y es-«tamos tan convencidos de la verdad «de estos hechos, á lo ménos en gran «parte, como de las verdades de pri-«mera y segunda clase.

«Es preciso pues contentarse en las «verdades de cada una de estas clases «con las pruebas propias de su natura-«leza, pues seria ridiculez exijir una «demostracion jeométrica de las verda-«des de experiencia ó históricas. Es un «defecto bastante comun en los llama-«dos *espíritus fuertes*, y en todos aque-«llos que abusan de su penetracion en «las verdades intelectuales, exijir de-«mostraciones jeométricas para probar «todas las verdades de la relijion, que «por la mayor parte pertenecen á la ter-«cera clase.»

Paso á los hechos de que ya no existen testigos á quienes consultar, y que podemos conocer por la tradicion, por los monumentos y la historia.

Llamo tradicion una narracion he-cha de viva voz por testigos oculares,

transmitida por estos á las jeneraciones contemporáneas que no presenciaron los hechos, y por estas á las siguientes de edad en edad hasta el tiempo presente: de este modo, y por una série de testimonios sucesivos, puede saberse que al reinado de Luis XIV se siguió la regencia del Duque de Orleans.

Llamo monumentos ciertas obras y ciertas instituciones que perpetúan la memoria de los sucesos á que han debido su oríjen, como las medallas, las inscripciones, los obeliscos, los sepulcros, las estátuas, las prácticas políticas y las relijiosas, las fiestas y otras cosas semejantes. Así el palacio de Versalles es un monumento que pone á la vista la gloria de Luis el Grande, y el busto de Luis XV en una moneda basta para atestiguar que en el siglo XVIII reinó este príncipe en Francia.

Llamo historia una narracion fijada por la escritura, como los *Comentarios* de César, las *Décadas* de Tito Livio,

y las *Memorias* de Comines. Me limitaré á examinar la autoridad de la historia, este precioso depósito de los tiempos pasados, en cuya materia es preciso saber evitar igualmente el escepticismo, que una fácil credulidad.

Hay historiadores de todas clases y caractéres: casi desconocidos unos, y de una autoridad muy débil, apénas han dejado tras sí la menor reputacion de saber y de talento: otros han referido hechos poco conocidos y poco interesantes, difíciles de comprobar, y que aun cuando fuesen falsos apénas hallarian quien los contradijese: algunos han escrito muchos siglos despues de los sucesos, siguiendo ménos á los historiadores precedentes que rumores vagos y confusos, y tampoco faltan otros que, léjos de ser citados con elojio, pasan por sospechosos y estan desacreditados entre los sabios: todos estos escritores deben en efecto suscitar dudas en el alma del lector.

Hay tambien historiadores alucina-

dos por el espíritu de partido, por el odio ú amor á la gloria nacional, que aun cuando merezcan un entero crédito en el fondo de las cosas, dan á conocer ellos mismos la necesidad de desconfiar del jiro que les gusta dar á los sucesos, y del modo con que presentan á los personajes; así es muy posible que los historiadores griegos y latinos hayan hermoseado los hechos gloriosos á su patria, y oscurecido los que podian serlo á sus enemigos, haciendo algunas veces á sus héroes mas grandes de lo que eran en realidad. Un escritor, por ejemplo, que habiendo pertenecido á una faccion en tiempos borrascosos deja algunas memorias sobre sucesos que ha dirijido él mismo, ó en que ha tenido una parte importante, puede sin duda con exajeraciones ú omisiones estudiadas, desfigurar los hechos, y por consiguiente debe ser leido con cierta desconfianza. Los hay en fin que llenan su relacion de reflexiones, que descubren sus miras políticas, atribuyen á

sus personajes planes de conducta, y quieren adivinar la causa secreta de todos los sucesos; pero se conoce fácilmente que todo esto no es mas que conjeturas, y que en lugar de una historia puede el autor haber compuesto solamente una novela.

Pero supongamos historiadores célebres, citados siempre con elojio, honrados por sus contemporáneos y por los siglos posteriores, y acreditados entre los críticos mas severos: historiadores cuyas obras lleven una marca de virtud y probidad que el arte no puede falsificar; que refieran hechos de la mayor importancia, cuyas pruebas auténticas pudiéron tener á la mano con facilidad, entónces es imposible no creer su testimonio; y si ademas se encuentra enlazada su relacion con sucesos posteriores que concurren á acreditar su verdad, si está sostenida por tradiciones nunca interrumpidas, constantes y universales, y grabada por fin en monumentos libertados de los estra-

gos del tiempo, es haber llegado al mas alto grado de certidumbre histórica.

Demos á esta materia la ilustracion conveniente. ¿Que puede exijirse de un historiador para que sea fidedigno? ¿Que conozca bien los hechos que refiere y sea verídico en sus relaciones? Pues muy frecuentemente puede presentársenos con cuanto hay mas á propóstito para inspirar confianza en sus luces y en su veracidad.

Si ha sido contemporáneo de los sucesos puede conocerlos por la fe pública, como ya lo hemos esplicado: por ejemplo, si alguno quisiese escribir hoy la historia de Francia de treinta años á esta parte, ¿le faltarian medios de saber con perfeccion, si no los pormenores, á lo ménos lo sustancial de los sucesos mas memorables de esta época?

Si tiene que referir hechos mas antiguos puede rodearse de una multitud de monumentos que los recuerdan: un escritor, por ejemplo, que entre nosotros quisiera bosquejar los reinados de

Enrique IV, de Francisco I y de Carlo-Magno, ¿no podria consultar la historia, memorias y documentos de toda clase relativos á su empresa? los historiadores contemporáneos han sido citados por los de las edades siguientes, estos lo han sido sucesivamente por otros, y de este modo se ha formado una cadena de testimonios perfectamente enlazados unos con otros que se prolonga sin interrupcion hasta nuestros dias.

En cuanto á la veracidad es preciso conocer de donde saca la historia su autoridad. No se le dan solamente las cualidades personales del que la escribe, sino mas bien la aprobacion de sus contemporáneos. Al leer á un historiador, nos parece oir á su nacion y á todo su siglo; porque ¿quien no ve que si fuese tan impudente que quisiera engañar á sus contemporáneos sobre hechos ruidosos y de una notoriedad é importancia capaces de llamar la atencion pública, se levantaria contra él un

grito de indignacion que resonaria en toda la posteridad, designándole á todos los siglos como el mas insigne falsario? Un ejemplo aclarará esta discusion.

Nosotros creemos que Carlo-Magno fué á un mismo tiempo guerrero, lejislador y literato, sabio al estilo de su tiempo, y protector celoso de la relijion: para percibir mejor lo muy razonable que es en esta parte nuestra fe, supongamos por un momento que los famosos personajes que participaron de la gloria de este Príncipe, los grandes de su corte, los guerreros, los majistrados, los prelados, y los hombres instruidos, nacionales ó estranjeros, que ilustraron su reinado salen de repente de sus sepulcros, y formando al rededor nuestro un senado augusto de testigos oculares de las acciones de Carlo Magno, nos repiten su vida pública y privada, sus hazañas desde el Ebro hasta el Danubio, su aficion á las letras, su prodijiosa actividad, el órden que hacia observar en su pa-

lacio, y la celebracion de las asambleas de donde emanaron esos famosos *capitulares*. Yo pregunto: ¿nos ocurriria siquiera la idea de sospechar de la probidad y buena fe de estos venerables testigos? ¿No nos sentiríamos penetrados á su vista de un respeto relijioso, y no recojeríamos con entera confianza cuanto nos refiriesen de la gloria del héroe, objeto de sus discursos? Pues bien, si no nos es posible oir á tan graves y fieles testigos, podemos oir á su órgano, á Eginhard, llamado el Secretario de Carlo-Magno, cuyo testimonio transmitido hasta nosotros sin contradiccion, nos representa el de su siglo; porque ¿como suponer que formó el proyecto de engañar á sus contemporáneos y á la posteridad con falsedades fabricadas de propósito? ¿No hubiera visto que iba á cubrirse de ignominia, y que su impostura seria descubierta, y se atraeria la vergüenza de haber mentido sin fruto? ¿Hubiera podido creerse bastante poderoso para hacer

callar todas las lenguas y todas las plumas, sobre hechos mas brillantes que el sol, y enlazados con la suerte de toda la Europa? Este silencio (aun en el caso de conseguirle) siempre hubiera sido de corta duracion; la verdad hubiera brillado por fin, y la impostura se hubiera confundido para siempre.

Ahora ya estamos en estado de comprender como un grande número de hechos se conservan en la memoria de los hombres, y se transmiten de edad en edad por conductos de tal modo seguros, que los hacen tan ciertos para la posteridad como lo fueron para los contemporáneos. Cuando ocurren grandes sucesos en una nacion, una multitud de personas son testigos oculares de ellos, y de este primer testimonio nace la fe pública; despues las medallas, las inscripciones, los obeliscos y los himnos perpetúan su memoria, y los escritores forman su relacion: si es falsa escita reclamaciones, y si fiel

se propaga sin que nadie la contradiga, y se conserva de jeneracion en jeneracion.

¿Queremos conocer cuan difícil es que prevalezca la impostura sobre un hecho de grande importancia? Supongamos que hubiese ocurrido á un historiador ingles escribir formalmente que los franceses habian sido completamente batidos en los campos de Fontenoy, y que despues de esta memorable jornada habian penetrado los partidos en el interior de nuestras provincias, y venido á insultarnos hasta los muros de esta capital. ¿Creeis que los franceses hubieran sufrido con paciencia semejante impostura? ¿No hubieran salido de entre las naciones estranjeras que ningun interes tenian en la querella, y aun de entre el mismo pueblo ingles, escritores bastante veraces para declararse contra semejante fábula? Por consiguiente la impostura hubiera sido atajada, ó habria pasado á los siglos siguientes con las reclamaciones

que hubiera provocado. Lo mismo que de la batálla de Fontenoy dirémos de la de Farsalia, pues tan difícil fué hace diez y ocho siglos engañarse, ó engañar acerca del vencedor de Farsalia, como lo ha sido uno y otro respecto del de Fontenoy. Sepamos distinguir en las narraciones históricas la sustancia de los hechos de sus circunstancias particulares. Nadie ignora que es mas fácil inventar ó alterar algunas anécdotas privadas que los acontecimientos públicos; pero aun en aquellas es injusto no dar crédito á un historiador cuando no hay un motivo lejítimo para desconfiar de él. Que los Franceses y los Ingleses no esten conformes en las particularidades de la jornada de Fontenoy, tales como el número de muertos, los vaivenes de la victoria, la formacion y resistencia de la famosa columna, y las causas de ganarse la batalla; que los unos atribuyan la gloria al mariscal de Sajonia, y los otros á la presencia del Rey y del Delfin, son á la verdad variaciones na-

da estrañas en la relacion; pero ellas mismas añaden mucha fuerza á la conformidad de unos y otros en cuanto al éxito y resultado de aquella inmortal jornada.

No hay duda que puede un escritor componer una historia falsa; ¿pero que asunto tomará para ella? ¿Cuales serán los personajes, el lugar de la escena, la duracion y circunstancias de los sucesos? ¿y como podrá concertar semejante novela con la série de otros hechos bien sabidos? En el cuerpo social todo se enlaza y encadena; y si en la sucesion de los hechos se quiere injerir y hacer entrar como por fuerza uno falso, se destruye la armonía, y resultan contradicciones é incoherencias que hacen resaltar mas la impostura. ¿Como podría manejarse un escritor, por ejémplo, que quisiese hacer del Duque de Borgoña el sucesor de Luis XIV, y darnos la historia de este reinado imajinario? ¿Cuanto no deberia violentar las fechas, los monumentos, todas

las tradiciones y todos los historiadores? Se veria precisado á desfigurarlo todo, mutilarlo y descomponerlo enteramente, lo que seria un verdadero caos. Siendo pues los hombres siempre los mismos, tan imposible fué antiguamente inventar una fábula sobre el sucesor inmediato de Augusto como lo seria ahora componerla sobre el sucesor de Luis XIV.

Yo bien sé que cuando se ven los hechos al traves de las nubes del tiempo y de los siglos, creémos como que desaparecen, y que son como si nunca hubieran sido: sin embargo, por grande que sea la distancia que los separa de nosotros, no por eso han existido ménos; ni el intervalo del tiempo, ni la distancia de los lugares destruyen realmente los objetos: la verdad jamas envejece, y si la impresion de los hechos antiguos puede disminuirse, la conviccion permanece siempre la misma.

Un matemático escoces ha hecho un cálculo bien estraño: ha imajinado

decir que el testimonio no produce mas que *probabilidad*; que esta va siempre disminuyéndose á medida que pasa por las jeneraciones sucesivas; que el mayor grado de probabilidad le causa la relacion de los que han visto los hechos; el segundo la declaracion de los que los han oido contar á los primeros, y así sucesivamente hasta borrarse, digámoslo así, la probabilidad primitiva.

De este modo deberia ser solamente probable para mí, que nunca he visto Roma, la existencia de esta ciudad; lenguaje reprobado por el sentido comun, y contrario á la creencia firme é íntima de cuantos no carecen de él. Respecto á la diminucion sucesiva de la fuerza del testimonio, responderémos con un escritor frances:

«Los hechos de César y de Alejandro «bastan para demostrar la vanidad de los «cálculos del jeómetra ingles; pues tan «convencidos estamos en el dia de la «existencia de estos dos grandes Capi«tanes, como se estaba hace cuatro-

«cientos años; y la razon es bien sen-
«cilla, porque la misma prueba tene-
«mos nosotros de estos hechos que la
«que habia en aquel tiempo. La suce-
«sion de las diferentes jeneraciones de
«todos los siglos es parecida á la de la
«materia de que se compone el cuerpo
«humano, que sin alterar en nada la
«esencia y forma de este, se disipa y se
«renueva en parte á cada instante. Un
«hombre es siempre el mismo hombre,
«cualquiera que sea la alteracion im-
«perceptible que se hace en la sustan-
«cia de su cuerpo, porque no experi-
«menta de un golpe un cambio total;
«del mismo modo las diferentes jene-
«raciones que van sucediéndose deben
«considerarse siempre como las mis-
«mas, porque el tránsito de unas á
«otras es imperceptible. Siempre es la
«misma sociedad de hombres la que
«conserva la memória de ciertos he-
«hos: así como un hombre está tan
«cierto en su vejez de todo lo admi-
«rable que ha visto durante su juven-

«tud como lo estaba dos ó tres años «despues del suceso. Así es que no hay «mas diferencia entre los hombres que «componen la sociedad de tal y cual «tiempo, que la que hay entre una per-«sona de veinte años de edad, y la «misma persona á la de sesenta; y por «consiguiente ninguna fuerza pierde el «testimonio de las diversas jeneracio-«nes, y es tan digno de crédito como «el de un hombre que á la edad de «veinte años refiere un hecho que acaba «de ver, y á la de sesenta refiere el mismo «hecho, como visto cuarenta años ántes. «Si el autor inglés hubiera querido de-«cir solamente que la impresion que «causa un suceso en las almas es tan-«to mas viva y profunda cuanto el he-«cho es mas reciente, hubiera dicho «una verdad. ¿Quien en efecto no sa-«be que lo que solo oimos referir nos «conmueve mucho ménos que lo que «se representa en la escena á la vista «de los espectadores? El hombre que «por su imajinacion esté mas dispues-

« to á dejarse engañar de los actores so-
« bre la realidad de la accion que re-
« presentan; será ciertamente aquel que
« mas se penetre y mas vivamente se
« conmueva. La sangrienta escena del
« dia de San Bartolomé, así como el ase-
« sinato de uno de nuestros mejores
« Reyes no hacen, ni con mucho, la mis-
« ma impresion en nosotros que hicie-
« ron en otro tiempo en nuestros ante-
« pasados. Todo lo que se limita al sen-
« timiento pasa con el objeto que le es-
« cita, y si le sobrevive, va siempre de-
« bilitándose hasta apagarse enteramen-
« te; pero la conviccion que dimana de
« la fuerza de las pruebas subsiste uni-
« versalmente, y un hecho bien proba-
« do pasa por el espacio inmenso de los
« siglos, sin que el convencimiento
« pierda su imperio sobre nuestra al-
« ma por mas que se disminuya la im-
« presion que hizo al principio en el
« corazon: así es que estamos tan cier-
« tos del asesinato de Enrique el Gran-
« de, como los que vivian en aquel

«tiempo; pero no nos conmueve en «igual grado.»

Convencidos de la autoridad del testimonio humano sobre los hechos, harémos la aplicacion de los principios que hemos expuesto á la historia de Moises, y mas particularmente á la de Jesucristo y de los Apóstoles; sacarémos de ella pruebas invencibles de su mision divina, y sentirémos toda la verdad de aquellas célebres palabras de D'Aguesseau á su hijo (1): «Cualquiera que haya meditado bien todas estas pruebas, halla que es no solamente mas seguro, sino mas fácil creer «que no creer, y da gracias á Dios por «haber querido que la mas importante «de todas las verdades sea tambien la «mas cierta, y que sea tan imposible «dudar de la verdad de la relijion cristiana como de la existencia de César «ó de Alejandro.»

(1) *Etudes propres à former un Magistrat.* OEvres, Tom. I, pag. 262.

LOS MILAGROS

EN JENERAL.

El principal objeto de nuestras instrucciones será examinar los fundamentos de la revelacion que comprende la ley de Moises y la de Jesucristo, y vindicarlos de los ataques de una incredulidad armada mas de una vez de odio y de calumnias, y siempre de preocupaciones y sofismas. Todos nosotros hemos nacido en el seno de la Iglesia cristiana, heredera de las promesas hechas á la Sinagoga, y todos hemos recibido el carácter de hijos suyos: ¿pero que deberémos pensar de esta relijion que vemos alternativamente reverenciada por unos, y blasfemada por otros? ¿Deberémos amarla como la prenda mas preciosa que hemos recibido de nuestros padres, mostrándonos celosos de transmitirla á nuestros des-

cendientes, ó será preciso no mirarla mas que como una creencia añeja, buena, cuando mas, para aquellos tiempos de nuestros sencillos antepasados? ¿Es por ventura demasiado ilustrado nuestro siglo para seguirla, ó son acaso las verdaderas luces el único oríjen de la incredulidad moderna? Esto es lo que vamos á examinar profundamente. No trato yo de hacer un problema de la relijion, y colocarla entre las opiniones inciertas abandonadas á las vanas disputas de los hombres; pero en una época en que se han divulgado mil errores funestos acerca de su oríjen, de su historia y de su doctrina, importa mas que nunca darse cuenta á sí mismo de su creencia para reanimarla. El que no cree necesita que le convenzan; el que vacila debe ser fortalecido, y el que cree verá siempre con una dulce y secreta satisfaccion disiparse ante él todas las nubes en que el error procura envolver su creencia.

¿Pero en que se apoya principal-

mente esta relijion que tenemos la dicha de profesar? En un corto número de hechos maravillosos que salen de la regla comun de la naturaleza, y que ha obrado á su favor la mano omnipotente del Señor del universo; en una palabra, se apoya principalmente en los milagros. Yo bien sé, Señores, que al nombre solo de milagros se rien de lástima nuestros presuntuosos incrédulos, y se admiran de que en medio de una nacion tan ilustrada como la nuestra haya todavía hombres tan simples que piensen seriamente en milagros. No cesan de recordarnos que la ignorancia ha puesto muchas veces en la clase de prodijios sucesos puramente naturales; que hubo un tiempo de credulidad en que las arterías de unos y la sencillez de otros podian hacer pasar fácilmente por prodijioso lo que no lo era; que en todo tiempo han sabido hombres diestros aprovecharse del gusto de los pueblos por lo maravilloso; que Mahoma se jactaba de conversar

con un ánjel, Numa con la Ninfa Ejeria, Sócrates de tener su demonio familiar; y que por esto el sabio para no ser juguete de la impostura se cubre con el manto de su filosofía, deja los milagros al vulgo, y no cree mas maravillas que las de la naturaleza. Ya veis que no ocultamos los argumentos de la incredulidad; pero para resolverlos vamos á sentar las cuatro proposiciones siguientes: Primera, que los milagros son posibles: segunda, que se puede muy bien distinguir los milagros de los hechos naturales: tercera, que los milagros son un medio escelente para probar la verdad de una relijion: cuarta, que los milagros que no hemos visto pueden justificarse por el testimonio lo mismo que los hechos ordinarios. Tal es el objeto de esta Conferencia, y os ruego que nada decidais acerca del fondo de las doctrinas, sino despues de haberla oido enteramente, pues que solo á medida que vayamos adelantando en ella, veréis irse sucesivamente disipando

las preocupaciones y las dificultades.

Llamo milagro un suceso contrario á las leyes constantes de la naturaleza. Así, que un muerto despues de cuatro dias y ya empezado á corromperse salga vivo de su sepulcro; que á la voz, al simple mandato de un hombre se sosiegue de repente una violenta tempestad, ó que un rio vuelva á su oríjen, son hechos que exijen una suspension evidente de las leyes universales y conocidas de este mundo físico: son milagros. ¿Y habrá quien se atreva á decir que semejantes prodijios son imposibles á Dios, y que no puede hacerlos con su omnipotencia, ya por sí ó ya por medio de ajentes en su nombre si lo tiene á bien? La luz natural nos dice á todos que Dios ha establecido libremente las leyes que gobiernan este mundo visible, y que son efecto de su voluntad todopoderosa. ¿Y como seria el supremo Señor de la naturaleza entera y su lejislador independiente, si no pudiese modificar ó suspender sus

leyes con arreglo á los designios de su adorable sabiduría? Para dar mas claridad á estas ideas, elevémonos por un momento hasta las nociones primeras que tenemos de Dios, autor y conservador del universo; nociones sencillas y luminosas para todos aquellos cuyo entendimiento no esté oscurecido por las tinieblas del ateismo. La materia no encuentra en sí misma ni la razon de su existencia, ni la del modo maravilloso con que estan ligadas y colocadas todas sus partes. El acaso es nada, y la necesidad es una palabra y no una causa. Dios es el que ha hecho las causas segundas, y les ha dado sus propiedades, su grado de fuerza y de actividad; él es quien ha arreglado la posicion y curso de los astros en los cielos, y determinado las diferentes especies de movimientos en la tierra, y el modo con que se comunican. La experiencia nos ha hecho percibir ciertas reglas constantes, por las que vemos conservarse y perpetuarse los seres, y guardar este

universo un órden y una marcha uniforme: estas reglas pues son las que llamamos leyes de la naturaleza. Yo no ignoro que en el modo comun de hablar se designa á la naturaleza como la lejisladora de todos los seres que componen este mundo; pero ó no nos entendemos, ó es preciso entender por naturaleza, como dice Bossuet (1), «una pro-«funda sabiduría que desenvuelve con «órden, y con sujecion á reglas exactas, «todos los movimientos que vemos.» En efecto, todo el que no sea ateo suscribirá con gusto á la hermosa definicion que da Buffon de la naturaleza cuando la llama «el sistema de las leyes «establecidas por el Criador para la con-«servacion y reproduccion de los se-«res.» Luego si estas leyes son la obra de Dios, ¿con que razon disputarle el derecho y la facultad de suspenderlas? Harémos esto palpable con un ejemplo particular. Vemos constantemente que

(1) Connaissance de Dieu et de soi même, c. IV.

segun el curso ordinario de las cosas, de la semilla confiada á la tierra nace una planta, crece y se madura por medio de la accion lenta y sucesiva de ciertos ajentes naturales, como la tierra, el agua y el fuego; y siendo Dios el que ha concedido á estos ajentes naturales la fuerza de producir estos efectos en un cierto intervalo de tiempo, ¿nó podrá producir por sí mismo en un instante, y sin la concurrencia de las causas naturales, lo mismo que produce por la accion lenta y sucesiva de estas? ¿Y no seria esto un verdadero milagro? ¿Se dirá que habiendo dado Dios este poder á sus criaturas se ha despojado de él á sí mismo, ó que se ha impuesto la ley inviolable de no producir nunca sin ellas los efectos que produce por ellas? Todo esto es un absurdo, porque es claro que quien ha sido bastante poderoso para criar los ajentes, lo será tambien con mayor razon para no necesitar de ellos cuando lo agrade.

Las leyes de la naturaleza son sin du-

da sabias, porque son obra de la sabiduría misma, y por lo tanto estan perfectamente adaptadas á los fines que Dios se ha propuesto; ¿pero no puede Dios tener razones de la mas profunda sabiduría para derogarlas alguna vez, y manifestar de este modo su voluntad suprema? No existiendo la naturaleza material sino para la naturaleza intelijente, y siendo las criaturas racionales el objeto principal de los cuidados y pensamientos de la providencia, como parte la mas noble y esencial del universo, y las únicas capaces de conocerla y adorarla, ¿por que no ha de poder Dios, ya sea para instruirlas cuando se estravian, ya para recompensarlas cuando son fieles ó para castigarlas cuando son rebeldes, suspender algunas veces el órden regular de las cosas físicas? Las maravillas de la naturaleza no hacen por desgracia en nosotros mas que una impresion pasajera por la costumbre misma que tenemos de verlas, y familiarizados con ellas las miramos con

indiferencia de modo que han caido en una especie de envilecimiento. En vano ostenta el universo á nuestra vista sus encantadoras bellezas, en vano nos convidan de concierto todas las criaturas á glorificar á su autor; encallecido nuestro corazon apénas es sensible á este espectáculo, por lo que era digno de la sabiduría y de la bondad de Dios hacer brillar de tiempo en tiempo su presencia por medio de rasgos capaces de sacar al hombre de su indiferencia y de su letargo. Es sin duda alguna una maravilla asombrosa de su bondad soberana, atenta á nuestras necesidades, que algunos granos de trigo sembrados en la tierra se conviertan en abundantes mieses que alimenten á pueblos enteros; pero como esto es una cosa ordinaria, apénas nos mueve á volver nuestras miradas hácia el Padre celestial, y darle gracias por un don tan grande; mas si en época en que una hambre cruel desolase una gran ciudad, se multiplicase un puñado de trigo repentina-

mente y con tal abundancia que saciase la hambre de todo el pueblo, ¡de que sentimientos de adoracion, de admiracion y reconocimiento se penetrarian entónces todos los corazones! Los milagros son como unos rasgos de autoridad divina que descubren de un modo mas sensible la mano poderosa y el supremo gobierno del Señor de los hombres y de la naturaleza.

Las leyes de la naturaleza deben indudablemente tener un carácter de estabilidad, porque en Dios no cabe ni capricho ni imprevision, y nada nos da una idea mas alta de su poder y de su sabiduría, que esta perpetuidad de leyes siempre unas mismas y siempre admirables en sus efectos: las leyes físicas dejarían de ser tales si fuesen violadas continua y universalmente; y esto produciria ademas el trastorno del órden y de la armonía del mundo; pero unas suspensiones pasajeras y raras de las leyes ordinarias estan muy léjos de tener estos inconvenientes, y sirven al contra-

rio para hacer resaltar mas y mas la independencia del Criador, y para mostrar mas visiblemente el imperio que conserva sobre su obra. Porque de tiempo en tiempo resucite un muerto, no dejará el mundo de seguir su marcha acostumbrada, el sol no dejará de alumbrar el universo, la tierra de cubrirse de frutos y de mieses, ni el resto del jénero humano de nacer, vivir y morir segun las leyes ordinarias.

Es cierto que Dios es inmutable, que no varia, y que sus pensamientos son eternos; ¿pero por que se ha de ver en los milagros cosa alguna contraria á la inmutabilidad de Dios? Solo Dios existia con anterioridad á todos los tiempos, trazaba en su sabiduría el plan de este universo y preparaba en ella las leyes que debia darle: con su ciencia infinita abrazaba en un solo pensamiento todos los sucesos que obraria en el discurso de los tiempos; y cuando arreglaba las leyes de la naturaleza, ordenaba tambien las escepciones que que-

ria hacer de ellas: la suspension de la ley como la ley misma entraba en sus designios eternos, y una y otra se decretaron al mismo tiempo. Cuando Dios condenaba á morir al hombre culpable para no revivir, entónces decretaba que Lázaro seria esceptuado, y que saldria vivo de su sepulcro. Porque al dictar un Príncipe una ley á sus súbditos prevea un caso particular en el que declare que aquella no tenga fuerza, ¿se dirá en llegando este caso que el Príncipe es inconstante en sus designios? Ciertamente que no. La aplicacion es clara. El mismo Dios que ha arreglado el curso de la naturáleza, ha ordenado su suspension en circunstancias que ha previsto y determinado, y el milagro no es otra cosa que la ejecucion de sus decretos; de modo que si no se verificase despues de haber sido decretado, entónces precisamente dejaria Dios de ser inmutable. Así pues mírese el milagro bajo del punto de vista que se quiera, nada presenta que no sea perfectamente confor-

me con los atributos de la Divinidad, con su poder, con su sabiduría é inmutabilidad. Solos los ateos podrán pensar en contradecir su posibilidad; pero los ateos no son en esta materia personas de cuya autoridad podamos prevalernos. ¿Sabeis lo que á este intento ha dicho un escritor que no debe parecer sospechoso, J. S. Rousseau? Copiaré exactamente sus palabras. «¿Puede Dios ha«cer milagros? Es decir: ¿Puede Dios «derogar las leyes que ha establecido? «Esta cuestion tratada seriamente sería «impía, si no fuese absurda, y era ne«cesario encerrar al que la resolviese ne«gativamente, porque el castigarle se«ria hacerle demasiado honor (1).» Este lenguaje no es como veis el de un escritor muy tolerante. Si un teólogo hubiese dicho estas palabras, se hubiera gritado fanatismo, fanatismo; pero por fortuna las dijo el *ciudadano de Jinebra*.

Establecida ya la posibilidad de los

(1) Troisième *letre de la Montagne*.

milagros, yo añado que es muy fácil distinguirlos de los hechos naturales. Cuando se trata de milagros es preciso evitar igualmente dos estremos opuestos; á saber: una credulidad que todo lo adopta sin exámen, y que nos conduce á juicios temerarios siempre, aunque fuesen verdaderos; y una incredulidad que todo lo desecha sin reflexion, que resiste hasta lo evidente; y que léjos de ser valentía de ánimo, no es mas que una obstinacion pueril y llena de debilidad: evitemos pues ámbos escesos.

Primeramente hay que observar que no todo lo que es estraordinario es por lo mismo milagroso. Atraer los rayos desde las nubes y separarlos al mismo tiempo de nuestros edificios: elevarse los hombres á las rejiones del aire, y navegar en una especie de barquilla por este nuevo océano, son cosas muy estraordinarias, pero no son milagros.

Hay que observar tambien que no es milagroso un hecho porque sea desconocida su causa, no; no basta ser tes-

tigo de un suceso cuya causa se nos oculte para proclamar un milagro; es preciso para esto ver una manifiesta violacion de las leyes conocidas. En el momento que percibimos un aparato de instrumentos, y podemos sospechar que obran los resortes secretos de la industria humana, el juego de una mano diestra, ó la accion de cualquier fluido real, aunque invisible, ya no vemos milagro; y por esto nada tienen de milagroso todas esas habilidades á veces muy singulares con que se divierte al pueblo, y aun á los hombres instruidos: ni todos esos efectos admirables producidos por medio de la maquinaria, del iman, del fluido eléctrico, de la luz y de las combinaciones químicas. Yo bien podré ignorar la conexion de lo que veo con la causa que lo produce; pero cuando sé que hay una mano oculta que dirije todo el espectáculo, me contento con admirar los efectos del arte de los hombres y sus sutiles invenciones.

Ultimamente hay que convenir, Se-

ñores, en que muchas veces es muy difícil distinguir lo milagroso de lo natural; pero en este caso ¿qué deberémos hacer? Lo que en todo lo incierto: suspender el juicio, no decidir y aguardar nuevas luces; pues mas de una vez se han padecido engaños por haber juzgado con demasiada precipitacion. La ignorancia y la sencillez pueden en esta materia ser un manantial de ilusiones; pues nada es mas posible que dejarse engañar un hombre ignorante y limitado por un impostor, y sentirse incitado por la fe de un supuesto milagro á entregarse á prácticas supersticiosas; tan fácil es en efecto ser el juguete de un falso taumaturgo como de un sofista, y ser fascinado por la falsa apariencia de un prodijio como por el vislumbre de un sofisma. El hombre puede engañarse en la discusion de los milagros como en cualquiera otra cosa porque es hombre; pero en ella mas que en otra alguna debemos recordar la advertencia de los libros santos: *No que-*

rais prestar fe á todo espíritu: examinad, sí, todas las cosas, y atenéos á lo bueno (1).

¿Pero se pretenderá por eso que yo me glorie de hacer resistencia á la verdad? Si yo viese interrumpido manifiestamente el curso de la naturaleza, ó fuese testigo de un suceso que derogase de un modo evidente una ley constante del mundo físico, me seria imposible no ver en esto un suceso milagroso. Así, cuando un muerto que con nuestros mismos ojos vemos hecho cadáver y empezado ya á podrirse en su sepulcro se reanimase y apareciese de repente lleno de vida y de salud; cuando un hombre rodeado de una inmensa muchedumbre en una espaciosa llanura se dijese el enviado de Dios, y para probarlo tomase unos cuantos panes y los multiplicase entre sus manos, de manera que con ellos alimentase ocho mil personas; cuando yo fuera, por ejemplo,

(1) I. Joan. IV. 1.: I. Thess. V. 21.

ciego de nacimiento, y que repentinamente sin remedio alguno ni ningun ajente natural y á la sola palabra de un hombre se abrieran mis ojos á la claridad del sol, y mi vista se hallara tan limpia y clara como si hubiera tenido el libre uso de ella toda mi vida; confieso, Señores, sin rubor y sin miedo de pasar por crédulo, que si estos hechos sucediesen, los creeria milagros: en vano aparentaria lo contrario, mentiria á mi conciencia, y mi corazon reclamaria contra mis palabras. Yo supongo aun que tocado por una simple vara el rio que baña esta capital abriese su seno, y se elevase por ámbas orillas formando dos murallas de agua para dejar libre el paso á un ejército de cien mil hombres, ¿quien de nosotros seria tan estúpido ó insensato que solo viese en esto un suceso natural? Yo desearia saber si reunidos todos los jugadores de manos, májicos, alquimistas, físicos y químicos con todo su aparato de espejos, de conductores eléctricos y pi-

las galvánicas, podrian empleando todos sus esfuerzos suspender y dividir las aguas del Sena. Es cierto que yo no conozco todas las leyes de la naturaleza; pero conozco muchas de un modo cierto, y cuando las veo evidentemente suspendidas, entónces veo un milagro. Es una ley bien cierta que un cadáver no resucitará por las fuerzas de la naturaleza; y sin embargo, si este suceso se verificase á mi vista no tendria necesidad para llamarle milagro de saber de antemano que leyes rijen el curso del sol y de los astros. ¿No podré tener la seguridad de que ha sido violada una ley civil bien conocida, aunque no sepa todas las que contiene el código? ¿Tiene necesidad un hijo de saber todas las leyes morales que rijen á la especie humana para estar seguro de que debe honrar á sus padres? Es muy cierto que yo no conozco siempre hasta donde se puede extender la actividad de la naturaleza, pero tampoco puedo calcular hasta donde al-

canzan las fuerzas del hombre; y sin embargo, puedo afirmar que un hombre no sostendrá una montaña en sus hombros. Digamos, Señores, para no salir de los justos límites y no caer en ridiculez, que debemos precavernos de toda sorpresa, que no se debe creer con facilidad en milagros; pero que así como podemos asegurarnos de la solidez de un raciocinio, podemos tambien asegurarnos de la realidad de un milagro y discernirle de lo que solo tiene las apariencias de tal, para lo cual no necesitamos muchas veces mas que de los ojos y de la luz de la razon natural.

Digo en tercer lugar que los milagros son un medio escelente para probar la verdad de una relijion. La luz natural nos dicta que Dios puede hablar al hombre por medio de la revelacion, como le habla por medio de la razon y de la conciencia, descubrirle por una luz superior verdades que no hubiera podido conocer por sus

luces naturales, ó bien desenvolver á su vista con mas claridad y extension verdades ya conocidas, prescribirle reglas de conducta mas perfectas y mas puras, un culto mas santo y mas digno de la Majestad infinita, y por este medio dar á su criatura una relijion positiva; ¿y quienes somos nosotros para pretender poner límites á la omnipotencia y á la sabiduría divina? Pero si se dignase hablar al hombre por el ministerio de los hombres, ¿que caractéres nos harian reconocer á sus enviados, y distinguirlos de los impostores que usurpan el título de aquellos? ¿Cual seria el sello divino de su mision? Señores, no nos toca á nosotros trazar á la providencia las sendas que debe seguir; pero si se dignase comunicar á sus enviados el don de los milagros, la razon me dicta que este seria un escelente medio para acreditarlos ante los pueblos. Advierto en efecto que este medio es dignísimo de la Majestad suprema, y al mismo tiempo muy pron-

to y compendioso para probar una doctrina, un medio muy popular, y muy eficaz para el entendimiento humano.

Medio digno de Dios. No teniendo el hombre el derecho de mandar el entendimiento de otro, debe por lo mismo discutir para apoyar sus opiniones, y establecer sus asertos y sus sistemas por una ilacion de razonamientos, de principios y de consecuencias: por mas ilustrado en efecto que se suponga á un filósofo, no tiene el don de infalibilidad; no son sus luces la demostracion de su doctrina, y pueden ser preocupaciones á favor de ella; y así, por mas reputacion que tenga de ciencia y de talento, se ve precisado á raciocinar con sus semejantes si quiere convencerlos; pero como observa muy bien un antiguo apolojista, Lactancio (1), no seria conveniente que Dios hablase á los hombres como un filóso-

(1) Divin. Instit. lib. III. cap. I.

so que raciocina; debe mas bien hablarles como Señor que decide, y apoyar su relijion no en argumentos, sino en obras de su omnipotencia: su palabra es la verdad, y el destino del hombre es obedecerla: ¿y hay una cosa mas digna de Dios que prescribir al hombre la obediencia por actos visibles que atestigüen la que le presta toda la naturaleza?

Medio muy pronto y compendioso, porque no consiste en largos raciocinios, ni en discusiones sabias y penosas: solo se necesita tener ojos y sentido comun; pues para persuadir una doctrina adelantaria mucho mas un taumaturgo con la resurreccion patente de un muerto, que un predicador con sus discursos, ó un sabio con sus libros.

Medio muy popular. La multitud no frecuenta las escuelas de los filósofos: ignorante y grosera es incapaz de sabias investigaciones; y distraida por los trabajos corporales y por las necesidades de la vida, no tiene tiempo pa-

ra entregarse á estudios profundos; por lo cual debe ser conducida mas bien por la autoridad que por el raciocinio; pero todos los hombres están habituados á ver los hechos, á aprenderlos y á referirlos; y un milagro es un suceso, un hecho sensible que puede verse ó saberse de los que le han visto; lo cual hacia decir á Oríjenes hablando de Jesucristo (1): «Yo convengo «en que si la multitud fuese capaz de «estudio, podria el raciocinio ser el ca- «mino de la verdad; pero haciendo im- «practicable este medio las necesidades «de la vida y la debilidad humana, ¿se «podria haber buscado otro mas segu- «ro que el que escojió Jesucristo?»

Medio en fin muy eficaz y muy poderoso sobre el espíritu de los pueblos. ¿Quién podrá en efecto libertarse de la impresion de los milagros, y de su imperio sobre el entendimiento? Se dice que á todos los hombres gusta lo ma-

(1) Contr. Cels. lib. 1.

ravilloso, y que los pueblos se han dejado engañar demasiadas veces por autores de prodijios; pero si esto nos debe hacer cautos y severos, su mismo exámen prueba tambien la inclinacion de nuestra naturaleza á creer á los que obran milagros. Nosotros reconoceríamos como verdadero enviado de Dios al que anunciándose como tal y hablando en su nombre, lo probase mandando á la naturaleza. Los principios que nos dirijen en esto, nacen de las ideas mas puras que nos da nuestra razon acerca de la Divinidad. Ella nos dice que Dios es la bondad, la verdad, la santidad y sabiduría misma: ¿pero seria el Dios bueno si hiciese servir su poder para precipitar en el error á la criatura á quien ama? ¿Seria santo y veraz si hiciese concurrir su poder para autorizar la mentira ó el vicio? ¿Seria el Dios sabio si hiciese servir su omnipotencia para desmentir sus demas perfecciones, su veracidad y su santidad? Existan enhorabuena, espíri-



tus malignos superiores al hombre, enemigos de su felicidad, y ocupados en engañarle y seducirle; nunca serán estos mas que unas criaturas subordinadas al Criador que sabe sujetar ó limitar su malignidad segun le place, que nunca permitiria que fuésemos tentados mas allá de nuestras fuerzas, y que nos daria los medios de reconocer y de evitar sus lazos.

Yo supongo que se levanta de entre nosotros un hombre, y que se dice enviado de Dios para darnos en su nombre un precepto: supongámonos aun embelesados de la sabiduría de sus discursos, de la hermosura de su doctrina, y de la pureza de su conducta; pero con todo, como es posible que no sea mas que un hábil entusiasta, ó un hombre engañado por sus propias ideas, rehusamos darle crédito. ¿Qué hace en este caso para vencer nuestra repugnancia? Invoca al mismo Dios en testimonio de su mision, y en su nombre resucita un muerto: ¿podríamos entón-

ces dejar de ver en este milagro la prueba evidente de la mision del que le hubiera ejecutado, sus credenciales auténticas para con los pueblos, y dejar de reverenciar en él al enviado del Altísimo? Pero si nosotros no hemos sido testigos de los milagros, ¿como podrémos cerciorarnos de ellos? Por los mismos medios que nos justifican los hechos naturales, á saber: por el testimonio: y estamos en la cuarta y última proposicion.

¿Que pueden respondernos los enemigos de la revelacion cuando les exponemos los sucesos milagrosos consignados en nuestros libros santos? Ya dejamos probado que disputar su posibilidad, es no reconocer á Dios como autor y conservador de la naturaleza, y precipitarse en el ateismo; no queda por consiguiente á los deistas mas recurso que poner en duda la realidad de los prodijios que les presentamos como el título mas brillante de

la mision divina de Moises y de Jesucristo. Divididos los deistas en opiniones, han sostenido unos que nunca se puede tener una plena certidumbre de los hechos que no hemos visto por nosotros mismos; y otros, que si puede el testimonio darnos una plena certidumbre de los hechos naturales, no puede dárnosla de los sobrenaturales, de los milagros. Ambas aserciones son igualmente falsas; ya sabemos lo que debemos pensar de la primera; examinemos la segunda.

Os ruego, Señores, observeis bien que no se trata de considerar el milagro en la causa que le produce, sino en su existencia misma; y que el testimonio no recae sobre el modo invisible y sobrenatural con que el prodijio se ha obrado, sino sobre su resultado existente y visible. La accion secreta del Todo-poderoso se escaparia ciertamente á mi vista al resucitar un muerto; pero el muerto que está en la tumba, ó que á mi vista vuelve de nuevo

á la vida es siempre para mí un objeto sensible que puedo ver y tocar. En esto como en todas las cosas puede caber impostura; pero no todo lo es; y hay muertos que lo están realmente. ¿Y quien de nosotros no lo habrá experimentado muchas veces con dolor? Si la resurreccion es posible, lo es á la divina omnipotencia: si puede verificarse puede tener testigos; estos testigos pueden referirla; y en este como en todos los demas hechos, todo se reduce á saber si el testimonio de aquellos es irrecusable, y si está revestido de todos los caractéres que afianzan su fidelidad. En vano será decir que es contrario á la experiencia que un muerto resucite; y que es físicamente cierto que no ha resucitado: ¿qué significa este lenguaje? No se dice que esta resurreccion sea efecto de las leyes de la naturaleza, sino una derogacion de ellas ejecutada por su mismo autor. Es físicamente cierto que no ha sucedido miéntras que Dios no ha querido invertir el

órden regular de la naturaleza; pero lo que es imposible á las fuerzas de la naturaleza es fácil á Dios: el que ha dado la primera vida puede dar la segunda; y vuelvo á decirlo, todo se reduce a saber si el hecho ha sucedido.

¿Que ha intentado pues el autor de los *Pensamientos filosóficos*, cuando ha dicho: «Aunque todo Paris viniera á decirme que un muerto ha resucitado en «Passy, yo no lo creeria, porque es mas «posible que todo París se equivoque «que el que un muerto resucite?» Esto no es mas que un sofisma, un lenguaje equívoco. Es cierto que no es posible que un muerto recobre la vida por solas las fuerzas de la naturaleza, y que, sí, lo es que todo Paris adopte rumores vagos y confusos, que se esparza en él una noticia falsa, que esta se crea jeneralmente, y que todo París se engañe; pero en el caso presente se trata de testigos de quienes despues del mas detenido exámen no podamos sospechar, y de los cuales sea evidente que no han

sido engañados ni nos engañan. Yo supongo, por ejemplo, que trescientas personas de esta capital van á una aldea vecina, y que las conducen á las orillas de un sepulcro donde yace un cadáver que principia ya á podrirse: es constante que hay allí un verdadero muerto; pero supongo que sale de su tumba á la voz de un hombre que se dice enviado de Dios; que este nuevo Lázaro es restituido á su familia; que los trescientos testigos le pueden ver y palpar; que persevera en este estado de hombre viviente, ejerciendo todas sus funciones ordinarias, y supongo que en seguida todos estos testigos de diferente edad, intereses, pasiones, educacion y nacimiento atestiguan constante y uniformemente la realidad del prodijio; en este caso seria una locura no creerle; y si me dijéseis que todos se engañaban seria entónces necesario decir que todos eran maniáticos, que estaban atacados al mismo tiempo de un mismo delirio, y que todos por una misma ilusion habian crei-

do ver lo que no veian y tocar lo que no tocaban; para esto deberian trastornarse todas las leyes de la naturaleza, y habria tantos milagros como individuos; y hé aquí que por querer negar el milagro único de la resurreccion, nos veríamos obligados á admitir trescientos milagros que era el número de los testigos, es decir, que por no creer se caeria en el último estremo de credulidad. Nada importa tampoco en la cuestion presente que el milagro sea reciente ó antiguo; lo que es necesario saber es si el testimonio en que esté apoyado tiene todos los requisitos necesarios para no dejar ninguna sospecha juiciosa de ilusion ó de impostura.

Se reconoce la autoridad del testimonio acerca de un hecho natural; pero tampoco es mas que un hecho natural lo que todo Paris quiere que creamos: á saber, que este hombre está lleno de vida. Es tambien cierto, que asegurados una vez de su muerte, su vida actual supone una re-

surreccion; y si no se puede dudar de la vida de este hombre por el testimonio de todo Paris, pues que recae sobre un hecho natural, tambien debe ser indudable su resurreccion, porque lo uno está ligado necesariamente con lo otro. El milagro se halla de este modo encerrado entre dos hechos naturales, entre la muerte de este hombre y su vida presente; y no estando los testigos seguros del milagro de la resurreccion sino porque lo estan del hecho natural, yo puedo decir que el milagro no es mas que la consecuencia de dos hechos naturales. Pudiendo pues estar seguro de los hechos naturales, como confiesa el escéptico, y siendo el milagro la simple consecuencia de dos hechos positivos, el milagro negado por el escéptico se halla, por decirlo así, compuesto de tres cosas que concede: á saber, la certidumbre de dos hechos naturales, la muerte de este hombre y su vida presente, y de una conclusion metafísica que el escéptico

no niega, y que consiste en decir: este hombre que vive ahora estaba muerto hace tres dias: luego ha sido vuelto de la muerte á la vida.

Basta ya, Señores, sobre la posibilidad, la naturaleza y la autoridad de los milagros, y sobre los medios de asegurarnos de su existencia. No se trata ya de desechar con un soberbio desden los milagros que nos refieren los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, ni de abandonarlos al pueblo ignorante: queda establecida su posibilidad, y cuando mas adelante hagamos ver que estan apoyados en testimonios irrecusables, y que estan tan bien probados como cualquiera de los hechos antiguos de que nadie duda, la razon mandará entónces imperiosamente reconocer su verdad. En vano será oponer que las historias de todos los pueblos abundan en prodijios: los falsos no destruyen los verdaderos, y es como si se dijese que no hay ninguna historia fiel, porque las hay fabulosas, y que no hay moneda

buena, porque tambien circula falsa. Mucho mas filosófico seria observar con Pascal que la mentira viene en pos de la verdad, que la impostura es una falsa imitacion de lo que ha sucedido, y que si nunca hubiese obrado milagros el Todo-poderoso, nunca hubieran concebido los hombres la idea de imitarlos. Yo bien sé cuanto en nuestros dias retrae un falso rubor, y que se mira al parecer como vergonzoso confesar que se cree en los milagros evanjélicos, cuando, por un contraste raro y harto denigrativo á la razon, no se tiene por tal creer los absurdos del materialismo: se teme pensar en esta materia como el pueblo. ¡Pero qué! ¿Porque el pueblo crea en Dios, será necesario que el sabio sea ateista? Por no adoptar ciertas preocupaciones de su ignorancia, ¿será preciso que la sutileza de una falsa ciencia nos conduzca á errores no ménos ridículos y mas funestos aun? No consiste la fortaleza de alma en afectar irrelijion en un siglo

irrelijioso, sino mas bien en luchar contra el torrente de las malas doctrinas. El crímen de muchos escritores del último siglo fué haber buscado la fama mas que la verdad. ¡Infeliz de mí si enervado por la relajacion de las opiniones actuales tuviese yo mismo con ellas culpables condescendencias! Escrito está, *que en los labios del sacerdote ha de estar el depósito de la ciencia* (1). ¿Y quien, si él permaneciese mudo en medio de los gritos de la impiedad, atraeria á la juventud de su estravío á las sanas doctrinas? No, no estan aun todos los corazones cerrados á la verdad en estos aciagos dias, y todavía penetra en ellos para despertar sentimientos adormecidos, mas bien que apagados. ¡Ojalá pueda por nuestro conducto ser escuchada por ellos, conmoverlos, convencerlos y volverlos á esta relijion santa, tan tierna en sus llamamientos, tan induljente con el arrepen-

(1) Malach. II. 7.

tido, tan magnífica en sus promesas, y que no aspira á triunfar en el tiempo sino para coronar en la eternidad!

MOISES

CONSIDERADO

COMO AUTOR DEL PENTATEUCO.

Entre todos los nombres célebres que se han conservado en la memoria de los hombres, y que han llegado á ser como populares en todas las naciones, no hay uno mas universalmente conocido que el de Moises. Subid hasta la mas remota antigüedad: allí hallaréis á una nacion entera que le reverencia como á su lejislador, que le da á conocer no solo á los pueblos vecinos, sino tambien á aquellos entre quienes estuvo mas de una vez cautiva y dispersada; y despues que la última catástrofe consumó la ruina y desolacion de los judíos, vedlos todavía llevar consigo á todas partes el nombre de Moises, su antiguo fundador. Despues de estos vinie-

ron los cristianos que le han reconocido como un escritor inspirado, como un enviado de Dios y autor de una ley figurativa, que era la preparacion y el emblema de la ley mas perfecta que profesan; y de este modo ha penetrado por ellos el nombre de Moises en todas las rejiones del mundo en que se ha establecido el cristianismo. Pero en fin, ¿que es lo que debemos pensar de este Moises, tan célebre en los anales del jénero humano? ¿Nos deberémos contentar con ponerle al lado de los Confucios, de los Zoroastros, de los Numas y Mahomas? ¿Le deberémos mirar solamente como uno de aquellos personajes estraordinarios que se han inmortalizado en la tierra por sus vastos conocimientos ó por la valentía de su injenio, ó como uno de los diestros novadores que han poseido el arte de engañar á los pueblos, captar su admiracion y dictarles leyes? Nosotros los cristianos formados en la escuela del Evanjelio no tenemos por que vacilar;

sabemos que Jesucristo ha rendido homenaje á Moises, á su mision divina, á sus virtudes, á la santidad de su culto, y á la sabiduría de sus leyes. Esto nos basta; y en vista del testimonio de Jesucristo, que es la misma verdad, no puede estar indeciso el cristiano que, sin desdeñar las ciencias humanas, mira al que se levanta contra la ciencia de Dios como un soberbio que, creyendo saberlo todo, ignora lo que mas le importa saber. *Superbus est nihil sciens* (1). Sin enredarnos en doctas discusiones, y apoyados solo en la autoridad de Jesucristo y de sus Apóstoles, podemos asegurar que Moises fué un teólogo sublime, que reveló la doctrina mas elevada y mas pura acerca de Dios, de la creacion, del destino primitivo del hombre, de su degradacion y de las promesas de un redentor; un historiador fiel, que nos hace estar presentes al verdadero oríjen de

(1) I Timoth. VI. v. 4.

las cosas, y nos desenvuelve la série de las jeneraciones, el nacimiento y los progresos de los pueblos; un lejislador inspirado, que por medio de sus leyes, su doctrina y su culto conserva en el seno de una nacion verdades sagradas, desconocidas ó alteradas en todas las demas, y prepara los caminos á una ley mucho mas perfecta, mas extensa en sus efectos, y mas magnífica en sus promesas. Pero cuanto mas profundo es en esta parte nuestro convencimiento, tanto mas debemos llorar los estravíos del incrédulo, y mostrarnos celosos por separarle de ellos. Tal es el enlace de la antigua y de la nueva ley, que el disipar los errores y las preocupaciones acerca de la primera, es no solo preparar, sino aun asegurar el triunfo de la segunda.

Para ilustrar y tratar con órden las principales cuestiones acerca de Moises, nos hemos propuesto considerarle como autor del Pentateuco, es decir, de los cinco primeros libros de la Bi-

blia, como historiador en particular de los tiempos primitivos, y en fin como lejislador. He dicho como autor del Pentateuco para manifestar que él ha sido el verdadero compositor de los libros designados con este nombre, y que es muy verídico en la relacion de los milagros que nos refiere. He dicho como historiador, en particular de los tiempos primitivos, para mostrar que su historia de la creacion y del diluvio no ha sido contradicha ni por la sana razon, ni por tradiciones ciertas de los pueblos mas antiguos, ni por los fenómenos bien comprobados de la naturaleza: he dicho en fin, como lejislador, sea en el órden relijioso y moral, sea en el político y civil, para vindicar la sublimidad de su doctrina, y la sabiduría de sus leyes. Estos tres modos de considerar á Moises nos darán materia para tres discursos consecutivos, que espero nos harán conocer con cuanto fundamento llamó Bossuet á Moises «El mas antiguo de los historiadores,

«el mas sublime de los filósofos, y el «mas sabio de los lejisladores (1).» Hoy nos limitarémos á considerarle como autor de los libros que se le atribuyen, á saber: el Jénesis, el Exodo, los Números, el Levítico, y el Deuteronomio, conocidos por ser cinco con el nombre de *Pentateuco.*

Esta es una discusion de pura crítica, bastante árida por sí misma, y poco susceptible de los adornos que lisonjean la imajinacion, ó de aquellas emociones que tocan al corazon; pero tengo la ventaja de hablar á un auditorio dispuesto á seguir las discusiones sérias, y capaz de percibir que nuestro grande objeto en la materia presente es convencer el entendimiento por medio de una lójica sana y luminosa.

Que Moises no fué un personaje fabuloso, parto de la imajinacion de los poetas, sino un varon que real y verda-

(1) Disc. sur l'Hist. univ. 1.e part. 1.e époque.

deramente vivió hace tres mil años; y que este mismo Moises no fué un hombre comun, sino el fundador de la nacion judía y su primer lejislador, son hechos apoyados en la creencia mas antigua y mas universal, y mejor probados todavía que aquellos hechos antiguos de que nadie duda, y que no se pueden negar sin desquiciar todos los fundamentos de la historia; porque al fin se sabe que hubo en la tierra un pueblo judío, que este pueblo ocupaba la Palestina en los tiempos de Augusto y de Pompeyo; que tuvo su culto y sus leyes, y que este culto y estas leyes tuvieron su autor: ademas por una série de monumentos que nos representan su historia, subimos hasta su restauracion por Ciro, hastá la toma de Jerusalen por Nabucodonosor, hasta el glorioso reinado de Salomon, hasta Josué; y durante esta larga sucesion de siglos su relijion, sus fiestas, su jurisprudencia y sus costumbres, todo se funda en la autoridad de Moises. Esta nacion debe

haber tenido un fundador; ¿y se le querrá disputar el nombre de Moises? ¡Que mayor puerilidad! Dejemos que la misma nacion judía nos enseñe el nombre de su lejislador, y no pretendamos contradecirla sin pruebas y por capricho sobre un hecho que debia saber. Si un falso crítico disputase á los Chinos la existencia de Confucio, á los Persas la de Zoroastro, y á los Musulmanes la de Mahoma, ¿no se le tendría por insensato? Aun hay mas, Señores, el nombre de Moises era tan célebre en la antigüedad, que un sinnúmero de autores paganos, Ejipcios, Fenicios, Asirios, Griegos y Romanos hicieron mencion espresa de él. Es cierto que casi no nos han quedado mas que los nombres, ó algunos fragmentos de muchos de estos antiguos escritores; pero los hallamos citados por el célebre Josefo en sus libros contra Apion, por Justino, filósofo cristiano, en sus discursos contra los Griegos, por el sabio Clemente de Alejandría en su obra titula-

lada *los Estromas*, por Oríjenes en sus escritos contra Celso, por Eusebio en su *Preparacion evanjélica*, y nunca el testimonio de estos ha sido recusado por los paganos (1). Para contraerme á aquellos cuyas obras han llegado hasta nosotros, hallaréis entre los Griegos á Estrabon, á Diodoro Sículo y á Lonjino, y entre los Latinos á Justino, á Juvenal, á Tácito y á Plinio el naturalista, que han rendido homenaje á Moises, á sus leyes y á sus instituciones; pero hé aquí lo mas notable y decisivo en esta materia: cuando antiguamente y en el nacimiento del cristianismo aseguraban nuestros mas doctos apolojistas que Moises habia vivido ántes de la guerra de Troya, y que era el mas antiguo de los lejisladores, y cuando apoyaban sus aserciones en el testimonio mismo de la antigüedad profana, ¿que oponian á esto los mas encarnizados y

(1) Véase *Jacquelot*: Exist. de Dieu, III dissert. chap. IV. tom. II.; *Duvoisin*: Autorité des liv. de Moïse. I. part. chap. II.

mas hábiles enemigos de la relijion, los Celsos, los Porfirios, y los Julianos? Se mofaban, sí, de nuestros libros santos y de Moises, así como de Jesucristo, de su doctrina y de su culto; pero jamas pensaron en contradecir la antigüedad de Moises, y su cualidad de lejislador de los Hebreos. Ved pues á los hombres mas sabios que habia hace dos mil años en la tierra, tanto amigos como enemigos de la relijion, acordes todos acerca de la antigua existencia de Moises, lejislador de los Judíos. Se sabe ademas cual ha sido en esto la creencia de lo mas eminente, así en ciencia como en injenio, que ha habido en la iglesia cristiana de diez y ocho siglos á esta parte. ¡Que vergüenza ver algunos eruditos de mas memoria que juicio, que en nada creen, ni aun en Dios mismo, levantarse ellos solos contra la fe mas arraigada, mas constante y mas universal entre los sabios de todas las naciones y de todas las edades!

¿Pero adonde se encuentran la reli-

jion, la moral y las leyes de Moises? En los libros que se le atribuyen conocidos con el nombre de *Pentateuco*. Sí, el Pentateuco que nosotros leemos á la cabeza de nuestros libros santos, es la obra misma de Moises, y es tan antiguo como la nacion judía. Dirijiéndome ahora á un incrédulo, le pregunto: ¿Creeis que Homero fué un poeta griego que compuso la Iliada hace mas de veinte siglos? ¿Y por que lo creeis? Porque teneis á vuestro favor la fe pública de todas las edades sostenida por una série de monumentos que suben hasta el tiempo en que se dice que vivió Homero, y que le hacen autor de la Iliada; porque es imposible fijar una época posterior en que un falsario haya podido suplantar con fruto en este poema el nombre de Homero; y en fin, porque tanto en el cuerpo de la obra, como en la descripcion de las costumbres, de los usos, de los lugares y del carácter de los personajes, todo denota la antigüedad que se le atribuye. Pues

bien, este mismo conjunto de pruebas históricas se reune aun con mayor fuerza á favor de la autenticidad del Pentateuco. La fe constante y universal de la nacion judía, la imposibilidad de haber sido suplantado por un impostor, y los caractéres de antigüedad que presenta en cada pájina, todo nos asegura su autenticidad.

Fe constante de los Judíos: Los incrédulos confiesan que el Pentateuco tal como hoy le tenemos existia hace mas de dos siglos y medio ántes de Jesucristo, y que era entónces reverenciado como obra de Moises. En aquella época fué traducido al griego bajo del reinado de Ptolomeo Filadelfo. Y subiendo de siglo en siglo desde esta época reconocida por todos los críticos, ¿que es lo que hallais en la nacion judía? Una série de libros ya proféticos, ya históricos, ya morales, que nos conducen hasta Moises, y que nos le presentan como autor de una ley y de unos escritos que no son otra cosa que el mis-

mo Pentateuco. Recorramos por un momento la série de los escritores sagrados, y verémos despues de la famosa cautividad de Babilonia á Malaquías, á Nehemías y Esdras; durante la cautividad á Jeremías, á Baruch, á Ezequiel y Daniel, y en los tiempos anteriores verémos á los autores de los libros de los Reyes y de los Paralipómenos, á Salomon con sus diversas obras, á David con sus Cánticos, al autor del libro de los Jueces, y al del libro de Josué, que llega hasta la muerte de Moises. Todos estos escritores nos hablan incesantemente de Moises, de sus escritos, del libro de su ley; nos traen á la memoria contínuamente su nombre, su historia, los hechos que refirió, las diversas leyes que dictó, y nos muestran sin cesar el gobierno, el culto, las familias y el órden, así relijioso como civil, reglados por los estatutos de Moises, hallándose cuanto citan exactamente conforme á lo que leemos en el Éxodo, los Números, el Levítico y el

Deuteronomio; de que se compone toda la ley. Tan cierto es que Moises ha dejado escritos y leyes, como imposible atribuirle otros que los que forman la coleccion del Pentateuco. Me seria, Señores, muy fácil con la Biblia en la mano sostener lo que dejo sentado con las citas mas positivas; pero creo deber dispensaros de todo este conjunto de pasajes, molesto para un auditorio, y mas á propósito para un libro que se lee despacio, que para un discurso rápido y fugaz, y porque ademas se encuentran en todos los apolojistas que han escrito sobre esta materia (1). ¿Y como se podrá recusar el testimonio universal é invariable de la nacion judía desde su orijen? Si hay tradiciones fabulosas, tambien las hay verdaderas bien enlazadas y seguidas, por las que conocemos la historia de lo pasado; la tradicion de los Judíos no debe compararse con las inciertas y vagas de

(1) Véase *Duvoisin*. Autor. des liv. de Moïse. I. part. chap. 11. páj. 26 y sig.

otros pueblos: aquella no consiste en anales truncados, vacíos de hechos y de sucesos, sin conexion ni órden, y semejantes á los desiertos en que no se ven mas que peñascos áridos de trecho en trecho, ó mas bien á los eslabones sueltos de una cadena hecha pedazos: todo en ella está enlazado y sostenido, formando un cuerpo de historia cuyas partes estan unidas entre sí, sin que se pueda desmembrar una sola. Cada uno de los libros del Antiguo Testamento es una continuacion del que le precede: Josué toma la narracion inmediatamente despues de Moises; despues de Josué los Jueces nos conducen hasta Samuel, y los libros de los Reyes desde Samuel hasta la destruccion de Jerusalen, bajo del reinado de Nabucodonosor (1). Jamas se halla interrumpida la sucesion de los Jueces, de los grandes Sacerdotes ni de los Reyes: cada siglo se encuentra marca-

(1) *Duvoisin.* Autor. etc. Introd. páj. 12.

do por sucesos que resuenan en los siglos siguientes, y los hechos ruidosos de una época suponen los de otra época anterior: así está todo encadenado, y el hilo de la historia se sigue sin trabajo, y nos conduce sin interrupcion desde los tiempos de Ciro hasta Moises, á quien nunca se pierde de vista en toda esta sucesion de monumentos escritos de la nacion judía, y que siempre se nos presenta como autor de una ley que nosotros leemos aun en el Pentateuco.

Voltaire y sus copiantes han creido hacer una observacion muy embarazosa, advirtiendo que nunca se encuentran en los escritores del antiguo Testamento las palabras que corresponden á las de Génesis, Éxodo, Números, Levítico y Deuteronomio, y que es necesario decir lo mismo de las hebreas que designan los libros del Pentateuco; y de esto han creido poder deducir que el Pentateúco no ha sido realmente citado por los escritores judíos. Es cier-

to, Señores, que los autores del Antiguo Testamento no han citado nominalmente los libros de que se compone el Pentateuco; pero la razon es muy sencilla y perentoria, y es que no existia todavía la division de la obra en libros con distintos títulos, la cual es mucho mas reciente. El Pentateuco fué conocido largo tiempo bajo del nombre de ley, de libro de la ley, de volumen de Moises; así es como se le halla designado mas de una vez en nuestros Evangelios (1), y solo cuando fué dividido en libros se designaron estos por su palabra inicial. En cuanto á los nombres griegos que hoy tienen, se cree que vienen de la version de los Setenta (2). Estas son cosas que no es permitido ignorar, cuando se tiene el atrevimiento de impugnar nuestros libros santos; pero á injenios presumi-

(1) Luc. XXIV. 44.

(2) *Duvoisin.* Autor. des liv. de Moise. I. part. chap. 1. *Bullet.* Réponses critiques, tom. II. páj. 32, 33.

dos y alucinados por el odio se les escapan rasgos de la mas vergonzosa ignorancia.

A la fe constante de los Judíos se reune la imposibilidad evidente de que un impostor suplantase el Pentateuco. Para ir sin rodeos á la sustancia de las cosas, os voy á manifestar todo lo ménos repugnante que se ha podido inventar en esta materia. Se ha dicho que los libros santos que dejó Moises pudieron perderse en los tiempos de calamidad, y borrarse de la memoria de los Judíos; que un hombre hábil como Esdras, que fué uno de los principales restauradores de la república judía despues de la cautividad, pudo recojer algunas tradiciones diseminadas, algunos hechos y algunas leyes acreditadas en la opinion, componer de todo esto el Pentateuco que tenemos; y á fin de darle mas autoridad, publicarle y extenderle despues bajo del nombre de Moises. Esta es, Señores, la mas especiosa de todas las in-

venciónes de los incrédulos contra la antigüedad de nuestro Pentateuco; pero vais á ver cuan quimérica es. Observemos ante todo que no fué Esdras el primero que condujo á Jerusalen las tribus cautivas, sino Zorobabel, que se restituyó á la Judea acompañado de una parte de la nacion con sus jefes. ¿Y que nos dice acerca de él la historia? Que su primer cuidado fué restablecer el culto, las fiestas y el órden Levítico, segun estaba escrito en el libro de Moises; lo que prueba que este libro existia ya: esto merece particularmente vuestra atencion. Los Judíos no eran un pueblo que salia entónces de los bosques sin relijion y sin leyes, y sin noticia de las jeneraciones que habian habitado anteriormente la Judea; no era un pueblo nuevo á quien se daba por la primera vez un gobierno y una relijion desconocida hasta entónces. Aquellos Judíos, que acababan de salir de entre las cadenas de la esclavitud, eran los hijos y nietos de los que el feroz vencedor

habia trasportado á la Caldea: muchos de ellos habian visto ademas el antiguo templo, el culto que en él se celebraba; y conocian su antigua forma de gobierno: tampoco les era desconocida la historia de sus antepasados, su oríjen, sus leyes, ni sus ceremonias relijiosas. ¿Y como era posible que Esdras pudiese escribir sobre todo esto una novela y decirles: Esta es la historia de vuestro lejislador y de vuestros padres; este el código sagrado de la relijion y del gobierno: mirad el libro que Moises ha dejado á su pueblo, que vuestros profetas y vuestros historiadores han citado de edad en edad, y que vuestros sacerdotes, vuestros padres y vosotros mismos no habeis cesado de leer hasta este dia (1)? Decidme, ¿hubiera podido Esdras persuadirles de todas estas cosas que no hubieran sido para ellos mas que absurdos manifiestos, en la suposicion de que el libro

(1) *Duvoisin.* Autor. des liv. de Moïse. I. part. chap. 5.

de Moises no hubiera realmente existido?

Pero aun tenemos mas: si se pretende que Esdras haya compuesto el Pentateuco, es necesario decir tambien que ha sido autor de todos los libros del Antiguo Testamento, asercion estravagante, si hay alguna que lo sea. Aquí es donde Bossuet hunde á nuestros adversarios con todo el peso de su lójica y de su injenio (1). «Si esta santa ley «hubiera estado tan profundamente ol«vidada que le hubiera sido posible á «Esdras restablecerla á su capricho, no «solamente habria tenido necesidad de «componer este libro, sino al mismo «tiempo tambien los de todos los Pro«fetas, antiguos y nuevos, es decir, los «que se habian escrito ántes y durante «la cautividad; los que el pueblo ha«bia visto escribir, lo mismo que aque«llos cuya memoria conservaba; y no «solamente los Profetas, sino tambien «los libros de Salomon, los salmos de

(1) Disc. sur l'Hist. univ. II. part. c. XXVIII.

«David, y todos los libros de historia;
«pues que apenas se encuentra en to-
«da ella un solo hecho de consideracion
«ni un solo capítulo en todos los de-
«mas libros, que desprendido de Moi-
«ses, tal como le tenemos, pueda sub-
«sistir ni un momento. Todo en ellos
«habla de Moises, y se funda en Moi-
«ses; y así debia de ser, porque Moi-
«ses, su ley y la historia que escribió,
«eran en efecto todo el fundamento de
«la conducta, pública y privada, de los
«Judíos. Era ciertamente una empresa
«maravillosa para Esdras, y bien nueva
«en el mundo, hacer hablar á un mismo
«tiempo acordes con Moises á tantos
«hombres diferentes en carácter y es-
«tilo, y á cada uno de una manera uni-
«forme, y siempre semejante: hacer
«creer de repente á todo un pueblo que
«aquellos eran los libros antiguos que
«habia reverenciado siempre, y los nue-
«vos que habia visto hacer, como si
«nunca hubiera oido hablar de nada,
«y como si se hubiese borrado entera-

«mente de su memoria el conocimien-
«to del tiempo presente y el del pasado:
«tales prodijios hay que creer para ha-
«cer á Esdras autor del Pentateuco.»

Voy á presentaros un hecho luminoso que descubre á las claras el absurdo de tal opinion. Quinientos años poco mas ó ménos ántes de Esdras, é inmediatamente despues de Salomon, dividió á la nacion un cisma fatal, del que provinieron el reino de Judá, que se mantuvo fiel á los descendientes de David, y el de Israel, cuya capital fué Samaria. La rivalidad, los odios y las guerras contínuas que se siguieron á esta division no permiten creer que los dos pueblos, el de Judá y el de Israel, se concertasen para fabricar una misma obra, ni que el uno adoptase la del otro. Y si á pesar de esto ámbos han reverenciado los mismos libros de Moises, ¿que deberémos colejir sino que estos libros existian en tiempo de Salomon, ántes de la época de aquella division funesta? Ningun crítico igno-

ra que nosotros hemos recibido de las tribus del reino de Israel el Pentateuco que se llama Samaritano, como tampoco que entre este Pentateuco y el nuestro se encuentra una exacta conformidad, lo cual es bastante para hacer subir su antigüedad mucho mas allá del tiempo en que apareció Esdras: por consiguiente lo que se ha inventado para hacer verosímil la suplantacion del Pentateuco por un impostor, sirve únicamente para demostrar mas su imposibilidad.

En fin, el Pentateuco presenta pasajes particulares que descubren su remota antigüedad. Mas de una vez se ha reconocido la falsedad de un libro por pasajes que no se podian conciliar con las circunstancias de los tiempos, de los lugares y de los personajes de que se trataba; pero si recorreis el Pentateuco en todas sus partes, si observais su estilo, si estudiais el carácter de los personajes, las costumbres y los usos que en él se describen, nada hallaréis

que no se refiera á los tiempos antiguos en que vivió Moises. Los Patriarcas, cuya historia refiere Moises, tan ricos é independientes como los Reyes, hacen una vida frugal y laboriosa; viajan con su numerosa familia, y conducen ellos mismos sus rebaños; sirven á los estranjeros, aderezan sus comidas por sus propias manos, y sus hijas dividen con ellos los trabajos inocentes de la vida pastoril. Rebeca va muy léjos á sacar el agua que ella misma llevaba sobre sus hombros; Ráquel y las hijas de Jethro llevan á beber los rebaños de sus padres, y Sara amasa ella misma el pan que Abrahan presenta á sus huéspedes (1). Está es la narracion de Moises: ¿y quien no reconoce en ella el sello de la mas remota antigüedad? Esta sencillez primitiva se conservó largo tiempo entre los Griegos, y se encuentra tambien en los príncipes y en los héroes celebrados por sus poetas:

(1) *Ducoisin*. Autor. des liv. de Moïse. I. part. chap. III.

Homero presenta á cada paso ejemplos de ella, y las poesías pastoriles, segun dice Fleury (1), no tienen otro fundamento. Es bien notorio que en los primeros tiempos ni la ambicion, ni las conquistas, ni las alianzas habian ensanchado los límites de los imperios; cada poblacion, por decirlo así, tenia su rey, y habia combates por una cisterna, lo mismo que los ha habido despues por provincias y por reinos. ¿Y que nos dice sobre esto Moises? Que Abrahan á la cabeza de trescientos hombres derrotó á cuatro Reyes coligados. En aquellos tiempos primitivos en que el arte de escribir, si no estaba ignorado, era ménos conocido, se conservaba la memoria de los sucesos por monumentos groseros pero significantes: por esto acostumbraban en ellos los diferentes pueblos del mundo (2) levantar altares, consagrar piedras, compo-

(1) *Fleury*. Costumbres de los Israelitas. I. part. n. 3.

(2) *Goguet*. Orig. des lois etc. t. 1. páj. 362.

ner cánticos que recordaban lo pasado, y dar un nombre simbólico á los lugares en que se habian acampado, ó bien á los hijos, cuyo nacimiento se señalaba por alguna cosa estraordinaria, y esto es lo que vemos tambien en la relacion de Moises. Abrahan levanta altares en los mismos sitios en que Dios se le apareció; Jacob consagra la piedra en que habia reclinado su cabeza; pone el nombre de Galaad al monton de piedras que fué la señal de su alianza con Laban; el sepulcro de Raquel, el pozo llamado Bersabé, y todos los demas de que se hace mencion en la historia de Isaac, eran otros tantos monumentos (1). Ultimamente el modo con que estan escritos los cuatro últimos libros del Pentateuco descubre evidentemente una obra orijinal y contemporánea de Moises. ¿Si estos libros hubiesen salido de la mano de otro escritor en tiempos posteriores, que hubiera hecho su autor? Dueño del asun-

(1) *Fleury*. Costumbres de los Israelitas n. 2.

to se hubiera propuesto un plan, hubiera establecido cierto órden entre las diferentes partes de su obra, y hubiera tratado, en capítulos separados, de las leyes, de los hechos y de la relijion; pero nada de esto hay en Moises; por el contrario se conoce que escribe en medio de los sucesos de que es testigo ocular; en sus libros estan mezcladas las leyes con los hechos, porque muchas veces un hecho ocasionaba una ley; estan presentadas sin órden, porque hechas segun las circunstancias, se escribian al tiempo que se publicaban. No son estos libros una historia seguida, compuesta con arte y método por un hombre que habiendo reflexionado sobre los sucesos pasados, los combina y enlaza, sino memorias de un escritor que cuenta lo que ve y lo que hace; de aquí nacen aquellas repeticiones, aquellas reprehensiones, y vehementes exortaciones que resultan de la naturaleza misma de las cosas y de los acaecimientos, y sería necesario no te-

ner discernimiento alguno para no reconocer en los libros de Moises el carácter orijinal de un lejislador (1).

Tenemos pues el Pentateuco apoyado en la fe constante de los Judíos, en lo absurdo de la opinion contraria, y en sus caractéres intrínsecos de antigüedad. ¿Y que podrán alegar los incrédulos contra este conjunto de pruebas luminosas y evidentes que acabamos de exponer? Se atreverán aun á repetir con Voltaire su maestro, que hubiera sido imposible á Moises el escribir el Pentateuco, porque entre los Ejipcios y los Caldeos el arte de grabar sus pensamientos en la piedra pulimentada, en el plomo ó en la madera, era el único modo de escribir, y que por lo mismo no es creible que Moises tuviese ni tiempo ni medios para escribir los cinco libros del Pentateuco? Todo esto, Señores, ó es falso ó es aventurado: yo no negaré que el Decálogo, que el compen-

(1) *Duvoisin*. Autor. des liv. de Moïse. I. part. chap. III.

dio de la ley haya estado grabado en la piedra; ¿pero de donde se infiere que las demas partes de la obra hayan sido grabadas del mismo modo? ¿De donde se ha sacado que no hubiese en tiempo de Moises otro modo de escribir los pensamientos? ¿Por qué no se habria conocido el uso de grabar en la corteza de ciertos árboles, ó en hojas de palma como se ha practicado entre los Indios y los Chinos? ¿Es natural que se haya comenzado por lo mas difícil? ¿No ha debido preceder el arte de pintar con colores al de grabar con instrumentos de cobre ó de acero? ¿No atestigua la historia de los pueblos que la invencion de las letras es de la mas remota antigüedad? Los sábios creen que Cecrops y Cadmo, poco mas ó ménos contemporáneos de Moises, llevaron á la Grecia el conocimiento de los caractéres alfabéticos; pero no insistamos mas sobre una materia en la que la injeniosa y sólida obra titulada: *Cartas de algunos Judíos á Mr. de Voltaire* ha re-

batido todos los errores, inconsecuencias y contradicciones de este, con tanto talento como fuerza. Oigamos ahora á Bossuet (1).

«¿Que es lo que se alega para autori-
«zar la suposicion del Pentateuco, y qué
«se puede oponer á una tradicion de tres
«mil años, sostenida por su misma fuer-
«za y por la série de las cosas? Nada co-
«nexo, positivo ni importante: sutile-
«zas sobre números, sitios ó nombres,
«y observaciones tales que en cualquie-
«ra otra materia se mirarian á lo mas
«como vanas curiosidades, insuficientes
«para alterar el fondo de las cosas: esto
«es todo lo que se alega como capaz de
«decidir el negocio mas sério que ja-
«mas ha habido.... Ved aquí lo mas fuer-
«te de su argumento. ¿No hay cosas
«añadidas al texto de Moises? ¿y en
«que consiste que se encuentre su muer-
«te al fin del libro que se le atribuye?

«¡Pero que gran maravilla es que los

(1) *Dicours sur l'Hist. univ.* II. Part. chap. 28.

«que han continuado su historia hayan «añadido su dichoso fin al resto de sus «hechos, con el objeto de hacer de todo «un mismo cuerpo! Veamos cuales son «las otras adiciones: ¿serán acaso alguna «ley nueva, ó alguna nueva ceremonia, «algun dogma, algun milagro ó alguna «prediccion? Ni aun por sueño, no hay «la menor sospecha ni el menor indicio: «ésto hubiera sido añadir á la obra de «Dios, lo cual estaba prohibido por la «ley, y hubiera causado un escándalo «horrible. ¿Pues que será? Quizá se ha-«ya continuado alguna jenealojía co-«menzada, acaso se haya esplicado un «nombre de ciudad cambiado por el «tiempo.... Cuatro ó cinco observacio-«nes de ésta naturaleza hechas por Jo-«sué, por Samuel, ó por cualquier otro «profeta de igual antigüedad habrán «pasado naturalmente al texto á causa «de no versar sino sobre hechos noto-«rios la misma tradicion nos las ha-«brá transmitido con todo lo demas: ¡y «por esto estará ya todo perdido...! ¿Se

« ha juzgado jamas de la autoridad, no « digo de un libro divino, sino de cual« quier otro, con razones tan superfi« ciales? Pero esto consiste en que la « Escritura es un libro mirado como « enemigo del jénero humano porque « quiere obligar á los hombres á some« ter su entendimiento á Dios, y á re« primir el desarreglo de sus pasiones, y « es preciso que perezca, y que á cual« quier precio sea sacrificado al liber« tinaje.» Este es en efecto el verdadero oríjen de los argumentos de la incredulidad: se han alegado sutilezas bastante embarazosas contra la antigüedad de la *Eneida* y se han despreciado; pero las que se han inventado contra la antigüedad de los libros de Moises, aunque mucho mas pueriles, se han mirado al momento como un triunfo, y como si fuesen demostraciones: esto hace ver que hay dos pesos y dos medidas que se emplean alternativamente segun la razon ó segun el capricho. Hemos dicho lo bastante para quedar convencidos de

que Moises es el autor del Pentateuco; ahora añado que es un autor muy verídico, y estamos en la segunda proposicion.

¡Cuan pasmosa es, Señores, y cuan digna de fijar la atencion jeneral la relacion de las maravillas obradas por Moises, que leemos en sus obras! El Ejipto castigado de su obstinacion con calamidades que comenzaban, se estendian y cesaban á la sola voz de Moises; todos los primojénitos de los Ejipcios, desde el hijo del Rey hasta el del esclavo, muertos en una misma noche, miéntras que la guadaña de la muerte perdona las casas de los Hebreos teñidas con la sangre del Cordero inmolado; el mar Bermejo que abre sus abismos para dar paso á una inmensa muchedumbre por en medio de sus ondas suspensas por ambos lados; un pan celestial que durante cuarenta años la mantuvo en medio de arenales áridos y ardientes; una columna de fuego que constantemente guia su marcha por el desierto; un Dios que sobre la cum-

bre del monte Sinai promulga su ley con el aparato mas formidable y mas majestuoso; la tierra que se abre á la voz de Moises para tragar vivos á los sacrílegos sediciosos que se niegan insolentemente á obedecer; tal es el magnífico espectáculo que nos presenta el historiador sagrado, y aun no son estas mas que una parte de las maravillas de que estan llenos sus libros. No afectemos un desden soberbio hácia todo lo que se llama milagro; si la demasiada credulidad es una debilidad, aun lo es mayor la resistencia escesiva del incrédulo; y ya hemos disipado en uno de nuestros últimos discursos las preocupaciones que sobre esta materia ha extendido demasiado una falsa filosofía. No se trata tampoco de truncar la narracion de Moises, ni de modificar á nuestro capricho las circunstancias mas notables de los hechos, buscando en seguida las esplicaciones naturales de ellos, y suponiendo gratuitamente un aparato de máquinas, y una maniobra de cau-

sas físicas de que no se hace mencion alguna; es necesario tomar la narracion tal como es, y ver si debe ser admitida como cierta, ó desechada como fabulosa. Es evidente que esta larga série de milagros mirados en su conjunto, en sus pormenores, en sus circunstancias y en su duracion, son superiores á las fuerzas de la naturaleza, y sobrepujan todos los esfuerzos de la industria humana; y así no hay mas que tomar uno de estos dos partidos, ó negar los hechos, ó confesar injenuamente que son milagrosos, y que debemos ver en ellos la mano de Dios, autorizando por su medio la mision de su enviado, protejiendo á su pueblo, vengándole de sus enemigos y colmándole de favores, ó castigándole por su infidelidad. Ahora voy á demostrar que todo nos asegura la realidad de los hechos, tanto su misma naturaleza como el carácter del historiador, la creencia de la nacion testigo irrecusable de ellos, y los efectos durables de que son la verdadera causa.

Bien sabido es cuanto influye para la autoridad de una historia y cuanto peso da á sus relaciones el conocimiento del carácter del historiador, y una reputacion bien merecida de buena fe, de imparcialidad y de virtud. ¿Y hallais algo en Moises que no inspire al lector la mas entera confianza? Lleno de sentimientos de relijion y de piedad se olvida á sí mismo para solo ver al que le envia, celebra su poder y su bondad, y la primera ley que dicta es amarle con todo el afecto del corazon. Inflamado de celo por extirpar los vicios y asegurar la práctica de las virtudes, á esto solo dirije sus discursos, su culto y sus leyes. Sin ambicion ni miras personales, acepta con sentimiento el grande ministerio que el cielo le confia; sacrifica su reposo al bien de un pueblo naturalmente indócil, que le aflije sin cesar con su rebelion y su ingratitud; cede á su hermano la mas alta dignidad, el sacerdocio supremo, y deja á sus hijos en la clase de simples levitas: no adula ni

conoce esos miramientos que inspira la política; reprende al pueblo lo mismo que á sus jefes sus prevaricaciones con una firmeza magnánima; no teme ofender el orgullo de las familias, recordándoles el incesto de Judá y de Thamar, la adoracion del becerro de oro, las disoluciones de los Israelitas con las hijas de Madian, las faltas de Leví jefe de su tribu, las de su hermano Aaron, de su hermana María y de sus sobrinos Nadab y Abiu. Lleno de candor y de modestia ni aun se disimula sus propias faltas: no se atribuye la gloria de ningun suceso, y no se mira mas que como el intérprete y el ejecutor de las órdenes del cielo. Sencillo en su estilo, sin énfasis ni reflexiones estudiadas, refiere y jamas discerta: habla como hombre convencido, y con la seguridad de un escritor que no teme ser contradicho. ¿Tantos rasgos reunidos de candor, de sinceridad y de virtud pura denotan un impostor, ó nos dan mas bien á reconocer un historiador verídico?

¡Pero cuanto se aumenta la confianza que inspiran sus cualidades personales con las circunstancias mismas y la naturaleza de los hechos que refiere! Por hábil y atrevido que sea un impostor hay siempre límites que no puede traspasar impunemente. No bastá inventar fábulas; es necesario hacerlas creibles porque, si no se inventan mas que mentiras tan groseras que aun el vulgo las conozca, ¿que esperanza puede quedar de seducirle? El embustero teme parecerlo, y su primer cuidado es encubrir la falsedad de sus fábulas; para esto coloca su oríjen en tiempos remotos, las cubre con la oscuridad de los siglos, y sobre todo no publica cosas que puedan desmentir testigos vivos y naciones enteras; de otro modo pronto se desgarraria el velo de sus imposturas, sin sacar otro fruto de su loca conducta que una indeleble vergüenza; y esto es lo que hubiera sucedido á Moises si solo debiésemos ver en su relacion una mentira continuada. Se conviene en que era un

hombre hábil; y sin embargo para suponerle historiador infiel sería preciso hacerle el mas inepto y estúpido de los hombres. En efecto, cuanto refiere es público por su naturaleza, notorio y ruidoso; los prodijios que relaciona no han acaecido entre las sombras de la noche, ni en tiempos antiguos, ni en paises lejanos, sino delante de su nacion, cuyo testimonio invoca contínuamente, designa las familias, las personas, los sitios, y no teme decir á seiscientos mil hombres: esto es lo que vosotros mismos habeis visto y esto lo que habeis oido. No, no es un poeta que describe con los colores de una imajinacion brillante, es un historiador que cuenta los hechos con exactitud y con todas sus circunstancias, que los presenta incesantemente como títulos de su mision, y que desafia abiertamente á la nacion á contradecirlos. En el último de sus libros, en el Deuteronomio, hace una recopilacion de todos los sucesos maravillosos que pasaron por espacio de

cuarenta años, y acaba diciendo á todo el pueblo: «Vuestros ojos han visto to-«das estas grandes maravillas que hizo «el Señor.» *Oculi vestri viderunt omnia opera Domini magna quæ fecit* (1).

Nada hay mas natural que apoyarse un impostor en revelaciones, en sueños, en milagros que algunos cuantos cómplices suyos dicen haber visto; ¿pero que impostor ha habido hasta ahora que haya expuesto al público sus mentiras, que haya invocado el testimonio de seiscientos mil hombres, y fundado el derecho de mandarlos en hechos evidentemente falsos, y en fábulas impertinentes desmentidas por la notoriedad pública (2)? Por mas ignorantes, groseros, crédulos y fáciles de engañar y de alucinar que se quiera suponer á los Hebreos, en lo que convendrémos, si se quiere, no eran sin embargo un pueblo de insensatos, domi-

(1) Deuteronom. XI, 6.

(2) *Duvoisin.* Autor. des liv. de Moïse. II. part. chap. 1.

nado enteramente de un delirio contínuo que le privase del uso de los sentidos y de la razon. Tenian ojos para ver, oidos para oir, y un entendimiento para concebir. ¿Y como, á no haber estado realmente locos, hubiera podido persuadirles Moises durante cuarenta años, que veian lo que no veian, y que oian lo que no oian? Diré, valiéndome del pensamiento y aun de las espresiones de un juicioso escritor: «Toda la certidumbre humana estriba sobre el principio de que los hombres no son locos, y que hay en la naturaleza ciertas reglas de las que jamas se separan sino por un trastorno total de la razon. Permítaseme decir caprichosamente que en el tiempo de César y de Pompeyo estaban atacados todos los hombres de una enfermedad que les hacia tomar por realidades los vanos sueños de su imajinacion; y desde este momento ya no habrá nada cierto, y se podrá decir que las batallas de Farsalia y de Actium son

«visiones de fanáticos. Cuando no se «pueden negar los hechos, sino supo«niendo una completa locura, no digo «en una nacion entera, sino aun en un «cierto número de hombres se toca en «materia de historia al último grado de «certidumbre posible (1).» Los hombres son semejantes en todos tiempos, y si no es permitido suponer esta locura en los hombres del dia, tampoco lo es suponerla en los antiguos Judíos; pero si suponemos por una parte que unos milagros tan ruidosos y tan patentes que no se necesitaba para asegurarse de ellos mas que tener oidos y ojos, no eran mas que fábulas; y si sentamos por otra que los Hebreos los han creido como verdades, no tenemos que vacilar en decir que todo el pueblo hebreo estaba poseido de la mas completa locura.

¿Se nos opondrá que nunca creyó en estos milagros, y que por lo tanto no se puede invocar su testimonio?

(1) *Discours sur les liv. de Moises*, à la suite des *Pensées de Pascal*, páj. 392 y sig.

Pero obsérvese desde luego que esta nacion era naturalmente indócil, y que siempre estaba propensa á levantarse contra su conductor: de aquí nacian sus murmuraciones, sus quejas sediciosas, su ansia por el Ejipto y por los alimentos con que se habia criado. ¿Quien pues ha sido capaz de domarla y someterla al yugo de una lejislacion austera y cargada de observancias penosas? ¿De que medios se vale Moises para ser escuchado? No de otros que de los milagros que obra, y que presenta sin cesar como el sello de su mision divina, y sobre los que únicamente funda su autoridad. Si estos milagros no hubiesen sido mas que fábulas, hubiera sido muy absurdo creer en ellos; y no creyéndolos hubiera sido el colmo de la estravagancia que el pueblo le hubiese seguido como al enviado de Dios. ¿Es acaso posible que teniendo á Moises por un impostor, y que estando persuadidos de que sus milagros no eran mas que quimeras inventadas para en-

gañarlos, se sometiesen sin embargo ciegamente á sus leyes, y que fuesen tan estúpidos que se dejasen dominar por él? Era esto natural?

No queda á la incredulidad mas que un recurso, y es decir, que la nacion entera habia concertado con Moises esta impostura, y que se habia unido con él para componer esta maravillosa historia y engañar juntos á la posteridad. ¡Que quimera! ¡Cuan desesperada debe ser una causa cuando no se la puede defender sino con tan absurdas hipótesis! ¡Qué! ¡es posible que dos millones de hombres hubiesen concertado constante y unánimemente por espacio de cuarenta años esta grande impostura, sin que ni uno solo reclamase contra ella, sin que en medio del choque, mas de una vez violento, de intereses y pasiones que ajitaban á las tribus no se oyese ni una sola voz á favor de la verdad; sin que en medio de las rebeliones que estallaban tan frecuentemente entre los hebreos hubiese uno solo que se separa-

se de esta infernal maquinacion, y sin que despues de la muerte de Moises hubiese un solo hombre suficientemente veraz para obligar á sus conciudadanos á avergonzarse de tal mentira! ¡Habia de decir á Moises la nacion entera (1): Sabemos perfectamente que no sois el enviado de Dios; pero no importa, componed una fábula absurda, y nosotros y nuestros hijos finjirémos creer todo lo que querais imajinar; es cierto que no hemos hecho mas que costear el mar Bermejo; pero nosotros afirmarémos que nos ha abierto su seno para darnos paso: nos presentaréis una relijion severa, y aunque no sea mas que obra vuestra, nosotros la seguirémos como si viniese de Dios! ¿No es insultar á la razon humana el suponer semejante pacto entre un impostor y toda una nacion?

Ultimamente, para reunir todo jé-

(1) *Duvoisin*. Autor. des liv. de Moïse. II. part. chap. III.

nero de pruebas, ved como una multitud de instituciones confirman la historia y la hacen palpable á todos. La fiesta de Pascua, las de Pentecostes y de los Tabernáculos; el uso de rescatar á los primojénitos; los cánticos sagrados, tales como el en que Moises celebra, en una poesía del todo divina; el paso del mar Bermejo; el vaso lleno de Maná y la vara de Aaron depositados en el Tabernáculo; las dos tablas de la ley puestas por órden de Moises en el arca de la alianza; las planchas de bronce clavadas en el altar como un recuerdo del crímen y de la muerte funesta de Coré, Datan y Abiron, usurpadores sacrílegos del sacerdocio; y una porcion de ritos y ceremonias del culto público (1): todo esto representaba y hacia tener como presentes los prodijios que habian señalado la salida de Ejipto, la publicacion de la ley, y la permanencia en el desierto. «Hay en cier-

(1) *Duvoisin.* Autor. des liv. de Moïse. II. part. chap. IV.

«ta manera dos historias de Moises, «una escrita en el libro que lleva su «nombre, y otra como grabada en las «ceremonias y en las leyes observadas «por los Judíos, cuya práctica era una «prueba viva á favor del libro que las «prescribia, y aun de lo mas maravi«lloso que contiene (1).» Es verdad que una fiesta, un himno sagrado, un monumento cualquiera, si son muy posteriores á los sucesos, no forman siempre una prueba perentoria á su favor; pero cuando la historia de una nacion, sus tradiciones verbales, sus fiestas, relijiosas y civiles, sus ritos, sus cánticos sagrados y sus instituciones tienen un mismo oríjen y suben á una misma época, ¿como es posible que esta concordancia deje de llamar la atencion, ni como se puede dejar de convenir que en este caso la historia escrita está apoyada en los usos y en los monumentos visibles, que estos monumentos estan recíprocamente esplicados

(1) Disc. à la suite des *Pensées de Pascal.*

por la historia escrita, y que esta perfecta armonía tiene una fuerza irresistible sobre todos los entendimientos juiciosos?

Así pues, Señores, tenemos probadas dos cosas, la primera, que Moises que vivia hace tres mil años, es el verdadero autor de los libros que se le atribuyen, y que nosotros llamamos el Pentateuco, y la segunda, que Moises es un autor muy verídico en los hechos que nos refiere: de aquí sacarémos dos consecuencias principales que encierran otras muchas accesorias.

La primera consecuencia es que el Pentateuco es uno de los libros mas antiguos, por no decir el mas antiguo de los libros conocidos. El que le tiene puede decir sin temor: hé aquí el mas precioso y mas antiguo monumento del talento humano. ¿Y en efecto en que pueblo se puede hallar otro semejante? ¿Que obra hay que presente como la de Moises treinta y tres siglos de antigüedad? Sanchoniaton escribió, dicen, los Ana-

les de los Fenicios; ¿pero que nos queda de él? Un fragmento que Porfirio citó el primero: y aunque hay sábios que dicen que alcanza hasta la guerra de Troya, todos convienen sin embargo en que es posterior á Moises. Beroso escribió los Anales de los Ejipcios, Manethon los de los Caldeos (1); pero uno y otro son mil años posteriores al historiador sagrado. Entre los Persas hallaréis á Zoroastro con los libros de que pasa por autor; pero los eruditos mas versados en estas materias solo le hacen contemporáneo de Dario, hijo de Histaspes (2). En fin, el primer compilador de la Historia China, Confucio, vivia (3) quinientos y cincuenta años ántes de la era cristiana.

(1) Memoir. de l'Acad. des Inscript. Tom. 16, Véase tambien á *Hooke*, *Relig. natur. et revel.* páj. 205. *princip.* Tom. II, páj. 108 y 109.

(2) Al rededor de quinientos años ántes de Jesucristo. Véase la vida de Zoroastro por *Anquetil. Zend-Avesta*, Tom. II, páj. 60 y 61.

(3) *Freret*, dans les Mem. de l'Acad. des Inscript. Tom. XVIII, páj. 207 y 208.

Que siendo el Pentateuco tan antiguo, no debe maravillarnos que sobre el oríjen de los pueblos y sobre los sucesos primitivos nos dé conocimientos que en vano buscaríamos en otra parte, y que este sea el libro orijinal, del que otros muchos y aun muchas tradiciones no han sido mas que copias informes. De aquí se sigue que es injusto querer impugnarle en ciertos puntos, por el silencio de los escritores posteriores muchos siglos á él, por cuya sola razon es muy racional esplicar las tradiciones de los demas pueblos por las de los Hebreos.

Que siendo el Pentateuco tan antiguo no debe admirarnos que presente oscuridad acerca de las fechas, de los usos, los nombres de pueblos y ciudades, y los pormenores jeográficos. Nosotros los franceses habitamos las mismas Galias, cuya historia compuso César despues de haberlas conquistado, y nuestros eruditos encuentran á veces muchas dificultades para conciliar lo que nos dice este historiador conquista-

dor con lo que ahora vemos. ¿Y se exijirá que no quede sombra ninguna de duda en un libro de dos mil años mas de antigüedad, escrito en una lengua ménos conocida que la de los Comentarios de César, y relativo á costumbres y á pueblos que nos son aun mas desconocidos?

Que siendo el Pentateuco tan antiguo, no debe admirarnos encontrar en la narracion de los hechos, en el texto de ciertas leyes y en los pormenores de las costumbres una naturalidad y una sencillez de lenguaje que nos sorprenden; pues ademas de que esta mayor libertad puede ser mas conforme al jenio oriental, es cierto que los pueblos nacientes, como aquellos cuya historia escribe Moises, no conocian estas finuras y estas frases usadas entre los pueblos, que por mas civilizados suelen ser á veces mas corrompidos: los Hebreos como los pueblos primitivos nombraban sin rebozo lo que nosotros envolvemos en largos circunloquios.

«Todas estas diferencias provienen, di-
«ce Fleury (1); de la distancia de los
«tiempos y de los lugares. La mayor
«parte de palabras que son deshones-
«tas segun el uso actual de nuestra len-
«gua, eran honestas antiguamente, por-
«que denotaban otras ideas.» Esta observacion puede aplicarse no solamente á Moises, sino tambien á los demas escritores del antiguo testamento, y yo lo hago aquí contra ciertos incrédulos, cuya pluma ha sido demasiado libre para tener derecho á denunciar escándalos.

La segunda consecuencia de la autoridad del Pentateuco es que Moises era verdaderamente el enviado de Dios; es imposible ver tantos prodijios hechos por su mano sin creerle revestido de un poder enteramente divino; así yo debo creer en su palabra, venerar su doctrina, y oir respetuosamente lo que nos enseña acerca de Dios, de la creacion, del hombre y de los primeros tiempos,

(1) *Costumbres de los Israelitas*, núm. 16.

pues la mentira no ha podido manchar los escritos del que hablaba en nombre de la verdad misma: así tambien debo mirar al pueblo hebreo como el pueblo de Dios, el depositario de las tradiciones sagradas y de aquella luz divina que debia permanecer oculta en su seno hasta que iluminase á todo el mundo con su resplandor; y así últimamente veo en la ley de Moises la preparacion y la figura de la ley cristiana; percibo la dependencia del antiguo y del Nuevo Testamento, descubro los designios de la providencia acerca de la conservacion de la verdadera Relijion; y comprendo por que se dice que el cristianismo es tan antiguo como el mundo, y que ha comenzado con él, para no acabar sino con él. Sí, desde los Pontífices que hoy gobiernan la Iglesia Cristiana se sube por una sucesion no interrumpida hasta los Apóstoles, desde los cuales, siguiendo por los Pontífices que han servido bajo de la ley, se llega hasta Aaron y Moises,

y desde aquí hasta los Patriarcas y hasta el oríjen del mundo (1); así pues en la ley conocida por los Patriarcas, en la que fué dada á los Hebreos por Moises, y en la que ha sido dada á todos los pueblos por Jesucristo, siempre es el mismo Dios á quien se adora, siempre la misma esperanza de una vida futura, y siempre la misma fe mas ó ménos clara en un mismo libertador; así el cristianismo ha tenido su nacimiento, sus progresos y su madurez hasta que tenga su plena consumacion en los cielos; y así la relijion forma como una cadena inmensa, que unida por su primer anillo á la cuna misma del mundo, atraviesa la duracion de los siglos, y va á perderse por fin en la eternidad.

(1) *Bossuet.* Disc. sur l'Hist. univ. II. part. chap. XXXI.

MOISES

CONSIDERADO COMO HISTORIADOR

DE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS.

Una de las cosas mas capaces de interesar al hombre y de instruirle embelesando sus ocios, es sin duda alguna, Señores, la lectura de las obras históricas. La historia, uniendo lo presente á lo pasado, y desenredando la cadena de las naciones y de los siglos, hace en cierto modo pasar por nuestra vista los diferentes pueblos con sus costumbres y sus leyes, sus épocas de gloria y sus épocas de decadencia; nos encanta remontarnos hasta su oríjen, conocer sus fundadores, seguirlos en sus progresos, escudriñar las causas de su engrandecimiento como las de su caida, comparar lo que cada uno ha figurado á su vez en el teatro del mundo; y cuando el lector reflexivo, y so-

bre todo el cristiano, es testigo de todas estas escenas tan rápidas y variadas, y muchas veces tan trájicas, se eleva naturalmente hácia aquèl que desde el trono inmóvil de su eternidad tiene en sus manos las riendas del mundo, designa su lugar á cada nacion como á cada individuo, hace fenecer los mas antiguos imperios para formar de ellos otros nuevos, siendo él solo inmutable en medio de estas perpétuas vicisitudes. Pero si entre todos los monumentos históricos hay alguno que deba escitar el interes y la curiosidad jeneral, que no sea indiferente á ningun pueblo, y que sea para todos los hombres como un monumento de familia, lo es, Señores, la historia que Moises nos ha dejado de los primeros tiempos en ese libro en que cada uno puede leer su oríjen y su destino, sus desgracias y sus esperanzas, y que hallamos á la cabeza de nuestros libros sagrados con el nombre de *Génesis*. Yo no diré aquí cuan sublime es en su

sencillez, cuan pura y hermosa es su doctrina, y cuanto interes inspira la descripcion de las costumbres patriarcales segun se refieren en las vidas de Abrahan, de Jacob, de Josef y de sus hermanos: mi objeto hoy es considerar á Moises únicamente como historiador de los tiempos primitivos, y vindicar la fidelidad de sus escritos de las impugnaciones de los incrédulos.

Hay algunos eruditos que han sondeado las tinieblas de la antigüedad profana buscando argumentos contra la historia de Moises, y que adoptarian muy gustosos todos los sueños de las edades fabulosas con tal que se les dispensase de creer en nuestros libros santos. Hay tambien escritores muy versados en las ciencias naturales, conocidos con el nombre de *jeólogos*, ocupados en investigar la formacion y estructura del globo, que han removido en cierto modo toda la tierra para descubrir en ella alguna cosa contraria á la narracion de Moises, ya sea sobre la

creacion, ó ya sobre el diluvio; y que componiendo un mundo á su modo, se han atrevido á mofarse sin respeto alguno del sagrado escritor, porque su relacion no está conforme con sus sistemas. Yo no trato ahora de disputar á los tales eruditos y jeólogos su ciencia y su talento, y mucho ménos de vituperar los esfuerzos del hombre para aclarar las antigüedades ó penetrar los secretos de la naturaleza; es al contrario muy hermoso ver el entendimiento humano, con tal que se someta á la fe, entregarse á investigaciones, que aunque no siempre se consiga el objeto á que se dirijen, sin embargo nunca son enteramente inútiles; y pasear de este modo sus ideas por todo este vasto universo, á manera de un Rey que viaja por toda la extension de su imperio para conocerle mejor; pero al mismo tiempo que respetemos la ciencia rindiendo homenaje á sus esfuerzos y á sus descubrimientos, estemos alerta contra sus desbarros y sus paradojas. ¡Que no

pueden para estraviar aun á los mas sublimes injenios el gusto por la novevedad, el amor de la gloria y el deseo ardiente de una rápida celebridad! No dejaron Descartes y Buffon de tener injenio porque inventase el uno sus torbellinos, y el otro su mundo de cristal, pues el ingenio inventa á veces sistemas que la recta razon refuta; pero volvamos á nuestro asunto. Puede al pronto intimidar cierta ostentacion de ciencia empleada contra la historia de Moises; pero con reflexion y un poco de lójica desaparece luego lo que ántes parecia tan terrible. Vamos pues á examinar la relacion de Moises sobre los dos hechos principales que contiene el Génesis, á saber, la creacion y el diluvio, y hacer ver que no ha sido contradicho en esta materia ni por hecho alguno demostrado de la sana física, ni por las tradiciones ciertas de los pueblos; tal es el plan de esta Conferencia sobre Moises, considerado como autor del Génesis.

Que en Moises no se descubre un físico profundamente versado en los pormenores y descubrimientos que últimamente se han hecho en las ciencias naturales, ni en el conocimiento de las causas particulares que producen los fenómenos de este mundo visible, es una cosa que concederémos sin dificultad. El objeto del Sagrado Escritor no fué hacernos físicos ni sábios: otro pensamiento mas honroso para su memoria, mas digno del que le enviaba y mas útil á la humanidad ocupaba toda su alma: Tal era el de ilustrar á los hombres acerca de Dios y de la providencia, acerca de sus deberes y de su destino, y de conservar y propagar aquellas primeras y sagradas verdades sin las cuales jamas habria ni relijion, ni moral, ni sociedad. Su ciencia enteramente popular se acomodaba á la universalidad del jénero humano, y por eso no debemos admirarnos de que al hablar de la tierra y del sol, del espectáculo de la naturaleza y de los fenómenos que presenta

se haya servido de espresiones consagradas por el uso. El lenguaje del historiador, del poeta y del lejislador no es el mismo que el del físico que diserta de un modo rigorosamente exacto, y aun hoy dia, ¿cual es entre nosotros el Astrónomo que no hable del curso del sol, de su salida y de su ocaso, aunque en su opinion todo esto no sea mas que aparente? ¿Y si se desdeñase de este lenguaje bajo del pretexto de que no es fisicamente cierto, no pasaria por un personaje ridículo? No se trate pues de echar en cara á Moises las espresiones populares que eran conformes á las apariencias, ó á opiniones universalmente recibidas sobre el sistema de este mundo visible, y por lo mismo las únicas que debia emplear; ni tampoco cuando nos refiere hechos y sucesos que describe, no como poeta, sino como historiador, tengamos la loca temeridad de contradecir su relacion, y de impugnarla por conjeturas y sistemas que pueden no ser mas que quimeras.

Es preciso, Señores, confesar que se ha levantado en nuestros dias una multitud de fabricadores de mundos, que arreglando y desarreglando el universo segun sus caprichos, parece que han presidido á la creacion, y sobre todo á la formacion del globo que habitamos; y no conciben que el Criador haya tenido otros pensamientos que los de que ellos estan infatuados; y esto si no intentan negar la causa intelijente y suprema que en el principio ha debido dar á todos los seres el movimiento y la vida. ¡Cuantos jeólogos nos han presentado sus conjeturas por hechos, han aplicado á la tierra entera observaciones puramente locales, y convirtiendo fenómenos particulares en leyes constantes y universales, han proclamado como verdades incontestables los desvarios de su imajinacion! ¡No penseis, Señores, que tratemos de impugnar por sola nuestra autoridad particular á hombres á quienes su ciencia y talento pueden haber hecho célebres;

tenemos por garantes de lo que decimos á escritores cuyo nombre no es ciertamente desconocido en el mundo sabio. Pallas, académico de Petersburgo, y uno de los mas ilustres naturalistas y viajeros de estos últimos tiempos, ha publicado una obra intitulada *Observaciones sobre la formacion de las montañas, y las mudanzas acaecidas en nuestro globo* (1). En ella reprende á algunos sabios, y especialmente á Buffon por haberse apresurado á fabricar sistemas y haber juzgado con demasiada precipitacion de todo el globo por la esfera demasiado estrecha de sus observaciones personales.

Oid sobre todo, Señores, lo que nos dice con este motivo uno de los naturalistas mas célebres que honran hoy no solo á la Francia sino tambien á la Europa, hablo del que se ha dedicado con tanta gloria á la *Anatomia comparada.* Encargado su sabio autor de dar

(1) Impresas en 1782.

ante la clase de ciencias físicas de nuestro senado literario un informe acerca de una obra titulada *Teoría de la superficie actual de la tierra*, empieza con reflexiones importantes que nunca se inculcarian demasiado á una juventud tan inconsiderada naturalmente en sus juicios; se lamenta de que en lugar de reunir hechos, base de todo verdadero sistema, se va precipitadamente al conocimiento de las causas, y de que de este modo se ha hecho tomar á la jeolojía una marcha demasiado rápida; de lo que ha resultado, «Que una ciencia de hechos y de ob-«servaciones se ha convertido en un «tejido de hipótesis tan vanas y que «han sido de tal modo impugnadas, que «ha llegado á ser casi imposible pro-«nunciar su nombre sin escitar la risa..» «Los sistemas de jeolojía se han mul-«tiplicado de tal manera, que en el dia «se cuentan mas de ochenta (1).» Ved

(1) Rapport de Mr. Cuvier à la suite de l'ouvrage intitulé: *Théorie de la surface de la*

aquí, Señores, una cosa que os ruego noteis bien; nuestro autor hace la enumeracion de todos los puntos que es preciso aclarár ántes de ocuparse en buscar las causas físicas de la estructura ya interior ya exterior del globo, y añade (1): «Nos atrevemos á afirmar que «no hay un solo sistema que tenga al«go absolutàmente cierto; pues casi to«do lo que se ha dicho en este particu«lar es mas ó ménos vago, y la mayor «parte de los que han hablado de esto «lo han hecho mas segun convenia á «sus sistemas que segun observaciones «imparciales.»

Esto sale de la boca de un hombre cuya autoridad en esta materia es irrecusable: Esa ciencia que se llama *jeolojía*, y que versa acerca del estado antiguo y presente del globo, está todavía en su infancia, y sobre esta materia hay

terre, por Mr. André, Paris 1806, páj. 319, 322.

(1) Ibid. páj. 328.

una multitud de cosas que no son mas que conjeturas. Y cuando un sábio tan célebre por sus conocimientos y por su penetracion se espresa con esta reserva, y confiesa con tanta franqueza la incertidumbre de la ciencia jeolójica, ¿se atreverá un semisábio á quien acaso no ha cabido en suerte mas que un talento mediano, ¿que digo? un jóven apenas iniciado en los secretos de las ciencias naturales, se atreverá, repito, á inventar sistemas sobre la formacion del mundo, á ofrecerlos como verdades demostradas, y preguntar con arrogancia, como se concilia á Moises con sus ideas y descubrimientos? ¿Donde está en este modo de proceder, no digo la modestia, sino el sentido comun? ¿Donde aquella lójica sin la cual nos estraviamos tan frecuentemente aun dotados de talento y de mucha ciencia? Es preciso penetrarnos de que no estamos obligados á conciliar con el Escritor Sagrado cuantas hipótesis inciertas y comunmente contradictorias puedan imajinarse. Cuando

Buffon publicó su *Teoría de la Tierra* y sus *Épocas de la naturaleza* resonó un grito de alegría y de triunfo en el mundo de la incredulidad; se creyó ver trastornada por ellas la relacion de Moises; pero ¿que ha sucedido? La sana física y la experiencia han descubierto errores en muchos puntos de estos sistemas é incertidumbres en otros, y si todo ello no estuviese sostenido todavía por el nombre del autor y por el encanto de la diccion mas noble y de la mas brillante imajinacion, se hubiera ya casi perdido su memoria.

Segun estas reflexiones, todo lo que puede exijirse de los apolojistas de la Relijion es hacer ver que la narracion de Moises no está contradicha por ningun hecho de la historia natural rigorosamente demostrado. Antes de entrar en materia creemos necesario hacer una observacion esencial. Un Dios Criador es, segun Moises, quien ha dado la existencia á todo lo que compone este universo, manejando á su arbitrio la mate-

ria que él mismo habia criado y haciéndolo todo por su voluntad omnipotente, y segun esto ya no pueden aplicarse á estas operaciones inmediatas de la omnipotencia divina las reglas que presenta el curso ordinario de la naturaleza. Y en efecto ¿quien nos dirá si en aquella primera formacion de las cosas no apresuró Dios la accion de los ajentes naturales para hacer mas rápido el desarrollo de los seres? ¿Por que no ha de haber podido formar en un instante y de un golpe esas masas de granito que son como la armadura del globo terrestre, del mismo modo que despues crió los animales y al hombre ya adulto y en la edad de la madurez? ¿Por que razon se querrá juzgar de esta accion creadora de la causa primera en la formacion del mundo, por la accion lenta y progresiva de las causas segundas que le perpetuan despues de formado? Salgamos ahora de estas ideas jenerales, satisfagamos en cierto modo los deseos frecuentemente muy vanos de un en-

tendimiento tan débil como curioso, examinemos mas de cerca las principales circunstancias de la narracion de Moises sobre la creacion, y sin abrazar sistema alguno, demostremos que las cosas que se podrian oponer son, si no enteramente falsas, siempre inciertas.

Lo que caracteriza la narracion de Moises es el órden de existencia que asigna á las sustancias y á los diversos seres de que se compone este mundo visible. Saca el Criador de la nada el conjunto de las cosas que arregladas por su mano poderosa debian entrar en la formacion del universo, y esto es lo que el Sagrado Escritor espresa de un modo popular, diciendo: «En el principio «crió Dios el cielo y la tierra; la tierra «empero estaba cubierta de aguas, y «era como un abismo tenebroso; mas «Dios dijo hágase la luz, y la luz quedó «hecha.» Espresion sublime, admirada como todos saben por el retórico Lonjino, aunque pagano. Este fué el primer dia de la creacion. Al segundo las

aguas que cubrian nuestro globo fueron separadas de manera que una parte se elevó á las rejiones superiores. Al tercero comenzó á descubrirse la tierra firme, las plantas salieron de su seno, y la yerba verde y las flores la hermosearon. Al cuarto el sol, la luna y las estrellas brillan en el firmamento. Al quinto nadan los peces en las aguas, y vuelan las aves en los aires. Al sexto los reptiles se arrastran por la tierra, y los cuadrúpedos andan sobre la superficie del globo. En fin aparece el hombre; el mundo, acabada su formacion, jira segun las leyes que deben conservarle por la duracion de los siglos; y el Criador despues de haberle hecho por la accion inmediata de su poder, la oculta á la sombra de la de las causas segundas, á quienes ha mandado perpetuarle: esto es lo que llamamos la obra de los seis dias. Ahora bien, ¿hay en la historia de la naturaleza un solo hecho demostrado que se halle en oposicion evidente con esta formacion sucesiva de los

diversos seres? ¿No hemos visto por el contrario hábiles naturalistas, enemigos algunos de la revelacion y de los libros santos, llenarse de asombro al ver que Moises habia trazado el plan de la creacion mas conforme con sus observaciones? Segun Moises las sustancias que llamamos inorgánicas existieron ántes que los seres organizados, como los vejetales, y á la verdad la experiencia constante y universal nos descubre que excavando la tierra profundamente se llega á unas masas primitivas, que no ofrecen ninguna señal ni vestijio de cuerpos organizados (1).

¿Que vemos ademas en la relacion de Moises? Que la tierra en su oríjen estuvo enteramente sepultada en las aguas. ¿Y adonde hay una demostracion en contrario? Si hay naturalistas que han hecho de la tierra primitiva un globo de materia vitrificada por medio de la fu-

(1) *Pallas*. Observat. sur la Format. des Mont. páj. 13 y 15.

sion que se ha ido enfriando insensiblemente, ¿no han encontrado adversarios poderosos en el mundo sabio? ¿Y no han pretendido físicos muy hábiles que el globo en lugar de irse enfriando se calienta cada vez mas?

Es en el dia una opinion muy acreditada que las rocas primordiales, base de nuestro continente, resultan de diferentes sustancias que se han cristalizado mas ó ménos rápidamente, despues de haber estado disolviéndose en un líquido inmenso. Ademas Neuton ha obervado que la tierra en su oríjen ha debido estar blanda para poder en fuerza del movimiento de rotacion ensancharse hácia el ecuador y aplastarse hácia los polos. ¿Y no parece que estas dos observaciones nos conducen al relato de Moises, que nos presenta la tierra como anegada en su oríjen en las aguas?

Pero oigamos aun á Moises, y nos dirá una cosa bien estraordinaria que ha escitado mas de una vez la risa de los incrédulos; y es que la luz existia

ántes que el sol hubiese brillado en los cielos. No nos pertenece á nosotros decidir entre Descartes que quiere que la luz que nos alumbra sea un fluido esparcido en el universo, y puesto en movimiento por la accion del sol; y Neuton que la hace consistir en una emanacion inagotable de los rayos solares. Es notorio ademas que uno de los astrónomos mas célebres de nuestros dias, que ha tenido la gloria de descubrir un planeta y de darle su nombre, no hace del sol mas que un astro opaco en medio de una atmósfera siempre candente; pero sea lo que fuere de estas opiniones, ¿no deberémos reconocer aun en la de Neuton una luz primitiva independiente del sol? Ella se encuentra en todas partes aunque no siempre brille; un lijero roce la hace saltar de las venas del pedernal; los fenómenos fosfóricos la demuestran en los minerales ó en los seres vivientes; la frotacion la saca á chorros de los cuerpos eléctricos, y la descomposicion de los vejeta-

les y de los animales la produce en mucha abundancia; algunas veces aparecen luminosos los vastos mares, y si durante la noche encendeis una antorcha, al momento se ilumina un grande espacio. Todas estas luces de que hablamos no dimanan del sol, sino que hacen parte de aquella luz elemental que fué criada en el primer dia, y que podemos mirar como un primer depósito de que el Criador habia de sacar la que era necesaria para hacer luminosos el sol y los astros. Esta es la luz que se combina con todos los cuerpos, y de tantos modos diferentes, que sale de ellos ó queda oculta segun las circunstancias y tanto juega en los fenómenos químicos. Admirémonos de que Moises en su narracion se atreviese á poner la luz ántes que el sol: solo la verdad pudo inducirle á decir una cosa que aunque real, no dejaba de ser estravagante y rara en apariencia.

Pasemos ahora á considerar la creacion del hombre que fué la obra maes-

tra de la creacion y coronó la obra de los seis dias. Para no apartarme del punto de vista bajo del cual miro hoy este asunto, me limitaré á dos circunstancias principales: primera, que segun Moises, Adan y Eva son el único tronco del jénero humano; idea que tanto debemos apreciar pues que hace una sola familia de todos los pueblos de la tierra: á esto han hecho los incrédulos, y Voltaire el primero, una objecion muy frívola y muy lijera; han querido refutar esta unidad de oríjen del jénero humano por la diversidad de sus colores, pretendiendo que los blancos y los negros, los Hotentotes y los Europeos debian pertenecer á especies esencialmente distintas; como si el jénero humano, aunque todo él de un mismo oríjen, no hubiese podido sufrir, segun lo establece Buffon (1), diversas variaciones introducidas por la influencia del

(1) *Histoire naturell.* Tom. V, in 12, páj. 112 y sig.

clima, por la diversidad de alimentos, por la diferente manera de vivir, por las enfermedades epidémicas y otras causas puramente accidentales. Es claro ademas que unas mismas causas físicas han debido producir variedades característicAs y durables por su accion contínua sobre los habitantes de las diferentes partes del globo; y de aquí es que ciertos naturalistas han podido, sí, distinguir razas diversas marcadas por una conformacion y facciones particulares; pero no especies de hombres esencialmente diferentes (1).

La segunda es que Moises nos representa al hombre como constituido por Dios mismo, rey de la tierra y de los animales que la habitan; idea noble, conocida y celebrada aun por los mismos paganos. Guardémonos, Señores, de renunciar á tan alto destino. ¿En que consiste que profundos pensadores, des-

(1) Lacépède. *Discours d'ouverture* du cours de Zoologie de l'an. 9.

pues de haber ensalzado la majestad del hombre, traten para sustraerle al yugo de sus deberes de despojarle de su soberanía, abatiéndole hasta nivelarle con sus súbditos? ¿No es bastante que hayamos dejenerado de la integridad y hermosura primitivas de nuestra naturaleza, como lo prueban demasiado el desarreglo de nuestras inclinaciones y nuestras desgracias, sino que ademas será necesario que por una nueva degradacion deprimamos nosotros mismos ese resto de grandeza que aun hemos conservado despues de nuestra caida, y que estemos destinados á oir á esos estravagantes Doctores, que formando la jenealogía de los seres piensan honrarnos haciéndonos descendientes de las razas de los monos? ¡Doctrina asquerosa que han querido fundar en semejanzas de organizacion física! Pero este paralelo, que nada probaria aunque fuese fundado, no tiene ni aun el triste mérito de ser exacto. El autor de la *Anatomía comparada* ha di-

cho (1) que se habia exajerado ridículamente la semejanza del hombre de los bosques con nosotros. Dejemos pues esta filosofía abyecta á los materialistas que pueden complacerse en ella; pero nosotros permanezcamos hombres tales como Dios nos ha hecho, racionales, libres, inmortales como él, y por todos estos dones imájen real, aunque imperfecta sin duda, de nuestro Criador.

No concluiré, Señores, esta parte de mi discurso sin haceros observar que todas las tradiciones inmemoriales de todos los paises del mundo apoyan la narracion de Moises acerca de los tiempos primitivos. Así pues todas las tradiciones nos hablan de lo que llamamos *caos*, ó estado de cosas aun informe y tenebroso, de donde fué sacado el universo con todas sus maravillas; todas nos hacen subir á una épo-

(1) *Les trois règnes de la nature*. Poème de Delille, tom. II, nota última.

ca de felicidad y de paz en que la tierra era para el hombre una mansion de delicias, y que los poetas han celebrado bajo del nombre de la *edad de oro.* Todas suponen la larga duracion de la vida humana en los primeros tiempos; y el célebre historiador Josefo cita con este motivo muchos Historiadores de los antiguos pueblos de la tierra: todas en fin han conservado la creencia de los buenos y de los malos jenios. La fábula de los Titanes escalando el cielo, y destruidos por los rayos de Júpiter, ¿no alude á la audacia y castigo de los ánjeles rebeldes? Los males que asolan la tierra han salido segun la fábula de la caja de Pandora, y se nos presentan como la consecuencia de la curiosidad de una mujer. La serpiente ha sido pintada como el enemigo de los Dioses; ¿y no tiene todo esto una conexion singular con lo que los libros santos dicen del hombre y de su caida? Sabeis lo que han escrito acerca de estas materias Hesiodo en su

poema sobre *los Trabajos y los dias*, y sobre todo Ovidio, aquel sabio intérprete de las tradiciones mitolójicas. En fin, Señores, es una cosa singularmente notable la division del tiempo en semanas de siete dias. Bailly en su *Historia de la Astronomía antigua* ha dicho (1) «que era de tiempo inmemorial «la costumbre de los Orientales de con«tar por semanas divididas en siete dias.» ¿Y no se ve naturalmente en esta division del tiempo un recuerdo de la semana misma de la creacion? Yo bien sé que estas son como ráfagas de luz esparcidas en la oscuridad de los tiempos; pero cuando vemos que las tradiciones sagradas de otros pueblos apoyan las de los Hebreos, es imposible no admirarse de esta concordancia: queda pues suficientemente vindicada la narracion de Moises acerca de la Creacion: ahora resta examinar la respectiva al diluvio.

(1) *Eclaircissements* sur le liv. VII, §. 8, páj. 453.

Diez y seis siglos habian pasado desde la creacion del jénero humano cuando cansado Dios de las iniquidades de la tierra que ya habian llegado á su colmo, resolvió castigarla y dejar á las edades futuras un monumento eterno de su justicia: da, con este intento, la señal á toda la naturaleza para que sirva de instrumento á su venganza, y uniéndose al momento las aguas del cielo con las que se encerraban en los vastos mares y en las profundas cavernas de la tierra, inundan de repente los continentes. Esta espantosa caida de aguas precipitadas desde el seno de la atmósfera, esta erupcion violenta de las aguas subterráneas, y esta inundacion de los mares, es lo que el sagrado Escritor nos pinta en su estilo oriental, cuando dice que se abrieron las cataratas del cielo, y que se rompieron las fuentes del grande abismo. Sumérjese la especie humana debajo de las aguas, y solo se salva del naufrajio universal la familia de Noé,

que por sus virtudes halló gracia delante del cielo irritado, bogando seguro y sostenido por una mano divina el bajel en que estaba encerrada. Ciento y cincuenta dias despues de aquel en que principió esta terrible revolucion, bajan las aguas, aparecen las cimas de las montañas, se descubre la tierra, y el justo y su familia salen del arca, llevando consigo la esperanza del jénero humano. Su primer cuidado es levantar un altar y ofrecer solemnes acciones de gracias al Dios su libertador. Aquí va á comenzar un nuevo órden de cosas. Los tres hijos de Noé: Sem, Cham y Japhet son el tronco de nuevas familias y de pueblos nuevos, y parece que el mundo nace por segunda vez: tal es en sustancia la relacion que Moises nos ha dejado de esta universal inundacion que anegó y trastornó el globo, y que nosotros llamamos *diluvio*.

¿Podríamos negar nuestro asenso á este suceso, aun cuando no tuviésemos

mas garantía de la veracidad del historiador que la misma naturaleza de la catástrofe, y la confianza con que la refiere? ¿Que interes tenia Moises en inventarle, ni de donde le pudo venir el pensamiento de esparcir y esperar hacer creible una fábula sin fundamento? En la época en que vivió Moises debia estar este suceso prodijioso profundamente grabado en la memoria de los hombres, y existir ademas á su vista monumentos irrefragables de él: era tal tambien la duracion de la vida humana, que se habian pasado pocas jeneraciones desde Noé á Moises; y por consiguiente si este se hubiera atrevido á divulgar una mentira sobre un hecho tan memorable por sí mismo, y del que no hubiese quedado vestijio alguno, hubiera escitado contra sí una reclamacion jeneral, y se hubiera atraido el escarnio de sus contemporáneos. ¿Y quien por otra parte ignora que entre todos los sucesos antiguos no hay ninguno que haya dejado señales mas

profundas que este en la memoria de todos los pueblos de la tierra? Ejipcios, Babilonios, Griegos, Indios, todos estan acordes acerca de él; todas las tradiciones de los tiempos antiguos suponen que el jénero humano, á escepcion de unas cuantas personas, fué ahogado en las aguas en castigo de sus crímenes. Beroso, que habia recojido los anales de los Babilonios, y Luciano que recuerda las tradiciones griegas, han dejado sobre este asunto relaciones que han llegado hasta nosotros, y que presentan una conformidad admirable con el Génesis (1). Esta universalidad y uniformidad de tradiciones acerca del diluvio se confiesa por la misma incredulidad. El autor incrédulo, á lo menos por algun tiempo, de la *Antigüedad aclarada*, ha dicho que: «Es preciso «tomar un hecho de la tradicion de los «hombres, cuya verdad esté universal- «mente reconocida. ¿Y cual será? Yo

(1) Leçons d'histoire. Toda la Carta V, tom. I.

«no veo otro cuyos monumentos es-
«ten mas jeneralmente comprobados
«que los que nos ha trasmitido esa re-
«volucion física que, segun dicen, cam-
«bió antiguamente la faz de nuestro
»globo, y que ocasionó una renova-
«cion total en la sociedad humana; en
«una palabra, el diluvio me parece
«ser la verdadera época de la historia
«de las naciones.» Ahora bien, Seño-
res, ¿de donde ha podido venir esta
creencia universal del jénero humano
acerca del diluvio? Este no es uno de
aquellos errores que tienen su oríjen
en el orgullo ó en la corrupcion hu-
mana; pues las pasiones ningun inte-
res tienen en que el jénero humano ha-
ya sido destruido por el diluvio. Esta
unánime conformidad de pueblos, cu-
ya lengua, relijion y leyes nada tienen
de comun, no puede tener otra base
que la verdad misma del hecho: así es
que todos los esfuerzos de la ciencia
mas enemiga de los libros santos no
han podido descubrir ni un solo mo-

numento que suba de un modo cierto á una época anterior al diluvio; y por el contrario, ¿no apoyan á Moises sobre la renovacion de este nuevo mundo la historia del entendimiento humano, la de las ciencias, de las letras y de las artes? En efecto vemos nacer las sociedades, aumentarse la poblacion, desarrollarse la lejislacion, comenzar, crecer y perfeccionarse las ciencias y las artes, y someter el hombre sucesivamente á su imperio las diversas rejiones de la tierra; vemos que los mas versados en las antigüedades, y los mas hábiles en penetrar las tinieblas que cubren la cuna de los antiguos pueblos, hacen subir su oríjen á los hijos de Noé y á sus primeros descendientes, y aun han descubierto que los nombres de Sem, Cham y Japhet, y los de sus primeros hijos se han conservado, aunque desfigurados, en los nombres de las diversas naciones cuyos padres y fundadores fueron. ¡Cuan célebre no ha sido el nom-

bre de Japhet, que pobló la mayor parte del Occidente bajo del nombre de Japet!

Yo bien sé que con cronolojías sin hechos, sin sucesos que se sostengan, que demuestren su série, y que enlacen sus diferentes partes; con listas interminables de simples nombres de reyes, de dinastías y de séries de años que acaso no fueron mas que de una semana, de un dia, ó puede ser de una hora, con cálculos astronómicos y abultados caprichosamente, y con zodiacos de un oríjen equívoco y sujetos á esplicaciones arbitrarias, se puede alborotar mucho y gloriarse de un triunfo aparente contra Moises y su historia; pero tampoco ignoro que la recta razon quiere que nos apliquemos á examinar las cosas, y que no intentemos prevalernos de lo fabuloso ni aun de lo incierto, porque delante de la antorcha de la sana crítica desaparecen luego todas estas antigüedades. Un sabio que no es sospechoso á los incrédulos, Fre-

ret, ha dicho (1): «Yo me he dedicado «á examinar, á aclarar la antigua cro- «nolojía de la naciones profanas, y he «reconocido por este estudio, que se- «parando las tradiciones antiguas ver- «daderamente históricas, seguidas y «enlazadas unas con otras, y probadas, «ó á lo ménos fundadas en monumen- «tos recibidos como auténticos; sepa- «rándolas, digo, de todas las que son «manifiestamente falsas, fabulosas ó «nuevas, hallarémos siempre que el «principio de todas las naciones, aun «de aquellas cuyo oríjen suponemos el «mas antiguo, viene desde el tiempo en «que la verdadera cronolojía de la Es- «critura muestra que la tierra estaba «poblada muchos siglos habia.»

En nuestros dias se ha alborotado á la Europa entera con el descubrimiento de un zodiaco trazado en el pórtico del templo de Denderah, apre-

(1) *Suite du traité sur la Chronol. chinoise*, dans les *Mém. de l'Acad. des Inscript.* tom. XVIII. in 4.º páj. 294 y tom. XXIX. in 12 páj. 490.

surándose la incredulidad á servirse de él para atribuir al jénero humano una antigüedad mucho mayor que la que le señala Moises; pero esta objecion ha tenido la suerte de otras muchas: se desvaneció al examinarla. Un docto anticuario, cuyo nombre tiene autoridad en Europa (1), se inclina á creer que este zodiaco es posterior á la Era vulgar, y afirma que no tiene mas antigüedad que la de trescientos años ántes de Jesucristo. Dos escritores franceses, distinguidos por su vasto saber, acaban de dar al público sus indagaciones sobre los zodiacos del templo de Denderah. El uno (2), fundado en las esplicaciones mismas que da de las inscripciones griegas que se leen en este templo, demuestra que el pórtico en que está esculpido el gran zodiaco fué construido bajo del reinado de Tiberio,

(1) Visconti: *Mém. sur deux zodiaques*, al fin del tom. II de la *Traduction d'Hérodote* por Larcher páj. 567.

(2) Letronne.

y el otro (1) por su esplicacion de los jeroglíficos del zodiaco pequeño, prueba que este último fué esculpido en tiempo de Neron.

En tiempos muy cercanos á nosotros se estableció en Bengala una sociedad de sabios ingleses conocida con el nombre de *Academia de Calcuta*. Mediante el estudio de la lengua orijinal de los Indios, de sus libros, de sus monumentos y de sus tradiciones han publicado varios discursos y memorias con el título de *Investigaciones asiáticas*, y sus grandes trabajos les han hecho reconocer que la historia de Moises sobre los tiempos primitivos, sobre el diluvio, sobre Noé y sus tres hijos, oríjen de nuevos pueblos, se halla confirmada por los monumentos de los Indios, y que las cronolojías àsiáticas que se pierden entre siglos infinitos, una vez despojadas de sus oscuridades simbólicas, se reducen á la de nuestros

(1) Champollion, menor.

libros santos: de donde se infiere que no hay un solo pueblo sobre la tierra que pueda vanagloriarse de una antigüedad mas remota que la del diluvio de Moises.

¿Pero podrá la historia de la naturaleza contradecir la relacion de Moises tan maravillosamente confirmada por la de todas la naciones? No: es muy difícil, Señores, es imposible comprender y describir las consecuencias de esta terrible catástrofe. Es evidente que las aguas por su caida, por su inundacion y su violenta ajitacion debieron trastornar los continentes, penetrarlos hasta una profundidad muy grande, allanar montañas, profundizar valles, hacer rodar masas enormes de rocas, trasportar á un clima las producciones de otro, hacinar materias diversas mezcladas y confundidas entre sí, y dejar de este modo monumentos de sus estragos. ¿Y no presenta en efecto el actual estado del globo la imájen de un trastorno? ¿No se encuentran en las diferentes comarcas de la tierra vastos ha-

cinamientos de cuerpos mezclados irregularmente entre sí de arena, de piedras, de cuerpos marinos, y de peces y conchas confundidos con despojos de animales y de vejetales? Y no es esta especie de caos la consecuencia de alguna estraña revolucion? Así es que el sabio autor de una obra que acaba de publicarse titulada: *Investigaciones sobre los esqueletos fósiles de cuadrúpedos*, ha dicho estas mismas palabras: «Si hay alguna cosa comprobada en jeolojía, es que la superficie de nuestro globo ha sido víctima de una grande y súbita revolucion (1);» y cuando la historia de todos los pueblos en armonía con la de Moises nos señala como causa de esta revolucion esa espantosa y universal inundacion llamada diluvio, ¿por qué la hemos de desechar? La observacion ha obligado al cabo á sabios naturalistas á reconocerla, y nosotros sin adoptar las esplicaciones físicas que ellos han imajinado

(1) *Discours prélimin.* páj. 110.

nos aprovecharémos de su confesion de la realidad del suceso. Así pues, habiendo encontrado Pallas en los climas helados de la Siberia esqueletos de Elefantes y de otros animales monstruosos en mucha cantidad, mezclados con huesos de peces y otros fósiles, se halló absorto al ver delante de sí monumentos que creia ser de esta terrible inundacion, como lo prueban las siguientes palabras de su ya citada obra *Sobre la formacion de las montañas:* «Esto seria efecto de ese diluvio cuya «memoria han conservado casi todos los «antiguos pueblos de Asia, los Caldeos, «los Persas, los Indios, los Thibetanos «y Chinos, y cuya época fijan poco mas «ó ménos al tiempo del diluvio de «Moises.»

Si admitimos la narracion del sagrado escritor, no puede darse á nuestros continentes, tales como estan en el dia, una antigüedad interminable, ni fijarse la época en que empezó su estado actual mas arriba de cerca de unos

cinco mil años: esto mismo han reconocido por sus observaciones personales algunos naturalistas célebres, como De Saussure y Dolomieu. Este último ha dicho (1): «Yo defenderé una «verdad que tengo por incontestable, «y cuyas pruebas me parece veo en to«das las pájinas de la historia, y en aque«llas en que estan consignados los he«chos de la naturaleza, y es que el es«tado actual de nuestros continentes «no es antiguo, y que no hace mucho «tiempo que fueron dados al imperio «del hombre.»

En cuanto á las diferentes observaciones que pueden hacerse, tanto en la superficie como en lo interior del globo, os suplico observeis que no estamos obligados á esplicarlo todo por solo el diluvio Mosáico, pues que otras muchas causas han podido tener la mayor influencia sobre el estado de

(1) *Journal de Physique*. Enero 1792. *Théorie de la terre*, por M. André, páj. 265.

nuestros continentes. Si por ejemplo se quiere que cada uno de los dias de la creacion se mire como una época indeterminada, ¿quien puede saber que variaciones y modificaciones ha sufrido la tierra en aquellos primeros tiempos? Ademas, habiéndose pasado mil y seiscientos años desde la creacion del hombre hasta el diluvio; y siéndonos absolutamente desconocida la historia del globo durante esta larga série de siglos, ¡cuantas mutaciones no han podido sobrevenir en este periodo de tiempo, cuyo conocimiento no haya llegado hasta nosotros! Ultimamente, en mas de cuatro mil años transcurridos desde el diluvio hasta el tiempo presente, ¡cuantas causas físicas, locales y particulares no han podido modificar los continentes, la temperatura de sus climas, y sus producciones, en un periodo de mas de cuarenta siglos! ¡Que de mudanzas ocasionadas de distancia en distancia por los volcanes y los terremotos, por las inundaciones, de

los rios y sus terreros, por las caidas de las montañas, la separacion del mar de ciertas riberas, y por la desecacion de los vastos lagos que el mismo diluvio formó en medio de las tierras! Todo esto ofrece un dilatado campo al entendimiento, con tal que guardando el debido respeto á nuestros libros santos, no se pongan en duda los grandes sucesos que estan consignados en ellos, aunque casi sin ningunas circunstancias, ni se deje de reconocer el órden de la creacion segun le refiere Moises, y la grande catástrofe del diluvio.

Esto supuesto, si se nos preguntase ahora por que causa sucedió este diluvio, responderémos sin titubear que nos atenemos á la relacion del Sagrado Escritor; que es necesario ver en el diluvio un suceso fuera de las leyes ordinarias de la naturaleza, y producido por la intervencion especial de la omnipotencia divina. El que ha formado el universo puede trastornarle y mudarle segun su voluntad, y no seria juicioso dis-

putar al que ha hecho las leyes de la naturaleza, el derecho de suspenderlas, cuando le acomode por fines dignos de su adorable sabiduría. Yo sé que la intervencion de la divinidad parece ridícula á los ojos de un Ateo; pero tambien nos es permitido á nosotros mirar el ateismo como una insigne locura. Ultimamente, Señores, el mas profundo estudio de la historia, tanto de la naturaleza como de la antigüedad, ha obligado á los sabios naturalistas de nuestros dias á confesar que el estado actual de nuestros continentes es el resultado de una repentina y violenta inundacion; y en este caso; ¿que fuerza física ha podido contra las leyes de la gravitacion levantar el inmenso océano y precipitarle sobre la tierra firme? ¿Son capaces simples volcanes de producir efectos tan vastos y prodijiosos? Se ha querido suponer que encontrándose algunos cometas con el globo, habrian desquiciado su eje y causado el trastorno de los mares; pero prescindiendo de que esto es

una suposicion enteramente arbitraria, y que no tiene el mas lijero fundamento en las tradiciones humanas, ¿está por ventura bien demostrado que el choque de un cometa bastase para producir esta inmensa revolucion? El sabio autor de la *Exposicion del sistema del mundo* (1) con el fin de tranquilizar á los espíritus ajitados por el pueril temor de un suceso tan terrible, dice lo siguiente: «Las masas de los cometas son «de una estrema pequeñez, por lo cual «su choque no produciria mas que re-«voluciones locales.» Así pues la misma futilidad de las conjeturas que se han inventado para esplicar físicamente el diluvio, nos conducen á la relacion de Moises.

Si aun se nos preguntase, como pudo haber una cantidad de agua tan grande que inundase los continentes; responderé que, segun Moises, á la incalculable cantidad de agua esparcida

(1) *La Place*, cap. IV. Tom. II, páj. 56 etc.

en la atmósfera deben añadirse las aguas contenidas en los abismos subterráneos y en los mares, y de este modo no debe parecer estraño que haya habido aguas suficientes para sumerjir la tierra. Algunos sabios han hecho con este motivo cálculos aproximativos que hacen esto mas palpable (1). Ved por lo demas cuan consiguiente es Moises; segun él, la tierra estaba en su oríjen cubierta de aguas, por consiguiente pudo estarlo segunda vez.

Si se pregunta en tercer lugar, en qué consiste que habiendo sido destruido todo el jénero humano por el diluvio, á escepcion de una sola familia, no se encuentren en las primeras capas de la tierra esqueletos humanos confundidos con los restos de cuerpos marinos, de plantas y de cuadrúpedos, harémos algunas observaciones que para los hombres juiciosos deben ser suficientes. ¿No podrémos decir en pri-

(1) *Leçons de l'Histoire.* Tom. I, carta V, nota D.

mer lugar que la tierra no estaba poblada ántes del diluvio en todas sus partes como lo está hoy? Es muy posible en segundo lugar, que algunas porciones de los continentes antediluvianos hayan quedado debajo de las aguas del mar con los hombres que las habitaban. Ademas, ¿en que pais se han hecho escavaciones é investigaciones? Las principales han sido en una pequeña parte del globo, en nuestra Europa; pero ¿se ha escudriñado acaso bastante el interior del globo, en el Oriente que es en donde estaba la poblacion primitiva, para asegurar que no se hallen allí restos de cuerpos humanos? Tambien se puede decir que esta dificultad es comun á todas las opiniones; porque, siendo cierto, como lo aseguran hoy los sabios, que una violenta y repentina revolucion trastornó en otro tiempo nuestro globo, debió acabar con los hombres que lo habitaban en aquella época, lo mismo que con las diversas especies de animales de que estaba poblado, y

siempre se podrá preguntar, por qué hallándose en lo interior de la tierra restos de cuadrúpedos, no se hallan huesos fósiles de cuerpos humanos.

Ultimamente se pregunta, como es que la América ha podido encontrarse poblada á la época de su descubrimiento por Cristóval Colon si todos los hombres descienden de Noé y de sus tres hijos: se ha dado, Señores, demasiado valor á esta objecion, como á todo lo que se dirije á lisonjear el orgullo y las pasiones del hombre, desacreditando los libros santos; pero por último se ha reconocido que esta dificultad, que acaso haya hecho muchos incrédulos, no era mas que una quimera. Ahora se sabe ya, y sobre todo despues de los viajes del célebre Cook, que la América está muy cerca del Asia; y es fácil concebir como esta ha podido poblar la América (1); parece ademas que los Esquimales tienen por su figura,

(1) *Leçons de l'Histoire,* Tom. 1, carta V, nota G.

sus trajes, su lenguaje y su modo de vivir, relaciones de consanguinidad con los Groenlandeses, que segun todas las apariencias traen su oríjen de la Noruega; de manera que es posible que el norte del Nuevomundo haya sido poblado por el norte de la Europa. Puede verse lo que sobre este asunto se dice por el ilustre Robertson en su *Historia de América* (1).

Hemos querido, Señores, vindicar al Sagrado Escritor de la acusacion que se ha intentado contra él, de estar en contradiccion con la historia de la naturaleza y con las tradiciones de los pueblos mas antiguos, y nos atrevemos á asegurar que hemos conseguido suficientemente nuestro objeto. A vosotros pertenece ahora deponer las preocupaciones que han podido ofuscar vuestro entendimiento hasta este dia; ¿pero por qué nos hemos de haber visto precisados á deciros desde la cátedra del

(1) Lib IV. Tomo II, en 12, páj. 177 y sig.

Evanjelio cosas tan profanas y que deberian estar tan léjos de ella? Pero tal es la enfermedad de los entendimientos, que un discurso que hace cien años hubiera parecido raro, ridículo, y tan contrario al buen gusto como á toda la decencia relijiosa, es acaso hoy uno de los mas útiles que puedo pronunciar ante la juventud que me oye. Ella no está bastantemente penetrada de cuanto debe precaverse contra los sistemas que imajinan las pasiones, y que las pasiones abrazan con enajenamiento; pero por fortuna estos vanos sistemas pasan como el hombre que los inventa, y la verdad de los libros santos permanece siempre como Dios que es su oríjen, y sale de todos los combates mas resplandeciente y mas pura que nunca. Cada nueva dificultad trae consigo nuevas investigaciones, y con ellas nuevos triunfos; y esto es lo que demuestra la experiencia de diez y ocho siglos. Cuando la impiedad despliega el aparato de la ciencia tiemblan los débiles en la fe,

y el teólogo trasladado algunas veces á rejiones que no está absolutamente obligado á conocer, parece como desconcertado; pero el cristiano, firme en su creencia, está persuadido de antemano que estos ataques tan sabios en la apariencia no son mas que vanidad y mentira: ¿y en efecto qué es lo que sucede? Dios suscita verdaderos sabios que vindican la verdad ultrajada, y las tinieblas se disipan para aquellos que quieren abrir sus ojos á la luz. Ya lo habeis visto, Señores: la naturaleza, la historia, la fábula misma, esa imájen desfigurada de la verdad, todo rinde homenaje á Moises, y todo confirma la fidelidad de su relacion; pero el cristiano en estas materias solo tiene necesidad de la palabra de Jesucristo. Instruido en su escuela, no hay un simple fiel que no pueda decir con confianza y sin orgullo á los enemigos de la relijion lo que antiguamente decia el Profeta á los enemigos del pueblo de Dios (1): «Enemigos

(1) Isai. VIII. 9.

«de la revelacion, espíritus fútiles é incré-
«dulos, fabricadores de mundos, reu-
«níos, formad coaliciones, juntad vues-
«tros argumentos y vuestros esfuerzos, y
«seréis vencidos: *Congregamini et vinci-*
«*mini*: se desvanecerán vuestros pen-
«samientos, y solo os quedará de vues-
«tras hipótesis el sentimiento, por no
«decir la vergüenza, de haber puesto en
«ellas vuestra confianza: vuestros ata-
«ques tienen que ceder tarde ó tempra-
«no en gloria de la relijion; porque es
«una roca eterna en medio del océano
«al cual domina: las olas de la tempes-
«tad podrán, sí, caer sobre ella con un
«horroroso estruendo, pero no derribar-
«la: su masa permanece siempre inmóvil
«contra sus esfuerzos y sus embates,
«atestiguando la espuma con que al re-
«tirarse de ella la dejan emblanquecida
«su impotencia no ménos que su furia.»

MOISES

CONSIDERADO COMO LEJISLADOR.

Entre los espectáculos mas estraordinarios que ofrece de tiempo en tiempo la historia del entendimiento humano, es sin duda uno de los mas admirables el que nos presenta Moises quebrantando las cadenas de los Hebreos cautivos en Ejipto, conduciendo y haciendo subsistir por espacio de cuarenta años en el desierto á una multitud inmensa, triunfando al mismo tiempo de las revoluciones frecuentes del pueblo indómito que dirijia, y de los ataques de los pueblos belicosos que le rodeaban, enseñándole un culto santo y puro, una moral severa que reprime todos los vicios y manda todas las virtudes, prescribiéndole leyes sabias y fuertes que enfrenan todas las inclinaciones, y tan permanentes que ni el tiempo ni el infor-

tunio podrán destruirlas, sino que siempre amadas de sus secuaces, aun cuando su observancia sea dificil y penosa, reinarán á lo ménos en su corazon, pareciendo llevar consigo el sello de una duracion eterna. ¡Que contraste ofrece este pueblo singular con los demas pueblos de la tierra! En tiempo de Moises; es decir, mas de tres mil años ha, cuando estaban sepultadas las naciones en la mas vergonzosa supersticion, y el politeismo habia llenado la tierra y los cielos de una multitud de divinidades estravagantes, impuras ó crueles, se presenta un pueblo nuevo ilustrado por su Lejislador, haciendo abiertamente profesion de adorar á un solo Dios Criador y Señor del universo; y cuando por todas partes la licencia y las mas infames prácticas estaban autorizadas por el ejemplo de los sabios, y aun de los Dioses, entónces es cuando Moises atrae á un pueblo entero á costumbres puras, le inspira tan solo lo honesto, y le prohibe bajo de penas terribles lo

que no lo es: obra de los hombres los diversos sistemas de lejislacion, y susceptibles de perfeccion ó perecederos como ellos, se perfeccionan ó deterioran con el tiempo; pero Moises establece una ley que tiene desde su oríjen toda la perfeccion, y á la que nada podrá añadirse, así como tampoco suprimirse de ella la menor cosa: ¡hasta tal punto contiene para el pueblo que debe seguirla el conjunto de preceptos por los que debe arreglar su conducta moral, doméstica y civil!

A la verdad, Señores, si examinamos con el mayor cuidado las antiguas leyes de Grecia y de Roma, y nos dedicamos á investigar las ventajas é inconvenientes de la lejislacion de diferentes pueblos, y á conocer la relacion que tienen con ella su clima, sus costumbres y su jenio, ¿que atencion no merecerá la ley de Moises, la mas antigua de todas, la mas admirable por su duracion y sus efectos, la mas completa en todas sus partes, y que ha llegado á no-

sotros en su primitiva integridad, y tal como salió de manos de su Autor treinta y tres siglos ha? Sí; en tan alta antigüedad y en aquellos tiempos remotos en que reinaban por todas partes costumbres groseras y supersticiones insensatas, es cuando aparece el gran personaje que dió á los Hebreos una relijion, gobierno y leyes; y si despues del examen mas imparcial hallamos que Moises supo sobreponerse á las preocupaciones de los pueblos, sacar la verdad de entre las tinieblas del error y del vicio para hacerla brillar en toda su belleza, y dar á su pueblo una relijion santa, una moral pura, una lejislacion justa y sabia, ¿dejarémos de sentir ciertos movimientos de admiracion, y podrémos no rendir homenaje á aquel á quien se debe una obra tan maravillosa? O mas bien ¿no nos sentirémos obligados á reconocer en él alguna cosa que no proviene del hombre, y á confesar que tanta sabiduría ha descendido del Padre de las luces, sin que Moises haya

sido su inventor, sino tan solo un órgano fiel y dócil? Tal será, nos atrevemos á esperarlo, la conclusion de este discurso. Para hacer mas palpable esta verdad, y evitar toda confusion, presentarémos á Moises como lejislador primeramente en el órden relijioso y moral, y despues en el órden político y civil; y ved ya el plan de esta conferencia sobre Moises considerado como lejislador.

Entre todos los lejisladores que han aparecido sobre la tierra, y se han dedicado á civilizar los pueblos, arreglar sus costumbres y someter al yugo de las leyes su feroz independencia, no se encuentra uno solo que no haya llamado la relijion al socorro de su política, ó por mejor decir, que no haya fundado sobre ella, como base eterna de cuanto es durable, el edificio de su lejislacion. Esta conducta de los injenios mas sublimes que han existido sobre la tierra, es una prueba bien sensible de la debilidad del hombre aban-

donado á sí mismo, y de la necesidad que tiene de la autoridad divina, para dar un apoyo sólido á la obra frájil de sus manos. ¿No era esto bastante para confundir á esos sofistas, tan inexpertos como escasos de talento, que tomando por injenio el furor de distinguirse, creyeron haber hallado el secreto de no necesitar de Dios, y de fundar sociedades sin relijion? A la cabeza de todos los lejisladores aparece Moises, prodijio de sabiduría y de ilustracion, y superior á todos por la hermosura de su doctrina, relijiosa y moral, aun á los ojos de aquellos que tengan la desgracia de considerarle tan solo como lejislador humano. Para convencernos de esto veamos cuales son los dogmas relijiosos que enseña, y cual el culto que establece.

El primero, ó por mejor decir, único objeto de toda relijion, es Dios. ¡Y cuan puras y sublimes son las nociones que de él da Moises en sus escritos! ¡Cuanto se elevan aquí sus pensamientos so-

bre los de todos los talentos mas ponderados de la antigüedad pagana! Segun él este es el Dios que ha creado el universo por su voluntad omnipotente. *En el principio Dios crió el cielo y la tierra.* Él dijo *hágase la luz, y la luz fué hecha* (1). Él es el Dios eterno é inmutable que contiene en sí toda la plenitud y las perfecciones del ser, y es oríjen necesario de cuanto vive y respira. Todo lo que no es él, no ha sido siempre, y puede dejar de ser: Él ha dicho de sí mismo: *Yo soy el que soy* (2). Él es el Dios único é inmenso, cuya providencia abraza el universo entero. *Considerad*, se dice en el Deuteronomio (3), *que no hay otro Dios mas que yo: yo soy el que hace morir: yo soy el que hace vivir: yo soy el que hiere: yo soy el que cura; y ninguno puede sustraerse á mi imperio.* No, dice Bos-

(1) Genes. I. 1. 3.
(2) Exod. III. 14.
(3) Deut. XXXII. 39.

suet (1): «El Dios á quien han adorado «siempre los Hebreos igualmente que «los Cristianos, nada tiene de comun «con las divinidades llenas de imper- «feccion y aun de vicio que adoraba «el resto del mundo. Nuestro Dios es «uno, infinito, perfecto, el solo digno «de vengar los crímenes y coronar la «virtud, porque él solo es la santidad «misma...... Antes que él hubiera dado «el ser, nada le tenia mas que él. Moi- «ses nos ha enseñado que este podero- «so Arquitecto, á quien las cosas cues- «tan tan poco, ha querido hacerlas en «diferentes veces, y crear el universo «en seis dias para mostrar que no obra «por necesidad, ni con una ciega im- «petuosidad como se lo han figurado «algunos filósofos. El sol arroja de un «solo golpe todos sus rayos sin reservar «ninguno; pero Dios que obra por inte- «lijencia y con soberana libertad, apli- «ca su virtud donde le agrada, y en el

(1) Disc. sur *l'Hist. Univ.* II.ª part. cap. 1.º

«grado que le agrada...... La historia de «la creacion, tal como la refière Moises, «nos descubre ese gran secreto de la «verdadera filosofía de que en solo Dios «reside la fecundidad y el poder abso-«luto. Feliz, Sabio, Omnipotente, se «basta á sí mismo; todo depende inme-«diatamente de él; y si segun el órden «establecido en la naturaleza depende «una cosa de otra, como el nacimien-«to y aumento de las plantas del calor «del sol, es porque este mismo Dios «que ha hecho todas las partes de este «universo, ha querido enlazar unas con «otras y hacer brillar su sabiduría por «este maravilloso encadenamiento.» Ya lo veis, Señores, Moises no es uno de esos fabricadores de mundos, cuales aparecieron en otro tiempo en la Grecia, y cuales los vemos aun entre nosotros, que creyéndose bastante hábiles para no necesitar de Dios, ostentan sus estravagantes sistemas de *fuerzas*, de *fatalidad*, de *necesidad*, de *átomos*, de *mundo animado*, de *materia viviente*, y nos presen-

tan de este modo palabras por cosas, efectos por causas, y la lejislacion de este mundo físico por el lejislador. ¡Ah! ¡con cuanta ansia despues de haber recorrido todos esos tenebrosos sistemas y buscando siempre la lúz, se lanza nuestro entendimiento con Moises hácia el ser inmortal, poderoso, intelijente, bueno, perfecto, en una palabra, causa primera de cuanto es, de las leyes de la naturaleza y de sus efectos, y cuan arrebatado se siente por aquella palabra del Profeta heredero de la doctrina de Moises, palabra sin la cual nada podrá esplicarse jamas: «Dios dijo, y todo fué hecho»: *dixit et facta sunt* (1)!

¿Pero por que, se nos dirá acaso, ensalzar de ese modo la teolojía de Moises? ¿No ha participado de las ideas groseras de los paganos acerca de la Divinidad? Reparad como le atríbuye las formas, las pasiones y los vicios del hombre; él nos le representa en sus libros

(1) Ps. CXLVIII. 5.

como un ser celoso y colérico, que abre los ojos, que extiende los brazos, y desciende para ver la torre de Babel. Esta es, Señores, solo una acusacion llena de irreflexion y de frivolidad. ¿Se querria que Moises hubiera hablado siempre con la exactitud rigurosa de la escuela, y que hubiera usado con la multitud un lenguaje que esta no entendiese? Moises se hallaba en la necesidad de proponer á hombres carnales bajo de imájenes sensibles, verdades puras é intelectuales. Las lenguas habian nacido ántes que se redujese á ciencia lo que hoy se llama *metafisica*; los poetas habian aparecido ántes que los ideólogos y por esta razon debian faltar en las lenguas primitivas mas que en las nuestras términos á propósito para espresar las cosas de cierto órden. Aun hoy que cada idioma tiene espresiones para las ideas mas sutiles y abstractas, ¿que escritor se cree obligado á no emplear mas que el lenguaje rigurosamente exacto? Aun despues de haber depurado el

cristianismo nuestros pensamientos y esparcido nociones sobre la divinidad mas distantes de todo lo que es material, ¿no seria ridículo y molesto el orador cristiano que desechase el estilo metafórico y se abstuviese de presentar la verdad al pueblo bajo de imájenes populares? Si Bossuet y Masillon hubieran seguido este método, no seria ciertamente el primero, á pesar de todo su talento, el mas elocuente de los hombres; ni el segundo el primer prosista de la literatura francesa. No siéndonos posible hablar dignamente de la Divinidad y de sus perfecciones, buscamos símiles y pedimos á la naturaleza entera sentimientos é imájenes que engrandezcan nuestro lenguaje. No podemos ménos de conocer que toda lengua es pobre, y lánguido todo discurso humano cuando se trata del Ser incomprensible; y que para hablar de él de una manera conveniente serian necesarios pensamientos y espresiones que no se hallan en el mundo presente. Ade-

mas de esto, Señores, el sistema bien conocido de los errores groseros del paganismo, tal como estaba acreditado universalmente, nos autoriza cuando se trata de sus poetas á tomar literalmente lo que nos dicen de los celos, las querellas y combates de sus dioses; pero no es así en la doctrina de Moises, en la cual las altas ideas que nos da de las perfecciones de la divinidad, de su poder, de su justicia, de su bondad y sabiduría, todo nos advierte busquemos el sentido espiritual oculto bajo de metáforas, cuyo uso exijian muy particularmente la naturaleza y la escasez del idioma en que escribia el injenio grosero de los Hebreos.

Paso á una dificultad mas grave, y cuyo objeto es nada ménos que hacer á los Hebreos y á su lejislador una nacion de materialistas. Voltaire, atormentado algunas veces del temor de lo futuro, se ha complacido en repetir en sus escritos que Moises no habla de la inmortalidad del alma, que los Judíos ig-

noraron esta doctrina durante muchos siglos, y que solo la conocieron despues de la cautividad de Babilonia. Vamos, Señores, á aclarar esta dificultad con alguna extension, porque ha sido propuesta con mucha confianza por el patriarca de los presumidos injenios incrédulos, y repetida sobre su palabra por sus numerosos discípulos. Observemos primeramente que el dogma de la inmortalidad de nuestra alma hace parte del símbolo de los Judíos; que esta creencia era en jeneral la de sus padres en tiempo de Jesucristo, y que subiendo aun mas arriba se la encuentra tan profundamente arraigada en el corazon de los Judíos, que ofrecian sacrificios por los muertos, y miraban como un deber el morir por su ley esperando otra mejor vida. Esta sublime esperanza es la que daba á la madre de los Macabeos aquel valor que inspiraba á sus hijos. En virtud de estos hechos incontestables casi me inclino pensar que esta creencia en un punto

tan capital y en una nacion tan invariable en su relijion, debe tener un oríjen aun mucho mas remoto, y subir de edad en edad hasta su cuna.

¿Y se quiere que mil años despues de Moises hayan tomado los Judíos el dogma de la vida futura de los pueblos de quienes estaban cautivos? ¡Que paradoja! Consultemos sus mas auténticos monumentos. Daniel que vivió al principio de esta misma cautividad, y que se gloriaba de despreciar las creencias paganas, y de ser fiel á la relijion de sus padres, á la que debia el valor de desafiar la muerte, fué quien dijo estas palabras: «De esa multitud de muertos que duermen entre «el polvo de la tierra, los unos despertarán para una alegría eterna y los «otros para un eterno oprobio (1).» El autor del libro del Eclesiastes vivia ántes de la cautividad: suyas son estas graves palabras: «He visto bajo del sol la «impiedad en lugar del juicio, y la ini-

(1) Daniel XII. 2.

«quidad en el puesto de la justicia, y he «dicho en mi corazon: Dios juzgará al «justo y al impío, y entónces será el «tiempo de ordenar todas las cosas (1).» Isaías vivió antes de la cautividad, y despues de describir la muerte del soberbio Rey de Babilonia, le representa bajando á la morada de los muertos, y dice: «Con esta noticia se levantan de «sus asientos los muertos poderosos en «otro tiempo sobre la tierra; príncipes, «reyes y conquistadores salen á su en«cuentro, y recibiéndole en la mansion «sombría le dicen en tono de burla: Ya «estás aquí, astro brillante, hijo de la «mañana, tú que decias en tu corazon: «Yo subiré al cielo, colocaré mi trono «por encima de las estrellas, y seré se«mejante al Altísimo, ya has bajado en«tre nosotros (2).» Imájen sublime, pero que solo hubiera sido un lenguaje ridículo para los Judíos á no haber esta-

(1) Eclesiast. III. 16. 17.
(2) Isaias XIV. et seq.

do imbuidos en la creencia de otra vida. Si quisiese multiplicar citas las hallaria muy terminantes en Tobías, en David, y en el libro de Job que pudiera traer en testimonio de la fe de los Hebreos, pues que ellos le han colocado en el catálogo de sus libros sagrados: tales pues son los monumentos irrefragables de la antigua fe de Israel.

Se dirá que en los cinco libros de Moises nada se dice de positivo sobre la inmortalidad del alma, ¿pero que importa esto cuando ascendiendo de siglo en siglo se encuentran entre los Hebreos señales manifiestas de esta creencia; cuando es imposible asignar una época posterior á Moises en que esta doctrina empezase á ser conocida, y últimamente cuando repugna á la sana razon querer suponer que su pueblo careciese de un conocimiento que era comun á todos los demas, tanto antiguos como modernos, civilizados ó salvajes, sin poder esceptuar á uno solo?

Pero yo voy aun mas léjos. Es cierto que no se encuentran las promesas y amenazas de la vida futura, espresadas y esplicadas por Moises tan claramente como lo estan en los libros de la ley evanjélica; no habia llegado aun el tiempo de esta luz tan abundante; pero las relaciones de Moises, su lenguaje, sus leyes, todo supone en él esta doctrina. Primeramente nos enseña que el hombre ha sido hecho á la imájen de Dios (1), y por consiguiente destinado á ser, aunque en un grado muy inferior sin duda, intelijente, libre, feliz é inmortal como su autor. En el Deuteronomio consuela Moises á los Hebreos de la muerte de sus parientes y amigos, diciéndoles: *Vosotros sois los hijos de Dios* (2); y sobre esto podemos decir con un escritor: «Los hijos de «los hombres son mortales como sus «padres, los de Dios participan de su

(1) Gén. I. 26. 27. V. 1.
(2) Deuter. XIV. 1. 2.

«naturaleza divina, y son inmortales «como él.» ¿Que significan ademas el cuidado de los muertos y de sus sepulturas, y los célebres sepulcros de Abrahan y de Jacob de que nos habla Moises? ¿No es bien claro que el respeto á las cenizas de los difuntos tiene su oríjen en la idea de la inmortalidad del alma? ¿Y de donde procede el llamarse los Patriarcas, segun la espresion de Moises, estranjeros ó viajantes sobre la tierra? *Los dias de mi peregrinacion*, decia Jacob á Faraon (1), *han sido cortos y malos*; por consiguiente no era la tierra su verdadera patria. ¿Por qué tambien aquella espresion que Moises pone en boca de los Ancianos de que irian á encontrar á sus padres y á reunirse á sus mayores (2)? ¿No tiene todo esto relacion con una segunda vida? ¿Por qué, en fin, aquella prohibicion tan espresa y tan notable en las leyes de Moi-

(1) Génes. XLVII. 9.

(2) Gén. XXV. 17. XXXV. 29. XLVII. 30. Deuter. XXXI. 16.

ses de evocar é interrogar á los muertos (1)? Esta ley, segun ha observado Freret, merece la mayor atencion; «porque prueba, dice el mismo, contra los «Saduceos modernos, que en el tiempo de Moises creian comunmente los «Hebreos en la inmortalidad de las almas, sin lo cual nunca hubieran pensado en consultarlas, porque no se «pregunta á los que no se cree existir.» No nos admiremos pues de que Moises insista ménos sobre esta verdad; porque era tan familiar entre los Hebreos, y estaba de tal modo extendida entre ellos como entre los demas pueblos de la tierra sin escepcion, que se perpetuaba por la tradicion verbal, por la enseñanza de los padres á los hijos, y por el respeto á los sepulcros; y con efecto así nos lo demuestra el poco cuidado que Moises pone en inculcarla. Su principal designio era armar á los entendimientos contra los errores dominantes

(1) Deuter. XVIII. 11.

que era lo que podia alterar ó destruir la alianza solemne de que era instrumento, y ved aquí por que recuerda sin cesar la unidad de Dios y sus adorables perfecciones, y se dedica ménos á salvar á su pueblo del materialismo desconocido en aquel tiempo, que de la idolatría que era entónces la plaga mas grande, mas deplorable y mas universal del jénero humano.

Paso al culto público establecido por Moises en honor de la Divinidad. Antes que Jesucristo viniese á formar en toda la tierra un pueblo de adoradores en espíritu y verdad, ¿hubo jamas un culto mas puro, mas santo en sus prácticas, mas á propósito para inspirar el temor y el amor á la Divinidad, y por lo mismo mas favorable á las costumbres y á la virtud que el culto de Moises? El aparato de la relijion anunciaba la grandeza del Dios á quien se adoraba; se le inmolaban víctimas sobre su altar como al Soberano árbitro de la vida y de la muerte, y estas

víctimas debian ser sanas y sin defectos, porque él mismo es infinitamente perfecto. En esto es donde brilla Moises de un modo que le distingue entre todos los lejisladores. ¡Cuan glorioso no le es en efecto haber desterrado de su culto todas aquellas disoluciones, aquellos escesos de torpeza y aquellos sacrificios humanos que manchaban todos los cultos del paganismo, y que en todas las naciones, aun las mas civilizadas y mas sabias, transformaban los templos en escuelas de crímenes, y á los sacerdotes en verdugos de sus semejantes! Yo no os diré cuanta era la magnificencia del antiguo culto, y me limitaré á haceros observar que el número de sus fiestas y el tiempo y modo de celebrarlas estaban determinados por la ley. Cada año veia renovarse el mismo órden de solemnidades, el anciano reconocia las ceremonias que habian fijado sus primeras miradas, y esta constante uniformidad aumentaba la majestad de la relijion y el respeto que los

pueblos le tenian. Todo lo que cambia contínuamente, interesa poco los ánimos; y siempre la antigüedad tiene no sé qué de augusto que inspira veneracion. Es cierto que todo esto no constituye la esencia de la relijion, así como la guardia que rodea á los Reyes, el cetro y la corona no constituyen la soberanía; pero seria no conocer á los hombres, sus necesidades y su misma frajilidad el despreciar los medios exteriores de impresionar sus almas. Moises muy principalmente débia servirse de ellos para con los Hebreos, quienes despues de haber sido testigos de las fiestas pomposas y llenas de espectáculos que los paganos celebraban en honor de sus dioses, hubieran mirado con disgusto y aun con desprecio un culto mas sencillo y ménos cargado de ceremonias. Así es como la relijion Mosáica presenta verdad en sus dogmas y santidad en su culto. Hemos considerado suficientemente á Moises en lo respectivo á sus

leyes relijiosas: consideremos ahora su lejislacion civil y política.

Siguiendo el designio que me he propuesto de vindicar el código de Moises de los ataques de sus enemigos, voy á considerarle bajo de un punto de vista mas jeneral, y al efecto os hablaré primeramente de la constitucion política de los Hebreos, despues, del objeto universal de toda su lejislacion, y últimamente de las acusaciones que le hacen los incrédulos.

Aunque Dios gobierne por su providencia todos los pueblos de la tierra, castigue sus crímenes y recompense sus virtudes, segun los designios de su justicia y de su bondad, y sea con relacion á esto el único Monarca supremo de las naciones; aunque como padre comun de todos los hombres dé á todos pruebas de su amor; aunque les conceda el goce de todos los bienes de que la naturaleza se enriquece y se adorna para ellos; aunque se manifieste incesantemente á sus ojos por la

belleza de sus obras, y hable contínuamente á su corazon por sus beneficios, por la razon y la conciencia, y por los socorros de qie es una fuente inagotable; fué sin embargo su voluntad conceder á Abrahan y á sus descendientes un favor singular que á nadie debia, y que no tenia su principio en lós méritos naturales de aquellos, sino en sola su liberalidad. Despues de haberlos sacado de la esclavitud de Ejipto por una série de prodijios brillantes, y despues de haberlos cubierto con el escudo de su poder contra sus enemigos, se constituye él mismo su lejislador y su Monarca, siendo Moises el instrumento de la alianza solemne y del todo particular que se digna hacer con los Hebreos. Por su ministerio les hace el Señor oir aquellas palabras (1): «Habeis visto lo que he hecho en vues«tro favor contra los Ejipcios, y de «que modo os he conducido á la manera

(1) Exodo XIX. 4, 5, 6.

«que el águila lleva sus aguiluchos «sobre sus alas, y os he escojido para «ser mios. Toda la tierra me pertene«ce: si escuchais mi voz y guardais mi «alianza, estableceré en medio de vo«sotros mi reino y mi sacerdocio.» El resultado de esto es, por una parte ver los Hebreos en el mismo Dios el autor de sus leyes, tanto civiles como religiosas; obligarse á reconocerle como á su Monarca temporal, y mostrarse fieles á sus mandamientos, y por otra hacerles el Señor promesas y amenazas que él solo puede ejecutar. La paz, la abundancia y la libertad debian ser el precio de su fidelidad; y la escasez, la guerra y la servidumbre el castigo de su rebelion y de la infraccion de sus leyes. No por esto debe creerse que la relijion no propusiese al adorador fiel y al observador de la ley los bienes aun mucho mas preciosos de la vida futura; pero es preciso considerar que la alianza Mosáica no se contrajo con cada individuo en

particular, sino con la nacion en masa, y que una nacion considerada como tal no tiene mas bienes que esperar ni otros males que temer que los de la vida presente. Ved en virtud de esto á los Hebreos profundamente penetrados de la idea de que su ley es enteramente divina, y de que son el pueblo escojido, el pueblo de Dios, que es lo que celebraba el Profeta quinientos años despues de Moises cuando decia: «El Señor anunció su «palabra á Jacob, sus justicias, y sus «juicios á Israel; no ha hecho lo mis«mo respecto de otras naciones (1).» Con efecto, el culto público, las ceremonias sagradas, la forma del Tabernáculo, los vestidos de los Sacerdotes y de los Levitas, las leyes, la policía, los reglamentos domésticos, todo tenia para el Israelita un carácter sagrado, y todo era á sus ojos obra de la Divinidad misma: no era solamente Moises como ministro de Dios, sino el

(1) Ps. CXLVII. 19, 20.

mismo Dios como autor de toda la ley, el que se presentaba á los Hebreos con toda la grandeza de sus promesas y todo el terror de sus amenazas, animándolos y conteniéndolos por los dos grandes móviles que hacen obrar al jénero humano, el temor y la esperanza. Las pasiones y los ejemplos de las naciones paganas podian debilitar esta persuasion íntima y profunda; pero siempre permanecia viva en el cuerpo de la nacion, y la reanimaba la desgracia que era siempre la consecuencia y el castigo de sus estravíos: ¡y cuanta fuerza, cuanta autoridad no daba esta creencia á las instituciones de Moises! No estamos en el caso de considerar esto como una impostura y una ridícula supersticion, y por consiguiente me abstengo de recordar las pruebas brillantes que dió Moises de su mision divina, y que tenemos expuestas ya en otro discurso; no obstante permito por un momento considerarle únicamente como un hombre abandonado á las

impresiones de su injenio. En este caso, y aun cuando no debiésemos ver en Moises un lejislador inspirado, siempre sería preciso mirarle como el mas grande de los mortales: porque en fin, si la principal gloria de un lejislador es hacer amar sus instituciones y sus leyes, y asegurar su imperio y su duracion, ¡que idea deberemos formarnos de este Moises, autor de una ley que arregló la suerte de los Judíos en la Palestina por espacio de quince siglos; y que diez y ocho despues de su dispersion es todavía tan amada por los restos errantes de ese pueblo desafortunado que produce en su corazon los suspiros y deseos que le ajitan incesantemente!

Pero para percibir mejor toda la escelencia de la lejislacion de Moises, veamos cual era su fin principal. Aunque el objeto comun de todos los gobiernos es mantenerse y perpetuarse, y aunque todos deben dirijirse á la conservacion y felicidad de los ciudadanos, parece sin embargo tener cada uno

su jenio y su carácter, y proponerse un fin particular: así es que Esparta formaba guerreros, Roma conquistadores, y Cartago comerciantes y navegadores. En jeneral el cargo de los lejisladores de la antigüedad quedaba desempeñado cuando llegaban á formar un pueblo poderoso y floreciente. Moises tiene pensamientos mas altos, y su objeto es el mas noble y mas sublime que el hombre pudo concebir. Se dedica ante todo á formar un pueblo, fiel adorador del verdadero Dios, que dé á todos los demas el ejemplo de un culto racional y puro, y en aquellos tiempos de depravacion universal en que las pasiones se habian apoderado de tal modo del corazon humano, que en lugar de dominarlas como señor, las servia como esclavo, y en medio de aquellas densas tinieblas, entre las cuales estaba como apagada la luz de la verdad sobre las perfecciones divinas, el orijen y el fin del hombre, y sobre los mas sagrados deberes, Moises se

propone crear una nacion en la cual puedan conservarse puras y sin mezcla por espacio de muchos síglos las doctrinas mas preciosas para la moral y la sociedad. Este es el grande objeto á que debe dirijirse toda su lejislacion, y lo que jamas debemos olvidar si queremos juzgar sanamente de las cosas. Ved aquí la razon por que se encuentran en el código de Moises todas aquellas leyes prohibitivas que embarazando ó restrinjiendo las relaciones de los Hebreos con los demas pueblos, se dirijian á preservarlos de las costumbres impías y de las disoluciones de los paganos. No por esto se diga que las leyes y costumbres particulares de los Judios los constituian enemigos del jénero humano; lo eran solamente de los cultos de los estranjeros, de sus prácticas abominables y sus horribles sacrificios, y era sin duda lícito á su lejislador mostrarse celoso en mantener en su puelbo la pureza de la relijion y de las costumbres, y por lo tanto muy

prudente multiplicar al rededor de él las barreras que podian preservarle de la idolatría, á la que tenia una inclinacion demasiado violenta. Si pues alguno creyese permitido no ver en la lejislacion civil y doméstica de Moises mas que un cúmulo de cosas minuciosas, pueriles é inútiles, yo le responderia con Bossuet (1): «En cuanto á ese «grande número de ceremonias con que «recargó á los Hebreos, por mas que «ahora nos parezcan supérfluas, eran «entónces necesarias para separar el «pueblo de Dios de los demas pueblos; «y servian de barrera á la idolatría por «el temor de que arrastrase con todos «los otros á este pueblo escojido.» Responderia tambien con Juan Santiago (2): «La prueba de que estas leyes eran lo «que debian ser, es que esta institu«cion ha resistido la prueba del tiem«po, de la fortuna y de los conquista-

(1) Disc. sur l'Hist. univers. II. part. c. III.

(2) Catéchisme philos. lib. IV, cap. II, art. 2, n. 282, nota.

«dores.» Y responderia por último con Montesquieu (1): «Una relijion carga-«da de muchas prácticas interesa mas «que otra que tenga ménos: nos afi-«cionamos mucho á las cosas de que «nos ocupamos continuamente.» ¡Que irreflexion, Señores, reprender á Moises aquellos ritos que, por su relacion con el objeto mismo de la lejislacion, eran un asombro de sabiduría!

Estamos acostumbrados á una admiracion en cierto modo esclusiva hácia los antiguos pueblos de Roma y de la Grecia, y se ensalzan sin cesar su patriotismo, su valor y sus hazañas. ¡Pero cual no fué la adhesion de la nacion judía á sus instituciones, sus leyes y su patria! Cuanto ménos comercio y relaciones tenia con los demas pueblos, mas conservaba un carácter propio y un espíritu verdaderamente nacional. ¿No tuvo Reyes y guerreros valerosísimos? ¿Aquellos Griegos, luchando contra

(1) Esprit des lois, lib. XXV, cap. II.

los ejércitos del gran Rey, dieron por ventura al mundo un espectáculo mas asombroso que aquella heróica familia de los Macabeos que reanimó el valor abatido de sus conciudadanos, y resistió por sus prodijios de valor al mas temible de los sucesores de Alejandro? Si mas adelante sucumbió la nacion á los esfuerzos de los Romanos, fué á lo ménos despues de haber opuesto el mas estraordinario valor á unos conquistadores destinados á vencer los pueblos y á derribar los tronos de los reyes de la tierra.

Paso, Señores, á la acusacion mas séria que se ha hecho contra Moises; y es la de háber establecido leyes y usos llenos de crueldad y de barbárie contra ciertos delitos, y haber consagrado el exterminio de ciertos pueblos. Es cierto que sus leyes son severísimas contra el crímen de idolatría; pero ¿quien no ve que conforme á la constitucion Mosáica tenia el pueblo hebreo por Rey temporal al Señor mismo, y

que por consiguiente todo acto idolátrico era no solo una apostasía, sino una rebelion contra el soberano, y un crímen de lesa Majestad que se dirijia á trastornar la sociedad entera? Ademas, ¿quien ignora las crueldades é infamias que arrastra consigo la idolatría? Es cierto tambien que sus leyes estaban llenas de rigor contra ciertos desórdenes; pero ¿por que reprender á Moises el haber armado al majistrado contra escesos que ultrajan la naturaleza, que ofenden la santidad de las costumbres, é introducen en las familias la vergüenza juntamente con la discordia? Yo bien sé que lo que principalmente no se perdona á Moises son sus leyes militares y sus medidas de exterminio contra algunos pueblos, tales como los Cananeos. No nos dejemos alucinar, Señores, en esto por el espíritu de declamacion, ni nos haga confundir tampoco cosas que es preciso aclarar bien. Los Cananeos eran pueblos infames, entregados hacia mucho

tiempo á la mas criminal idolatría y mas bárbaras supersticiones, sumerjidos en desórdenes vergonzosos y mas abominables aun que los de Sodoma y de Gomorra: se habia colmado la medida de sus iniquidades, como habla la Escritura, y el Dios justo resolvió castigarlos. ¿Y quien se atreverá á disputar al árbitro supremo de los destinos humanos, al Señor de la vida y de la muerte, el derecho de castigar con la espada á una nacion culpable, como podria hacerlo con la peste ó con el hambre? Si convocados los súbditos por sus Príncipes marchan justamente contra el enemigo; si puede un Majistrado inocentemente condenar á un criminal á perder la vida, ¿por que no pudo el cielo, cansado ya de los crímenes de los Cananeos, condenarlos á muerte y escojer á los Israelitas para instrumentos de sus tremendos juicios?

Yo quiero que los Judíos hayan violado mas de una vez en sus guerras los

derechos de la humanidad, y manifestado un carácter feroz con sus enemigos; pero para juzgar con discrecion en esta materia, es preciso transportarse á aquellos tiempos antiguos en que aun no habia dulcificado el cristianismo con sus máximas mas puras lo que habia de mas bárbaro en los usos de la guerra. En aquellos tiempos remotos, así como en el dia entre los salvajes, no se tomaban las armas, á lo que parece, mas que para devastar, destruir y exterminar. ¿Fueron acaso Hércules, Teseo y los héroes de la Grecia celebrados por Homero ménos implacables que los jefes de los Israelitas? Sin subir á los primeros salteamientos de los Romanos, Paulo Emilio en el Epiro, Scipion el Africano en Numancia y Cartago, Tito en Jerusalen, Germánico en el pais de los Marsos, cometieron á sangre fria, despues de la victoria, las mayores crueldades; y sin embargo son los mas virtuosos Capitanes que nos presenta la antigüedad. No exijamos,

Señores, de los Hebreos una dulzura de costumbres que no permitia su siglo. Ademas, si se esceptuan las respectivas á algunos pueblos entregados al anatema á causa de sus crímenes, y que si hubieran sido vencedores habrian exterminado á su vez á los Judíos, hallaréis que las leyes guerreras de Moises estan llenas de humanidad. Ved en efecto sus estatutos acerca del tránsito de los ejércitos por las tierras de los aliados, de los estragos en las de los enemigos, acerca de las ciudades sitiadas y de los prisioneros, y todo os parecerá mucho mas humano que lo que sabemos de los demas pueblos antiguos. Admirad, Señores, ese decantado espíritu de imparcialidad que anima á los detractores de Moises y de su ley. Que los pueblos mas alabados, tales como los Romanos, hayan tenido con respecto á los esclavos, á los gladiadores y á los pueblos vencidos, no un momento de barbárie, sino un sistema seguido de lejislacion cruel que hacia correr torrentes de

sangre inocente, nada importa, y nada casi dicen sobre esto nuestros apóstoles de la humanidad; pero que por una escepcion á sus leyes ordinarias traten los Hebreos á los vencidos con la mas terrible severidad, todo es lamentaciones y acriminaciones eternas. ¿Donde está aquí la buena fe?

Terminemos ya nuestro tercero y último discurso sobre Moises. Ahora que ya podemos apreciar mejor el conjunto de sus leyes relijiosas, morales y civiles, recojámonos un momento dentro de nosotros mismos para preguntarnos de donde pudo Moises sacar tan profundos conocimientos. Envuelto el espíritu de los pueblos en las mas espesas tinieblas en la época de su aparicion, ¿como pudo brotar una luz tan viva de tan profunda oscuridad? ¿Como del seno de la mas vergonzosa superstición pudo hacerse oir la voz de la mas elevada sabiduría? ¿Será esto solo un esfuerzo estraordinario del entendimiento humano, ó no deberémos buscar en el

cielo el oríjen de una doctrina tan pura? Sírvanse hábilmente los lejisladores comunes de las supersticiones establecidas, lisonjeen enhorabuena errores acreditados, y hasta las pasiones mas halagüeñas: Moises no retendrá cautiva la verdad, ni se humillará á los ardides de una falsa política: en medio de la multitud de dioses del Paganismo fundará su relijion sobre la unidad de Dios, y en medio de los cultos infames ó crueles extendidos por la tierra establecerá un culto puro y severo, y nada podrá compararse á la hermosura de su moral ni á la sabiduría de sus leyes. Yo no me admiro, Señores, de que se muestre tan celoso en asegurar y perpetuar su duracion. Cuando siente aproximarse su última hora, reune al rededor de sí á los principales del pueblo y á los jefes de las tribus, y en su presencia es donde pronuncia aquel admirable cántico que empieza por estas palabras: «O cielos, es«cuchad mi voz, y escuche la tierra las

«palabras de mi boca (1).» En medio de este silencio de toda la naturaleza habla con una enerjía inimitable; pero de repente sale de sí mismo, y pareciéndole todo discurso humano inferior á un asunto tan grave, hace hablar al mismo Dios con una elevacion y una bondad que llenan el alma á un mismo tiempo de respeto y de amor. El pueblo aprende este cántico, que es el compendio de los beneficios de Dios, de sus promesas magníficas, como de sus amenazas espantosas, y este grande hombre muere contento por no haber olvidado nada de cuanto podia perpetuar la memoria de los favores y de los preceptos del Dios de Israel, dejando tras sí una impresion tan profunda de sus virtudes y de su autoridad divina, que tres mil años despues de su muerte su nombre y su ley inspiran en su pueblo amor y veneracion. ¡Cosa estraña y casi increible! Ese pueblo judío, que era como el desecho de todos

(1) Deuter. XXXII.

los demas, profesaba las mas elevadas y puras máximas sobre la relijion y la moral: no tenia ni mas industria en las artes, ni mas capacidad para las ciencias humanas que cualquiera otra nacion; y sin embargo, hasta sus mujeres y sus niños conocian mayor número de grandes verdades que todos los filósofos de Atenas. ¿Quien nos esplicará este fenómeno, único en los anales del jénero humano? Reconozcamos que hay aquí alguna cosa superior al hombre, y verdaderamente divina. Así Moises no es ménos admirable en la lejislacion que establece, que en los prodijios que obra: en el tiempo en que vivió su doctrina era un milagro en el órden moral, como su tránsito triunfante por entre las aguas del mar Bermejo lo fué en el órden de la naturaleza; y así tambien la hermosura de su relijion, de su moral y de sus leyes se une al esplendor de sus obras maravillosas para atestiguar la divinidad de su mision.

DE LA AUTORIDAD

DE LOS

EVANJELIOS.

Ya, Señores, os hemos presentado á Moises en tres de nuestros discursos, como el historiador mas antiguo, el filósofo mas sublime, y el mas sabio de los lejisladores; y ya hemos reconocido en él al enviado del cielo, y al fundador de un pueblo destinado por la providencia á conservar el depósito de las verdades sagradas en medio de las tinieblas y de la corrupcion universal del jénero humano. Si hubiera entrado en nuestro plan esplicaros la significacion de las figuras, del culto y de los oráculos de la antigüa ley, hubiérais visto mas que nunca que era solo el emblema y preludio de la ley mas perfecta que rije al mundo cristiano de la que nos proponemos hablaros en

este momento. Hasta ahora hemos estado en el vestíbulo del templo; ya es tiempo de pasar de sus puertas y de acercarnos al santuario. Hoy, Señores, vamos á llamar vuestra atencion á cuanto hay de mas venerable y mas sagrado para el cristiano, y aun podemos decir mas digno de los homenajes de todo hombre que sin tener la felicidad de profesar el cristianismo no sea insensible á las bellezas de una moral pura, ni al heroismo de la virtud. Vamos á hablaros de Jesucristo y de nuestros Evanjelios que no son mas que la relacion de sus acciones, de sus discursos, y en una palabra, la historia de su vida mortal. Jesucristo es á los ojos del cristiano la luz del mundo por su doctrina, y su modelo por sus virtudes; y los Evanjelios son el código sagrado y la regla inviolable de su fe, de su moral y de su culto. Pero lo que el cristiano adora y reverencia es muy frecuentemente para el incrédulo tan solo un objeto de irrision y de desprecio, y quizá has-

ta de un odio profundo; y Jesucristo con su cruz y sus misterios, y el Evanjelio con sus preceptos, han irritado desde el orijen del cristianismo el orgullo del entendimiento y la corrupcion del corazon, y sublevado todos los errores y pasiones del jénero humano. La obstinacion del Judío carnal y grosero; el amor del Idólatra á un culto cómodo y voluptuoso; el orgullo altanero de los sofistas; la política tenebrosa y sanguinaria de los Césares, y la supersticion recelosa de los sacerdotes de los falsos dioses, fueron desde los primeros siglos de la iglesia cristiana los enemigos que la relijion tuvo que combatir. En los tiempos posteriores, y despues que triunfó con Constantino, la soberbia y la sensualidad le suscitaron enemigos hasta entre sus hijos. El novador desnaturalizó su doctrina, el indiferente la desterró de su pensamiento, el incrédulo la hizo objeto de sus burlas, y el libertino despechado al leer su condenacion en nuestros libros santos, hubiera querido

desgarrar todas sus pájinas. Sin embargo, hacia ya diez y ocho siglos que el nombre de Jesucristo era reverenciado en la tierra, aun por los que no eran sus discípulos: se le consideraba á lo ménos como un personaje estraordinario, digno por sus virtudes del homenaje de los pueblos: se miraba su evanjelio como un libro admirable por la sencillez, la claridad y la perfeccion de sus máximas; y no ha habido uno solo, incluso Mahoma, que no haya hablado de él con los sentimientos y en los términos de la mas profunda veneracion; solo á los dias aciagos del último siglo estaba reservado producir cristianos apóstatas que disfrazasen indignamente nuestros libros santos, que contradijesen su antigüedad, y que despues de vomitar los insultos mas brutales y bajos contra la persoma misma de Jesucristo, perdiesen de tal modo el sentido que llegasen á poner en duda hasta su existencia. Con objeto de reanimar nuestra creencia sobre todos estos puntos,

y de vindicarla de los ataques de sus enemigos, vamos á dirijiros algunos discursos. Empezarémos discutiendo las tres cuestiones siguientes acerca de la autoridad de los Evanjelios. Primera: ¿ Apareció Jesucristo en la Judea en la época señalada por nuestros Evanjelios? Segunda: ¿ Han sido verdaderamente escritos nuestros Evanjelios por los autores contemporáneos, cuyos nombres tienen, San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan? Tercera: ¿Han llegado á nosotros estos Evanjelios sin alteracion alguna notable en la sustancia misma de las cosas? Tal es el plan y division de este primer discurso sobre la autoridad de los Evanjelios.

Que hace diez y ocho siglos apareció en la Judea un personaje estraordinario llamado *Jesus de Nazareth*, notable por la santidad de su doctrina, y mas notable aun por la santidad de su vida, y á quien el odio de los Judíos hizo morir en una cruz bajo del reinado del Emperador Tiberio, es un hecho

atestiguado por la creencia mas antigua, mas constante y universal; por una série no interrumpida de testimonios escritos que se suceden y sostienen mutuamente desde su oríjen, y por la autoridad misma de los enemigos mas encarnizados del nombre cristiano; quiero decir, de los Judíos y de los paganos. De este modo la existencia real de Jesucristo, en la época en que la coloca la historia evanjélica, está mejor probada que la de ninguno de los mas famosos personajes de la antigüedad, tales como Sócrates, Alejandro ó César de que nadie duda; y el no ver en Jesucristo mas que un ser fabuloso, seria no solo el colmo de la impiedad á los ojos del cristiano, sino el colmo de la demencia á los de todo hombre sensato.

Sin embargo, por si animados de una audacia mas que humana se atreviesen algunos espíritus temerarios hasta la locura á levantar en esta materia las nubes de su escepticismo, entrarémos en algunos pormenores para mas

confundirlos, y harémos ver con los mas irrecusables testimonios cuanto les condena la fe pública del universo entero. Con efecto todas las naciones, cristianas, judía y paganas estan conformes en atestiguar unánimemente la existencia de Jesucristo al principio de la era vulgar. Hablaré primeramente de las naciones cristianas. Todos saben que en todos tiempos han hecho profesion los pueblos cristianos de reverenciar á Jesus como á su fundador. Hace diez y ocho siglos que la relijion cristiana se profesa sobre la tierra; pero no existiendo ántes de esta época, ni aun siendo conocido el nombre de cristiano, es preciso que haya tenido su principio y su autor: bajo cuyo supuesto, y remontándonos de siglo en siglo hasta su oríjen, es imposible no venir á parar en Jesucristo. La denominacion sola de cristiano atestigua nuestro oríjen, pues que cristiano quiere decir sectario de Cristo. ¿Y no tenemos una série de obras de una antigüedad jeneral-

mente reconocida, que empezando por el primer siglo de nuestra era nos conducen sin cesar hasta Jesucristo? ¿Nuestros misterios, nuestro culto, nuestras fiestas, y todas las partes de que se compone la relijion no se refieren á él como á la piedra fundamental del edificio? Lo primero que se nos presenta son los cuatro Evanjelios, el libro de las Actas, las Epístolas de S. Pablo, y otros varios escritos cuya coleccion compone el Nuevo Testamento: no trato aun de examinar si todas estas obras son realmente de aquellos á quienes se atribuyen; pero siempre será preciso confesar que traen su fecha desde el oríjen del cristianismo, y que han sido compuestas por algunos de los primeros sectarios de Jesucristo; ¿y no nos hablan todos de Jesucristo, de su vida, de sus acciones, de sus discursos y de su muerte, de una manera tan positiva y tan circunstanciada, que basta leerlos para ver cuan estravagante seria pensar que todo esto

fuese puramente alegórico? Tambien poseemos muchos escritos del primer siglo de la iglesia cristiana, como las Cartas de San Clemente de Roma, de San Ignacio, obispo de Antioquía, y de San Policarpo, obispo de Esmirna y discípulo del Apóstol San Juan. Tampoco examinaré lo que deba pensarse del fondo de la doctrina enseñada en ellas, ni de los hechos particulares que refieren; pero lo que siempre es indudable es que salieron de las manos de los mas antiguos sectarios de Jesucristo, y que todas nos le presentan como el fundador mismo de nuestra relijion. Me seria fácil hacer ver que esta série de testimonios se continua en el segundo siglo por San Justino, Tertuliano y Clemente de Alejandría, varones eminentes en talentos y en saber, y que del seno del paganismo en que habian nacido pasaron al de la relijion cristiana. Todo se desploma en esta divina relijion si haceis desaparecer á Jesucristo; pero con él todo se

esplica y se encadena; y lo repito, Señores: todas las historias, todos los monumentos, todas las tradiciones, las creencias y las solemnidades relijiosas de los pueblos cristianos suben hasta Jesucristo; de modo que el no reconocerle como autor de nuestra relijion santa seria mil veces mas absurdo que no reconocer á Mahoma como autor de la superstician que lleva su nombre.

Yo bien sé que con cotejos violentos y estravagantes, con pasajes truncados, suposiciones arbitrarias y omisiones maliciosas con apariencia de mentiras, se puede oscurecer todo, y de error en error, y de quimera en quimera, llegar hasta decir que los cristianos nó han conocido hasta ahora su relijion, y que los primeros partidarios del cristianismo no intentaban adorar en Jesucristo mas que al sol; pero tambien sé que con semejante modo de proceder no hay locura que no se pueda propagar. ¡Y qué! Señores, por que infames sectarios del tercer siglo, llamados *Maniqueos*, hayan

confundido en su culto insensato á Cristo con el sol, haciendo una mezcla monstruosa del cristianismo y de la idolatría; porque calumniadores oscuros hayan acusado á los cristianos de adorar el sol á causa de reunirse para el ejercicio de su culto el mismo dia que los Latinos llamaban *dia del sol*, así como se los acusaba de alimentarse en sus misterios secretos con la carne de un niño, por recibir en ellos la divina Eucaristía; porque en fin espíritus malignos hayan observado alguna insignificante analojía entre ciertos puntos de los misterios de Cristo con algunas constelaciones, ¿será por eso tenida en nada la creencia mas antigua, mas invariable y mas universal del mundo cristiano? ¿Han de desaparecer nuestros monumentos históricos, que suben de edad en edad hasta la cuna misma del cristianismo, para que prevalezcan sus locas invenciones, y no ha de ser Jesucristo otra cosa que el sol, y los Apóstoles que han fundado su relijion otra cosa que los signos del

zodiaco? ¿Hubo jamas un esceso mas lastimoso? ¡Con que no pretendian predicar mas que las virtudes del sol aquellos primeros propagadores del cristianismo que proponian á la imitacion de los pueblos la caridad, la dulzura, la paciencia y la santidad de Jesucristo! ¡Y tampoco morian sino por el amor del sol aquellos mártires jenerosos que daban su sangre por la fe de Jesucristo! ¡Con que aquellos pastores, aquellos doctores y aquellos apolojistas que combatian la idolatría, y enseñaban la unidad de un Dios, criador del sol y de los astros, y que condenaban como impío todo homenaje que no se dirijiese á este solo Dios verdadero, trabajaban sin embargo y se exponian á la muerte por establecer el culto idolátrico del sol! ¡Y vos tambien, ó gran Pablo, cuando en esas cartas dirijidas á las ciudades mas florecientes del imperio romano predicábais tan solemnemente á Jesucristo muriendo en la cruz por la salvacion del mundo, tampoco creíais predicar mas que

la relijion del sol! ¡O vergüenza! ¡O delirio de la razon humana! Lamentemos tan enormes estravíos. Pero no: felicitemos mas bien al cristianismo por hallarse sus enemigos reducidos en nuestros dias á combatirle con tan estrañas puerilidades.

Pasemos al testimonio de la nacion judía que he alegado en segundo lugar. Nadie ignora que principalmente en los primeros tiempos del cristianismo se suscitaron disputas muy vivas entre los Judíos y los Cristianos; pero es cosa inaudita que los primeros hayan contradicho nunca el hecho mismo de la existencia de Jesus: han podido, sí, tratarle de májico, calumniarle y llenarle de injurias; pero á esto se han limitado sus ataques, y estos mismos suponen su existencia. Veamos ademas con cuanta concordancia la atestiguan sus monumentos; ¿y que mejor testigo que Josefo, autor contemporáneo? Yo consiento en no valerme de un pasaje de este historiador que ha llegado á ser

famoso por las disputas de los críticos modernos, pero citaré uno tomado de sus *Antigüedades judáicas* (1) que no es posible contradecir juiciosamente, y que basta para nuestro designio de establecer la existencia real de Jesus. En ellas nos dice que el gran sacerdote Ananias reunió un consejo ante el cual citó á Santiago hermano de Jesus (2), á quien llamabàn *Cristo*, como tambien á algunos otros á quienes hizo condenar á ser apedreados, por haber violado y traspasado la ley; ¿y se dirá que Santiago, citado ante el tribunal de los Judíos, era una constelacion parienta del sol? Todo es groseramente absurdo en el sistema que combato. Se ve ademas en su Talmud, obra que trae su fecha desde el segundo siglo, que los Judíos

(1) Lib. XX. cap. IX. n. 1.

(2) Los Judíos llamaban *hermanos* á los primos hermanos y á otros parientes cercanos. Podrian citarse ejemplos si fuesen necesarios, pero todos los intérpretes de la Escritura estan conformes sobre este punto.

han continuado contra Jesucristo las acusaciones de sus padres; pero tambien se ve que nunca han pensado poner en duda su existencia: ¡tan constantes y universales eran las tradiciones sobre este punto tan fácil de apurar!

¿Y que dirémos de las naciones paganas? Escuchad á sus escritores mas inmediatos al oríjen de las cosas. Tácito os dice en sus *Anales* (1), que el nombre de cristiano viene de Cristo, el cual fué condenado al suplicio bajo del reinado de Tiberio, siendo Poncio Pilato gobernador de la Judea. Plinio el jóven en su carta á Trajano le dice que los cristianos acostumbraban reunirse un dia señalado para cantar himnos en honor de Cristo; y Luciano de Samotracia que vivió en tiempo de Trajano nos dice en su historia de la muerte de un filósofo llamado Peregrin, que este habia aprendido en la Judea la doctrina de los cristianos; y añade en tono

(1) *Annal.* lib. XV. cap. XLIV.

de mofa: «Estas jentes adoran á ese «grande hombre que ha sido crucificado en la Palestina, porque ha sido el «primero que ha enseñado á los hom«bres esta relijion.» Lampridio, en la vida del Emperador Alejandro Severo, nos dice que este Príncipe tenia costumbre de honrar á Cristo todas las mañanas, y que aun habia querido edificarle un templo. En fin Celso, enemigo sutil y sabio de los cristianos; Porfirio, filósofo hábil á juicio de San Agustin; Juliano, cuyo entendimiento y malicia conoce todo el mundo, y Hiérocles, majistrado pagano, cuya noticia nos ha conservado Eusebio, todos cuatro han empleado todo su injenio y talento contra la relijion cristiana; pero ninguno pensó jamas en impugnar el hecho de la existencia de Jesucristo. He aquí ya á las naciones, los siglos y los escritores mas graves y mas próximos al oríjen de los hechos, unánimes todos y conformes sobre la existencia de Jesucristo en la Judea, y sobre su cualidad

de fundador del cristianismo. ¡Que impudencia, que falta de lójica no seria comparar este conjunto irresistible de pruebas históricas con algunas tradiciones populares sobre varios personajes fabulosos, en las cuales no hay ilacion, ni enlace, ni apoyo en el testimonio de autores comtemporáneos, ó en la conviccion de los hombres ilustrados! Esto seria comparar la luz con las tinieblas, y pretender que no hay verdadera historia porque haya relaciones fabulosas. Antes, con efecto, podrian impugnarse con fundamento todos los hechos de la antigüedad, que hacer dudoso el que nosotros acabamos de sentar: pero ¿para que detenernos en probar lo que es mas claro que el sol? Sí; se hubiera querido desterrar de la sociedad cristiana á Jesucristo su fundador, por la misma razon que se ha intentado desterrar del universo al gran Dios que le ha creado. Los errores se enlazan lo mismo que las verdades; y cuando una vez ha caido el hombre

en las tinieblas del ateismo, se oscurece su intelijencia, se extingue en él el gusto por la verdad, se familiariza poco á poco hasta con lo mas estravagante; y pervirtiéndose insensiblemente su entendimiento, miente con descaro y propaga por último sin freno, y casi sin advertirlo, los mas locos errores: siendo los desgraciados que llegan á tal grado de cinismo los únicos que no se avergüenzan de su monstruosa singularidad.

¿Pero en donde se encuentra la historia de Jesucristo? En nuestros Evanjelios. ¿Pero han sido compuestos por sus apóstoles y discípulos San Mateo, San Márcos, San Lúcas y San Juan, cuyos nombres tienen; ó, hablando en el lenguaje de la crítica, son auténticos nuestros Evanjelios? Esta es mi segunda cuestion.

Entremos en materia con un incrédulo, y preguntémosle: ¿Hay en la antigüedad obras cuya autenticidad pueda establecerse por pruebas capaces de convencer á todo hombre que no quiera entregarse al mas extremado

pirronismo? ¿No sería tenido por un insensato el que se atreviese á disputar á Demóstenes, á Ciceron y á César las obras que llevan sus nombres? ¿Como fué mirado en el mundo sabio y literario el famoso padre Hardouin, cuando trató contra la fe de todos los siglos de arrebatar á Virjilio la gloria de haber compuesto la Eneida? Ciertamente que os avergonzaríais de haceros discípulo de este profesor de paradojas, por mas que haya sabido apoyarlas en razones aparentes: pues bien, seria arrojarse á iguales estravíos el disputar á los discípulos de Jesucristo los libros reverenciados bajo de su nombre por todas las Iglesias cristianas. ¿Que puede en efecto exijir en esto la crítica mas severa? ¿Quereis que la autenticidad de nuestros Evanjelios esté apoyada en una tradicion universal, inmemorial y aun escrita de las sociedades cristianas? ¿Que lo esté igualmente en la confesion de aquellos mismos que debian ser los enemigos naturales de estos libros, y

por último quereis que se funde en la imposibilidad de asignar una época en que haya podido un impostor finjirlos con buen éxito? He aquí ciertamente con que contentar el entendimiento mas escrupuloso. Porque á la verdad, ¿hay alguna obra de la antigüedad profana que reuna tantos y tan brillantes caractéres de autenticidad? Estos son sin embargo los títulos que afianzan la de nuestros cuatro Evanjelios.

He dicho primeramente que estaba apoyada en la tradicion constante é inmemorial de las sociedades cristianas. Consultad en efecto á todos los pueblos cristianos esparcidos sobre la superficie de la tierra, y que os digan cuales son los títulos de su oríjen, de su creencia, de su moral y de su culto: los hallaréis discordes en algunos puntos de doctrina ó de disciplina; pero conformes todos os presentarán los cuatro Evanjelios como el fundamento de su relijion. ¡Cuan admirable es en efecto esta conformidad! No hablamos aquí de libros insig-

nificantes, sin relacion con los dogmas relijiosos y con las reglas de las costumbres, y que por consiguiente solo inspiren á los cristianos un interes comun. Tampoco de libros confinados en los gabinetes de algunos curiosos, hojeados tan solo de un corto número de aficionados, y por lo tanto poco comunes: ménos aun de libros conocidos solamente por rumores lijeros y vagos, y acreditados solo entre las clases ignorantes del pueblo. No, cuando se citan los Evangelios se habla de libros que son el fundamento de la relijion de un gran número de naciones; de libros que por su misma importancia han debido escitar constantemente la atencion del mundo cristiano, hallarse en las manos de las clases ilustradas de la sociedad; ser la regla perpétua de los pastores de lás iglesias, y ser por consiguiente discutidos y examinados en todos los tiempos con el mayor cuidado y la mayor severidad. Y ¿como es posible que el mundo cristiano se haya dejado engañar hasta el

dia acerca de estos libros, y que tantos pueblos de diferentes climas y opuestos en costumbres y en lenguaje, se hayan convenido, desde los tiempos mas cercanos á los hechos, en mirar como procedentes de los Apóstoles obras que realmente estos no habian escrito?

Los incrédulos se ven obligados á confesar que los Evanjelios que nosotros tenemos eran ya, en el discurso del siglo II, conocidos, citados y reverenciados como obra de los primeros discípulos de Jesus; y de este hecho podemos citar testigos irrecusables. El primero será San Justino. Nacido al principio del siglo II, y despues de haber profesado la filosofía de Platon, abrazó el cristianismo á la edad de treinta y ocho años: vió si no á los Apóstoles, á lo ménos á sus primeros discípulos; y hácia el año CL presentó á los Emperadores romanos Antonino Pio, Marco Aurelio y Vero, y al senado y pueblo una *Apolojía* á favor de los cristianos. En ella dice que el uso de las Iglesias cristianas

era leer en sus reuniones esos escritos de los Apóstoles que llaman *Evanjelios*, y tanto en esta *Apolojía* como en otra mas corta, cita una multitud de pasajes de ellos que aun leemos en estas. El segundo testigo es el sabio Obispo de Leon San Ireneo, que pasó del oriente á las Galias, despues de haber sido discípulo de San Policarpo, el cual lo fué del Apóstol San Juan, y cuyo solo testimonio es de un peso inmenso. Este en su obra *Contra las Herejías* (1) dice espresamente, que no hay ni mas ni ménos de cuatro Evanjelios, y cita precisamente por sus propios nombres á nuestros cuatro Evanjelistas. Esta cadena de testimonios sobre la fe del siglo II se continua por Tertuliano, Clemente de Alejandría y Oríjenes, aquellos varones tan doctos y tan hábiles. Ahora bien, Señores, yo os pregunto: ¿á quien deberémos creer mas, acerca de la antigüedad y oríjen de nuestros Evanjelios:

(1) Adv. hær. l. III. cap. I. II. n. 8.

á un crítico orgulloso del siglo XVIII que suscita dudas frívolas, ó á las Iglesias cristianas que desde el siglo II profesaban el mas profundo respeto á nuestros Evanjelios como procedentes de los Apóstoles mismos? Es digno de notarse que el oriente y el occidente, el Asia menor, la Grecia, el Ejipto y la Italia recibieron la fe inmediatamente de los primeros fundadores del cristianismo; por consiguiente, ¿quien mejor que las Iglesias fundadas por los Apóstoles podian conocer todo lo relativo á ellos? Y ¿de donde puede provenir esa conformidad con que tantos pueblos han atribuido los Evanjelios á los Apóstoles en el siglo II, sino del testimonio unánime de sus predecesores? Este es el segundo eslabon de una cadena de la que el primero está unido á la cuna misma del cristianismo: es una herencia que los hijos recojieron de sus padres, y por consiguiente la creencia tan firme, universal y al mismo tiempo incontestable del siglo II acerca de nuestros

Evanjelios, supone evidentemente la creencia del primero.

¿Pero nos faltan acaso del todo en el primer siglo documentos que alegar? Es cierto, Señores, que no nos ha quedado de él mas que un corto número de escritos, y la razon os parecerá sin duda muy natural. En el orijen del Cristianismo se trataba de propagarle mas por medio de la predicacion que por medio de escritos. Los libros son fruto del tiempo y del sosiego, y ejerciendo los jefes de las Iglesias nacientes su divino ministerio entre contrariedades y peligros de toda clase, no hay que admirarnos de que el primer siglo fuese ménos fecundo en escritos que los siguientes. Nos ha dejado sin embargo lo bastante para dar testimonio de nuestros Evanjelios; tenemos dos cartas de San Clemente Romano, varias de San Ignacio, obispo de Antioquía, una de San Policarpo, obispo de Esmirna y discípulo de San Juan, la epístola de San Bernabé, que si no es suya es á lo ménos de un escritor apos-

tólico, el libro del Pastor por Hermas, y en fin, algunos fragmentos de Papias, obispo de Hierápolis, que nos ha conservado Eusebio (1). Este último nombra á San Marcos y á San Mateo como escritores de las acciones y discursos de Jesucristo. En cuanto á los otros escritores del primer siglo, hicieron lo mismo que aun ahora hacen todos los autores ascéticos y los oradores cristianos; y es citar en globo los libros santos, sin indicar ni el libro, ni el capítulo, ni el escritor sagrado á que se refieren, limitándose á decir: *escrito está, el Señor ha dicho*, ó *como dice el Evanjelio*; pero lo que hay que advertir con particularidad es, que nuestros apolojistas han estractado de estos diversos autores del siglo de los Apóstoles gran número de pasajes que leemos aun en nuestros Evanjelios, ó que aluden manifiestamente al texto evanjélico.

(1) *Hist. Eccles.* lib. III, cap. XXXIX.

¿Y que podrá decirse para debilitar esta antigua creencia de las Iglesias primitivas, esta série de testimonios que comenzando en el primer siglo se desarrollan con tanta claridad y fuerza en el segundo y en los siguientes? ¿Se querrá acaso desecharlos vagamente, pretextando la supuesta ignorancia y credulidad de aquellos primeros tiempos? Algun dia, Señores, será esta vaga acusacion objeto de un discurso particular: hoy me limito á algunas reflexiones cortas pero suficientes. ¿Sabeis quienes eran un gran número de pastores, de pontífices y doctores de las iglesias primitivas? Eran Judíos ó paganos ilustrados que habian abrazado el cristianismo, y que ántes de abandonar la relijion de sus padres, habian tenido que luchar contra las preocupaciones del entendimiento ó las pasiones del corazon, y por esto su testimonio acerca de la autenticidad de nuestros Evanjelios es tanto mas irrecusable cuanto tenian interes en examinarla mas

detenidamente, y tocaban ademas al oríjen mismo de las cosas. Poseemos las obras de muchos cristianos de los tres primeros siglos, obras que descubren tan claramente la sabiduría de sus autores, como la sublimidad de sus injenios. A esto se dirá acaso que los cristianos no deben ser oidos acerca de sus libros sagrados, porque son sospechosos en causa propia. ¿Pero desde cuando acá se ha imajinado despreciar el testimonio de un pueblo en lo concerniente á sus leyes, sus costumbres, su relijion y su historia? ¿Puede raciocinarse así á no estar alucinado por ese odio manifiesto ó secreto jurado al cristianismo? ¡Cuantas cosas hay en la historia de la antigua Grecia que no son conocidas sino por los autores Griegos, y de las que sin embargo nadie duda! ¡Cuantos sucesos del pueblo Romano creemos únicamente bajo de la fe de los historiadores latinos! ¿Se haria el menor caso de un estranjero, que sobre hechos memorables de nuestra historia nacional,

despreciase todos nuestros monumentos, todas nuestras mas seguidas y enlazadas tradiciones bajo del ridículo pretexto de que los franceses no deben ser creidos en lo concerniente á su historia?

Se piden á favor de la antigüedad de nuestros Evanjelios otros testimonios que los de los pueblos cristianos: ningun derecho hay para exijirlo; pero sin embargo tenemos con que satisfacer este deseo por mas caprichoso é injusto que sea. Los libros de la ley nueva tuvieron por enemigos desde los primeros tiempos ya á los Judíos que profesaban á los discípulos de Jesucristo el odio que habian profesado á su maestro, y ya á los sofistas paganos que se armaban contra los cristianos, por todos los medios que podian suministrarles el talento y el saber. ¿Y se los ha acusado nunca á los cristianos de reverenciar como propias de los Apóstoles las obras de un vil falsario? No, jamas se han intentado contra ellos semejantes acusaciones. ¿Ha tenido la relijion cristiana

enemigos mas hábiles y mas sagaces que Celso, Porfirio y Juliano? Ellos conocian perfectamente nuestros Evanjelios, tomaban allí argumentos contra el cristianismo, se burlaban de la doctrina que enseñan, pero nunca se ha oido que hayan suscitado la mas leve duda acerca de su oríjen; y esto á pesar de que tenian el mayor interes en presentarlos como fabricados por un impostor. Este era el verdadero modo de minar el cristianismo por sus cimientos, y de cubrir de oprobio y de desprecio á los que le profesaban, presentándolos como un rebaño de hombres alucinados por la mas vergonzosa credulidad. Se sabe que el Emperador Juliano habia sido educado en el cristianismo, y que conocia su historia y sus libros: y bien, ¿no confesó formalmente que nuestros Evanjelios eran obra de los Apóstoles, cuyos nombres llevan en el dia? Esto mismo se advierte por el modo con que pretendia combatir la divinidad de Jesucristo, pues decia que ni San Mateo, ni San Marcos,

ni San Lucas habian hablado de ella, y que San Juan era el primero que se atrevió á hacerlo (1). El argumento de este Emperador sofista era falso sin duda, pero no por esto su testimonio es ménos precioso en la cuestion que nos ocupa. Ved pues á nuestros cuatro Evanjelistas espresamente nombrados por Juliano, apóstata. Es muy glorioso, muy consolador para los cristianos ver los títulos mas augustos y mas auténticos de su relijion adquirir mayor grado de fuerza por la confesion de sus enemigos: y cuando los mas famosos y mas sabios incrédulos del segundo, del tercero y del cuarto siglo, mucho mas cercanos que nosotros al oríjen de los hechos, y rodeados de todas las luces que podian ilustrarlos, han reconocido la antigüedad de nuestros Evanjelios, ¿no es ridículo ver á algunos impíos del siglo XVIII armarse contra ella con

(1) S. Ciril. Alexandr. Contr. Julian. lib. X, op. tom. VI, páj. 327.

fruslerías de una crítica quisquillosa que les daría vergüenza aplicar á cualquier otro jénero de obras?

En fin, Señores, os haré una reflexion que formará la tercera prueba de la autenticidad de nuestros Evanjelios. En esta materia no cabe medio: ó nuestros Evanjelios han salido realmente de la mano misma de los Apóstoles cuyo nombre llevan, ó han sido escritos por un falsario que los ha publicado y hecho adoptar bajo del falso nombre de los Apóstoles: veamos cuan quimérica es esta última suposicion. ¿En que época quereis fijar la publicacion de esta impostura? ¿En tiempo de los Apóstoles, ó despues de su muerte? Elejid: ¿Quereis suponerla durante la vida misma de los Apóstoles? Pero entónces ¿no hubieran ellos reclamado contra el impostor? ¿no hubiera sido descubierto el fraude tan pronto como tramado? ¿no le hubiera sepultado en las tinieblas un grito universal de indignacion? Y aquellos Apóstoles tan intrépidos por la gloria de su maestro,

que arrostraban por su doctrina todos los peligros, los padecimientos y aun la muerte, ¿hubieran guardado un cobarde silencio acerca de una impostura grosera, que para desacreditarla bastaba el que la negasen? Todo esto es absurdo, y por ello se ven obligados á fijar la fabricacion de nuestros Evanjelios despues de la muerte de los Apóstoles; pero ya hemos visto que en el tiempo de San Justino, esto es, hácia la mitad del siglo II, era uso jeneral en todo el mundo cristiano leer nuestros Evanjelios en las juntas relijiosas; uso que supone que mucho ántes estaban ya reconocidos y reverenciados. Por consiguiente si fueron inventados por un falsario debió ser hácia el principio del siglo II. Pero viviendo todavia á esta época los discípulos inmediatos del Apóstol San Juan, y los discípulos de los demas Apóstoles; estando esparcidas por todas partes las Iglesias que ellos habian fundado, los obispos que habian dejado despues de ellos, y los paganos ilustrados de

todas las clases que habian convertido; ¿con que enerjía no se hubieran levantado contra el impostor que hubiese querido extender libros suyos, y autorizarlos con el nombre de los Apóstoles sus maestros y fundadores? ¿No hubieran dicho: nosotros hemos visto á los Apóstoles; nosotros conocemos sus acciones y su doctrina; nuestras iglesias han sido fundadas por ellos; nadie ha oido que hayan dejado escrito alguno; por que privilejio sois vosotros los únicos depositarios de ellos? ¿A donde teneis las pruebas? ¿A donde estan vuestros títulos? Retiraos, les hubieran dicho, nosotros respetamos demasiado á esos hombres divinos, á quienes debemos la luz de la fe, y la dicha de conocer á Dios y la verdad; para que bajo de vuestra palabra adoptemos como obra de sus manos libros, que nos son enteramente desconocidos. De este modo, Señores, hubiera sido desechada la impostura, y léjos de sorprender la fe de los cristianos, habria recaido sobre sus

autores la vergüenza de semejante empresa.

Es cierto que en aquellos primeros tiempos no dejaron de aparecer falsos Evanjelios, pero esto mismo va á dar lugar á ilustrar mas la verdad de la causa que defendemos. Algunos piadosos fieles movidos de un celo laudable, pero que podia ocasionar abusos, se complacian en aquellos primeros tiempos en componer ellos mismos relaciones de cuanto habian oido respectivo á Jesucristo y á sus Apóstoles, á su doctrina, á sus discursos, á sus acciones y á toda su vida. Estos escritos, sin tener la autoridad que los de los Apóstoles, podian sin embargo ser respetables, y merecer ser citados con elojio. De estos era, segun nos dice Eusebio (1), el *Evanjelio de los Hebreos*, del cual se ha creido que San Ignacio mártir habia citado un pasaje en una de sus epístolas, no como de un libro escrito

(1) *Hist. Eccles.* lib. III, c. XXV, XXVII etc.

por un Apóstol, sino como de un libro piadoso, y á la manera que vemos tambien á nuestros escritores y oradores cristianos citar pasajes sacados hasta de los autores profanos, á ejemplo de San Pablo, que cita á los paganos de su tiempo algunas máximas de los poetas Arato, Epimenides y Eurípides. Ademas de estos libros, fruto de un celo acaso demasiado dilijente, se publicaron otros por novadores mal intencionados, y con el designio de autorizar sus errores. ¿Pero se ha visto acaso que estos hombres temerarios lograsen persuadir á las Iglesias extendidas por las diferentes comarcas de la tierra, á que recibiesen como procedentes de los Apóstoles escritos que no eran obra suya? No, Señores, siempre ha habido falsarios como ha habido hombres viciosos; pero tambien ha habido siempre reglas de crítica, así como reglas de virtud. Jamas ninguna de las Iglesias primitivas desechó uno solo de nuestros Evanjelios, miéntras que los falsos nunca

tuvieron á su favor sino algunos sectarios, y los partidarios de estos. Los falsos Evanjelios, fruto del error, de la ignorancia ó de una piedad poco ilustrada, han caido en el olvido: jamas se ha logrado hacerlos pasar por verdaderos, y las Iglesias fundadas por los Apóstoles, sus pastores y sus doctores han desechado estos libros con indignacion y desprecio. El celo que aquellas Iglesias tuvieron en escluir los falsos Evanjelios, es para nosotros una garantía segura de que son efectivamente auténticos los que ellas nos han trasmitido como tales, y podemos confiar tranquilamente en el cuidado que ellas tuvieron de discernirlos: su crítica santamente ilustrada y severa fué como la criba que conserva el buen grano y arroja hasta la paja mas lijera.

Si resumiendo ahora todo lo dicho busco una época en que un falsario pudiese intentar con fruto componer nuestros Evanjelios, no la encuentro: si pregunto á los enemigos naturales de estos

libros, los hallo á favor de su antigüedad: si consulto las tradiciones universales de las Iglesias apostólicas, y á los escritores que aparecieron desde el principio, veo la misma aprobacion: luego la autenticidad de nuestros Evanjelios tiene el mas alto grado de certidumbre histórica. Señálese la obra que se quiera del siglo de Augusto, y se verá que su autenticidad, aunque nadie dude de ella, no está mejor apoyada que la de nuestros Evanjelios. ¿Pero los conservamos tales como salieron de las manos de los Apóstoles? Y ¿que debemos pensar acerca de su integridad? tercera y última cuestion.

Yo convengo en que durante el transcurso de diez y ocho siglos haya podido introducirse alguna falta levísima en nuestros Evanjelios por incuria ó ignorancia de algun copista; pero estoy muy distante de confesar ni de reconocer que se haya podido introducir en ellos uno ó mas versículos; y en todo caso, yo no necesito entrar en esta dis-

cusion con los incrédulos, pues esto no produciria una mudanza notable y sustancial. Todo lo que yo intento en este momento es hacer ver que nuestros Evanjelios no han sido jamas alterados en cuanto al fondo de la doctrina, de la moral ni de los hechos; de suerte que en su sustancia son ahora lo que eran al salir de las manos de los Apóstoles. Para convencernos de esto bastan algunas reflexiones acerca del oríjen y la naturaleza de estos libros sagrados. Espárcense los Apóstoles y los discípulos de Jesucristo por las diversas rejiones del mundo conocido; reciben su doctrina el oriente y el occidente; fórmanse por todas partes Iglesias cristianas gobernadas por los pastores que establecen en ellas: y Jerusalen, Antioquía, Alejandría, Éfeso, Corinto y Roma ven en su recinto á estos hombres prodijiosos que intentan atraer al universo al conocimiento del verdadero Dios. Consiguan por último en sus escritos la doctrina que han predicado;

espárcense estos escritos por todas las Iglesias, y he aquí los libros en que los pastores estudian la vida y la doctrina de Jesucristo, los libros que esplican al pueblo cristiano, y que ponen en manos de los fieles. Son reverenciados estos libros como divinos; y la relijion mira como un crímen tocar á ellos: el primer deber de los pontífices y de los pastores es el de conservarlos, y trasmitirlos á la posteridad como el depósito mas precioso; y se les tiene un respeto tan profundo, que se considera como un deber morir en la persecucion ántes que entregarlos á la profanacion de los jentiles. Ahora bien, yo quiero suponer que miéntras el universo cristiano reverenciaba estos libros sagrados hubiese intentado corromperlos un falsario, introduciendo en ellos algun punto nuevo de doctrina, ó un precepto desconocido anteriormente; y os pregunto: ¿si se hubiese intentado esta alteracion, hubiera podido subsistir? ¿hubiera sido posible desfigurar un libro

extendido entre las diversas naciones de toda la tierra, sin que se hubiese echado de ver la falsificacion? ¿y podia echarse de ver sin escitar el celo de los pastores, y el de los cristianos fieles, inviolablemente adictos á los que habian recibido de las edades precedentes, y sin ver levantarse por todas partes contra ella las mas vivas reclamaciones?

¿Y como podia concebirse el proyecto de realizar en ellos una falsificacion notable? No es creible que se diga que pudo haber un falsario bastante poderoso para recojer todos los ejemplares de nuestros Evanjelios diseminados por toda la tierra, á fin de corromperlos á su antojo; y así falsificados volverlos á poner en manos del público, porque esto es evidentemente imposible. ¿Se dirá que la falsificacion pudo empezar por algunos ejemplares, y pasar en seguida á todos los demas? ¡Nueva quimera! para esto hubiera sido necesario que todos los obispos, todos los pastores, todos los hombres instruidos, todos los

fieles y todas las Iglesias, griegas y latinas, hubiesen guardado silencio acerca de la empresa del falsario, y que todos apesar de la oposicion de las preocupaciones, de la educacion, del jenio y de los caractéres se hubiesen convenido unánimemente en reverenciar y consagrar una misma impostura, lo que no es natural, y para mí seria lo mismo que decir que un falsario hubiera podido, hace catorce siglos, adulterar los ejemplares de la Eneida esparcidos por el universo; de tal modo que, en su sustancia, no fuese esta la misma que salió de manos de Virjilio. Observemos ademas que aquí no se trata de un solo libro, sino de cuatro diferentes compuestos por diversos autores, publicados en distintas épocas, y conformes sin embargo en la sustancia de las cosas, de suerte que hubiera sido necesario no solamente falsificar un Evanjelio, sino todos los cuatro al mismo tiempo; lo que aumenta mucho mas la imposibilidad de una alteracion sustancial. Se sabe que algunos

novadores se han tomado la libertad de adulterar los Evanjelios con el objeto de apoyar con ellos sus vanos sistemas; pero tambien se sabe hasta que punto escitaron contra sí la indignacion de las Iglesias. Los doctores cristianos miraron esto como un crímen, segun se ve en Oríjenes (1), que se le echa en cara á Valentino y á Marcion; y en Tertuliano (2) que acusa á este último de corromper el Evanjelio para acomodarle á sus locas opiniones. *Evangelium interpollando suum fecit.*

Seria ciertamente conocer bien poco el espíritu que animaba á las Iglesias primitivas, creer que mirasen con indiferencia sus libros sagrados: respetaban aun tan profundamente á los Apóstoles sus fundadores, y los escritos publicados por ellos, que su celo se sobresaltaba con la menor innovacion. La historia nos prueba hasta qué grado llevaban su escrupulosidad acerca de la

(1) *Contra Celsum.* lib. II, n. 27.

(2) *Contra Marcion.* lib. IV, cap. I.

pureza del texto de las Santas Escrituras; pues habiéndose permitido en el siglo IV un obispo llamado Trifilo que tenia reputacion de elocuente, cambiar en un sermon una palabra del Evanjelio que no le parecia noble, sucedió que un obispo de la isla de Chipre llamado Espiridion, venerable por sus virtudes, se levantó de enmedio del concurso, y se mostró indignado de aquella alteracion aunque tan lijera (1). Sabemos tambien que cuando San Jerónimo hizo una nueva version de las escrituras, se escitaron al momento grandes rumores contra él, porque se temió que se alborotasen los fieles acostumbrados á la version que hasta entónces habia estado en uso. San Agustin (2) nos dice tambien que haciendo leer un obispo en su iglesia la nueva version, se levantó entre el pueblo un grande alboroto con ocasion de algunas palabras diferentes de las que hasta entónces habian

(1) *Sozom. Hist. Eccles.* lib. I, cap. II.
(2) *Epist.* LXXI ad Hier. n. 5.

estado acostumbrado á oir hacia mucho tiempo.

Traducidos nuestros Evanjelios en todas las lenguas, esparcidos por todas las naciones, y puestos en manos de los fieles de todas clases; han debido multiplicarse prodijiosamente sus copias, y de aquí nace esa multitud de variantes en los textos evanjélicos. Un doctor ingles ha llegado á recojer hasta treinta mil, despues de treinta añosde paciencia y de trabajo: pero ¡cosa estraña! en tan gran número de variantes no se halla ninguna diferencia esencial: las que hay recaen solo sobre la construccion de frases, pero ninguna sobre los hechos, sobre las palabras, ni sobre las cosas: se sabe tambien que en ciertos manuscritos se tomaban la libertad de conciliar y reunir los textos de los cuatro Evanjelios, y que ponian en uno lo que estaba en otro; pero tomad el ejemplar mas incorrecto, y en él vereis el mismo fondo de doctrina y de moral, y los mismos sucesos que en el ejemplar mas

puro que pudiera descubrirse. Los eruditos pretenden que se han contado mas de veinte mil variantes en las obras de Terencio; pero esto no impide que las que tenemos sean sustancialmente confórmes al ejemplar que salió inmediatamente de las manos de este autor. La misma multitud de ejemplares y de manuscritos que se han podido consultar han proporcionado medios de restablecer el texto á su primitiva pureza, de suerte que es una de las obras de la antigüedad, cuyo texto es en el dia mas puro y mas correcto; y esto mismo ha sucedido con nuestros Evanjelios.

Por último, si los incrédulos se obstinan todavia en suponer falsificados nuestros Evanjelios, podemos confundirlos con una prueba de hecho que tenemos á nuestra vista, diciéndoles: nosotros poseemos gran número de obras de los Padres de los primeros siglos de la Iglesia, y no sé que ningun incrédulo haya tenido hasta ahora la locura de decir que todos estos escri-

tos han podido facilmente ser supuestos ó falsificados por un impostor: esto seria lo mismo que decir, que cuanto nos ha quedado de los escritores del siglo de Augusto, oradores, poetas, historiadores y filósofos, ha podido tambien ser compuesto ó corrompido por un falsario; lo cual seria no solamente una paradoja, sino una estravagancia. Pues bien, Señores, recorred los escritores de la antigüedad cristiana, y vereis que en sus comentarios, en sus tratados dogmáticos, en sus homilias y en sus libros de piedad está copiado en cierto modo todo el Nuevo Testamento; en ellos hallaréis el sentido y casi siempre las palabras mismas de nuestros Evanjelios, de suerte que si por un imposible llegasen estos á desaparecer de repente, seria fácil rehacerlos reuniendo las citas que se encuentran diseminadas en los autores eclesiásticos de los primeros siglos: luego los ejemplares de nuestros Evanjelios que tenemos en el dia están conformes

con los que se leian en la mas remota antigüedad, sin que, al pasar estos por tantos siglos, hayan sufrido, en su sustancia, la menor alteracion.

Así pues, cuando leo los Evanjelios puedo decir: tengo en mis manos unos libros compuestos hace diez y ocho siglos por los Apóstoles y por los discípulos de Jesucristo: estos libros son tales aun como salieron de sus manos: tengo un conocimiento de su doctrina tan seguro como si la oyese de su boca; y todo esto lo sé además de una manera mucho mas cierta, que sé que César ha compuesto los *Comentarios* que llevan su nombre. No se nos diga tampoco que los que han puesto en duda nuestros Evanjelios han sido hombres eruditos. ¿Que son algunos eruditos de nuestros dias que con su saber pueden muy bien no ser mas que unos medianos talentos? ¿que son delante de esa multitud de injenios esclarecidos no ménos doctos que ellos, y cuya profunda capacidad y erudicion ha sido con-

sagrada por la veneracion de la posteridad? Tambien han sido sabios ó reputados por tales los que han profesado el ateismo, y han querido enseñar al jénero humano á no necesitar de Dios. ¿Y deberémos por esto ser ateos? ¿De que sirve la erudicion sin juicio? En este caso es un peso que abruma: los tesoros de la memoria son en los talentos cortos como ricos materiales en las manos de un arquitecto ignorante. ¿Quien mas erudito que el padre Hardouin, y quien divulgó sin embargo paradojas mas repugnantes? Es preciso conocerlo: este célebre erudito combatió la antigüedad de la Eneida con reflexiones críticas no ménos intrincadas y sutiles que las que se han hecho contra la antigüedad de nuestros Evanjelios, y sin embargo no se granjeó ni un solo partidario entre los literatos, miéntras que nuestros Apóstoles de incredulidad han hecho numerosos discípulos. ¿Y por que esta diferencia? Porque las pasiones humanas tienen un interes

manifiesto en debilitar ó destruir la antigüedad de los libros santos, y nos importa muy poco que haya tenido la gloria de cantar á Eneas y sus hazañas un cenobita del siglo XIII, como lo pretendia Hardouin, ó Virjilio, como lo piensa todo el mundo. Señores, las pasiones son malos jueces: cuando ellas sentencian, la verdad sucumbe siempre; pero tambien su triunfo es ignominioso, y frecuentemente no es mas que pasajero. Desdichados de nosotros si la verdad fuese vencida por nuestra resistencia. Nuestra salvacion solo consiste en sus victorias: esperemos para nuestro reposo, y para el de las jeneraciones venideras, que la verdad prevalecerá sobre la mentira, y que se la verá salir mas brillante de entre el choque de las contradicciones, semejante á las hachas encendidas, cuya luz nunca es mas viva que cuando se las sacude ó ajita con mayor violencia.

(1) Véase la *Refutation de la Bible enfin expliquée*, cap. I.

DE LOS MILAGROS EVANJÉLICOS.

Si se pregunta á los cristianos cuales son los títulos de su fe en Jesucristo, en su Evanjélio, en su doctrina y en sus promesas, pueden producirlos con toda confianza muy sobresalientes, y capaces de hacer en el ánimo una impresion viva y profunda. Nó es nuestro intento exponerlos extensamente; pero lo que desde luego puede decidirnos á favor de la relijion de Jesucristo es el esplendor enteramente divino de las maravillas que se multiplicaban por donde iba, y que manifestaban en su persona, no digo solo un sabio, sino el enviado mismo de Dios para ilustrar al universo y reformar la creencia, las costumbres y el culto del linaje humano. Uno de los monumentos eternos de la mision divina de Jesus, son los

milagros consignados en nuestros Evanjelios; y ellos solos aun cuando el cristiano no tuviese otros, bastarian para hacer su fe ilustrada y racional: resuenen en hora buena en sus oidos los nombres de supersticion y de credulidad; renuévese si se quiere la memoria de los falsos prodijios que contienen los anales de los diversos pueblos, y háganse atrevidamente indignas comparaciones de Jesucristo con los impostores mas famosos: el cristiano oirá con dolor este vano estrépito de argumentos y bufonadas; pero si está instruido en las pruebas de su relijion, se mantendrá firme en su fe; y por mas injeniosos y picantes que sean los chistes de los incrédulos, nunca los mirará como razones. Sabe muy bien que hay un justo y prudente medio entre la debilidad de un espíritu crédulo, y el orgullo de un espíritu terco; que sin ser impertinente tiene reglas la severa crítica para distinguir las historias fieles de las relaciones fabulosas, y que los falsos

prodijios no destruyen los milagros efectivos, así como la moneda falsa no destruye el valor de la verdadera, ni un sofisma la sana razon. Cuando se considera que los injenios mas sobresalientes que se han conocido en la tierra de diez y ocho siglos á esta parte, las personas mas distinguidas por su saber y virtud, y las mas versadas en el conocimiento de las lenguas y de las antigüedades, han dado sinceramente entero crédito á los milagros evanjélicos; nos persuadimos de que nosotros podemos creerlos sin nota de espíritus débiles, y nos consolamos fácilmente de la insignificante y cómoda acusacion de credulidad.

Habiendo hablado ya, Señores, en otro discurso de los milagros en jeneral, hemos dejado sentada su posibilidad y autoridad: en él expusimos tambien los medios para no confundirlos con las operaciones naturales, y para comprobar con seguridad su existencia; si entónces logramos desvanecer las

vanas preocupaciones del dia sobre esta materia, entrarémos con mas facilidad en la discusion que vamos á empezar. Nada olvidarémos de cuanto toca á los milagros evanjélicos, ni nos desentenderémos de los argumentos de la incredulidad: triunfe la verdad por los mismos esfuerzos que hace la mentira para oscurecerla. En esta materia hay dos clases de incrédulos: los unos niegan hasta los milagros evanjélicos, y los otros procuran eludir su fuerza y su autoridad. Los primeros han dicho que estos milagros no estaban apoyados en testimonios exentos de toda sospecha y á propósito para atraerse el crédito de personas ilustradas: los segundos que no se podia ver en ellos mas que unos efectos maravillosos de la naturaleza ó de la industria humana, y que por otra parte nadie puede saber si fueron obra divina ó de algun otro ajente intermedio entre Dios y el hombre, enemigo de la verdad y de la virtud; pero que de todos modos parecia haberlos obrado

Jesus para socorrer á los desdichados, mas bien que para acreditar su mision y su doctrina. A esto viene á reducirse, Señores, todo cuanto dicen los incrédulos antiguos ó modernos contra los milagros de Jesucristo: sentemos pues para rebatirlos las dos proposiciones siguientes: Primera, que no puede impugnarse juiciosamente la existencia de los milagros evanjélicos: Segunda, que de ningun modo puede recusarse su autoridad. Nada hay mas cierto ni mas terminante á favor de la relijion: ved aquí el plan y la division del presente discurso.

No es ahora nuestro intento recordaros por menor los muchos y brillantes prodijios que refieren nuestros Evanjelios: recapitularémos solamente lo que conviene tener en la memoria para la discusion del asunto que tratamos. Saliendo por último Jesus de su vida oscura y retirada, principia á anunciar su doctrina en la Galilea, y sana con una sola palabra á una multitud de enfermos

y de achacosos: extiéndese su reputacion por la Siria; preséntanle cuantas personas habia en ella mortificadas por diversas clases de males ó dolencias, y las cura repentinamente sin esfuerzo ni preparativo alguno; recorre despues las ciudades y aldeas de la Judea, y en todas partes obra los mismos prodijios con igual facilidad: Judíos, Samaritanos, y hasta los mismos Cananeos, todos participan de los favores de su bondad omnipotente. Obra maravillas de toda especie. Con una sola palabra sosiega las tempestades, resucita los muertos, da vista á los ciegos de nacimiento, sana paralíticos de treinta años, multiplica algunos panes, y con ellos alimenta al momento á un numeroso pueblo y hace desaparecer todas las enfermedades que aflijen á la humanidad. Este es solo un lijero bosquejo de los prodijios que obra por donde va; pero los ejecuta con tal poder, con tanta prontitud y fruto, que manifiestan, como luego dirémos, la mano misma del

Señor de la naturaleza. Ahora me propongo probar, que en la historia de la antigüedad nada consta con mas certeza que estos milagros de nuestros Evanjelios. Con efecto, Señores, ¿que podemos exijir para estar plenamente seguros de la verdad de los hechos que no hemos visto por nuestros ojos, y que han sucedido léjos de nosotros, ó en los siglos anteriores? ¿Queremos que estos hechos hayan sido muy públicos, de la mayor importancia, y muy señalados por sus consecuencias ó por sus resultados? ¿Queremos que se refieran por historiadores contemporáneos bien informados y exentos de toda sospecha de impostura? No se puede exijir mas, y ciertamente no habrá un suceso de la antigüedad profana que se acredite por caractéres mas relevantes de verdad. Volvamos pues al intento, y veamos si se encuentran todos estos requisitos en los hechos evanjélicos...

Primeramente se quiere que los hechos antiguos hayan sido muy públicos,

muy perceptibles, que no hayan sucedido en la oscuridad, y durante las sombras de la noche, sino en medio del dia, á las claras, y á presencia de muchos testigos de todas edades y condiciones, porque entónces su publicidad no permite el menor recelo de fraude ó de sorpresa. En los lugares secretos y tenebrosos puede fascinarse la imajinacion; los sentidos ser seducidos y tomar las apariencias por realidades. ¿Pero hubo nunca una cosa mas pública, mas visible, mas patente á la vista de todos que los milagros evanjélicos; como el de Lázaro, el del ciego de nacimiento, el del paralítico, el de la multiplicacion de los panes, y el de toda aquella muchedumbre de enfermos curados de repente, en todas partes, en las calles y plazas públicas de los pueblos y de las ciudades de la Judea? No era necesario para ver estos hechos prodijiosos ser un profundo físico; bastaba tener ojos, y eran por su propia natureleza tan visibles como cualquier

otro suceso de la vida humana, y tan perceptibles como puede serlo nuestra reunion en este recinto; pues á la verdad no se necesita saber tan bien como Newton las leyes de la óptica para tener seguridad de que me veis y de que os veo.

Se quiere tambien que los hechos no hayan sido oscuros ni de poco interes, tales que puedan admitirse ó desecharse con igual indiferencia ó lijereza, sino acontecimientos de alta importancia; porque entónces escitan la curiosidad pública, llaman la atencion de las personas ilustradas, y aun de las autoridades, se apuran y examinan con el mayor cuidado, y cuando llegan á admitirse es en fuerza de las reflexiones mas sérias. ¿Y que podia, Señores, haber de mayor importancia que los milagros de Jesucristo? Los Judíos esperaban á un Mesías, á un libertador prometido á sus padres; y se habia ya esparcido entre los paganos el rumor de la próxima aparicion de cierto personaje

estraordinario que debia salir de la Judea, como lo acreditan Tácito y Suetonio que hacen espresa mencion de ello (1); en medio de esta inquietud universal aparece Jesus; dice que es aquel mismo que anunciaron los oráculos, el enviado del cielo para darles cumplimiento, para establecer un culto nuevo y abolir los sacrificios antiguos, y se atribuye el poder de hacer milagros en señal de la divina mision de que se dice revestido. ¿Pudiera haber cosa alguna que interesara mas de cerca á la relijion de los Judíos, al culto y á los usos de un pueblo tan obstinadamente adicto á las leyes y costumbres de sus mayores? ¿pudiera tampoco ninguna escitar mas eficazmente la atencion, tanto de los sacerdotes y doctores de la ley, como del pueblo todo?

Se requiere por último que no sean hechos aislados ó independientes de la série de la historia, sino que

(1) Tacit. *Histor.* lib. V, cap. XIII. Sueton. *in Vespas.* cap. IV.

influyan en sucesos posteriores, ó se enlacen con alguna variacion en el órden relijioso ó político; porque entónces el interes llega al último punto, el exámen es mas jeneral y severo, y hay mas medios de apurar la verdad. ¿Y no se distinguen los milagros de Jesucristo por su enlace con los sucesos que fueron su consecuencia, y que por lo mismo han llegado á ser su prueba mas incontestable? El cristianismo no se fundó por la elocuencia, por la fuerza de las armas, ni por el deleite, sino por la creencia de los milagros evanjélicos anunciados al universo: de este modo estan enlazados con la revolucion mas asombrosa, mas universal y durable que han visto los hombres desde su oríjen. ¿Que es en efecto el imperio de Darío, el de Alejandro ó el de los romanos, si se comparan con el reinado de Jesucristo que por su extension y duracion comprende á todos los pueblos de la tierra, y alcanza á todos los siglos? Por el testimonio de la historia creemos con

bastante fundamento una multitud de hechos antiguos que no ofrecen este conjunto de caractéres de verdad; pero cuando los que nos refiere son tan visibles, tan públicos é importantes como los milagros de nuestros Evanjelios, se cree con mayor facilidad á mi parecer, que aquellos que se dicen testigos de ellos no han sido juguete de una vana ilusion, y que han podido saberlos muy fácilmente: de este modo queda plenamente satisfecha, en cuanto á la naturaleza de los hechos, la crítica mas ríjida y escrupulosa.

Es cierto, diréis, que los milagros atribuidos á Jesucristo en los Evanjelios tienen todos esos caractéres de interes y de publicidad; ¿pero quien nos responde de su realidad? ¿Como asegurarnos de que no han sido inventados por impostores, publicados despues por ellos, y adoptados entre pueblos crédulos y supersticiosos? En cuanto á esto, Señores, bien se puede desafiar á los incrédulos á que produzcan

hechos de la antigüedad fundados en testimonios mas irrecusables que los que apoyan los hechos evanjélicos; de manera que, ó no han de dar crédito á nada de lo que ha pasado en otro tiempo, lo que seria locura, ó si son consigüientes, han de convenir en la realidad de los milagros de Jesucristo.

Con efecto, Señores, cuando en la sustancia de las cosas se hallan conformes muchos historiadores contemporáneos de los acontecimientos que describen, cuando su relacion lleva un sello de probidad y virtud que no puede remedar la impostura; y en fin cuando su testimonio ha pasado á la posteridad sin experimentar contradiccion de parte de aquellos que debian examinarle mas atenta y diligentemente, y con cierto secreto deseo de calificarle de falso, entónces se ha llegado al mas alto grado de certidumbre histórica. Tengamos presente que la autoridad de la historia no solo depende de las cualidades personales

del que la escribe, sino tambien del consentimiento jeneral de sus contemporáneos. Cuando yo leo á un historiador, me parece que estoy oyendo á su nacion y aun á todo el siglo en que vivió: porque ¿quien no percibe que si llegase su impudencia al estremo de querer engañar á sus contemporáneos sobre los hechos mas ruidosos, mas importantes y notorios, al punto se levantaria contra él un grito jeneral de indignacion, cuyo eco resonaria en la posteridad, y le denunciaria como un insigne falsario á todas las jeneraciones siguientes? No es ahora oportuno esplicar estas reglas de crítica; pero los que estan versados en esta materia saben que no se pueden inventar otras mas rigorosas, y que estamos muy distantes de exijir todos estos requisitos en una multitud de hechos que todo el mundo cree por el testimonio ajeno.

Haciendo ahora aplicacion de estos principios, os pregunto: ¿quereis para

atestiguar los hechos evanjélicos historiadores que hayan escrito poco tiempo despues de los sucesos, no informados por rumores vagos y tradiciones inciertas, sino que tocando al mismo oríjen de estos hechos hayan tenido todos los medios posibles de saberlos bien y puntualmente? Os citarémos ocho autores distintos, los cinco testigos oculares, y los otros contemporáneos: sus escritos forman todo el Nuevo Testamento. San Mateo, San Juan, San Pedro, Santiago y San Judas fueron del número de los doce Apóstoles; é inmediatos siempre á la persona de Jesucristo, fueron testigos permanentes de sus virtudes y de sus prodijios. San Marcos, San Lucas y San Pablo vivian en la misma época en que se obraban estos milagros. En vano se trataria de disputar la antigüedad de sus diferentes obras: yá en nuestro último discurso hemos establecido y vindicado la de los cuatro Evanjelios; y nos seria igualmente fácil probar, entre otros, la del libro de las

Actas y de las Epístolas de San Pablo.

Obsérvese ademas, Señores, con cuánta confianza, con que seguridad y convencimiento hablan los Evanjelistas. Ellos nombran las ciudades, los lugares, las familias, las personas que han sido testigos y aun objeto de estos milagros: no tratan de dar á los Judíos pruebas de lo que exponen; se refieren francamente á la fe pública y al conocimiento que de ello tenia toda la nacion. Los Apóstoles no refieren hechos antiguos sucedidos en las jeneraciones pasadas; escriben como historiadores de sucesos que han pasado á la vista de aquellos mismos Judíos á quienes hablan. ¿Y cuanta no hubiera sido la impudencia, ó mas bien la locura de los Apóstoles, si hubiesen puesto á la nacion judía por testigo de lo que jamas habia visto? Jesucristo no era un personaje oscuro, y acerca del cual, por haber vivido en tiempos remotos, fuera fácil inventar fábulas. Jesus habia recorrido las ciudades, las villas y

aldeas de la Judea; habia enseñado en el templo, conferenciado con los príncipes de los sacerdotes, y con los doctores de la ley; un numeroso pueblo le habia seguido á la montaña y al desierto, y lo mas distinguido de la nacion habia podido verle y oirle lo mismo que la multitud. ¡Y qué! ¿seria posible que aquel Jesus á quien todos conocian, no hubiese realmente resucitado á Lázaro, ni dado vista al ciego de nacimiento, multiplicado los panes, curado con un poder enteramente divino aquella muchedumbre de enfermos que le salian al encuentro, y que sin embargo los Apóstoles citasen como testigos de estas maravillas á un gran número de personas aun vivientes? ¿Se hubiera atrevido San Pedro á esclamar levantando la voz en medio de una asamblea de Judíos: «¡O Israelitas, oid lo que os voy «á decir! ¿Sabeis que Jesus de Nazareth «ha sido un varon á quien Dios ha he-«cho célebre por los milagros que ha «obrado en medio de vosotros?» *Jesum*

Nazarenum, virum approbatum à Deo in vobis, virtutibus, et prodigiis, et signis, quæ fecit Deus per illum in medio vestri, sicut et vos scitis (1). Si esto hubiera sido una impostura, ¡cuan grosera hubiera sido y cuan fácil de descubrir! ¿Podria esperar San Pedro persuadir á los Judíos que sabian lo que no sabian, y que habian visto lo que no habian visto? Una burla jeneral hubiera ciertamente hecho justicia á la relacion de los Escritores sagrados, si solo hubiesen referido fábulas impertinentes; y hubieran sido rechazados y escarnecidos por aquellos mismos á quienes locamente se atrevian á citar por testigos; y he aquí por que la cualidad de autores contemporáneos da una fuerza invencible á su testimonio.

¿Quereis historiadores que presenten en sus escritos las pruebas mas sobresalientes de sinceridad y de buena

(1) Act. II. 22.

fe? Leed, Señores, á nuestros Evanjelistas; ved cuan sencilla é injénua es su narracion. No hallaréis en ellos reflexiones estudiadas, ni ostentacion de palabras; todo en ellos respira candor é inocencia: no se disimulan sus propios defectos; el celo indiscreto de unos, las pretensiones ambiciosas de otros, la ignorancia y grosería de todos, la cobardía que los dispersa, la negacion de S. Pedro; en fin, nada se pasa en silencio de cuanto podia humillarlos. Su conformidad en la sustancia de las cosas prueba que todos han bebido la verdad en un manantial comun, y la diferencia que se echa de ver en sus relaciones acredita que en esto no pudo concertarse fraude alguno. ¿Que historiador no aspira á ensalzar á sus héroes; no se indigna de las injusticias que padecen, y no se irrita contra sus enemigos? En nuestros Evanjelistas no hay hiel, ni ira, ni cólera, y nada descubre ni odio ni énfasis. Refieren los dolores y padecimientos de su Maestro

con la misma sencillez que sus milagros: al mismo tiempo que le pintan como revestido de un poder divino, le representan sujeto á todas las flaquezas de la humanidad; y la historia de la escena tremenda de su crucifixion está contenida en estas solas palabras: *Allí le crucificaron.* Hay en su estilo y lenguaje un cierto carácter de veracidad y de candor, que la mentira no puede falsificar. El corazon no concibe al leerlos la menor sospecha de fraude ni de ponderacion, y siente en sí el poderoso atractivo de la virtud y de la injenuidad, al que no es posible resistir. No sirve decir que los Evanjelistas aparentaron sencillez para alucinar con mas facilidad; pues siempre la afectacion se descubriria por algun lado; ¿y cuales ademas serian las señales características de la verdad, si pudiera la impostura, sin desmentirse jamas, copiarlas con tanta fidelidad? La historia evanjélica podrá no decir ni persuadir cosa alguna al corazon árido de un materialista, ni al gusto depravado

del charlatan presuntuoso; demasiado lo sé: hablaba sin embargo enérjicamente al alma de Juan Santiago, cuando le arrancó este homenaje tan justo y tantas veces citado (1): «Confieso que «la majestad de las Escrituras me asom-«bra, y que la santidad del Evanje-«lio habla á mi corazon. ¿Que des-«preciables son al lado de este los li-«bros de los filósofos con toda su pom-«pa? ¿Dirémos que ha sido inventada «de propósito la historia del Evanjelio? «¡Ah! No se inventa con tanta facilidad; «y los hechos de Sócrates, de que na-«die duda, estan mucho ménos com-«probados que los de Jesucristo. En «sustancia eso es eludir la dificultad «sin desvanecerla; pues todavía fuera «mas inconcebible el que muchos hom-«bres, todos de acuerdo, hubiesen for-«jado este libro, que el haber uno solo «suministrado su asunto. El Evanjelio «tiene unos caractéres de verdad tan

(1) *Emilio*, lib. 4.

«grandes, tan señalados y tan ente-«ramente inimitables, que su inventor «seria todavía mas asombroso que su «héroe.»

Hay ademas una circunstancia admirable, única en los anales del jénero humano, y que echa el sello á la sinceridad de los Apóstoles. Nuestros escritores sagrados no se ciñen á publicar los hechos de que tienen puntual noticia: desafian todos los peligros, se exponen á los insultos, á los tormentos, al sacrificio de su propia vida, si es menester, por certificar la verdad de los hechos que refieren en sus escritos. ¿Que historiador de la antigüedad pagana se hubiera dejado matar por sostener la certeza de los acontecimientos referidos en sus escritos? En esto sentimos, Señores, toda la fuerza de un testimonio sellado con la sangre de los que le presentan, y no creemos pueda eludirse con algunas comparaciones inconsideradas. Será posible enhorabuena que hombres educados y criados en opiniones falsas las

crean muy verdaderas, y que en esta persuasion lo sacrifiquen todo por ellas, hasta la vida; pero entónces el error tenido por verdad ejerce sobre su corazon todos los derechos y todo el imperio de la verdad misma. Pero que cierto número de hombres inventen hechos del todo falsos; que los anuncien luego como verdaderos hasta con riesgo de su propia vida; que en caso necesario se dejen degollar por atestiguar que han visto lo que no han visto, y que han oido lo que no han oido, es, Señores, un jénero de frenesí enteramente inaudito. Los Apóstoles, como dijo Bossuet (1), no eran hombres preocupados que se dejasen matar por sentimientos que mamaron con la primera leche: no eran unos teóricos que idolatrasen sus opiniones propias y las sostuviesen á costa de su vida. Los Apóstoles no dicen jamas: hemos pensado, hemos meditado, hemos inferido; pues

(1) *Panégyr. de S. André*, I. point.

en este caso pudieran ser falsos sus pensamientos, mal fundadas sus meditaciones, y erróneas ó mal sacadas sus consecuencias, sino que dicen: *Hemos visto, hemos oido, hemos tocado con nuestras propias manos* (1). Así queda en todo su vigor la espresion célebre de Pascal en cuanto á esto, la cual han aparentado los incrédulos no entender: no dijo precisamente Pascal: Creo con gusto á los hombres que dan la vida por sus opiniones, sino que dijo: «Creo «con gusto las historias cuyos testigos «se dejan matar.» Convengamos, Señores, en que los escritores del Nuevo Testamento estaban animados del amor á la verdad, y en que por su candor, su conformidad y el esfuerzo con que arrostraron la muerte por sostener la certeza de los milagros de que se decian testigos oculares, presentan tales pruebas de sinceridad, que inútilmente se buscarán en los historiadores de la antigüedad profana.

(1) I. Joan. I, 1.

¿Y con que razon se alegará que los milagros de Jesus no han sido referidos mas que por sus discípulos? ¿Y que nos importa, si su testimonio es irrecusable; si tienen todos los requisitos de escritores fidedignos; si es evidente que no fueron engañados ni engañadores, y que se ciñeron á referir fielmente lo que sabian con certeza? Nótese tambien que nuestros escritores sagrados no habian nacido cristianos; y que por consiguiente sus palabras no eran efecto de preocupaciones adquiridas en su primera educacion. Abrazaron el cristianismo atraidos y convertidos por los milagros de Jesus; de modo que su calidad de cristianos aumenta, en vez de disminuir, el peso de su testimonio. ¡Que injusticia no es pues exijir otros mas! Sin embargo la Providencia ha permitido que la declaracion de nuestros escritores sagrados se encontrase confirmada por las obras mismas de sus mas violentos enemigos. Sabidas son las disputas que desde

el principio se suscitaron entre los Judíos y los paganos por una parte, y los Cristianos por otra: los primeros nada olvidaron de cuanto pudiera hacer ridículos y odiosos á los segundos, y desacreditar su doctrina y sus libros; pero es inaudito que entre los enemigos y los defensores del cristianismo recayese nunca la disputa sobre la realidad de los milagros evanjélicos (1). Durante la vida de Jesucristo nadie los contradecia; y solo los Judíos tenian la malignidad de atribuirlos al demonio. Es indudable tambien que Celso, Porfirio y Juliano, léjos de negar los milagros de Jesus, se contentaban con mirarlos como operaciones májicas. Yo no examinaré si la confesion de estos forma por sí sola una prueba completa y decisiva; pero siempre es muy notable que convengan en la realidad de nuestros milagros hasta aquellos mismos que hablaban con tanto odio y menosprecio

(1) Duvoisin. *Démonstrat. evangél.* art. V, Miracles, n. 2.

de Jesucristo y de sus discípulos. Sin necesitar el cristiano en esta parte de apoyos ajenos, se complace en ver la verdad vengada de los ataques de los incrédulos modernos por la confesion de los incrédulos antiguos. ¿Que prueba puede tampoco deducirse del silencio de algunos autores judíos ó paganos? Es contra todas las reglas de la sana razon y buena crítica oponer á los testimonios mas positivos é irrefragables que puede ofrecer la historia un silencio que tan fácilmente se esplica ya por la indiferencia, el odio, la preocupacion ó la política, y ya por otras pasiones y consideraciones semejantes que se apoderan demasiado del corazon del hombre. El cristianismo se presentaba, particularmente á los jentiles, con apariencias estravagantes, capaces de hacerle despreciable y odioso; habia nacido entre los Judíos, nacion oscura y tenida en poco en aquella época, y solian muchos confundirle con la relijion judáica. Así se ve que autores

graves y habilísimos, como Suetonio y Tácito, conocian muy superficialmente la doctrina del cristianismo, y hablaron de ella como hombres apasionados y muy mal instruidos. Plutarco, cuyo saber era tan vasto, no habló una sola palabra de la relijion cristiana; aunque consta que en su tiempo se hallaba ya extendida por todas las partes del imperio.

No hay pues fundamento para rebatir la autoridad irrecusable de nuestros escritores sagrados por el silencio de algunos autores de la antigüedad. Es tal la fuerza del testimonio evanjélico acerca de los milagros, que para eludirla un ateo moderno ha tomado el desesperado partido de negar hasta la existencia misma de Jesucristo. Estas son sus palabras: «Adoptar el testimonio «de estos libros (los Evangelios) como «prueba de la existencia de Cristo, es «comprometerse á creerlo todo; pués «si son verídicos sus autores diciendo «que Cristo vivió entre ellos, ¿que razon

« tendríamos para no creer que vivió
« del modo que ellos refieren, y que su
« vida se señaló por los sucesos maravi-
« llosos que nos cuentan? Si es una im-
« becilidad de los buenos cristianos el cre-
« erlo así, en esto son á lo ménos conse-
« cuentes.» No me empeñaré yo ahora en
rechazar la espresion grosera é indeco-
rosa de un escritor que no repara en
tachar de imbecilidad á tantos injenios
sobresalientes, que han creido muy sin-
ceramente los milagros de Jesucristo
referidos por los Evanjelistas. Si en es-
ta controversia fuera indispensable sa-
ber si habia imbéciles, no me parece
que mereceriam tal concepto Bacon,
Pascal, Descartes, Neuton, Locke, Fe-
nelon, Bossuet, Leibnitz ni otros mú-
chísimos talentos de primer órden que
estan todavía reputados por príncipes
de las ciencias humanas, y han tenido
el cristianismo por obra del mismo Dios.
Así dejemos á un lado ese indecente epi-
této, que solo envilece al que le apli-
ca, y prueba la deplorable estremidad

á que se ve reducido; pues por no admitir los milagros de Jesucristo niega hasta su existencia, é incurre en un desvarío insigne entre los desvaríos del entendimiento humano. A la verdad si necesitásemos alguna otra prueba mas de la relijion, la hallaríamos en las opiniones monstruosas de sus enemigos. Nada pues hay mas cierto que los milagros evanjélicos, como acabamos de probar; ahora añadirémos que nada hay tampoco mas decisivo á favor de la mision y de la doctrina de Jesucristo. Convencidos ya de la realidad de sus milagros, ¿como podríamos no estarlo tambien de la verdad de su mision y de su doctrina? ¿Podia dar una señal mas brillante, mas atractiva, mas divina que la potestad de mandar á toda la naturaleza, y de hacerse obedecer por ella? ¿Y que se ha discurrido para disminuir la impresion de estas maravillas? Se ha dicho que no se sabe de cierto si podrian esplicarse por causas puramente naturales; si no han sido ejecutadas por un

ajente superior al hombre, pero enemigo de la verdad; si las hizo Jesus en señal de su divina mision, ó solamente por un sentimiento de compasion hácia los desdichados. ¡Vanos y despreciables subterfujios!

Primeramente, leed la historia evanjélica, y nada hallaréis en las circunstancias de los hechos milagrosos, ni en la relacion del modo con que pasaron, que descubra ni aun permita presumir la accion de las causas físicas ó de los medios sutiles de la industria humana. Jesus ejecuta estos prodijios sin preparativos, sin ajente natural, sin aparato de máquinas, en cualquier lugar, á cada instante, de repente, en medio del dia, en virtud de una sola palabra, y segun que los objetos se le presentan. *Quiero que quedes sano:* hé aquí todo su arte y todos sus remedios; y á estas solas palabras sacuden sus males al instante y recobran plenamente la salud paralíticos, sordos, mudos, ciegos y leprosos. *Sal del sepulcro, Lázaro:*

esta sola palabra restituye á la vida un cadáver que estaba disolviéndose. En verdad que si en esto hay industria, es á lo ménos una industria enteramente divina.

En vano se trataria de envilecer estos prodijios con paralelos falsos y ridículos. Esclame en hora buena el hijo de Creso mudo de nacimiento y horrorizado á la vista de un enemigo que iba á descargar sobre su padre el golpe mortal: *hombre no mates á Creso*: está bien que así fuese; pero yo no veo en esto mas que el impulso violento de una pasion, que causando en los órganos una conmocion estraordinaria, produce en ellos un trastorno favorable: consígase en hora buena algunas veces, y á fuerza de infinitos cuidados, correjir la mala configuracion de los miembros, ó hacer articular palabras á hombres privados del órgano correspondiente; tampoco veré en esto mas que el resultado de una habilidad, ó de una industria larga y penosa. Así tambien

el escitar por la accion de un fluido condensado un estremecimiento momentáneo en los músculos de un animal muerto, es sólo un efecto mecánico, semejante al de las vibraciones de una cuerda pulsada con los dedos, y un hecho sin analojía alguna con los fenómenos de la vida. Mas ¿quien no percibe la distancia infinita que hay entre estos ú otros semejantes resultados del arte y del tiempo, y los prodijios evanjélicos? En los milagros de Jesucristo nada puede atribuirse al movimiento impetuoso de una pasion, nada al influjo del tiempo, á esfuerzos repetidos, á accidentes imprevistos pero favorables, ni al juego de resortes ocultos: todo en ellos es repentino, perfecto, todo acomodado á las ocurrencias y sin ningun aparato; todo hecho por medios que no tienen proporcion ninguna con los efectos, en virtud de una sola palabra, y por el acto de una voluntad á la que nada resiste. Son resurrecciones completas de difuntos que ya

exalaban la fetidez del sepulcro; y multiplicaciones instantáneas de algunos panes con que al momento se alimentan muchos miles de hombres; ¿y no es todo esto, os pregunto, una violacion manifiesta de las leyes de la naturaleza? ¿no lleva consigo la marca visible del poder divino?

Mucho se han ponderado y aun se ponderan todavía ciertos fenómenos estraordinarios, cuya causa no está bien conocida, y que han dividido á los sabios hasta el estremo de ser celebrados por unos con entusiasmo, y ser para otros un objeto de irrision. La incredulidad, siempre ansiosa de cuanto halaga sus deseos, ha echado mano de ellos, y no ha temido asimilarlos á los milagros evanjélicos. No me propongo apurar la verdad de los hechos que se alegan, y dejo al cuidado de otros este exámen crítico. Supongo que despues de haber entresacado lo verdadero de lo falso, y echando á un lado todo lo que hayan podido abultar la imajinacion, la

vanidad, la irreflexion y el charlatanismo, resulten probadas algunas curaciones notables que parecen salir de los métodos ordinarios: ¿no será siempre vergonzoso á la razon humana haberse atrevido á compararlas con las curaciones milagrosas que se refieren en nuestros Evanjelios?

Yo haré una observacion jeneral y terminante. El mismo Jesucristo es quien hizo todos los prodijios referidos por nuestros Evanjelistas; tanto los que pueden llamarse de primer órden, como los que nos parecen ménos asombrosos. El mismo que resucitó á Lázaro, que dió vista al ciego de nacimiento y multiplicó los panes en el desierto, es el que curaba tambien las enfermedades y dolencias de todas clases. La resurreccion de Lázaro es un milagro en que se ostenta la omnipotencia divina, y un hecho bien superior á las débiles imitaciones del hombre; pues yo no sé que haya en Europa ningun profesor del arte de curar, que se glorie de

restituir la vida á los cadáveres empezados á podrirse bajo de la losa del sepulcro; y si Jesucristo ejecutó aquel gran milagro por su voluntad omnipotente, ¿por que no han de atribuirse al mismo principio los demas, aunque ménos asombrosos? ¿y con que razon se quiere hacer una ridícula distincion atribuyendo unos á la accion inmediata del poder divino, y otros á la mediata de algun ajente natural aunque desconocido? ¿No se ve en todos al mismo Jesus mandando como Señor á la naturaleza entera?

Entremos por un momento á exámen del paralelo que se ha querido hacer, y cuya futilidad será muy fácil demostrar. Las curaciones que se contraponen á los milagros evanjélicos requieren tiempo, paciencia y constancia; los resultados del arte son inciertos, suelen ser incompletos, no siempre felices, y mas de una vez han sido funestos: en todo se percibe una causa desconocida y singular, si se quiere, pero

cuya accion, como la de todas las causas físicas, tiene su principio, sus progresos y su término. Por el contrario, las curaciones hechas por el Salvador de los hombres no presentan el mas mínimo indicio de falta de poder, de incertidumbre ni de insuficiencia; son repentinas, instantáneas, seguras y completas: en las primeras vemos el órden y los trámites de una curacion médica, admirable cuanto se quiera, pero que tiene su causa secreta en la naturaleza; pero en las otras brilla la accion momentánea é inmediata del poder divino; y entre ámbas media una inmensa distancia.

¡Que siglo este en que parece no haber ciencia ni talento sino para hacer contra la relijion comparaciones y argumentos faltos de juicio y de lójica! ¡Que tiempos los nuestros en que los apolojistas del cristianismo se ven precisados á refutar sériamente asimilaciones tan indignas! Si alguno pues me reconviene de que prostituyo hasta este pun-

to mi ministerio, le responderé que el grande Apóstol San Pablo me ha enseñado á ser débil con los débiles, y que la experiencia ha justificado mas de una vez á mis ojos esta condescendencia: pudiera recordarle tambien que obligado el mismo Apóstol á salir de la moderacion ordinaria, y á hablar de sí mismo haciendo su elojio, para desvanecer las voces falsas que se habian esparcido contra él, decia á los cristianos de su tiempo: «Si he hablado co«mo un indiscreto, no me echeis á mí «la culpa, me he visto precisado á ello.» *Factus sum insipiens, vos me coegistis* (1).

No necesitamos ya de largos raciocinios para ver en los prodijios de Jesucristo la obra del mismo Dios. Advertid, Señores, que no debe considerarse un milagro solo en particular, sino que es necesario examinar el conjunto de los milagros evanjélicos, su número, su esplendor, su variedad, su objeto;

(1) II Cor. XII, 2.

la prontitud en su ejecucion y los efectos durables que producen: así considerados presentan rasgos tan palpables de grandeza, de santidad y de bondad, que es imposible no reconocer en ellos la mano de un Dios infinitamente bueno y poderoso. En sus circunstancias y pormenores nada se advierte que sea indecoroso, nada impuro ni cruel, y nada que descubra un ajente odioso y maléfico; tampoco hay escenas escandalosas que ultrajen las buenas costumbres, y su objeto es siempre la virtud y el bien de la humanidad. ¿Y que idea deberémos formar de esos espíritus subalternos llamados demonios? La de unos enemigos de los hombres, padres de la mentira, é incitadores á todos los errores y á todos los crímenes. Por este motivo su verdadero imperio es el de la idolatría con las torpezas é infamias que lleva consigo. Jesus por el contrario se decia enviado de Dios para destruir los vicios y errores del paganismo, para atraer á los hombres al

conocimiento del Dios único criador del universo, y para restablecer en la tierra el ejercicio de todas las virtudes. Si hubiese ejecutado sus milagros con la asistencia del demonio, entónces este hubiera empleado su poder en destruir su propio imperio y en perjudicarse á sí mismo; pues á la verdad un demonio que se empleara en arruinar el reinado del vicio para establecer el de la virtud, seria un demonio bien estraño: por esto Jesus para rebatir esta absurda proposicion de los Judíos, les decia: «Si «hago prodijios en nombre del demo-«nio estará mal consigo mismo, pues «procurará su propia destruccion (1).» Esta respuesta no admite réplica. Queda pues probada la divinidad de sus milagros.

Yá nó queda al incrédulo mas que un solo recurso; y es decir, que mas bien los obraba Jesus á impulso de su compasion y bondad, que para probar

(1) Math. XII, 26 et seq.

la divinidad de su mision y de su doctrina; ¿pero pudiera creerse que los incrédulos llegasen á cegarse de un modo tan estraño, si no se viese consignada la prueba en sus escritos? Pues este es el miserable error en que incurrió el famoso Juan Santiago. Jesucristo mismo va á desmentir esta loca asercion, y al efecto recordarémos algunos pasajes de su vida. Cuando cura al paralítico declara espresamente que lo hace para demostrar que tiene verdaderamente el poder que le negaban de perdonar los pecados de los hombres (1). Cuando los discípulos de Juan Bautista vienen preguntándole si es el Mesias, su única respuesta consiste en obrar algunos milagros delante de ellos, y luego les dice: «Id y contad á Juan lo que habeis visto «y oido; que los ciegos ven, los lepro-«sos quedan sanos, y los muertos resu-«citan (2).» Hecha la curacion del Ciego

(1) Math. IX, 6.
(2) Math. XI, 4, 5.

de nacimiento, rodean á Jesus los Judíos mas principales y quieren que les diga francamente si es él Cristo: Jesus les responde: «Las obras que hago en «el nombre de mi padre dan testimonio «de mí (1).» Al tiempo de resucitar á Lázaro, anuncia formalmente que va á restituirle la vida, para que el pueblo, testigo de un prodijio tan grande, le reconozca por el enviado de Dios (2), por eso sus Apóstoles que no solamente conocian sus obras, sino tambien el fin con que las hacia, no cesaban de presentarlas como títulos sobresalientes de su mision. Es verdad que Jesus vivió sobre la tierra haciendo siempre beneficios, y que la mayor parte de sus milagros eran efecto de su bondad; pero tambien es evidente que queria manifestar por ellos la divinidad de su mision y de su doctrina. Valerse pues del desahogo de su compasion afectuosa para rebatir su mision

(1) Joan. X, 25.
(2) Joan. XI, 42.

divina, es aparentar reconocimiento ocultando la mas odiosa impiedad. Hemos refutado suficientemente el mas ridículo de todos los argumentos.

Ya es tiempo de sacar la consecuencia natural que se deriva de la realidad de los milagros evanjélicos: hoy nos limitarémos á indicarla, y en otro discurso la ilustrarémos con la ampliacion necesaria. Si los prodijios hechos por Jesus en otro tiempo anunciaban á toda la Judea que era el enviado de Dios, y por consiguiente que debia oirse su voz y seguirse su doctrina abrazando los preceptos y misterios de ella; lo mismo nos anuncian diez y ocho siglos despues, y estas maravillas son hoy para nosotros lo mismo que fueron en otro tiempo para los Judíos y los Paganos. Aquí corresponde destruir un error que preocupa algunas veces nuestro juicio, y sobre el cual apénas reflexionamos. Entre las nubes del tiempo y de los siglos, desaparecen en cierto modo á nuestra vista los hechos antiguos, y

se diria que son para nosotros como si nunca hubieran existido: sin embargo esto no es mas que una ilusion, pues cualquiera que sea la distancia que los separe de la jeneracion presente, no por eso es ménos real su existencia; la verdad jamas envejece, y si puede ser ménos perceptible la impresion de los hechos antiguos que la de los presentes, la conviccion es frecuentemente la misma en unos que en otros. Nada hay ciertamente mas ridículo que pretender que la certidumbre de los hechos va decayendo á medida que pasa por las jeneraciones. No, no es mas cierta la existencia de Luis XIV que la de Enrique IV; la de este que la de Carlo-Magno; la de Carlo-Magno que la de Constantino, ni la de este que la de Augusto; diré mas, cuando los hechos antiguos han pasado al traves de un gran número de jeneraciones, y siendo de tal naturaleza que hayan podido ser discutidos constantemente, han arrastrado sin embargo la creencia universal, presentan en

esta acquiescencia de las naciones y de los siglos un nuevo motivo de certidumbre.

Séame ahora, Señores, permitido al acabar, dirijir mi voz á los que puedan vacilar aun entre la incredulidad y el cristianismo, y decirles: ¿Que partido quereis tomar? Negar la posibilidad de los milagros es precipitaros en el ateismo: disputar la realidad de los del Evanjelio es arrojaros al pirronismo histórico mas universal é insensato; y creer estos milagros y no ser cristiano es ser inconsecuente. Los hechos evanjélicos estan mejor probados que otros muchos de que no dudais, y la prueba que se saca de ellos á favor del cristianismo no admite réplica. Aquí podemos repetir aquellas graves y memorables palabras que dirijia á su hijo uno de los mas grandes majistrados que honran la Francia (1). «Cualquiera que haya me«ditado bien todas estas pruebas, halla

(1) *D'Aguesseau.* Étud. prop. à former un Magistrat. Sus obras, Tom. I, páj. 262.

«que es no solamente mas seguro, sino «mas fácil creer que no creer, y da «gracias á Dios por haber querido que «la mas importante de todas las verda- «des sea tambien la mas cierta, y que «sea tan imposible dudar de la verdad «de la relijion cristiana, como de la «existencia de César ó de Alejandro.»

RESURRECCION

DE

JESUCRISTO.

Qué Jesucristo murió realmente en la cruz, como lo refieren nuestros escritores sagrados, es un hecho histórico, que desde el oríjen del cristianismo jamas negaron los Judíos y los Paganos sus mas implacables enemigos: mas el prodijio de la resurreccion de Jesucristo es tan asombroso y decisivo, que nada ha olvidado la malicia para impugnar su realidad y oscurecer su esplendor. Nunca sin embargo se ha oido que el Sanedrin, los Rabinos, ni los sofistas, griegos ó romanos, hayan imajinado decir que Jesucristo no habia muerto, y que por consiguiente fué fácil hacerle pasar por resucitado: y segun todo lo que nos ha quedado de las antiguas disputas entre los apolojistas

de la relijion y sus adversarios, no se ve que recayera ninguna vez la controversia sobre la realidad de la muerte de Jesus que unos y otros tenian por indudable. Con arreglo pues á la creencia mas antigua y constante de los cristianos, de los Judíos y de los Paganos, no puede hoy admitirse la menor duda sobre este punto; y en efecto, si se considera que Jesus, despues de una flajelacion atroz, permaneció tres horas clavado en la cruz, bañado en su sangre y sufriendo horribles tormentos; que su costado fué abierto con una lanza; que se reconoció si habia muerto ántes de bajarle de la cruz; que fué depositado en el sepulcro, y envuelto entre sábanas con una porcion grande de aromas, que por si solos hubieran podido sofocarle, si aun hubiese estado vivo, cualquiera se persuadirá sin dificultad de la certeza de su muerte.

Así es que nunca se han dicho mas de dos cosas: una, que resucitó, y otra, que si su cuerpo no se halló despues

en el sepulcro fué porque le robaron sus discípulos. Oigamos lo que sobre esto dicen los incrédulos: «Los discí«pulos de Jesus, dicen, forman el pro«yecto de robar el cuerpo de su Maes«tro; y ya fuese por medio del sobor«no, del fraude, ó de la violencia, «triunfan de la vijilancia de los centi»nelas colocados al rededor del sepul«cro: extienden luego la voz de que «ha resucitado, y esta fábula forjada «por la impostura se propaga como una «realidad entre un pueblo naturalmente «crédulo. Sin embargo, la relacion mis«ma de los Evanjelistas, considerada «atentamente, os presenta pormenores «y circunstancias contradictorias, que no «pueden ménos de hacerla sospechosa: «por otra parte, si Jesus resucitó, ¿no «hubiera debido en lugar de aparecerse «únicamente á sus discípulos, presen«tarse á la Sinagoga, á toda la ciudad «de Jerusalen, y á sus enemigos todos «para confundirlos, y borrar con la «gloria de su resurreccion la oscuridad

«de su vida y los oprobios de su muer-«te?» Tal es el lenguaje de la incredulidad; le manifiesto francamente, porque la relijion es demasiado fuerte para temer ni ocultar los ataques de sus enemigos.

Si ois ahora al cristiano, os dirá que el hecho de la resurreccion de Jesus está apoyado en testimonios irrecusables; que la suposicion del robo de su cuerpo es enteramente quimérica; que la contrariedad aparente de los Evanjelistas sobre algunos pormenores, léjos de debilitar, fortifica el crédito debido á su relacion; que Jesus dió pruebas suficientes de su resurreccion, y muy convincentes para todo hombre sensato; pruebas que conservan, con respecto á nosotros, toda su fuerza primitiva, y que así este milagro es el triunfo de la relijion de Jesucristo, su Divino Fundador. El presente discurso vá á consagrarse á afianzar y vindicar esta creencia de los cristianos, y al efecto estableceremos la realidad de la resurrec-

cion de Jesucristo, probándola por testimonios, como se prueban todos los hechos; y despues deducirémos y aclararémos las consecuencias que se derivan de ella á favor de la relijion: por lo tanto el objeto y plan de esta conferencia serán las muchas pruebas y consecuencias del hecho de la resurreccion de Jesucristo.

Los cristianos, siempre sensatos en su fe, creen la resurreccion de Jesucristo con fundamentos sólidos, capaces de producir en cualquier alma juiciosa la mayor ilustracion y el conocimiento mas profundo. Yo con efecto la creo por el testimonio de testigos irrecusables bien instruidos del hecho, y sinceros en su relacion: la creo por la autoridad de los que al principio la creyeron del modo mas firme, y despues de la mayor meditacion. La creo á causa de la absurda suposicion que es forzoso hacer para no creerla; y en fin, la creo por la futilidad de las razones con que se la impugna. Si cada

uno de estos motivos de credibilidad hace gran fuerza, ¿cuanta no será la autoridad de todos ellos reunidos?

He dicho que creo la resurreccion de Jesus por la declaracion de testigos irrecusables, tan bien informados como sinceros: ¿y no es evidente en efecto que los discípulos de Jesus no pudieron engañarse acerca de la certeza ó de la falsedad del hecho de la resurreccion, y que debieron saber perfectamente lo que sucedió? Observad que al principio fueron escrupulosos en creerla, y que esta misma desconfianza sirvió para preservarlos de cualquier sorpresa. Cuando las santas mujeres que habian ido al sepulcro anuncian que ellas habian visto vivo al Señor, las tratan de visionarias: cuando se aparece á los Apóstoles reunidos creen ver un fantasma; uno que estaba ausente no quiere creer á los demas, y protesta que no creerá miéntras no ponga sus propias manos en las llagas del cuerpo de Jesus. ¡Dichosa incredulidad, y muy á

propósito para vencer la nuestra, porque nos asegura la severidad del exámen de los discípulos, y nos enseña que no fueron juguete de una credulidad precipitada! Observad tambien que tuvieron todo el tiempo necesario y todos los medios de convencerse bien del hecho. Jesus se aparece, no á una sola persona, cuyo testimonio siendo único, pudiera pasar por una ilusion; sino á muchos, á una multitud á un tiempo: á la Magdalena, á otras mujeres, á S. Pedro, á Santiago, á dos discípulos, á los once Apóstoles, y en fin á quinientas personas reunidas: se aparece, no durante las tinieblas de la noche, en que la imajinacion ofuscada suele personificar las fantasmas, sino de dia claro, en los sitios mas despejados, en diferentes lugares, en el huerto donde estaba el sepulcro, en el camino de Emaus, en el Cenáculo, á las orillas del lago de Jenezareth, y sobre una montaña de Galilea. Se aparece, no de un modo rápido y fugaz que no deja

vestijio alguno, sino por espacio de cuarenta dias, durante los cuales habla con sus discípulos, se deja tocar por ellos, y come en su compañía. ¡Y qué! los Apóstoles que habian vivido familiarmente con Jesus por espacio de tres años enteros, que conocian perfectamente su rostro, su voz, su ademan, sus modales, sus discursos, y cuanto tenia relacion con su persona; ¿habian de haber sido todos tan estúpidos que confundieran constantemente á Jesus, á quien solo habian perdido de vista algunos dias, con no sé que otra cosa que no fuese él? ¿Habia de figurárseles ver lo que no veian, oir lo que no oian, tocar lo que no tocaban? En una palabra, ¿habian de estar todos y de repente, sin haber dado jamas señales de locura, ajitados de un mismo delirio, y de un delirio tan semejante y tan durable, que trastornados sus cerebros por espacio de cuarenta dias esperimentasen siempre las mismas sensaciones, y siempre se les representase el

mismo fantasma? Estas son las consecuencias que deben conceder los que pretenden que los Apóstoles fueron juguete de su imajinacion acalorada, tomando un ente ideal por la persona de Jesucristo.

Convenimos, se dirá, en que no ignoraban lo que habia de cierto acerca de la resurrecion; como que fueron ellos los que la inventaron con todas sus circunstancias, y los que por medio de esta impostura han engañado al mundo; pero es constante que en nada puede apoyarse semejante suposicion; y para tener á los Apóstoles por otros tantos impostores que hayan inventado, extendido y sostenido hasta con la muerte la fábula de la resurreccion, es preciso resolverse á tragar las cosas mas ridículas, mas repugnantes y contradictorias. No eran ciertamente los Apóstoles filósofos formados en las escuelas de Atenas ó de Roma, ni hombres de una alma naturalmente elevada y capaz de grandes designios, eran por el contrario

hombres ignorantes, tímidos y groseros. Sin embargo, para este intento el incrédulo los hace los personajes mas estraordinarios y atrevidos, pues les atribuye el proyecto mas vasto y mas profundo que haya concebido jamas el injenio humano; el de hacer adorar por toda la tierra como á un Dios á un impostor crucificado en la Judea, y ¡cosa increible! aun así lo hubieran conseguido. Tampoco eran los Apóstoles malvados ni impíos, y aun suponiéndolos tan simples que se hubiesen dejado engañar, la sabiduría de su moral, sus virtudes y su conducta irreprensible, no permitirian que se los pintase como unos monstruos de impiedad y de alevosía: esto sin embargo serian verdaderamente segun el sistema de los incrédulos. Y en efecto, ¿podia concebirse proyecto mas horrible que el de engañar á todo el jénero humano, y suponer resucitado por el poder divino á un hombre que se sabia ciertamente que habia muerto, y emprenderlo todo para que se

tributasen honores divinos á quien solo hubiera merecido el desprecio y el odio? En fin los Apóstoles no eran unos frenéticos, ni unos insensatos que, sin utilidad ninguna y contra sus intereses, formasen una trama por otra parte tan execrable. El hombre no es malvado ni hipócrita sin algun fin; tales sin embargo deberíamos suponer á los Apóstoles si escuchásemos á los incrédulos: porque al cabo, ¿que interes podian tener los Apóstoles en asegurar falsamente que Jesucristo habia resucitado? ¿Que utilidad podia reportarles su impostura? ¿Que podian prometerse de ella? En la vida presente el furor de los Judíos, las prisiones, el oprobio, los tormentos y la muerte; y en la vida futura los castigos que un Dios vengador del crímen reserva á los seductores impíos. Aun hay mas: si Jesus no resucitó como él mismo lo habia anunciado, su impostura quedaba comprobada, y los Apóstoles no hubieran debido ver en él mas que un embustero que los habia

engañado: ¿y es creible que se mostrasen tan celosos de la gloria del que reconocian por un impostor? Esto no está en la naturaleza del hombre.

Si se supone que los Apóstoles urdieron juntos esta trama, me figuro que para ponerse de acuerdo se reunirian todos, y tomando la palabra el mas audaz, diria á sus compañeros: «Amigos «mios, ahora ya no nos queda duda de «que Jesus nos ha engañado, habia pro«metido resucitar y allá se está entre «los muertos. A nuestro interes perso«nal convendria publicar su impostura; «pero nada de eso; y al contrario, sacri«fiquémoslo todo por su gloria: con«ciencia, honor, tranquilidad y hasta la «vida misma. Bien cierto es que noso«tros hemos estraido su cuerpo del se«pulcro; pero nada importa. A pesar de «la verdad publicarémos que salió vivo «de él, y le adorarémos como á un «Dios. No hay duda que se irritará «contra nosotros la sinagoga y toda la «nacion judía: ¿que importa tampoco?

«Arrostráremos todos los peligros ima«jinables por sostener tan vil mentira. «Si hay un Dios de justicia y de verdad, «castigará con penas terribles nues«tra horrible impostura despues de la «muerte; pero ¿que importa? arrostre«mos el enojo del cielo y el de la tier«ra; y sin utilidad alguna en esta vida «ni en la otra, y contra todos nuestros «intereses, apresurémonos á publicar «por todas partes la resurreccion falsa «de Jesus; y si es menester dejémonos «degollar por una fábula inventada por «nosotros.»

He aquí el proyecto mas que infernal que seria necesario atribuir á los discípulos de Jesus. Ademas de esto, seria necesario suponer, que despues de haberse puesto de acuerdo, no hubiera habido uno solo, que angustiado por sus remordimientos, abjurase su detestable compromiso; ni uno solo que descubriese el secreto por el aliciente de la recompensa; ninguno que por imprudencia ó lijereza le

dejase transpirar, ó á quien se le arrancase el temor del suplicio: todos debian llevar consigo al sepulcro la horrible gloria de morir en fe de un hecho que les constaba ser falso, perdiéndolo todo si todo acaba con la muerte, ó hallando despues de ella tormentos si existe un Dios vengador. Ved aquí prodijios mas increibles que el de la resurreccion. Queda pues manifestado que en los discípulos de Jesus, que se presentaron como testigos oculares de su resurreccion, no puede caber sospecha de ilusion ni de impostura; y por consigüiente, que su testimonio es irrecusable.

He dicho en segundo lugar, que creo la resurreccion por la autoridad de los que no pudieron dejar de darle crédito desde el oríjen del cristianismo. Empiezan los Apóstoles á predicar en medio de Jerusalen y demas pueblos de la Judea, la resurreccion de Jesucristo, y este es el milagro que ponen por base de la relijion, y el que presentan como el título mas convincente de la

mision divina de Jesucristo. San Pedro la anuncia en el templo al pueblo judío: «Habeis dado muerte, dice (1), al au«tor de la vida; pero Dios le ha resu«citado, y así lo certificamos nosotros.» Pablo va poco despues á publicarle en medio de Atenas, y hasta delante del Areopago (2), y este grande Apóstol escribiendo á los Corintios les dice, que si Jesucristo no ha resucitado, su fe es enteramente vana, porque en nada estriba, «y nosotros, añade, no so«mos mas que falsos testigos (3):» este es el milagro por escelencia, cuyo esplendor resalta sobre todos los demas, y es el centro en donde terminan todas las partes del cristianismo. El fiel puede impunemente, y sin que su fe padezca, ignorar muchos milagros consignados en nuestros libros santos; pero no le es lícito ignorar el prodijio de Jesus libre hasta entre los brazos de la

(1) Act. III, 15.
(2) Act. XVII, 31.
(3) I. Cor. XV, 15, 17.

muerte, y su salida triunfante de la lobreguez del sepulcro: quien crea este milagro debe ser cristiano; y no puede serlo el que no le crea: con efecto, si Jerusalen, Corinto, Aténas, Efeso, Antioquía, Alejandría y Roma ven desde el principio en su seno adoradores de Cristo, es porque los Apóstoles habian ya predicado allí su resurreccion gloriosa; ¿y quien soy yo para contradecir despues de diez y ocho siglos un hecho que los paganos y los Judios de aquellas famosas ciudades creyeron de un modo tan íntimo y profundo, que no dudaron en adoptarle por regla de su fe y de su conducta, estando prontos á morir ántes que negarle aun en apariencia?

La tenaz resistencia con que muchos han desechado este milagro, se esplica fácilmente por el imperio de las pasiones, siempre rebeldes al yugo de una relijion que las importuna; pero el que otros muchos le hayan reconocido y profesado, aun con riesgo de su vida,

es lo que no se puede atribuir sino á la persuasion mas íntima, fruto del exámen mas detenido. Su creencia me haria ciertamente ménos impresion si pudiera sospecharla en algun modo interesada; pero ¿que interes podian hallar en ella los Judios y los paganos? Todo debia al contrario alejarlos de una creencia, que léjos de ser una de aquellas novedades que se atraen partidarios escitando y halagando en el corazon del hombre sus inclinaciones mas queridas, la ambicion, el orgullo y el deleite, exije por el contrario para ser cristiano el sacrificio de las pasiones. El Judío carnal y grosero que esperaba un Mesías poderoso y magnífico, tenia que adorar á aquel mismo que los Sacerdotes y Doctores de la ley habian hecho morir como á un impío, enemigo de Dios y del culto de Moises; y los paganos, voluptuosos y entregados á la sensualidad, debian profesar una relijion de cruz y de padecimientos. ¡Oh! ¡cuan poderosos motivos necesitaban los

unos y los otros para sobreponerse al imperio de los sentidos y de las preocupaciones! Y siendo el milagro de la Resurrecion el fundamento de todos estos motivos, ¡con cuan severa y escrupulosa atencion no debian haberle examinado! ¿Y no será por esto mismo de una autoridad inmensa su creencia íntima y profunda sobre este hecho, atestiguado aun á costa de su propia vida?

En tercer lugar he dicho, que creo la Resurreccion de Jesucristo por lo absurdo de la suposicion que es necesario hacer para no creerla. En esto no hay medio: ó Jesus resucitó, ó es preciso suponer que sus discípulos robaron su cuerpo. Creo que no se me disputará el derecho de haceros observar que es contra todas las reglas del sentido comun y de la sana crítica impugnar hechos bien probados alegando rumores vagos, suposiciones y conjeturas gratuitas. Los Apóstoles sabian muy bien el rumor esparcido acerca del robo del cadáver: ellos mismos le refieren como

una fábula inventada por los Judíos; y no por eso desisten de prestar á Jesucristo resucitado un testimonio sellado hasta con su sangre. Fijemos el punto de la cuestion: ¿se puede acusar á los Apóstoles de ilusion ó de impostura? ¿Fueron engañados ellos, ó nos engañan á nosotros? Miéntras no se destruyan las pruebas alegadas á favor de la sinceridad de su testimonio, conserva este todo su valor. Y qué, ¿he de presentar yo testigos de un hecho, probando que su testimonio es irrecusable, y os habeis de contentar vosotros con negarle simplemente y sin pruebas? No basta decir que era posible el robo del cuerpo de Jesus; se necesita probar que fué robado realmente; y así, ó reconoced el hecho bien probado de la resurreccion, ó probad vosotros con fundamentos positivos el hecho del robo. Con los monumentos de la historia en la mano me probais que estando César en el senado fué muerto trájicamente; ¿y podria yo creerme dispensado

de dar crédito á este hecho alegando la mera posibilidad de lo contrario? Ciertamente si valiera semejante modo de raciocinar, pronto quedaria destruida toda la historia; pero discutamos un instante la suposicion del robo, y digamos al efecto á los incrédulos: Sabeis y concedeis que una guardia de soldados romanos custodiaba el sepulcro. Ahora bien, ¿quereis que corrompidos estos con dinero fuesen cómplices del robo? ¿Quereis que violentamente y con las armas en la mano triunfáran de ellos los discípulos de Jesus, ó que estando dormidos los soldados sacáran aquellos del sepulcro furtivamente el cuerpo de su Maestro? Harto triste es tener que optar entre estas tres suposiciones; pues ninguna de ellas puede sostenerse.

Si los guardas fueron corrompidos por el oro, es preciso suponer que los Apóstoles se presentaron á ellos como hombres impudentes y sin conciencia, que iban á ajustar un crímen, por el

que no temian hacer ofertas que, si no eran admitidas, podian arrojarlos en un abismo de desgracias. ¿Y no habria entre los soldados alguno inaccesible á la corrupcion, ni uno solo que por la esperanza de la recompensa denunciase á los Apóstoles mas bien que se asociase á una empresa criminal, cuyo resultado podia ser tan funesto para sus autores? ¿Y el consejo de los Judios habia de guardar silencio y dejar de practicar informaciones contra los guardas y contra los Apóstoles para descubrir toda la trama y precaver efectos que estaba decidido á impedir? Los Judíos habian tomado toda clase de precauciones contra el fraude; habian pedido al Gobernador una guardia, habian puesto en el sepulcro los sellos de la autoridad pública: ¿y mostrándose tan interesados en impedir la creencia del hecho de la Resurreccion, se quiere que no practicasen dilijencia ninguna contra los guardas y los discípulos para poner de manifiesto su complicidad?

Esta primera suposicion es tan repugnante, que jamas se han atrevido á hacerla los Judíos.

¿Podrá acaso decirse con mejor éxito que los discípulos se sirvieron de la fuerza para ahuyentar los guardas y robar el cuerpo? ¡Pero qué! unos hombres tan tímidos, tan cobardes, que los dispersa el miedo y niega Pedro tres veces á su Maestro á la voz de una criada, tan aturdidos con la muerte de Jesucristo que no saben que pensar de él y de sus promesas, y ni aun pueden ocultar en este punto sus temores y sus incertidumbres, ¿habian de transformarse de repente en hombres intrépidos, arrostrar los peligros durante las tinieblas de la noche, embestir y dispersar á los soldados romanos? ¿Hay en esto verosimilitud? Aun mas; si los soldados hubiesen sufrido semejante violencia, ¿hubieran dejado de denunciar para su propia justificacion este atentado de los Apóstoles? ¿Y no hubieran sido estos perseguidos entónces jurídi-

camente como profanadores de los sepulcros y violadores atrevidos de los sellos de la autoridad pública, puestos sobre el sepulcro de Cristo? Sin embargo no hay la menor señal de semejante acusacion.

La tercera y última suposicion, hecha en aquel tiempo por los Judíos, se reduce á decir: que habiéndose dormido los guardas, fué sacado el cuerpo furtivamente durante su sueño. Este cuento judáico es muy digno de repetirse en el dia por hombres que todo lo creen, ménos lo que deben creer. Para admitir esta suposicion es necesario decir que se habian confabulado los guardas para dormirse todos á un tiempo, y que ni uno solo despertó á pesar del ruido de una multitud de personas que llegan al sepulcro, remueven la enorme piedra que le cubria, entran en él, sacan el cuerpo y se le llevan. Hay otra circunstancia muy notable tambien; en vez de llevarse el cuerpo envuelto como estaba (operacion mas

fácil y mas breve), hacen aquellos estraños ladrones todo lo contrario: separan la sábana en que el cuerpo estaba envuelto, y la dejan en el sepulcro, y aun colocan á un lado el sudario que cubria su cabeza, particularidades todas que refieren puntualmente nuestros Evangelistas. Si se quiere decir que los Apóstoles se introdujeron secretamente hasta el sepulcro por algun camino subterraneo, responderémos de un modo incontestable, que semejante fraude hubiera dejado señales patentes; porque estando el sepulcro labrado en la piedra, hubiera sido preciso hacer una entrada que hubiese descubierto la trama y robo sacrílego. Bien lo veis, Señores; la suposicion del robo del cuerpo de Jesus, ademas de ser enteramente arbitraria, no está apoyada en prueba alguna positiva, y carece hasta del mérito de una simple probabilidad: es una armazon de piezas desproporcionadas que se vienen á tierra por todos lados, y aquí puede decirse con el poeta

romano: «Crealo un Judío; yo no lo creeré.»

He dicho últimamente que creo la resurreccion, por la futilidad misma de los argumentos con que se la impugna. Nada hace resaltar tanto la fuerza y el esplendor de la verdad, como la nulidad de los esfuerzos que se emplean en rebatirla; entónces es cuando sobresalen mas su superioridad y su triunfo. ¿Y que han discurrido los incrédulos contra las pruebas históricas del hecho de la resurreccion? Dicen primeramente, que los Evanjelistas inciertos y vacilantes en sus narraciones, refieren cosas contradictorias; que no estan conformes entre sí acerca de las apariciones de los Angeles, ni en las de Jesucristo, en los viajes hechos al sepulcro, ni en las horas á que se hicieron: que uno supone se apareció solo un Angel, y otro que muchos; que lo que segun aquel pasa ántes de la aurora, sucede segun este despues de la salida del sol. ¿Y como puede apurarse la verdad en

esta contrariedad de narraciones? Pero dígame todo hombre de buena fe: ¿Hay entre los hechos mas auténticos de la antigüedad uno solo que no ofrezca en sus pormenores y circunstancias accesorias, oscuridades que atormenten á los críticos? ¿Será lícito rebatir el testimonio de cuatro Evanjelistas por algunas particularidades de sus relaciones, muy claras acaso para los contemporáneos, por mas que sean embarazosas para nosotros que estamos separados del hecho por un intervalo de diez y ocho siglos? Es ademas muy fácil concebir los motivos de las contrariedades aparentes que ofrecen las relaciones de los Evanjelistas. He aquí lo que entónces sucedió. Diferentes mujeres y discípulos salen á distintas horas para ir al sepulcro, hacen diferentes viajes por distintos caminos, á veces se les aparece un Angel, á veces dos; de todas estas particularidades igualmente indudables, la que se refiere por un Evanjelista se pasa en silencio por otro, y de esto

resultan diversidades, pero ninguna contradiccion real. ¿Y quien no ve que estas oposiciones aparentes hacen rèsaltar mucho mas la sinceridad de los Apóstoles? Si ellos hubieran maquinado una impostura, poca dificultad les costaba concertar juntos una narracion que no ofreciese diferencia en ninguna de sus circunstancias; pero no, solo la verdad guia la pluma de los escritores Sagrados, y cada uno cuenta con sencillez lo que cree que debe referir, persuadido de que su relacion es conforme con la que pueda hacer cualquiera otro. Así sus narraciones son bastante semejantes para quedar al abrigo de cualquier sospecha de impostura; y bastante diferentes para evitar la tacha de fraude concertado.

Llegamos ya pues al último recurso de los incrédulos. Si Jesucristo hubiera resucitado realmente, ¿se habria contentado con aparecerse á sus discípulos que ya creian en él; y no hubiera debido mas bien aparecerse á sus enemigos

para curarlos de su incredulidad? Es cierto, Señores, que si quiso Jesucristo que su mision divina resplandeciese principalmente en el milagro de su resurreccion, debió dejarnos de él pruebas suficientes para convencerse cualquier espíritu racional; ¿pero si bastan las que nos ha dado, si llevan consigo un sello de verdad que no puede borrarse, si no pueden impugnarse sino con insubstancialidades, ¿quienes somos nosotros para exijir otras mas palpables aun y mas luminosas? ¿Debe acaso el cielo arreglar sus designios á nuestros débiles pensamientos? Y cuando justamente debemos contentarnos con las luces que nos da, ¿estarémos autorizados para murmurar por la falta de las que ha juzgado conveniente rehusarnos? ¿No manifestó Jesucristo su resurreccion á testigos irrecusables? ¿No vemos el testimonio de estos, y no se presenta aun á nosotros tal cual debe ser para llevarse tras sí nuestro consentimiento? Pues esto es todo cuanto se

necesita para que seamos discretos en nuestra creencia, é inescusables en nuestra infidelidad. «Y á quien se quie-«re que estuviera Jesucristo obligado á «manifestarse con evidencia? ¿A quien? «¿A aquel Gobernador cobarde, que le «habia condenado contra su misma «conciencia? ¿A aquel lijero y volup-«tuoso Heródes, que tan indignamen-«te se habia burlado de él? ¿A aquellos «sacerdotes, doctores y fariseos, que «no cesaron de perseguirle hasta que «con sus intrigas y calumnias le hicie-«ron conducir al calvario? ¿A aquellos «Judíos furiosos, que estando colmados «de beneficios suyos habian pedido á «gritos su muerte, y que cayera su «sangre sobre ellos y sobre sus hijos? «¿Por que título eran acreedores todos «estos malvados al favor de la aparicion «de Jesucristo? Pretender que Dios de-«ba derramar sus gracias con mayor «profusion sobre los mas indignos, y «multiplicar las pruebas de su fe á pro-«porcion de la resistencia que se haga

«para admitirla, es injusto y fuera de «razon (1).» Manifiéstase Jesucristo á sus díscipulos, y en seguida les manda anunciar su resurreccion; de este modo se manifestó por medio de ellos á toda la tierra, y por el testimonio de estos siempre el mismo en la sucesion de los siglos se manifiesta aun á nosotros. Quisiérais que en cierto modo hubiera hecho enmudecer á sus enemigos con el resplandor irresistible de su presencia gloriosa; pero esto es precisamente lo que no queria. Si quiere que la fe tenga fundamentos para ser racional, quiere tambien que sea libre para que sea meritoria; exhibe á todos pruebas suficientes; pero aquel que en esto recibe ménos no tiene derecho para quejarse y darse por agraviado porque otro haya recibido mas. Preguntais por que no se apareció Jesus á toda la ciudad de Jerusalen, á la sinagoga y á todos sus enemigos, ¿y por que, os preguntaré

(1) *La Luzerne*, Dissert. sur la Relijion. II.ª Dissert. cap. II, n. 74.

yo, no se apareció en Roma, en Corinto, en Éfeso, y en todos los puntos donde su resurreccion fué predicada y designada por base de su relijion? Las preguntas de esta clase no tendrian término.

¿Pero no se pudiera decir con el Ginebrino Juan Santiago? «No tengo «noticia de ese milagro, ni de los de«mas, sino por hombres. ¿Quien ha «visto tal milagro? Hombres. ¿Quien me «lo refiere? Hombres. ¡Siempre hom«bres entre Dios y yo! ¿No era mas sen«cillo que me hablase el mismo Dios?» ¡Bien propio es de un Sofista orgulloso ese tono irreverente para con Dios que le dió el ser que tiene y el talento de que abusa para blasfemar de él!

¿Por donde tenia noticia Juan Santiago de la existencia de César, de sus conquistas y de su fin trájico, sino por el testimonio de las jeneraciones que se han ido sucediendo durante diez y ocho siglos? No son ciertamente pocos los hombres que han mediado entre aquellos

sucesos y Juan Santiago; ¿y se creeria por eso dispensado de creerlos? ¿No se le tendria por un insensato si no los creyera? Pero él hubiera querido que Dios le hablase; ¿y por que á él y no á otro? ¿Pensaba que el fuego de su imajinacion seria un título de preferencia á los ojos de aquel que nada aprecia tanto como la inocencia y la virtud? Seria pues necesario que Dios se manifestara por medio de revelaciones particulares á todos los individuos de la especie humana; que por consiguiente se trastornara á cada instante todo el órden natural de las cosas; que se multiplicaran indefinidamente los milagros y se hicieran tan frecuentes y comunes que perdieran todo el esplendor y la eficacia de tales, hasta hacerse inútiles: en esto, en efecto, terminarian al fin las pretensiones de una sabiduría aparente y presuntuosa.

Así, Señores, si considero la declaracion de los testigos oculares de la resurreccion de Jesus, la hallo dignísima

de fe; si considero la autoridad de los Judíos y de los Paganos que al principio del cristianismo creyeron el milagro de la resurreccion, y le confesaron hasta en medio de los tormentos, encuentro que su voto es de un peso inmenso; si considero la suposicion del robo del cuerpo de Jesus, veo que ni aun sombra tiene de probabilidad; por último, si considero las dificultades de los incrédulos, las hallo faltas de fundamento y de ninguna fuerza en comparacion de nuestras pruebas históricas: de modo que procediendo con justicia debo creer que Jesucristo resucitó. Pasemos ahora á las consecuencias de esta resurreccion.

No basta creer la resurreccion de Jesucristo, y admirar este rasgo resplandeciente del poder divino: *Todo cuanto está escrito*, dice el grande Apóstol (1), *está escrito para nuestra instruccion.* En la relijion del Dios verdadero y tres veces santo, todo debe dirijirse

(1) Rom. XV, 4.

á la ilustracion de nuestros entendimientos para producir la reforma de nuestro corazon. No es este uno de aquellos sucesos históricos, consignados en monumentos fidedignos, que se creen porque deben creerse; pero que no teniendo conexion con nuestros principios relijiosos ni con nuestra conducta, no pueden al cabo inspirarnos grande interes. Tales son por ejemplo la muerte de Sócrates, el consulado de Ciceron y el reinado de Augusto, que se pueden ignorar impunemente, como se pueden creer sin sacar consecuencias de mucha utilidad. La resurreccion de Jesucristo es un hecho que trae tras sí consecuencias inevitables, que deben fijar para siempre nuestra creencia; advertirnos lo que se ha de practicar, enseñándonos lo que se ha de creer; ordenar por consiguiente nuestra conducta, nuestro culto, y el homenaje debido á Jesucristo, y enlazar con la vida presente nuestra suerte futura.

La primera consecuencia que se de-

duce de la resurreccion de Jesus, es que fué verdaderamente el enviado de Dios. Preséntase en medio de la Judea, y se anuncia como el enviado del cielo para formar adoradores de Dios en espíritu y verdad: no disputa, sino que decide; no diserta como filósofo; sino que habla como Señor: la sabiduría reside en sus labios, como la inocencia en sus acciones: sublime en su sencillez, enseña sin ostentacion, sin esfuerzo y como revestido de autoridad: el pueblo se complace en oirle, y dice que jamas ha hablado ningun hombre como él (1). No hay duda en que la santidad de su vida y la escelencia de su doctrina anunciaban en él no sé que de celestial que la tierra no habia visto nunca, y que descubrian en él un personaje con mas derecho que otro alguno á instruir é ilustrar á los hombres en la relijion. Mas sin embargo necesitaba dar pruebas sensibles de su mision, especialmente para las almas vulgares; y así es,

(1) Joan. VII, 46.

que él mismo se refiere con frecuencia á sus milagros; y si pasa por la tierra haciendo beneficios, es porque pasa obrando prodijios que redundan casi siempre en alivio de los necesitados, en consuelo de los aflijidos y en la conversion de los pecadores. Anuncia solemnemente que resucitará al tercer dia, y designa este milagro como la señal mas resplandeciente de su divina autoridad: por consiguiente si es cierto que resucitó, lo es tambien que era lo que decia ser miéntras vivió: el depositario de los secretos de Dios, que habia venido á revelarlos á los hombres y á instruirlos de todas las verdades necesarias para su felicidad.

La segunda consecuencia, la cual se deriva de la primera, es que debemos mirar toda la doctrina de Jesucristo, como dictada por la verdad misma. El filósofo mas sabio se engaña algunas veces porque limitado en sus pensamientos, estraviado por las preocupaciones y arrastrado por la pasion, se

deja seducir por el error y seduce despues á los demas. La virtud aun la mas pura no nos exime de toda ilusion; y si un corazon recto puede hacernos inocentes, no por eso nos hace infalibles. Mas en Jesucristo es forzoso ver constantemente el intérprete de los designios de Dios: Jesucristo no habla en su nombre, sino en el nombre de Dios; Él es quien le autoriza por medio de los milagros, y principalmente por el de su resurreccion, y este es el sello de su embajada celestial entre los hombres; de manera que si Jesucristo nos engañase, seria el mismo Dios quien nos engañaria: por tanto, no basta respetar solamente la doctrina de Jesucristo, citar su autoridad como de mucho peso, y referirse á su Evanjelio como se pudiera á las obras de un sabio de Roma ó de Aténas; es necesario ademas creer, someter el entendimiento y prestar á sus lecciones la fe que se debe á la palabra de Dios.

La tercera consecuencia que sale

de la segunda, es que debemos admitir la doctrina de Jesucristo sin debilitarla ni exajerarla, sin suprimir ni añadirle cosa ninguna. *Pasarán el cielo y la tierra, pero mis palabras no pasarán* (1). Antiguamente podian los filósofos formar discípulos celosos, para quienes por algun tiempo era decisiva su autoridad; pero no tardaban en levantarse á jueces de su maestro; discutian, examinaban su doctrina, la variaban ó la modificaban á su antojo, y se hacian tambien maestros: de este modo, de una primera escuela nacian otras muchas, y á la verdad el mismo derecho tenian los reformadores que los fundadores. En la escuela de Jesucristo no debe ser así: su doctrina permanece eternamente, ¡y desdichado el temerario que quisiera alterarla! Cometeria un atentado sacrílego contra la verdad de Dios. Habló él, y ya no se puede inventar sino conservar; y su palabra

(1) Math. XXIV. 35.

perpetuada, de siglo en siglo debe resonar hasta el fin en su inviolable pureza.

La cuarta consecuencia, resultado de todas las anteriores, es que debemos admitir los misterios que nos son incomprensibles del mismo modo que los preceptos que entendemos. En vano se confunde vuestro entendimiento considerando la elevacion de nuestros misterios: la razon nos dice, que Dios ha hablado por medio de Jesucristo, y que Dios, intelijencia infinita, puede ver lo que no ve la intelijencia limitada del hombre. Cuando se estudia la relijion no se trata de comprender los misterios, sino de hacérselos el hombre creibles; no de penetrar su naturaleza, sino de cerciorarse de su realidad; conocemos esta relijion por el testimonio de Jesucristo que la reveló en nombre de Dios que es la misma verdad, del mismo modo que por el testimonio de la naturaleza conocemos á Dios sin comprenderle, y á la manera que sin

comprender las maravillas de la vision, cree el ciego por la fe de sus semejantes. En vano se rebela el corazon contra la pureza de la moral evanjélica: la razon nos dice que Dios ha hablado por medio de Jesucristo, y que siendo Dios la bondad y la sabiduría misma, no puede imponer á los hombres un yugo insoportable á su debilidad. Algun dia consagrarémos nuestros discursos á vindicar la relijion, tanto en su moral como en sus misterios: por ahora nos ceñirémos á increpar la conducta de aquellos semicristianos que dividen la relijion, admitiendo ó suprimiendo lo que les agrada, como si á Jesucristo resucitado se le debiera creer en un artículo y no en otro. Señores, admitir algunos puntos de la revelacion y desechar otros, es hacer una mezcla ridícula de cristianismo y de incredulidad, y es ser y no ser cristiano á un mismo tiempo. ¿Es por ventura obra nuestra el Evanjelio para que nos sea lícito mutilarle con arreglo á nuestro

antojo y caprichos? ¿ó es acaso la relijion obra de dos autores distintos, uno de los cuales deba ser acatado como el órgano divino de la verdad; y desechado el otro como apóstol de la mentira?

Repito que no sucede en la relijion lo que en las obras de los hombres, que léjos de ser perfectas en su oríjen, se mejoran diariamente con nuevos descubrimientos hijos del tiempo y de la esperiencia; de tal modo que la historia de los conocimientos humanos no suele presentar mas que una série de sistemas opuestos unos á otros. Por el contrario, la doctrina cristiana recibió desde el principio toda la perfeccion que Dios quiso darle en la tierra. En la creacion, dijo Dios, y todo se hizo; y el universo subsiste, sin que esté al alcance del hombre criar ó aniquilar un solo átomo de materia. Así en la revelacion cristiana habló, y su palabra debe permanecer hasta el fin, sin que los hombres tengan el privilejio de suprimir ni añadir un ápice por sí mismos. Aquí no

hay medio, y es preciso admitirlo todo ó desecharlo todo, pues cuando todo está igualmente enseñado por Dios, todo debe venerarse igualmente. Si creeis en Dios sin creer en la Providencia, ó creeis en la Providencia jeneralmente, pero no que se ocupe en particular de las acciones de los hombres; si creeis en esta Providencia especial sin creer que hay otra vida; ó creeis que hay otra vida, pero no que en ella será el vicioso castigado; si creeis estas verdades primeras y fundamentales sin creer las que han sido reveladas por Jesucristo, ó reconoceis la escelencia de su moral, pero no os creeis obligados á practicarla; en una palabra, si por un estravío voluntario no comprende vuestra fe todos los puntos revelados, y os formais un símbolo á vuestro antojo, ya no sois cristianos. La relijion íntegra, tanto en sus dogmas como en sus preceptos, estriba en la inmutable verdad de Dios, manifestada por Jesucristo; y ahora os pregunto

¿que pruebas teneis para desecharla totalmente, ó que privilejio para solo admitirla en parte?

En fin la última consecuencia, que es fundamental en el cristianismo, es que Jesucristo no tan solo es un Justo, un amigo de Dios y un enviado del cielo, sino que verdaderamente es Dios revestido de nuestra humanidad. Con efecto, Señores, si no fuera realmente Dios, tampoco seria el enviado de Dios; y si no fuera digno de nuestra adoracion como Dios, mereceria nuestra execracion como el mayor de todos los impostores. No os parezca esto una exajeracion oratoria, es una asercion rigorosamente cierta, y de la que os convenceréis muy pronto. Si Jesus era el enviado de Dios para instruir á los hombres, no debemos dudar de que decia la verdad; que estaba lleno de celo por los intereses y la gloria del Dios verdadero, y porque se le tributasen los honores debidos á él solo; y por consiguiente que aborrecia la ido-

latría: luego si no era Dios debia abstenerse escrupulosamente de cuanto tuviera tendencia á hacerle pasar por tal; y sus palabras y sus acciones debian alejar toda sospecha de quererse atribuir las perfecciones divinas, y de hacerse tributar los honores debidos á Dios. ¿Y que mas horrible impiedad que hablar y obrar de manera que hiciese creer que era Dios el que solo era un enviado suyo? Considerad con que celo Moises y los Profetas decian francamente á todos, que no eran mas que instrumentos de que se servia la Divinidad; y con que delicadeza evitaban cualquiera espresion por la que se pudiera dar á entender que eran deidades venidas del cielo á la tierra en forma visible. Considerad como los Apóstoles Pablo y Bernabé rasgan sus vestidos cuando son tenidos por Dioses (1), y esclaman: «Adorad «al Señor; nosotros no somos mas que

(1) Act. XIV. 10 et seq.

«sus ministros.» Pero Jesucristo hace todo lo contrario, y el grande objeto de sus discípulos es persuadirnos que es el verdadero Dios: Jesus dice á cada paso que es igual á su Padre, que ha salido del seno de Dios, que era ántes que Abrahan, y antes que todas las cosas; que el Padre y él no son mas que uno; que lo que el Padre hace lo hace tambien el Hijo; que la vida eterna consiste en conocer al Hijo como al Padre; consiente ademas en que se le tributen honores divinos, y aplaude á sus discípulos cuando le llaman *mi Señor y mi Dios* (1). Fuera de algunas palabras ménos claras, y que ofrecen alguna dificultad, su lenguaje mas usual se dirije á que se le atribuya lo que solo á Dios conviene, y no alcanzaria á disculpar á Jesus del crímen de usurpacion sacrílega, decir que sus espresiones eran ambiguas, vagas, y que no daban á entender claramente su divinidad;

(1) Joan. XX. 48.

porque no solamente debe un hombre abstenerse de decir terminantemente que es Dios, sino que el no evitar todo aquello que pudiera darlo á entender, el usar de palabras equívocas, y no rechazar con santo horror cuanto fuese capaz de inducir en error á sus semejantes, seria ultrajar á aquel que en nuestros libros sagrados se llama el *Dios celoso* (1), y quedaria convencido de no ser mas que un impío execrable.

Hay mas todavía: Jesucristo manda á sus discípulos que le amen sobre todas las cosas, que todo cuanto hagan se refiera á su amor y á su gloria, que pongan en él el centro de sus esperanzas y afectos, y este es el primer precepto de su ley. Exije las pruebas mas jenerosas y heróicas de este amor; porque quiere que se le ame mas que al prójimo, mas que á los amigos y parientes, mas que la vida, y hasta der-

(1) Deut. IV. 24. etc

ramar por él toda la sangre; declarando que no es digno de él quien no le tribute estos homenajes. A mí, Señores, me parece muy natural que muriendo Jesus por glorificar á Dios, nos escite á imitarle; pero no puedo alcanzar como no siendo Dios en la realidad, mande que se le den aquellas pruebas de amor y de culto que tan solamente se deben al Señor Supremo de la vida. «Cual-«quier hombre, dice Massillon (1), que «se proponga él mismo á los hombres «como objeto de su amor, es un impío; «es un impostor que viene á usurpar el «mas esencial de los derechos del Ser Su-«premo; un mónstruo de orgullo y es-«travagancia que pretende erijirse alta-«res hasta en los corazones, único san-«tuario que jamas ha cedido la Divini-«dad á los ídolos profanos.»

Jesus se anuncia ademas como enviado á formar adoradores del Padre

(2) Sermon del dia de la Circuncision, segunda parte.

Celestial en espíritu y verdad, á destruir el culto de los ídolos y hacer adorar solamente al verdadero Dios; pero si él no es Dios ha engañado al mundo, no es mas que un falso Profeta, ni su relijion mas que una nueva idolatría; pues el principal cuidado de sus discípulos ha sido presentarle como un Dios á los homenajes de todas las naciones, y hacerle tributar en toda la tierra el amor y respeto debido á solo Dios; de manera que aun en los tiempos mas puros de su relijion no hubiera esta sido mas que una supersticion tan real y evidente como la que habia reinado hasta entónces entre todos los pueblos. Ciertamente, lo dirémos sin temor de faltar á lo que es debido á Jesucristo; ántes bien movidos del profundo respeto que profesamos á la santidad de su vida, á la verdad de sus discursos y á la divinidad de su mision: si no fuera Dios, seria el mas despreciable, el mas odioso y el mas impío de todos los impostores del mundo; y si os horroriza el

decirlo y aun el pensarlo, ¿que os queda que hacer sino postraros ante su presencia entre la inmensa multitud de sus fieles adoradores?

Ya es tiempo, Señores, de concluir este discurso. Hace diez y ocho siglos que la Iglesia cristiana está creyendo la resurreccion de Jesucristo, y presentando este gran prodijio del Omnipotente como prueba fundamental de la relijion que profesa. La fiesta anual, tan antigua como el cristianismo, que continua celebrando, es uno de los monumentos auténticos de este milagro y de su fe. El hecho de la resurreccion de Jesucristo se prueba como se prueban los hechos entre todos los hombres y en todos los tribunales de la tierra, por testimonios: siendo tales los que le establecen, que parecen mas fidedignos cuanto mas se los examina. He espuesto las pruebas de la resurreccion de Jesucristo y las consecuencias que se deducen de ella: si estas pruebas son incontrastables, y justas mis consecuen-

cias, no vacilemos, hagamos callar las preocupaciones, y venzamos ese falso rubor que retiene acaso cautiva la verdad en nuestra alma: reconocida ya està prestémosle homenaje: en medio de un mundo impío es donde hay alguna valentía en no serlo. Glorificado sea Jesucristo, dóblese ante él la rodilla en toda la tierra: esté siempre su nombre en nuestros labios, y su ley en nuestro corazon: testifiquen nuestros rendidos cultos nuestra creencia; y reciban ahora estos altares la solemne obligacion que contraemos de profesar perpetuamente esta relijion santa, cuyo indestructible fundamento serán para siempre los milagros, y principalmente el de la resurreccion gloriosa de su autor.

FUNDACION

DEL CRISTIANISMO.

CONFERENCIA PRIMERA.

El designio mas hermoso por su objeto, mas vasto por su extension, y mas asombroso por el éxito, es el que diez y ocho siglos hace concibió Jesus de fundar la relijion cristiana en medio del paganismo, y renovar por ella la faz de la tierra.

He dicho el designio *mas hermoso por su objeto*, porque no se trataba de civilizar un pueblo bárbaro, y de someterle á leyes que reprimiendo la ferocidad de sus inclinaciones, no tocaran á la supersticion grosera y á los desórdenes vergonzosos que reinasen en él; sino de rejenerar al hombre totalmente,

de rectificar sus ideas acerca de la Divinidad, de atacar el mal en su oríjen reformando el corazon, de declarar la guerra á todos los errores igualmente que á todos los vicios, y de crear un mundo nuevo en medio del mundo idólatra. El cristianismo debia ser una creacion moral que saliese del caos de la corrupcion mas profunda y mas universal.

He dicho tambien el designio *mas vasto por su extension*; porque aun cuando ya se habian visto en las edades precedentes lejisladores, héroes y sabios que formasen planes de reforma, y que los siguiesen con teson y habilidad, señalándose por su amor al bien de sus semejantes, sus planes solo se extendian á una ciudad ó á un solo pueblo, y mas de una vez fundaron la felicidad de su patria solo en la desgracia ajena; pero el de Jesucristo abraza al mundo entero; si principia evanjelizando por sí mismo en la Judea, anuncia al mismo tiempo que por medio de sus

enviados ilustrará á todas las naciones, echará por tierra el muro de division que las separaba, unirá por los vínculos de una misma creencia relijiosa al Judío y al Jentil, al Griego y al bárbaro, y extenderá entre todo el linaje humano un espíritu de union y de benevolencia fraternal.

Dije últimamente el designio *mas asombroso por el éxito*; pues á la voz de los discípulos de Jesus abre los ojos á la luz el mundo romano, reconoce sus grandes estravíos, y abandona la idolatría por el Evanjelio; se estienden mas allá de sus límites las conquistas pacíficas de Cristo, y se perpetuan de nacion en nacion y de siglo en siglo hasta nosotros.

Esto, Señores, no es mas que un simple bosquejo de Jesucristo considerado como fundador del cristianismo, pero bastante acaso para dar á conocer cuan superior es á cuanto puede presentar la antigüedad á nuestra admiracion. Esto hacia ya decir en el siglo II

al famoso Clemente de Alejandría (1): «Los filósofos griegos solo tienen cré- «dito entre sus compatriotas, y aun «entre estos no agradan á todos. Pla- «ton se hizo discípulo de Sócrates, Je- «nocrates de Platon, Teofrasto de «Aristóteles, y Cleanto de Zenon. Es- «tos filósofos no persuadieron mas que «á un cierto número de sus sectarios; «pero la palabra de nuestro maestro no «ha quedado ceñida á la Judea, como «la filosofía á los límites de la Grecia: «se ha extendido por toda la tierra, «tanto entre los bárbaros como entre «los griegos, ha llevado su persuasion á «las naciones, á ciudades enteras y á las «aldeas, y ha atraido á la verdad á un «gran número de los que la han oido, «y aun á muchos filósofos.»

Nada han olvidado los incrédulos para oscurecer la gloria que por su prodijioso establecimiento resulta al cristianismo, y por consiguiente á su autor,

(1) *Stromat.* lib. VI, cap. XVIII.

y creen haberlo esplicado todo con las palabras *supersticion*, *credulidad*, *fanatismo*; palabras que á fuerza de aplicarse á todo se han hecho ya insignificantes, y recurso cómodo de los que, por no tener otro, toman el partido tan poco jeneroso de condenar á los cristianos sin oirlos.

Entre los que en estos últimos tiempos han intentado debilitar cuanto tiene de maravillosa la propagacion del Evanjelio en medio de las naciones paganas, se distingue un escritor ingles, cuyo mérito como escritor político no intento juzgar, pero á quien se puede acusar abiertamente de débil lójico, é historiador infiel en todo lo que toca á la relijion; anglicano primeramente, católico despues, y por último deista ó escéptico, se ha mostrado tan lijero é inconsiderado en sus juicios acerca de la antigüedad cristiana, como en su conducta: hablo del autor de la *Historia de la decadencia y de la caida del Imperio romano;*

enemigo tanto mas pérfido, cuanto mas de una vez oculta su odio bajo del velo del respeto, y entre los atractivos de una erudicion asombrosa. Exajerar los medios naturales que tenia el cristianismo para su propagacion, disminuir la idea de los obstáculos que se oponian á su progreso, escitar dudas muy infundadas sobre la grandeza y estension de sus triunfos, no hallar en todo mas que *supersticion*, *ambicion é intriga*, y mezclar artificiosamente lo cierto con lo falso; tal es el plan del escritor que acabo de citar. El cristianismo de los tres primeros siglos es en sus escritos como un cuadro mirado á mala luz, la la cual hace resaltar sus manchas y defectos, al paso que desluce las grandes y nobles figuras que forman su belleza. Procurarémos en dos discursos consecutivos presentar bajo de su verdadero punto de vista; la propagacion del Evanjelio entre las naciones idólatras. Veamos primeramente cuan rápida ha sido, y comencemos haciendo conocer

cuan admirable fué: este es el objeto de nuestra primera conferencia sobre esta materia.

La estraordinaria rapidez con que la relijion cristiana se propagó en medio de las naciones idólatras, y principalmente en las provincias del Imperio romano, es un hecho acreditado por los monumentos mas irrecusables de la antigüedad así sagrada como pagana. Ascendamos al oríjen de la sociedad cristiana. En los últimos años de su vida mortal escoje Jesucristo un corto número de discípulos, que testigos primeramente de sus acciones y formados en su escuela, fuesen despues los propagadores de su doctrina, y no teme decirles: «Así como Dios me ha enviado, yo os «envío: se me ha dado todo poder; id «pues, enseñad á todas las naciones (1).» Fieles á sus órdenes empiezan los Apóstoles en la misma Judea su asombroso ministerio: en el primer dia de su

(1) Math. XXVIII, 18, 19.

predicacion en medio de Jerusalen abrazan tres mil hombres la relijion de Jesucristo, y solo un discurso de San Pedro hace despues cinco mil prosélitos: muy pronto el odio de los sacerdotes y doctores de la ley hace comparecer á los Apóstoles ante el tribunal de la nacion, y se les prohibe predicar en nombre de Jesus; pero ellos responden: «Nosotros no podemos dejar de decir «lo que hemos visto y oido: discurrid «vosotros mismos si no es primero obe- «decer á Dios que á los hombres (1).» Palabras sencillas y enérjicas que resonarán en todos los tiempos, y suscitarán por todas partes defensores magnánimos de la verdad, prontos á sacrificarlo todo por ella, hasta la vida misma.

Entre tanto la obstinada obcecacion del Judío acelera la ilustracion del jentil: la persecucion dispersa á los Apóstoles por entre las naciones infieles, y les lleva la luz del Evanjelio. A su voz despierta el mundo pagano, se conmueven

(1) Act. II, 41, IV, 4, 19, 20.

las naciones, y principian á disiparse las tinieblas de la superstición. Muy luego el Oriente y el Occidente, el Asia, el Ejipto, la Grecia y la Italia reciben el Evanjelio. Antioquía, Éfeso, Aténas, Corinto, Tesalónica, Alejandría y Roma ven formarse en su seno adoradores de Dios en espíritu y verdad. Unos diez años despues de la muerte de su Maestro dirije San Pedro su primera Epístola á los fieles esparcidos por el Ponto, por la Galacia, la Capadocia, el Asia y la Bitinia. San Juan funda y gobierna las Iglesias del Asia menor. San Pablo escribe cartas á las que habia establecido en las ciudades mas famosas del imperio. Roma tambien oirá su voz, será aprisionado en ella, pero la palabra de Dios no será encadenada. Pedro, el Príncipe del Colejio apostólico, irá á Roma tambien, y en esta capital fijará su silla, la cual ocuparán despues sus sucesores durante el transcurso de todos los siglos. Desde ella, como centro del universo cristiano, se derramará la luz

evanjélica; y por una série de conquistas muy diferentes de las de Escipion y Paulo Emilio, llegará Roma á ser la capital de un imperio espiritual, ilimitado y sin fin, y será verdaderamente la ciudad eterna.

Mueren los Apóstoles, discípulos inmediatos de Jesucristo; pero no espira con ellos su celo: no saldrán de sus cenizas vengadores armados que exterminen á sus enemigos; pero sí tendrán herederos jenerosos de sus fatigas y de su vocacion sublime. ¡Cuantos testigos pudiera presentaros de sus conquistas prodijiosas! Citaré á Justino, á Irenéo, á Clemente de Alejandría, á Tertuliano, Arnobio, Eusebio y otros muchos mas, todos varones señalados por su saber y sus conocimientos. Algunos de ellos criados en el paganismo, y despues de haber cultivado la filosofía humana, abrazaron por último esta misma relijion que habian mirado ántes con desprecio, y que veian extenderse por el universo con tanto esplendor y rapidez.

Como unos cincuenta años nada mas despues de la muerte del Evanjelista San Juan escribia ya S. Justino estas notables palabras en su Diálogo con el Judío Trifon, que conservamos (1). «Me valdré del testimonio de los dife«rentes pueblos de la tierra, griegos, «bárbaros, ó de cualquier otra raza de «hombres, sean las que fueren sus de«nominaciones y costumbres; por atra«sados que esten en el ejercicio de las «artes y de la agricultura, bien vivan «en tiendas de campaña, ó bien anden «errantes por los bosques trasportando «sus habitaciones en carros cubiertos, «no existirá una nacion en donde no «se hayan hecho peticiones en nombre «de Jesucristo al Padre y al Criador de «todas las cosas.» Poco sirve repetir con algunos incrédulos que en estas espresiones se echa de ver una exajeracion pomposa, ó el arranque de un escritor piadoso, pero inexacto, que

(1) Dialog. cum Tryphone, n. 117.

mide por sus deseos la estension de su creencia: esta reflexion tiene mas malignidad que solidez. Los cristianos no ignoran que en este pasaje de San Justino hay un modo de hablar hiperbólico, semejante á otras espresiones muy sabidas, como, toda la tierra enmudeció delante de Alejandro: Roma se hizo señora del mundo; pero se sabe tambien que esto último equivale á decir: Alejandro y Roma dominaron rejiones muy vastas del mundo; y siendo así, el discurso de San Justino equivaldrá tambien á decir que un siglo despues de la muerte de Jesucristo habia penetrado el Evangelio en un gran número de rejiones, unas civilizadas y otras bárbaras, que es lo que buscamos. Solo la incredulidad es capaz de intentar oscurecer un hecho reconocido tan positivamente por un autor contemporáneo, y cuyo testimonio se halla apoyado en el de otros muchos no ménos irrecusables, como el de Clemente de Alejandría, escritor del mismo siglo, que ya he citado:

mas adelante sabemos por Arnobio y Eusebio (1) que en los tres primeros siglos de la Iglesia se habia extendido ya el Evangelio mucho mas allá de los dominios romanos, entre los Persas, los Parthos, los Escitas y otras muchas naciones que no citan.

Hablando del Imperio romano en particular, me contentaré con el testimonio de Tertuliano (2): «Ayer nacimos, «dice, y hoy llenamos todo vuestro im«perio, las ciudades, las islas, los casti«llos, las villas, las aldeas, los campa«mentos, las tribus, las decurias, los «palacios, el senado, los tribunales; so«lamente os dejamos vuestros templos, «y sin armas ni rebelion podríamos com«batiros, con solo separarnos de voso«tros; pues si componiendo ya nosotros «tan grande muchedumbre nos retirásc«mos á cualquiera parte del mundo, se «veria confundida vuestra dominacion

(1) Arnob. *Advers. Gentes*, lib. II, cap. XII, Euseb. *Demonst. evangel.* lib. III, cap. V.

(2) Apoloj. cap. XXXVII.

«con la pérdida de tan gran número de «ciudadanos: su separacion sola seria «vuestro castigo, y os estremeceríais de «la soledad en que os dejaria este silen«cio jeneral, y del estupor en que vues«tro universo quedaria como sumerjido.» Quiero, Señores, que Tertuliano tuviese un espíritu propenso á la declamacion: quiero tambien que en esto haya algo de exajeracion oratoria; pero Tertuliano no era un insensato. ¿Y no hubiera sido una locura que en un escrito apolojético presentado á las personas mas poderosas é ilustradas del imperio, hubiese afirmado acerca de la extension del cristianismo y del número de los que le profesaban, una cosa cuya falsedad hubiera sido evidentemente notoria á todo el mundo?

Veamos ademas como se esplica el mismo escritor en otra ocasion hablando de esta materia. Mas de cien años ántes de Constantino, Escápula, Gobernador de Africa, se manifestaba inclinado á la persecucion; y para disuadirle de ella

le dirije Tertuliano un escrito, en que le pregunta de cuantas hachas y cuchillas necesitaria para tantos miles de víctimas de todos estados y dignidades como tendria que sacrificar: en él realza la inviolable fidelidad de los cristianos, alegando que nunca habian abusado para rebelarse contra el imperio, ni de sus fuerzas ni de su número, y dice: «Formamos casi la mayor parte de los habitantes de cada ciudad:» *Pars penè major civitatis cujusque* (1).

Haré una reflexion convincente, y es que los antiguos apolojistas de la relijion se prevalian de la admirable propagacion de esta, fundándose en ella como en un hecho notorio, evidentísimo y que nadie contradecia, para persuadir á sus enemigos que la relijion tenia una fuerza enteramente divina, y la mas capaz de subyugar los entendimientos y de reformar los corazones.

Pero si á pesar de la conformidad

(1) Ad Scapul. n. 2.

de todos los monumentos eclesiásticos acerca de la rapidez con que se propagó el cristianismo desde los primeros siglos, vacila todavía el incrédulo, sin saber él mismo por que; tenemos aun, si quiere abrir sus ojos á la luz, otros medios de ilustrarle por los testimonios mas positivos de la antigüedad pagana. Podemos citarle á Tácito, el cnal nos enseña, que desde el oríjen del cristianismo bajo del imperio de Neron, causó asombro en Roma el descubrimiento de la multitud de cristianos que allí habia, *multitudo ingens* (1): podemos citarle á Plinio el menor, Gobernador de Bitinia, quien como sesenta años despues de las primeras predicaciones de los Apóstoles escribia al Emperador Trajano, que el cristianismo era profesado por un número muy grande de personas de todas edades y condiciones. *Omnis ordinis* (2),

(1) Annal. Lib. XV. Cap. XLIV.
(2) Plin. Lib. X. *Epist.* XCVII.

y que de tal manera se habia extendido como un contajio, no solamente por las ciudades, sino tambien por las aldeas y los campos, que encontraba abandonados los templos de los dioses. Podemos citarle á Lampridio (1), escritor pagano de la vida de Alejandro Severo: este príncipe afecto á los cristianos tuvo intencion de mandar construir un templo á Jesucristo, y le disuadieron de ello los sacerdotes de los falsos dioses, diciéndole que si llevaba adelante este proyecto, todo el mundo se haria cristiano y quedarian desiertos los demas templos. ¡Tanta era la muchedumbre de paganos que acudian á la Iglesia cristiana, y tanto el temor que, en vista de la prodijiosa multiplicacion de los cristianos, tenian los sacerdotes de los ídolos, de que se hiciese universal el cristianismo! Podemos tambien citarle los edictos mismos de los Emperadores. Eusebio, escritor contemporáneo, nos ha conservado dos

(1) Lampridius, *in Alex. Sever.* Cap. XLIII.

edictos de Maximino II; el primero de persecucion, que dice Eusebio haber visto y leido en Tiro, grabado en una columna. En él se lamentaba el tirano de los males del imperio, que atribuia al pernicioso error de los cristianos, el cual introduciéndose en los entendimientos habia extendido sus tinieblas por casi todo el mundo, *Universum propè dixerim orbem terrarum confusione quâdam opressit* (1). El segundo edicto es una carta de tolerancia, sujerida por la política, al principio de la cual espone Maximino que los Emperadores Diocleciano y Maximiano se inclinaron á usar de crueldad contra el cristianismo, viendo que casi todos los hombres abandonaban el culto de los dioses para hacerse cristianos. *Omnes ferè homines relicto deorum cultu* (2). Ahora yo pregunto, ¿no prueban todos estos monumentos de la antigüedad, tanto

(1) *Histor. Ecles.* Lib. IX. Cap. VII.
(2) *Histor. Ecles.* Lib. IX. Cap. IX.

pagana como cristiana, relativos á los tiempos anteriores á la conversion de Constantino, que aun ántes del reinado de este príncipe era ya muy grande el número de los cristianos en las diversas provincias del imperio romano? ¿Y en qué consiste que el escritor ingles, á quien particularmente me he propuesto refutar, no haya citado ni discutido los testimonios que acabo de referir? Si no tenia noticia de ellos es un juez destituido de luces; y si sabiéndolos dejó de valerse de ellos, es un historiador falto de fidelidad: si hubiese tenido un poco mas de reflexion y de madurez, ¿se hubiera atrevido á decir que ántes de la conversion de Constantino no formaban los cristianos mas que la vijésima parte de los habitantes del imperio? Para fijar este cálculo se deja llevar de las conjeturas mas vagas y falsas, como voy á manifestarlo con ejemplos.

Nuestro historiador se inclina á creer que á la mitad del siglo tercero no

bajaba de un millon de habitantes la poblacion de la ciudad de Roma; y fundado en la descripcion del clero romano de aquella época que se encuentra en una carta del papa San Cornelio, presume que no debia haber en dicha capital arriba de cincuenta mil cristianos, cuyo número componia la vijésima parte de su poblacion. Pero si hubiera leido toda la carta del Papa á que se refiere, habria visto en ella que era inmensa y casi innumerable la muchedumbre de los cristianos; *immenso et penè inumerabili populo* (1); estas son las mismas palabras de San Cornelio. Si, como se quiere, no habia á mediados del siglo III mas que una vijésima parte de cristianos en la poblacion total de Roma, seria necesario reconocer que cincuenta años despues, y en todo caso ántes de la conversion de Constantino, habia hecho el Evanjelio progresos verdaderamente prodijiosos, pues segun

(1) Euseb. *Hist. Ecles.* Lib. VI. cap. XLIII.

el testimonio formal de Eusebio, autor contemporáneo, para complacer el tirano Majencio al pueblo de Roma (1) tomó al principio las apariencias de cristiano.

Pero el principal argumento del escritor ingles es el siguiente. La célebre ciudad de Antioquía tenia, segun su juicio, á fines del siglo IV, quinientos mil habitantes, entre los cuales pretende, fundado en un pasaje de San Juan Crisóstomo, que solamente se contaban cien mil cristianos, es decir, la quinta parte de la poblacion, y esto sin embargo, segun dice el mismo, de que en las grandes ciudades que desde el oríjen del cristianismo habian recibido el Evanjelio, debió hacer la relijion mayores y mas fáciles progresos que en las otras ménos populosas, en las aldeas ó en los campos; por lo cual añade: el cálculo mas favorable que puede formarse por este ejemplo, no nos permite suponer

(1) Euseb. *Hist. Ecles.* Lib. VIII. cap. XIV.

que entre todos los súbditos del imperio hubiera mas de la vijésima parte alistada bajo de las banderas de la cruz, ántes de la inportante conversion de Constantino.

Vamos pues á ver que se debe pensar de todos estos cálculos. Yo no disputaré sobre la poblacion de Antioquía, y aun creo deberos escusar la discusion del pasaje de San Juan Crisóstomo en que se apoya nuestro incrédulo; pasaje que tal vez no examinó bastante, ó cuyo verdadero sentido no entendió bien: pero vamos al punto decisivo: Juliano, llamado el apóstata por su conducta, vivió ántes de San Juan Crisóstomo; y está demostrado que en tiempo de aquel Emperador, no solo era ya cristiana una quinta parte de la ciudad de Antioquía, sino que lo era casi toda ella. Con efecto, la historia nos manifiesta que estando Juliano en Antioquía se sorprendió é indignó de encontrarla opuesta al culto de los dioses de que queria ser restaurador, llevando

especialmente muy á mal las burlas picantes que allí le hicieron de su gusto estravagante por la idolatría. El ocultó su resentimiento debajo de la capa de la filosofía, y se vengó de aquella ciudad en una sátira que compuso con el título de *Misopogon*, la cual aun conservamos; y en la que dice, dirijiendo la palabra á sus habitantes: «Vosotros re«verenciais á Cristo en lugar de Apolo «y de Júpiter: ya sé que he desagradado «al mayor número de vosotros, ó por «mejor decir, á casi todos, al senado y «á los ricos; porque habiendo la ma«yor parte del pueblo, ó aun todo el «pueblo de la ciudad abjurado el culto «de los dioses, lleva á mal que yo sea «fiel á él.» Y bien, Señores, ¿á quien deberémos creer acerca del estado del cristianismo en Antioquía, á un escritor de nuestro tiempo que solo forma conjeturas y cálculos aventurados, ó á Juliano, testigo ocular y perfectamente instruido de lo que afirma? Por esto dice en su historia el sábio y juicioso

Fleury. «Viendo Juliano que toda An-
«tioquía era cristiana lo tomó aversion.»

No terminaré esta discusion sin haceros observar la discordancia de nuestros incrédulos en este punto. Muchos de ellos han pensado que no fué sincera la conversion de Constantino, sino que le convino por miras políticas declararse á favor del cristianismo para atraer á los cristianos á su partido. Pero si como pretende el escritor ingles eran aun paganas las diez y nueve vijésimas partes del imperio, ¿que política era entónces la suya?. Sepamos, Señores, desconfiar de esos escritores temerarios, que ponderando sus luces nos cubren de tinieblas; que no ostentan su grande independencia de opiniones sino para caer en lastimosos errores, y que solo se adornan con las exterioridades de una crítica ilustrada para tener la ridícula audacia de contradecir los hechos históricos mas bien averiguados. Pluquet en el sabio discurso que precede á su *Diccionario de las herejías*, se

esplica en estos términos: «Los cristia-«nos formaban la mayor parte del im-«perio.» Sin embargo nosotros no fijarémos opinion sobre esta materia, limitándonos á afirmar que bajo del gobierno de los Emperadores paganos habia hecho la relijion cristiana inmensos progresos en las diferentes rejiones del Imperio, sin hablar de los pueblos situados fuera de la dominacion romana, entre los cuales tambien se habia introducido.

Veamos ahora cuan asombrosa es su propagacion á los ojos de cualquier hombre imparcial y despreocupado.

No es difícil consultando la historia, la esperiencia y el corazon humano, descubrir los medios de que se han valido los personajes mas célebres que han figurado en la tierra para conseguir sus empresas. Hay resortes que dirijidos por manos hábiles obran poderosamente sobre la especie humana; se la subyuga por la fuerza, se la dirije por la política, se la seduce con la voz de libertad,

se la atrae con el cebo de los placeres y bienes de la tierra, y se la deslumbra con el brillo del talento y del saber: estos son los medios humanos para el éxito favorable de cualquiera empresa. Por ellos fundaron escuelas los filósofos antiguos; por ellos subyugaron los lejisladores los entendimientos de los pueblos; por medio de ellos han sido vencidos por los conquistadores, y por ellos particularmente fundó Mahoma su relijion y su imperio. Pero si ninguno de semejantes recursos hubiese contribuido al establecimiento y propagacion del cristianismo, ¿no habria fundamentos para pensar que intervino en esto algun influjo sobrenatural y divino?

Para mayor ilustracion de esta verdad voy á hacer una suposicion que acaso os sorprenderá, si es esta la primera vez que se presenta á vuestro entendimiento: para ella me atreveré á atribuir á Jesucristo palabras que jamas salieron de su sagrada boca: nadie ignora con que amable familiaridad

conversaba con los hombres, como respondia á sus preguntas, y como entraba en una especie de discusion con ellos sobre los títulos de su mision divina; por lo tanto si la suposicion que voy á aventurar hiciese resaltar mas su gloria y su poder, espero tendréis á bien perdonármela.

Transportándome con el pensamiento á los tiempos antiguos en que eran idólatras todas las naciones, supongo que Jesus al empezar á recorrer la Judea para anunciar su relijion, se encuentra con un filósofo muy versado en todos esos conocimientos que el mundo aprecia, y tiene con él el siguiente diálogo: — ¿Cual es, pregunta el filósofo á Jesus, el designio que os proponeis recorriendo de ese modo las ciudades y villas de la Judea para enseñar á los pueblos una doctrina nueva? — Mi designio, responde Jesus, es reformar las costumbres de toda la tierra; mudar la relijion de todos los pueblos; destruir el culto que tributan á los

dioses, para adorar al único Dios verdadero; y por mas que os pasme mi empresa, os aseguro que saldré con ella. — Seréis sin duda mas sabio que Sócrates, mas elocuente que Platon, y mas hábil que todos los grandes injenios que han ilustrado Roma y la Grecia. — No hago alarde de enseñar la sabiduría humana, ántes bien demostraré que es locura la ciencia de esos sábios tan ponderados; y la reforma que ninguno de ellos se hubiera atrevido á intentar en una sola ciudad, ha de hacerse en todo el mundo por mí, ó por mis discípulos.

— Pero á lo ménos vuestros discípulos sobresaldrán de tal modo por su talento, por su crédito, por sus dignidades y riquezas, que deslumbren el pórtico y el liceo, y puedan fácilmente arrastrar tras sí á la multitud. — Nada de eso, mis enviados serán al contrario, hombres ignorantes y pobres, sacados de la plebe y de entre la nacion Judía, que sabeis está despre-

ciada de todas las demas; y á pesar de esto he de triunfar por medio de ellos de los filósofos y de las potestades de la tierra, así como de la multitud.
—Pero contaréis á lo ménos con lejiones mas invencibles que las de Alejandro y de César, y que lleven ante ellas el terror y el espanto, disponiendo de esta suerte á las naciones enteras á venir á echarse á vuestros pies. — Nada de eso entra en mi plan; mis enviados serán mansos como corderos, se dejarán degollar por sus enemigos, y miraré como un crímen el que saquen la espada para establecer el reino de mi ley.
—Entónces esperaréis que los emperadores, el senado, los majistrados, los gobernadores de las provincias favorezcan vuestra empresa con todo su poder. — Ménos aun; todas las potestades se armarán contra mí; mis discípulos serán conducidos ante los tribunales, serán aborrecidos, perseguidos y condenados á muerte; y por el espacio de tres siglos se harán los mayores esfuerzos

para ahogar en lagos de sangre mi relijion y cuantos la profesen.

—¿Que aliciente pues tendrá esa doctrina para atraerse toda la tierra?—Mi doctrina, replica Jesus, estribará en misterios incomprensibles. Su moral será mas pura que la que se ha enseñado hasta ahora: mis discípulos no dejarán de publicar que nací en un pesebre, que he pasado una vida pobre y llena de padecimientos, y podrán añadir que he espirado en una cruz, porque tal es la clase de suplicio en que he de morir. Todo esto será publicado resueltamente, todo será creido entre los hombres, y el que ahora os habla será algun dia adorado en toda la tierra.

—Es decir, responde al fin el filósofo en tono de compasion, que intentais ilustrar á los sábios por medio de los ignorantes, vencer á las potestades por medio de hombres débiles, atraer á la multitud, combatiendo sus vicios, tener discípulos prometiéndoles

sufrimientos, desprecio, el oprobio y la muerte, destronar á todos los dioses del Olimpo para que os adoren á Vos solo; á Vos, que segun decís debeis morir clavado en una cruz como un malhechor y el mas vil de los esclavos. Pues yo digo que es un proyecto loco, y que no tardará en ser objeto de la irrision pública. Para conseguirle sería necesario refundir la naturaleza humana, y tan imposible es la reforma del mundo moral por los medios que me proponeis, como la del mundo material; y ántes creería que podríais conmover con una sola palabra toda la tierra, y hacer caer del firmamento el sol y las estrellas, que creer en el buen éxito de vuestra empresa.

Esto, Señores, es lo que me figuro que hubiera pensado y dicho un filósofo á quien Jesus hubiese comunicado su designio de convertir el mundo pagano al cristianismo; y ciertamente que, consultando solo la razon humana, era tan imposible su buen resultado, que

ningun sabio de la tierra hubiera dejado de pensar como nuestro filósofo. Ved, sin embargo, verificado puntualmente lo que era imposible en lo humano: la sabiduría de los hombres ha sido confundida, trastornadas todas las ideas ordinarias, y la locura de la cruz ha triunfado del universo; he aquí el inmortal monumento de la divinidad del Cristianismo. Ahora entenderéis tambien aquellas singulares y memorables palabras de un sabio escritor: «Señor, «si adhiriéndome al Cristianismo me «engaño, Vos mismo sois quien me en-«gaña, pues está marcado con carac-«tér que solo vuestra mano ha podi-«do imprimir en él: *Domine, si error «est, à te decepti sumus.*»

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

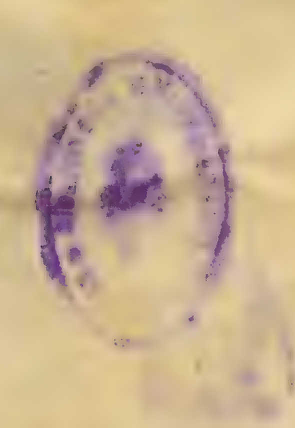
ÍNDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

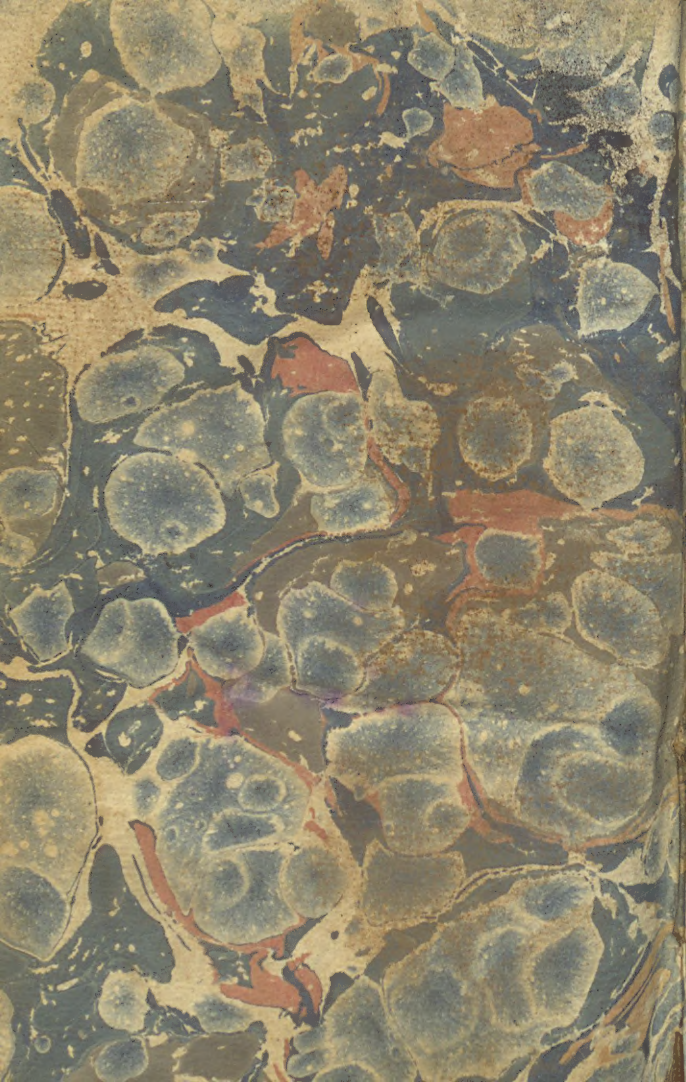
FIN DEL INDICE DEL TOMO SEGUNDO.

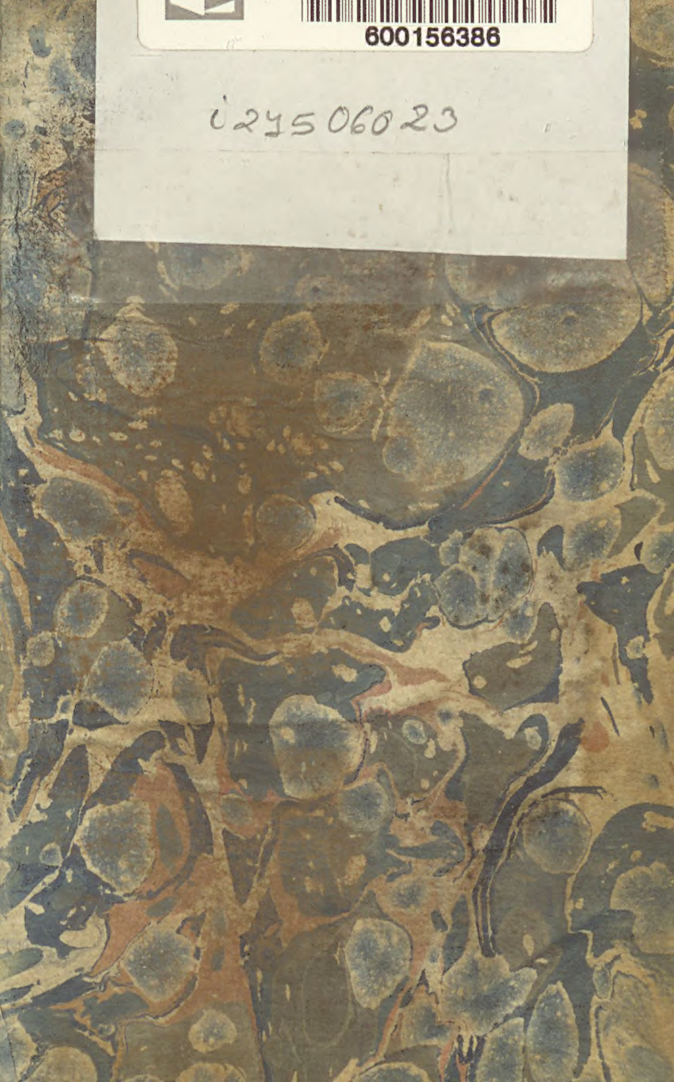
FE DE ERRATAS.

Páj.	*Lín.*	*Dice*	*Léase*
22	18	y son	son
57	25	desplega	despliega
67	19	Epicurismo	Epicureismo
126	6 y 7	vindicarlos	vindicarla
195	22 y 23	notorios la misma	notorios: la misma
243	16	asolan	asuelan
282	16	escribia el injenio	escribia, y el injenio
300	24	puelbo	pueblo
355	23	habian	habia
438	12	lo	le
444	23 y 24	paabra	palabra








600156386


DEFENSA
DEL
RISTIANISMO
2


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm